

DESARROLLO

Alonso Aguilar M

# LA CRISIS DEL CAPITALISMO

ERZOG"



EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

ALONSO AGUILAR MONTEVERDE

# LA CRISIS DEL CAPITALISMO

ENSAYOS



**E D I T O R I A L**  
**NUESTRO TIEMPO, S. A.**

Colección DESARROLLO

© Editorial Nuestro Tiempo, S. A.

Ave. Copilco 300  
Locales 6 y 7  
México 20, D. F.

ISBN-968-427-041-0

Primera edición: 1979

Derechos reservados conforme a la ley

Impreso y hecho en México  
*Printed and made in Mexico*

## CONTENIDO

### EL CAPITALISMO HOY

7

Capitalismo monopolista significa: imperialismo, desarrollo desigual, crisis recurrentes, explotación, dependencia, subdesarrollo, 7. Teoría y desarrollo del capitalismo monopolista de Estado, 17. El desarrollo del capitalismo monopolista de Estado, 22. Rasgos del capitalismo hoy en día, 24.

### LA CRISIS ECONÓMICA Y EL CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO

26

La posición burguesa ante la crisis, 26. Algunos rasgos significativos de la actual crisis, 29. ¿Qué son las crisis económicas y cuáles son sus causas?, 33. Crisis cíclicas, crisis general y capitalismo monopolista de Estado, 40. Naturaleza y perspectivas de la presente crisis, 45.

### ALGUNOS RASGOS DE LA ACTUAL CRISIS CAPITALISTA

56

Opiniones dominantes en círculos burgueses, 56. El verdadero alcance de la crisis, 57. De la depresión de entonces a la crisis de ahora, 61. Acumulación excesiva, inflación y crisis, 67. ¿Depresión, fascismo o socialismo?, 74.

### INFLACIÓN Y CRISIS

80

Ciencia, imaginación y cuentas alegres, 80. Alcance y significado de la inflación, 83. Explicación burguesa de la inflación, 85. Los monetaristas: ¿demasiado dinero?, 85. La corriente keynesiana: demanda, costos, salarios, 88. Otras explicaciones, 92. Hacia una explicación marxista, 93. Los monetaristas de izquierda: creciente rivalidad interimperialista, 95. La teoría del conflicto social, 97. Capital monopolista de Estado e inflación, 100. La inflación y la crisis, 105. ¿Qué hacer frente a la inflación?, 110.

### EL CICLO ECONÓMICO, Y SU DESARROLLO EN LA POSTGUERRA

115

Análisis marxista de las crisis, a partir de los años veinte, 117. Los ciclos de postguerra, 120. El mercado mundial y el ciclo económico, 122. Las empresas y el Estado, 125. Intervención del Estado, 128. Desplazamientos tecnológicos y cambios en el proceso de reproducción, 133. El proceso de inversión y la duración de los ciclos, 134. Progreso



tecnológico y consumo privado, 136. Ingresos, precios e inflación, 137. Causas de la inflación actual, 138.

## LA CRISIS DEL CAPITALISMO. LOS PAÍSES SUB-DESARROLLADOS Y EL NUEVO ORDEN ECONÓMICO INTERNACIONAL

141

Antecedentes del NOEI, 143. La Estrategia Internacional del Desarrollo y el Nuevo Orden Económico, 148. Los países no alineados y el movimiento antimperialista, 152. Evaluación del programa del NOEI, 169. La estrategia trilateral del imperialismo, 170. El Nuevo Orden: ¿una nueva ilusión?, 177. El NOEI y los obstáculos fundamentales al desarrollo, 180. El Desarrollo, el "Nuevo Orden" y la "autosuficiencia colectiva", 183. La crisis del capitalismo y la búsqueda de un Nuevo Orden Económico, 192. CME y crisis general, 204.

## TEORÍA DE LA CRISIS GENERAL DEL CAPITALISMO

209

Introducción, 209. Esencia y desarrollo de la crisis general, 211. Aspectos básicos de la teoría, 220. La contribución de Lenin, 220. La teoría de la crisis general y la teoría del "derrumbe", 222. Las posiciones de Bujarin, 232. Estado y capital financiero, 235. Crítica a Rosa Luxemburgo, 240. Posibles errores de Bujarin, 244. Trotsky y la tendencia del imperialismo al estancamiento, 249. Un capitalismo incapaz de hacer crecer las fuerzas productivas, 250. La crisis general y la contradicción capitalismo-socialismo, 255. La posición de Stalin frente a la crisis, 260. La viabilidad del socialismo en uno o varios países, 262. Agravamiento de la crisis general, 271. Algunos errores de Stalin, 274. Los estudios de Eugenio Varga, 278. El capitalismo antes y después de la Primera Guerra, 278. La crisis de 1929 la "gran depresión" y la crisis general, 282. El problema de los mercados y la acción del Estado, 286. La crisis general, el mercado y el CME después de la Segunda Guerra, 297. Algunas posibles fallas, 302. Algunos aportes teóricos de Vigotski y otros autores, 303. Crisis general, CME y contradicción fundamental, 304. Tendencia decreciente de la tasa de ganancia, 311. Nuevo y más complejo carácter de la crisis, 313. Afanasiev, Dragulev, Chernikov, Ryndina, Rudenko y otros, 315. Inozemtsev: nuevas contradicciones del capitalismo, 324. Algunos trabajos de la Academia de Ciencias y de otros autores, 332. La crisis, el CME y la integración capitalista, 339. P. N. Fedoseev y otros: imperialismo y revolución socialista, 346. Posiciones del PCUS y del Movimiento Revolucionario Mundial, 351.



## EL CAPITALISMO HOY\*

*Capitalismo monopolista significa: imperialismo, desarrollo desigual, crisis recurrentes, explotación, dependencia, subdesarrollo*

Con la segunda guerra mundial se inicia una larga etapa de prosperidad para el capitalismo. Durante un cuarto de siglo se mantienen tasas de crecimiento del ingreso y el nivel de empleo que hacen pensar a los economistas burgueses que el sistema ha encontrado, ahora sí, la manera de enfrentarse con éxito a sus más graves problemas. La expansión económica no es, sin embargo, un proceso armonioso ni fácil. En diversas ocasiones surge el fantasma de la crisis: en 1946, cuando concluido el conflicto es menester prepararse para la paz; en 1948-49, en que el sistema comienza a caer en una postración de la que sólo puede librarse gracias a la guerra de Corea; en 1953-54, cuando terminada aquélla la actividad comienza de nuevo a contraerse; en 1957-58 y sobre todo 1960-61, en que otra guerra mucho más cruenta y criminal como sería la de Vietnam, jugará el papel dinamizador de un orden antisocial al que le es ya imposible vivir sin grandes dosis de violencia.

A partir de 1967 empiezan a desaparecer los «milagros económicos»; las tendencias deflacionarias cada vez más

---

\* Publicado en el número 1 de la revista *Estrategia*. México, enero de 1975.

severas se entrelazan con rápidos aumentos de los precios, y la intensificación de la guerra de Vietnam, en 1966, no basta para mantener la prosperidad, iniciándose al año siguiente un receso que culmina con la devaluación de la libra esterlina.

A partir de ese momento se generaliza la especulación, y aunque la convertibilidad del dólar en oro se abandona en realidad desde 1968, oficialmente no se reconoce sino hasta agosto de 1971. Para entonces, en tanto que los bancos y gobiernos extranjeros tienen en su poder más de 53 000 millones de dólares, las reservas de oro en los Estados Unidos apenas alcanzan unos 10 500. Ante tal situación el dólar se devalúa, fijándose nuevos tipos de cambio entre los países participantes en el Fondo Monetario Internacional.<sup>1</sup>

La crisis no se produce súbitamente, y más que ser fruto de hechos aislados es consecuencia de la incapacidad del sistema para superar el carácter cíclico del proceso de reproducción así como las limitaciones insalvables que, a un nivel técnico como el presente, entraña el régimen de propiedad privada —altamente monopolista— de los medios de producción. Aun en los años relativamente más prósperos se acumulan desajustes y contradicciones, y el sólo intento de escapar a la depresión a través de una política de gastos improductivos en masa y de aliento a las más variadas formas de parasitismo, dilapidación y aun destrucción física de la riqueza lleva a la inflación y a una cada vez más grave irracionalidad que, extraña, aunque

---

<sup>1</sup> Durante casi treinta años, los Estados Unidos lograron mantener una artificial paridad del dólar con el oro (35 dólares por onza troy), lo que dio a su moneda y a su posición competitiva grandes ventajas en un sistema dólar-oro, que hizo de aquél el equivalente de éste y lo convirtió en la moneda de reserva por excelencia. Las emisiones de billetes norteamericanos no plantearon problemas mientras, gracias al superávit comercial, los demás países necesitaban dólares para comprar a Norteamérica, pero a partir del momento en que la circulación de papel comenzó a exceder con mucho la demanda, sobrevino la llamada crisis del dólar.

conforme a la siniestra lógica del capitalismo, comprensiblemente, hace que coincidan los altos precios, el desempleo, los presupuestos deficitarios, el peligro de una depresión tan severa como la de los treinta, e incluso una guerra como la que el imperialismo desata y mantiene en Indochina.

Abundan los signos que anuncian que la constelación de fuerzas que hizo posible la prosperidad, empieza a ceder ante las leyes rectoras del funcionamiento del sistema y lo vuelven cada vez más inestable e irracional. La creciente explotación del trabajo, por una parte, y la concentración sin precedente de la producción, el ingreso y el capital, por la otra, hacen que la sociedad no sea capaz de consumir lo que produce pese a que, en una perspectiva histórica, el monopolio limita y deforma el crecimiento de las fuerzas productivas. El problema del desempleo y el peligro de que la demanda vaya siempre a la zaga de la producción genera fuertes y crónicas tendencias deflacionarias; y como contrarrestarlas a través de una inversión productiva creciente y aun de una política anticíclica reformista traería consigo aumentos de productividad que a la postre sólo agravarían el problema, en la práctica se opta por una política que, en rigor, combate la deflación con la inflación, o sea con el gasto masivo, fundamentalmente improductivo y financiado en gran parte mediante la creación de nuevos medios de pago, lo que altera el patrón del ciclo económico tradicional y produce una situación en la cual, lo que antes fueron dos fases sucesivas de un mismo proceso ahora se volverán dos hechos que ocurren de manera simultánea, entrelazados íntimamente y que, más que dos momentos distintos de un ciclo expresan la forma cada vez más antagónica en que se da la contradicción fundamental del capitalismo —producción social y apropiación privada— y los profundos desajustes y conflictos que ésta provoca.

La crisis política francesa del 68, las elecciones del año en curso y las recientes protestas contra el régimen de austeridad del nuevo gobierno exhiben la radicalización de las masas y el alcance de sus desacuerdos con la burguesía.

La intensificación de las luchas obreras en Inglaterra e Italia y las acciones de masas contra una inflación especialmente severa y que, en el caso italiano, alienta el renacimiento del fascismo sobre todo en las regiones depauperadas del *mezzogiorno*; la situación política de Portugal, Grecia e incluso España y aún lo que empieza a ocurrir en Alemania y Japón a partir del momento en que el crecimiento económico pierde impulso y la inflación se agudiza, son hechos que ponen en relieve la acentuación de la lucha de clases.

En el seno mismo de la oligarquía, por el intento de las fuerzas más poderosas en cada país de hacer prevalecer sus intereses al amparo de una política de ¡sálvese quien pueda!, que a menudo recuerda las leyes de la selva, se multiplican los desacuerdos en el comercio, las maniobras financieras con las que se hace frente a la crisis monetaria, la adopción de medidas restrictivas y discriminatorias que se creían definitivamente proscritas, la lucha dentro y fuera de los «mercados comunes» y los constantes forcejeos en los organismos políticos internacionales. La presión, concretamente, que la burguesía de los países más fuertes ejerce sobre las clases dominantes y en general sobre los países del «Tercer Mundo», así como los naturales intentos de defensa de estos últimos, afloran aquí y allá en torno a cuestiones tales como los precios de las materias primas, el deterioro de las relaciones de intercambio, la crisis del petróleo y la decisión de los países productores de mantener sus precios y no ceder al chantaje imperialista, la escasez de alimentos, la renegociación de las cada vez más asfixiantes deudas extranjeras y aún el mar territorial y los límites de la soberanía nacional.

Mas si bien tales contradicciones llegan a manifestarse aun rápidamente, parece indudable que el mayor antagonismo que subyace a la presente crisis es la contradicción capitalismo-socialismo, o sea el enfrentamiento de los dos grandes sistemas socioeconómicos que en nuestros días compiten entre sí. El hecho de que este enfrentamiento no se dé en el seno de los países capitalistas más avanzados de Europa o directamente entre las principales potencias

imperialistas y la Unión Soviética, como ocurrió en otras épocas, acaso es una de las razones que explique la tendencia de ciertas corrientes de izquierda a subestimar la contradicción de que hablamos.

El agravamiento de las relaciones entre el imperialismo norteamericano y varios países atrasados en los que el socialismo se ha vuelto el sistema imperante o al menos entraña una grave amenaza, no significa que no esté en juego la acción del imperialismo europeo o japonés —que desde luego está presente aunque con un rol secundario— o que la contradicción capitalismo-socialismo no se dé en las relaciones con la URSS, los países de Europa Oriental, China y otros. Bastaría recordar las crisis políticas vividas en años no lejanos en Yugoslavia, Hungría y Polonia, y más recientemente en Checoslovaquia para comprobar que, aun en donde el socialismo ha arraigado y consolidándose cada vez más, el imperialismo no pierde la esperanza de encontrar eco a su política agresiva y de provocación. Empero, en los últimos 25 años ha sido en países como China, Corea, Cuba, Indonesia, Argelia, Guinea-Bissau, Chile, Laos, Camboya y sobre todo Vietnam, en donde, en un verdadero genocidio el imperialismo lanzaría toda su fuerza militar para destruir —a la postre naturalmente, sin conseguirlo— a un pueblo heroico que por lo demás siempre contó con el apoyo resuelto de la URSS, China y otros países socialistas. Y la decisión de los Estados Unidos y otras potencias imperialistas de sofocar todo movimiento que pudiera culminar en una revolución triunfante no se limitó a aquellos casos en que, en la jerga macartista de la CIA y los polizones del sistema, hubiese un grave «peligro comunista». Estuvo presente en casi todas las luchas de liberación nacional, las que debían confinarse al marco impuesto por los intereses de la burguesía. Tan sólo en Latinoamérica podrían recordarse las agresiones sufridas por Bolivia, Guatemala, Panamá y la República Dominicana.

Con frecuencia se admite que gracias a esa política agresiva ha sido posible alentar la demanda y, en cierto modo, evitar la crisis. Pero no se repara en que, al mismo

tiempo, el remedio está resultando peor que la enfermedad y dicha política está llevando al capitalismo a extremos de irracionalidad sin precedente y a verdaderos callejones sin salida. Abundan los hechos que lo comprueban: la creciente tirantez y el dislocamiento de las relaciones familiares, el clima de inseguridad y temor, los altos índices de enfermedades mentales, la drogadicción, la delincuencia juvenil, el homosexualismo, la discriminación en el ejército norteamericano, la tendencia al espionaje y la delación y el reciente escándalo de *Watergate* —que aparte de ser el Waterloo del presidente Nixon exhibió lo que realmente es la democracia yanqui—, no son sino algunos de los signos que dan cuenta de la profunda crisis por la que atraviesa el capitalismo monopolista.

La crisis comprueba las tesis leninistas de la acentuación del desarrollo desigual en la presente fase del desarrollo capitalista y de la imposibilidad del superimperialismo; señala el fin de la hegemonía norteamericana en el capitalismo de la posguerra y anuncia el fracaso definitivo de la política que, a partir de los años cuarenta, intentaría bloquear y aún desconocer a los países socialistas como si la historia pudiera desenvolverse al antojo y conforme a los caprichos de los monopolios.

Cierto que los Estados Unidos mantienen una política abiertamente reaccionaria en Corea del Sur, Taiwán, Filipinas, Brasil, Uruguay, Chile, Nicaragua y muchos otros países. Pero también lo es que los hechos, y entre ellos los triunfos irreversibles del socialismo los han obligado al menos a cambiar de táctica. Y aunque en el fondo no abandonan sus posturas anticomunistas, admiten el fracaso de la política de «guerra fría»; se retiran, derrotados, de Vietnam; reconocen a la República Popular China y a la Alemania Democrática, suscriben importantes acuerdos con la URSS en busca de una mayor «distensión» y, ante las reservas de las propias burguesías asociadas de Latinoamérica y el clamor de una opinión mundial que denuncia la irracionalidad imperialista, empiezan a considerar la conveniencia de modificar su absurda política hacia Cuba.



Los intentos de racionalización devienen en la práctica, sin embargo, formas de competencia monopolística cada vez más severas, sordas rivalidades entre quienes apenas la víspera se ostentaban como amigos y socios, ajustes que de momento benefician a ciertos países, pero que originan profundos desequilibrios en otros, y aún formas de control, de regimentación y cartelización obligatoria que recuerdan la ominosa respuesta que, hace cuatro decenios, dio la Alemania de Hitler a una crisis análoga. Los Estados Unidos ya no buscan, como en los años treinta, enfrentarse a la depresión a través de un *New Deal*, liberal y antifascista como el de Roosevelt. Bajo la mancuerna republicana Ford-Rockefeller, el complejo industrial-militar del Pentágono y los conglomerados trasnacionales empiezan a forjar una estrategia que fundamentalmente descansa en la superexplotación, el reacomodo y, de ser necesario, aun el traslado físico de millares de obreros a donde se les requiera, y naturalmente de los trabajadores de los demás países —y sobre todo de los del «Tercer Mundo»—, bajo un régimen en que el capitalismo renuncia a uno tras otro de los rasgos democrático-burgueses que en otras épocas solía ostentar con orgullo y los sustituye por un poder dominado por unos cuantos consorcios gigantescos y en el que la «inteligencia» la ejerce la CIA, como en otros tiempos lo hiciera la Gestapo.

Los conglomerados trasnacionales crean nuevas y más complejas formas de integración monopolista, impulsan más y más la concentración y centralización del capital, elevan la productividad y las tasas de explotación del trabajo ante el peligro de descenso de la tasa de ganancias. Y la posibilidad de imponer precios artificiales muy superiores a sus valores, la incapacidad del Estado para combatir eficazmente la inflación, y, sobre todo, la incapacidad del sistema para enfrentarse a sus contradicciones más graves de un modo mínimamente racional y no a través de la dilapidación y el desperdicio, vuelven la inflación y el desempleo —la llamada «stagflation»— una constante de la economía capitalista, mas no porque técnicamente no sea posible mantener altas tasas de crecimiento del ingreso y

el nivel de ocupación, sino porque económica y políticamente no conviene y aun no es posible hacerlo a los capitalistas.

En países como el nuestro las cosas tienden a agravarse. Las grandes potencias fincan en parte su recuperación en la posibilidad de explotar el trabajo de otros, empezando con el de aquellas naciones que les están más subordinadas, y tal política hace chocar a menudo incluso a las burguesías nacionales con los consorcios internacionales y su decisión de sacar el mejor partido así sea sacrificando a aquéllas.

El capitalismo monopolista de Estado no es algo ajeno o lejano a nuestra economía, como podría parecer cuando se habla de consorcios multinacionales hostiles y sin arraigo profundo en ninguna parte. Además de ser el escenario histórico, la etapa actual del desarrollo del capitalismo y aun el marco geográfico en que se mueve nuestro país, es también el centro, la espina dorsal de la economía capitalista mexicana, así como desde otra perspectiva la causa principal del atraso y el subdesarrollo que padecemos. En momentos de crisis económica y agravamiento de múltiples problemas se advierte más claramente que en otros la responsabilidad del capital y del capitalismo. Por encima de limitaciones y fallas institucionales que sin duda están presentes, y al margen de desaciertos y aun graves errores que están a la vista de todos, lo que tiene especial dimensión histórica es el hecho de que el capitalismo mexicano, pese al impulso que sin duda le dieron la Revolución de 1910-117 y las reformas sociales cardenistas, y en menor escala la segunda guerra mundial y otras coyunturas más o menos favorables, ni ha sido hasta ahora ni será capaz de resolver los problemas que aquejan a nuestro pueblo.

Aunque, como a todo capitalismo, al capitalismo mexicano le interesa acumular capital, acaso su principal falla ha sido su incapacidad para lograr y para mantener altas tasas de inversión. El empresario mexicano siempre ha ganado mucho y reinvertido poco porque prefiere vivir bien y derrochar el dinero que obtiene de la explotación de los demás. Los monopolios extranjeros, por su parte, invierten

un poco más y gracias a ello las industrias que controlan tienden a menudo a crecer más de prisa que el resto. Pero el capital extranjero extrae más recursos que los que aporta, opera con altísimos costos económicos y sociales para la nación, y a la postre es siempre un factor que en vez de aliviar la escasez de recursos financieros, la inestabilidad y las presiones externas, las agudiza.

Consciente de que la empresa privada nacional y extranjera no puede aportar una proporción de sus ganancias suficiente para que el sistema de explotación se mantenga y reproduzca sin graves crisis, el Estado se apresta a suplirla, a complementarla, a contribuir a lograr cierto equilibrio para que los empresarios privados —generalmente inestables y pusilánimes— no se dejen ganar por la desconfianza y el temor. Pero como el Estado no es tampoco una entidad neutra ni un juez imparcial sino una parte inmersa y comprometida en el proceso, un Estado burgués que, independientemente de que en su propio seno se libre la lucha de clases, no por ello deja de servir a la clase dominante; y como en la presente etapa del capitalismo monopolista las relaciones entre el capital público y el privado se vuelven cada vez más estrechas e indisolubles, el Estado y los monopolios se interinfluyen y apoyan mutuamente y aquél tiende en general a rodear a la gran empresa de facilidades y estímulos, todo lo cual trae consigo, que, no importa lo que verbalmente se declare, la política oficial resulte a la postre un factor que refuerza la estructura monopolística en la que descansa el proceso económico y, por ende, agudiza muchas de las contradicciones que tal estructura genera.

O sea que el sistema no sólo es incapaz de lograr un alto nivel de inversión sino de dirigir adecuadamente el esfuerzo productivo, de seleccionar las técnicas más convenientes, de financiar el desarrollo por vías no inflacionarias, de romper con la dependencia y modificar el cuadro en que se desenvuelven las relaciones económicas internacionales, de hacer que el Estado, al fin capitalista, contrarreste con decisión y eficacia las más graves fallas de los capitalistas privados; de movilizar activamente los recursos

disponibles y absorber, en particular, la fuerza de trabajo, y en última instancia de hacer crecer con mayor celeridad y utilizar el excedente con cierta racionalidad.

Lo que el capitalismo monopolista puede hacer es desarrollarse en la forma anárquica, inestable y desigual en que lo hace, en medio de la inflación y el desempleo, de la corrupción y la injusticia, superando transitoriamente ciertos desajustes para caer en otros aún más graves, y haciendo que los obreros trabajen y produzcan más para que los ricos ganen más, incrementen sus fortunas y afiancen el poder oligárquico.

La situación de México, a estas horas, es el mejor y más dramático testimonio en tal sentido. Pese a que nunca fueron tan altas las ganancias de los empresarios ni tan rápido el ritmo de concentración del capital, o sea de que hay dinero y al menos teóricamente la posibilidad de darle un mejor uso, el Estado no oculta su impotencia y aun se queja de carecer de fondos para atender servicios básicos; se endeuda sin medida en el extranjero y recurre incluso a la emisión de medios de pago, mientras la burguesía nacional y extranjera —incluidos no pocos altos funcionarios y exfuncionarios públicos— despilfarra irresponsablemente el excedente potencial que, en otras condiciones, podría asegurar a la nación un desarrollo realmente autónomo. Y cuando se decide a obtener mayores ingresos, el gobierno renuncia una vez más a la realización de una reforma fiscal que grave a los grandes capitalistas, y temeroso de que el descontento de las masas populares se extienda, se limita a afectar principalmente a sectores intermedios de la población urbana, que en parte pueden pagar un poco más sin mayores sacrificios, y en parte carecen de los medios y de la organización para protestar y oponerse enérgicamente a tal política.

TEORÍA Y DESARROLLO DEL CAPITALISMO  
MONOPOLISTA DE ESTADO<sup>1</sup>

Es Lenin el teórico marxista que por primera vez emplea el término "capitalismo monopolista de Estado", como una categoría esencial en su teoría del imperialismo. ¿En qué consiste esta categoría?

Para comprender mejor su alcance y las condiciones históricas en que surge quizás sea útil recordar la secuela del análisis leninista:

El imperialismo surgió como el desarrollo y la continuación directa de las características fundamentales del capitalismo en general [...]. Lo fundamental de este proceso, desde el punto de vista económico, es el desplazamiento de la libre competencia capitalista por los monopolios [...]. Estos, [...] que surgieron de la libre competencia, no la eliminan sino que existen por encima y al lado de ella, engendrando así contradicciones, fricciones y conflictos muy agudos e intensos [...].<sup>2</sup>

"Por lo que a Europa se refiere, se puede fijar con bastante exactitud el momento en que el nuevo capitalismo vino a sustituir *definitivamente* al viejo: ello ocurrió a principios del siglo xx",<sup>3</sup> como resultado del proceso que sigue:

- 1) De 1860 a 1880, culmina el desarrollo de la libre competencia. Los monopolios se encuentran en un estado embrionario apenas perceptible";
- 2) Después de la crisis de 1873 [se inicia] un largo período de desarrollo de los cárteles, los cuales todavía constituyen la excepción[...];

---

<sup>1</sup> Fragmento de un artículo publicado en el número 2 de la revista *Estrategia*. México, marzo-abril de 1975.

<sup>2</sup> V. I. Lenin, "El imperialismo etapa superior del capitalismo", *Obras completas*, tomo XXIII, Editorial Cartago, p. 386.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 318.

- 3) Durante el [...] auge de fines del siglo XIX y la crisis de 1900 a 1903, los cárteles se convierten en una de las bases de toda la vida económica. El capitalismo se ha transformado en imperialismo.<sup>4</sup>

Podría decirse, en tal virtud, que la conversión del capitalismo premonopolista en capitalismo monopolista o imperialismo en Europa, según Lenin, toma aproximadamente tres décadas. En una primera etapa, que se extiende de 15 a 20 años, el imperialismo funciona como capitalismo monopolista *simple*; pero a partir de ahí sufre un profundo cambio y se convierte en capitalismo monopolista de Estado. Lenin escribe:

El capitalismo mundial [...] que a principios del siglo XX se transformó en capitalismo *monopolista*, es decir, en imperialismo dio un gran paso *adelante* durante la guerra, no sólo hacia una mayor concentración del capital financiero, sino también hacia su transformación en *capitalismo de Estado*.<sup>5</sup>

En su "Informe sobre la situación actual", en abril del mismo año, Lenin añade:

El control de la industria por el Estado ha hecho progresos en Inglaterra, así como también en Alemania. El monopolio en general ha evolucionado hacia el monopolio de Estado [...]. La guerra ha acrecentado el desarrollo del capitalismo, el cual ha avanzado de capitalismo hacia imperialismo, de monopolio hacia control por el Estado [...].<sup>6</sup>

Al comentar y defender poco tiempo después la posición anterior, Lenin expresa:

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 320.

<sup>5</sup> V. I. Lenin, "Un viraje en la política mundial", *Obras completas*, tomo XXIV, p. 289.

<sup>6</sup> V. I. Lenin, *Obras completas*, tomo XXV, p. 184.

Las condiciones objetivas de la revolución socialista que indudablemente existían antes de la guerra, en los países más avanzados y desarrollados, han seguido madurando con una rapidez extraordinaria a consecuencia de la guerra. La pequeña y la mediana empresa han sido desplazadas y arruinadas. La concentración e internacionalización del capital asumen proporciones gigantescas. El capitalismo monopolista se convierte en capitalismo monopolista de Estado [...].<sup>7</sup>

Y en la resolución que se adopta con base en el examen antes mencionado, se hace notar que:

En un régimen de propiedad privada de los medios de producción todos esos pasos hacia una mayor monopolización y control de la producción por el Estado, van acompañados inevitablemente de una intensificación de la explotación del pueblo trabajador [...].<sup>8</sup>

En "La guerra y la revolución", Lenin agrega nuevos elementos que refuerzan y enriquecen su análisis. Refiriéndose al capitalismo alemán, al de Norteamérica y otros países que hacia fines del siglo XIX se enfrentaban al tradicional poderío anglo-francés, escribe:

Este grupo introdujo los comienzos del control por el Estado de la producción capitalista, fusionando la fuerza gigantesca del capitalismo con la fuerza gigantesca del Estado en un solo mecanismo y enrolando a decenas de millones de personas en una sola organización del capitalismo de Estado.<sup>9</sup>

En vísperas ya de la revolución de octubre, en su famoso escrito "La catástrofe que nos amenaza y cómo luchar contra ella", declara:

---

<sup>7</sup> *Ibid.*, tomo XXV, p. 267.

<sup>8</sup> *Ibid.*, tomo XXV, p. 273.

<sup>9</sup> *Ibid.*, tomo XXV, pp. 385-86.

No cabe término medio [...] La dialéctica de la historia es tal que la guerra, al acelerar extraordinariamente la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado, *con ello impulsa extraordinariamente a la humanidad hacia el socialismo.* [...] el capitalismo monopolista de Estado es la completa preparación *material* para el socialismo, la *antesala* del socialismo, un peldaño de la escalera de la historia entre el cual y el peldaño llamado socialismo *no hay ningún peldaño intermedio.*<sup>10</sup>

Y comprendiendo que en la nueva fase del capitalismo difícilmente podrá avanzarse si no se entiende el carácter y el rol del Estado, el propio Lenin escribe:

El problema del Estado adquiere, en la actualidad, particular importancia, tanto en lo referente a la teoría como a la política práctica [...] La lucha por liberar a las masas trabajadoras de la influencia de la burguesía en general y de la burguesía imperialista en particular es imposible sin una lucha contra los prejuicios oportunistas referentes al «Estado».<sup>11</sup>

En resumen, en la teoría leninista del capitalismo monopolista de Estado, parece esencial lo siguiente:

- 1) Es una fase en el desarrollo del imperialismo, no una simple modalidad o rasgo secundario o pasajero. Una fase específica que entraña “un paso *adelante*” en el proceso histórico, a la vez que una transformación muy importante del capitalismo;<sup>12</sup>

<sup>10</sup> *Ibid.*, tomo XXVI, pp. 444 y 442.

<sup>11</sup> V. I. Lenin, prólogo a “El estado y la revolución”, *Obras completas*, tomo XXVII, pp. 13 y 14.

<sup>12</sup> “El imperialismo incipiente era en lo fundamental un capitalismo monopolista privado. El de nuestros días es un capitalismo monopolista de Estado.” “El actual capitalismo monopolista de Estado es el desarrollo natural de las leyes immanentes del capitalismo en su última fase [...] es un peldaño de la fase imperia-



- 2) Es un fenómeno que no sólo entraña el reforzamiento de la concentración y el monopolio en general sino del monopolio controlado por el Estado;
- 3) Es un proceso que implica el crecimiento del aparato estatal y la intervención cada vez mayor del Estado en la economía, incluida la esfera propiamente productiva, así como la creciente explotación,

---

lista del capitalismo, es una forma nueva y más desarrollada del capital monopolista [...], la forma actual del desarrollo de las relaciones capitalistas y el intento de mantenerlas [...]" V. A. Cheprakov, *El capitalismo monopolista de Estado*, Editorial Progreso, Moscú (sin fecha de publicación), pp. 9, 12 y 13.

El carácter del capitalismo monopolista de Estado como una fase determinada del imperialismo es subrayado por otros autores: Varga, por ejemplo, la considera expresamente como tal. (Véase *Economía política del capitalismo*, México, 1972, p. 48). E. Mandel, por su parte, señala: "Los orígenes del fenómeno se ligan precisamente al conjunto de las características de la fase de decadencia del capitalismo que hemos enumerado. La economía política de esta fase tiende a asegurar a la vez al consumo y a la inversión una mayor estabilidad que en la época de la libre competencia o que durante el primer estadio del capitalismo monopolista [...]" *Tratado de economía marxista*, México, 1972, tomo II, p. 147.

Boccarda trata también al capitalismo monopolista de Estado como una fase del desarrollo capitalista y de su crisis general, como una fase que "[...] sucede, dentro del estadio imperialista, al capitalismo monopolista simple, bajo la presión de la lucha de clases y de la competencia con el socialismo", y en la que "[...] los monopolios privados refuerzan su dominación con la ayuda decisiva del Estado. Podría decirse que se trata de un capitalismo monopolista al cuadrado." (Véase: "Qu'est que la crise du capitalisme monopoliste d'Etat", *Economie et Politique*, diciembre de 1972, No. 221, pp. 7 y 11).

Y Antonio Pesenti dice al respecto: "De modo que el capitalismo monopolista de Estado, según una interpretación extensiva, no sería ya sólo una nueva característica que se desarrolla en el imperialismo maduro (especialmente después del inicio de la crisis general de capitalismo) y que se agrega a las otras, sino que a pesar de esto, es dominante y conforma a todas las demás; pero más aún, es una nueva y más avanzada «fase» del imperialismo [...]" "Capitalismo monopolista de Estado y empresa pública", *Revista Investigación Económica*, México, abril-junio de 1974, p. 199.

por parte del Estado, de las grandes masas de trabajadores asalariados;

- 4) Bajo el capitalismo monopolista de Estado se produce una internacionalización del capital, que hace que las fronteras y las limitaciones nacionales de carácter legal resulten cada vez más débiles frente a los poderosos consorcios que tienden a extenderse por todas partes;
- 5) A la vez, sin embargo, bajo esta fase del imperialismo se produce una relación cada vez más estrecha e incluso una fusión de los monopolios capitalistas y el Estado en “un solo mecanismo” y “una sola organización”;
- 6) Las fuerzas productivas se socializan como nunca antes, lo que en el marco de las relaciones capitalistas y bajo el peso creciente de los monopolios tiende a agudizar las contradicciones del sistema, agrava la crisis capitalista y hace madurar las condiciones objetivas del cambio revolucionario, lo que convierte lo que hasta entonces fue una fase, *superior* del desarrollo del capitalismo, en la *última*, o sea la inmediata anterior al socialismo.

### *El desarrollo del capitalismo monopolista de Estado*

Parece haber un acuerdo básico en cuanto a que la primera guerra mundial coincide con, y en cierto modo influye, en el inicio de esta nueva fase. Esto se explica porque el mecanismo del mercado, que entre 1907 y 1913 se había mostrado cada vez más incapaz para asignar los recursos productivos en forma medianamente adecuada, ante los reclamos aún más perentorios de la guerra y la amenaza que tanto ella como, a partir de 1917, la revolución de octubre entrañan para las grandes potencias, entre 1914 y 1918 exhibe limitaciones irrebasables. Aun los más poderosos monopolios no pueden por sí solos hacer crecer y movilizar con rapidez el potencial productivo, lo que hace que el Estado pase al primer plano en la lucha

propiamente militar y en la contienda económica. Y aunque su intervención no crecerá uniforme ni linealmente, a partir de entonces estará siempre presente y aún se ampliará cada vez más. La transformación del capitalismo monopolista de Estado se producirá, en lo fundamental, entre 1914 y 1944-45, o sea al concluir la segunda guerra mundial.<sup>13</sup> Por lo que podría decirse que el fenómeno se desenvuelve en cuatro periodos bastante bien definidos, a saber:

- 1) Los años de la primera guerra mundial (1914-18);
- 2) La década de posguerra, que después de los profundos desequilibrios ocurridos en 1919-23 y la relativa estabilidad del siguiente quinquenio, culmina con la crisis de 1929;
- 3) El decenio de depresión que se inicia en 1930 y se extiende de hecho hasta 1938; y
- 4) El sexenio 1939-45, o sea la etapa de la segunda guerra, a partir de la cual el capitalismo monopolista de Estado se consolida, desarrolla y generaliza con mayor rapidez.<sup>14</sup>

No podríamos recordar aquí la forma en que tal fenómeno se desenvuelve siquiera en los principales países europeos y en los Estados Unidos. Pero acaso debamos al menos señalar, por una parte, que no hay dos naciones en las que adopte la misma forma o el mismo ritmo, pues las peculiaridades históricas de cada una de ellas influyen en su desarrollo y le imprimen caracteres especiales, y por la otra, que el capitalismo monopolista de Estado no sólo se produce en los países más altamente desarrollados.<sup>15</sup>

---

<sup>13</sup> Véase el ensayo ya mencionado de Boccara, p. 12.

<sup>14</sup> En la Conferencia de los partidos comunistas y obreros celebrada en Moscú en 1960, se señala que "Las contradicciones del imperialismo han acelerado la transformación del capitalismo monopolista de Estado", *Economía política del capitalismo*, Autores varios, Moscú, p. 216.

<sup>15</sup> Lenin consideraba, por ejemplo, que el capitalismo en Rusia era ya monopolista en 1917 y que avanzaba hacia el capitalismo

Y lo inclusive necesario es que, junto a los elementos ya señalados de la teoría leninista, veamos cuáles son los principales rasgos del capitalismo monopolista en nuestros días, ya que así podremos comprender mejor el carácter de la presente etapa del capitalismo mexicano y saber si corresponde o no al capital monopolista de Estado.

### *Rasgos del capitalismo hoy en día*

En términos generales, podría decirse que el capitalismo de nuestros días se desenvuelve fundamentalmente en el marco y conforme a la teoría leninista; pero hay hechos que descubren nuevos rasgos resultantes del propio desarrollo del capitalismo, a la vez que formas específicas diferentes de las otras etapas, que sería un error menospreciar y todavía más grave tratar de acomodar dogmáticamente a la teoría clásica del capitalismo monopolista de Estado. Entre tales rasgos y formas estarían los siguientes:

- 1) El Estado participa crecientemente en forma directa e indirecta y aún se vuelve un instrumento indispensable para hacer posible el proceso de acumulación capitalista;
- 2) Ante la cada vez mayor inestabilidad del sistema y la incapacidad del mercado y los precios para emplear adecuadamente los recursos disponibles y en particular la fuerza de trabajo, el Estado se convierte en regulador y compensador tanto de las fluctuaciones cíclicas como de los desequilibrios económicos y aún sociales más diversos;
- 3) En parte debido a lo anterior el financiamiento público adquiere una enorme importancia, en dos sentidos: el apoyo del Estado a la empresa privada y, desde luego, a las grandes empresas gubernamenta-

---

monopolista de Estado. Y para ilustrar el hecho se servía del consorcio gubernamental del azúcar. Véase obra ya citada, tomo XXVI, pp. 440 y 441.

- les, y el respaldo creciente que a su vez, la empresa privada otorga al gobierno y a las empresas estatales;
- 4) Ante las exigencias del desarrollo y la influencia de la revolución técnico-científica, el Estado se convierte en sostenedor de múltiples centros de investigación y de enseñanza media y superior, a fin de disponer él mismo y de dotar a la empresa privada del creciente volumen de cuadros técnicos y profesionales que ambos requieren;
  - 5) El agravamiento de la tendencia a la sobreproducción resultante de la agudización de la contradicción fundamental del sistema (creciente socialización de la producción en un régimen de propiedad y apropiación privada), hace surgir nuevas y más complejas formas de integración monopolista a escala nacional e internacional;
  - 6) El reforzamiento del aparato estatal influye grandemente en el mercado de trabajo, en la estructura ocupacional y en la forma e intensidad de la lucha de clases;
  - 7) La cada vez más estrecha relación entre el capital monopolista nacional y extranjero y el Estado altera la composición, la fuerza relativa y aun el carácter mismo de la oligarquía;<sup>16</sup> y
  - 8) El Estado deja de ser una entidad meramente superestructural y se convierte en un instrumento económico de primer orden, así como en el principal defensor político del régimen capitalista.

---

<sup>16</sup> "La ensambladura de los monopolios con el Estado engendra ineludiblemente cambios en el carácter del capital financiero [...]" "En nuestros tiempos, el capital significa tanto la ensambladura de los monopolios industriales con los bancarios como la de unos y otros con el Estado [...]" "El capital financiero monopolista se erige en fuerza dominante en todos los eslabones decisivos de la actual reproducción capitalista [...]". Autores varios, *Economía política del capitalismo*, Editorial Progreso, Moscú, pp. 217 y 218.

## LA CRISIS ECONÓMICA Y EL CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO\*

### *La posición burguesa ante la crisis*

Hasta 1929 los economistas burgueses no se interesaron en explicar el fenómeno de la crisis. Bajo la influencia de la economía clásica inglesa y de la llamada "Ley de Say", según la cual «la oferta crea su propia demanda» —o sea que una y otra se igualan globalmente a cualquier nivel de producción y de empleo—, concebían al capitalismo como un sistema armonioso casi siempre en equilibrio y al que ocasionalmente perturbaban fluctuaciones menores y transitorias causadas por factores meteorológicos, psicológicos, monetarios o comerciales, que espontáneamente se corregían a través del mercado y el mecanismo de los precios.

El colapso sin precedentes de 1929 y la severa depresión que lo siguió a lo largo de casi un decenio sacudieron incluso a los economistas burgueses más insensibles. Ante la especulación desenfrenada de los monopolios, la caída vertical de la demanda y los precios, los excedentes de producción invendible, el déficit gubernamental y el desplome del sistema monetario, comercial y financiero del capitalismo, resultaba imposible esconder una realidad social que dejaba a millones de trabajadores sin empleo. Tocó prin-

---

\* Publicado en el número 3 de la revista *Estrategia*, México, mayo-junio de 1975.

principalmente a John Maynard Keynes, entre los economistas académicos de formación neoclásica, romper en cierto modo con su propia escuela en busca de una explicación que además de ayudar a comprender el alcance de la crisis, permitiera al capitalismo superarla. Y aunque Keynes se limitó a estudiar fenómenos de corto alcance y nunca situó el proceso económico en una adecuada perspectiva histórica ni llevó su examen más allá de unas cuantas relaciones macroeconómicas en cuya determinación seguían siendo fundamentales las «leyes psicológicas», a partir de la propia experiencia que las grandes potencias empezaban a vivir bajo la depresión, contribuyó a que mediante la política de crecientes inversiones y gastos improductivos, y especialmente de la militarización de la economía y la destrucción masiva provocados por la segunda guerra mundial, los niveles de producción y ocupación se elevaran sustancialmente.

Con la segunda guerra se inició un largo periodo de expansión que incluso haría pensar a no pocos economistas burgueses que el problema de la crisis había sido definitivamente resuelto. Sin comprender la dinámica de la producción capitalista ni el carácter del ciclo económico, y confundiendo a éste con un movimiento regular de altibajas no violentas en los niveles de actividad, bajo la influencia de la prosperidad reinante llegó a generalizarse la ilusión de que el «neocapitalismo», con sus nuevos y eficientes mecanismos reguladores, acabaría con las crisis y lograría un desarrollo estable y autosostenido. Y aunque economistas académicos como Hansen, en los años cuarenta, y Steindl, en los cincuenta, pensaron incluso que el desempleo tendería a agravarse y que la dificultad para realizar el excedente se traduciría en mayor capacidad ociosa y en condiciones depresivas, a la postre prevaleció la opinión de que el sistema, convertido en una armoniosa «economía mixta», en un «nuevo estado industrial» libre ya de los caprichos de los capitalistas, flexible y regido por una competente «tecnestructura», sería capaz de enfrentarse con éxito a sus viejos y más graves problemas.

Considerando la extensión de nuestros conocimientos con respecto a los ciclos industriales y [...] la ayuda del Estado, para los fines de alcanzar una prosperidad estable —diría en 1955 el economista norteamericano Arthur Burns—, es [...] razonable creer que estamos en condiciones de evitar las crisis profundas y duraderas en el futuro.

Y el presidente de una poderosa compañía de seguros en los Estados Unidos, K. Shenks, expresaría en el mismo tenor:

[...] las depresiones graves pueden ser evitadas [...]; [...] tenemos el mismo sistema de libre empresa que existía en la época de la gran depresión [...]. Sin embargo hay una diferencia importante: comprendemos mejor este sistema, contamos con varias formas fundamentales de regulación y hemos aprendido a demostrar iniciativa.<sup>1</sup>

Entre los años cincuenta y mediados de los sesenta el funcionamiento de la economía capitalista pareció confirmar tales pronósticos. En efecto, aumentaron sensiblemente la producción y el nivel de empleo así como la inversión, el volumen de la fuerza de trabajo, el comercio y el movimiento internacional de capitales. En Japón y Alemania Federal, y en ciertos periodos incluso en Francia, Italia, Suecia, España, Canadá y los propios Estados Unidos, al igual que en Brasil, Venezuela, México, Panamá y otros países latinoamericanos, los ritmos de crecimiento fueron altos, no habiéndose realmente producido fluctuaciones graves que amenazaran el proceso de expansión.<sup>2</sup>

La prosperidad, empero, no se logró ni se mantuvo es-

---

<sup>1</sup> Cit. por N. A. Tsagólov, en *Crítica de las teorías económicas reformistas y revisionistas de la burguesía contemporánea*, México, 1973, p. 165.

<sup>2</sup> En la economía norteamericana las principales fueron las registradas en 1947-48, 1953-54, 1960-61 y 1969-70.



pontáneamente: reclamó fuertes estímulos artificiales. Tras la enorme —y para el capitalismo, providencial— destrucción de capacidad productiva y en general de riqueza que implicó la segunda guerra, en los veinte años siguientes jugaron un papel dinamizador de primer orden el intento de impedir el triunfo de la revolución china, en 1945-49; el lanzamiento de la guerra fría y la cruzada anticomunista, sobre todo en 1946-55; el impulso a la reconstrucción europea a través del Plan Marshall y otros mecanismos (1947-50) y la intervención norteamericana en Corea (1950-53); la militarización sin precedentes de la economía, la introducción de nuevas técnicas y la reposición de grandes masas de capital fijo entre 1955 y 1965; la intervención norteamericana en Vietnam, la diseminación de centenares de bases militares en numerosos países, el costoso apoyo a decenas de gobiernos peleles, el aumento incontenible del crédito y la multiplicación del gasto improductivo.

### *Algunos rasgos significativos de la actual crisis*

Hasta mediados de los años sesenta la economía capitalista se expande con rapidez y sin mayores tropiezos. En 1963-64 se advierten en Francia los primeros signos de deterioro económico. En 65 empieza a aflojar la tasa de crecimiento en Alemania Federal, acentuándose tal tendencia en los dos años siguientes. Y aunque en círculos burgueses se insiste en que se trata de una crisis política pasajera y sin importancia, desde entonces puede preverse que el «milagro alemán» se acerca a su fin. En 1965-66 se inicia la «escalada» yanqui en Vietnam. En 67 se produce la devaluación de la libra esterlina y comienza a ensombrecerse el panorama monetario. En 1968 cobra impulso la especulación financiera y se abandona, de hecho, la convertibilidad del dólar en oro. En mayo de ese mismo año estalla la crisis política francesa —que la burguesía logra resolver en su provecho— y se multiplican en varios países los brotes de inconformidad de una «rebelión juvenil» que a menudo cuestiona seriamente al sistema. A partir de

1969 se revalúan varias monedas —entre otras el marco y el yen—, las que se dejan flotar en espera de condiciones que permitan restablecer cierto equilibrio en el mercado de cambios. En 1969-70 hay un nuevo breve receso en los Estados Unidos; y en 1970-71 se agudiza la crisis del dólar, cuando al sufrir Norteamérica el primer déficit comercial en lo que va del presente siglo, su balanza de pagos reporta un saldo desfavorable de casi 10 000 millones y oficialmente se admite la inconvertibilidad del dólar.

En 1970-71 se inicia lo que ha dado en llamarse *stagflation*, o sea una situación de estancamiento con inflación en la que, paradójicamente y contra todas las previsiones de la economía convencional, coinciden el creciente desempleo y la acentuación de severas presiones inflacionarias.

En 1972-73 se aviva la especulación en los más diversos campos, se ahonda el desequilibrio monetario y de balanza de pagos y aumentan en espiral el crédito bancario y las deudas públicas privadas. Desde el primero de esos años se advierte la escasez y el alza de los alimentos (trigo, cebada, centeno, y poco después arroz, azúcar, algodón, soya, frijol, maíz y otros) y de los fertilizantes químicos; y en 1973, ante el peso de una inflación al parecer incontenible y que el alza del petróleo sólo contribuye a agravar, se producen tensiones que exhiben la disminución de la liquidez y el debilitamiento de todo el sistema financiero, inesperadas bajas en las cotizaciones de valores y forcejeos entre patrones y trabajadores que, convencidos de que los controles de precios y salarios sólo son eficaces para frenar estos últimos, defienden su ya mermado poder de compra y se lanzan, sobre todo en países como Italia, Francia y aun Inglaterra, Japón y otros, a grandes huelgas y manifestaciones de protesta, sobre todo cuando, bajo la influencia cada vez mayor de ciertos factores depresivos, la *stagflation* empieza a convertirse en *slumpflation*, o sea en un peculiar receso en que la inflación persiste y aun se agrava en medio no ya solamente del estancamiento sino de un franco descenso de la actividad económica.

La actual crisis no es un fenómeno simple que pueda explicarse lineal o funcionalmente. En ella interactúan y se

entrelazan hechos diversos, económicos y no económicos, **internos** e internacionales, de corto y largo alcance. Y si bien cada uno de ellos ejerce una influencia que sería un error menospreciar, la crisis los rebasa aislada y conjuntamente. Por eso, así como no puede explicarse y menos aún atribuirse digamos a los altos precios del petróleo, las malas cosechas o la devaluación del dólar, tampoco puede hablarse de que estamos, no frente a una crisis profunda del capitalismo, sino ante desajustes meramente coyunturales, desconectados entre sí y del sistema socioeconómico que, en el fondo, los provoca.

Y lo que también parece obvio es que, con independencia de sus causas fundamentales, la crisis acusa ciertos rasgos y se caracteriza por desequilibrios y problemas que es útil deslindar para comprender mejor su alcance y naturaleza. Entre los más importantes cabría mencionar los siguientes:

Tendencia al aumento desmedido del gasto público, destinado en gran parte a fines improductivos y aún francamente destructivos, como ocurre con los presupuestos militares y los 150 mil millones de dólares que ya cuesta la guerra de Vietnam a los Estados Unidos;

Crecientes déficit financieros gubernamentales ante la imposibilidad de elevar los ingresos al ritmo de los gastos, que a menudo se cubren con emisiones monetarias y créditos internos que agravan la inflación;<sup>3</sup>

Inestabilidad monetaria, es decir: expansión desproporcionada de los medios de pago en circulación, especulación en el mercado de cambios, medidas res-

---

<sup>3</sup> Se estima que en el ejercicio fiscal de 1974-75, el déficit del gobierno norteamericano ascenderá, considerados ya los cortes a algunos gastos públicos anunciados por el Presidente Ford, a 35 mil millones de dólares. Véase: "La secesión generalizada en la economía capitalista internacional". IMPRECOR, Nos. 16-17, 3 de enero de 1975. Informaciones posteriores lo hacen llegar a más de 40 mil millones.

trictivas, devaluaciones, ruptura de las paridades entre unas monedas y otras y entre todas ellas y el oro;

Aumento sin precedente del endeudamiento interno y externo así como del crédito bancario destinado a cubrir el déficit gubernamental y a mantener altos niveles de demanda de bienes durables de consumo: viviendas, automóviles, televisores, artefactos, mecánicos para el hogar, etcétera;<sup>4</sup>

Debilitamiento del sistema bancario tanto a consecuencia del peso de los financiamientos improductivos y la reducción relativa de las reservas en efectivo y en valores de mayor circulación, como a la creciente presión de las empresas, al reducirse su liquidez y su capacidad de autofinanciamiento;<sup>5</sup>

Profundos desequilibrios de balanza de pagos e intensificación del desarrollo desigual capitalista y de la guerra comercial y financiera entre las grandes potencias, y entre éstas y los países subdesarrollados;

Agudización de inflación: rápidos y sostenidos aumentos de precios, maniobras especulativas, acaparamientos, situaciones de escasez artificial, concentración cada vez mayor de la riqueza y el ingreso con la consiguiente elevación del grado de monopolio y la reducción relativa del poder de compra real de los trabajadores;

---

<sup>4</sup> Las cifras se antojan realmente estratosféricas. En 1974, la deuda total de los Estados Unidos alcanzó 2.5 trillones de dólares, de los que un trillón correspondía a las empresas, 700 billones a los gobiernos federal, locales y municipales, 600 a créditos hipotecarios y 200 billones a préstamos a los consumidores. Según la propia fuente, en los casi treinta años de expansión de la posguerra, los norteamericanos han pedido prestado a razón de 200 millones de dólares diarios. *Business Week*, octubre 12 de 1974. Citado en "The Economic Crisis", *Monthly Review*, marzo de 1975, p. 6. (Las cifras de billones y trillones corresponden a la terminología inglesa.)

<sup>5</sup> Véase el interesante artículo de Paul M. Sweezy y Harry Magdoff, "Banks: Skating on thin ice", *Monthly Review*, febrero de 1975.

Generalización y elevación de las tasas de desempleo (en los Estados Unidos es ya del 8.7% de la fuerza de trabajo y la más alta desde 1941), controles de salarios, aumento del número de empresas en quiebra, cierres temporales de fábricas, suspensión de ciertas líneas y descenso en la utilización de la capacidad instalada en las ramas económicas más importantes. (Según diversas estimaciones, la producción no utilizada de dicha capacidad en los principales países capitalistas fluctúa actualmente entre el 20% y el 30%);

Y a consecuencia de todo lo anterior: fuertes altibajas en el nivel de actividad, desproporciones entre unas ramas y otras, descenso de las tasas de crecimiento y aun reducciones absolutas de las que hasta ahora fueron más dinámicas y aflojamiento del proceso de acumulación de capital, lo que hace pensar que el capitalismo entra a lo que puede desenlazar en una depresión no menos grave que la de los años treinta.

*¿Qué son las crisis económicas  
y cuáles son sus causas?*

\* Lo anterior nos ayuda a comprender el carácter de la actual crisis del capitalismo. Pero a fin de evitar confusiones y explicarnos claramente sus principales causas quizá no sea por demás recordar, en un breve y acaso inevitablemente árido paréntesis teórico, qué tipo de fenómeno son las crisis y qué las determina.

La producción capitalista no se desenvuelve uniforme, estable ni permanentemente. Lo hace en forma cíclica, en lapsos más o menos periódicos que recorren fases sucesivas estrechamente eslabonadas y cuya duración depende del ritmo de reposición del capital fijo. A un periodo de reanimación, de prosperidad generalizada sigue, ordinariamente, uno de auge. Pero éste, lejos de ser duradero, entra en profundas contradicciones que detienen la expansión y provocan una crisis, a partir de la cual se inicia la fase depre-

siva y la búsqueda de los correctivos que pongan fin al desequilibrio y hagan posible la iniciación de un nuevo ciclo.

[...] la crisis —según Marx— es, precisamente, el momento en que el proceso de reproducción se altera y se interrumpe [...] son siempre soluciones violentas que restablecen, por el momento, el equilibrio perturbado. O en las palabras de Dobb: “Una crisis opera como una catarsis y como un justo castigo, como el único mecanismo mediante el cual, dentro de esa economía, puede restablecerse el equilibrio una vez que ha sido roto”.<sup>6</sup>

O sea que las crisis son:

- 1) Fenómenos más o menos violentos y no situaciones que se desenvuelvan gradual y suavemente;
- 2) Mecanismos naturales, o sea propios del sistema, de ajuste o solución de ciertas contradicciones;
- 3) Hechos inevitables, pues el capitalismo no dispone de otro medio para enfrentarse a los desequilibrios que preceden y aun determinan la crisis, y
- 4) Fases o momentos especiales del ciclo —sin duda el principal— que a diferencia de los restantes juegan, a la vez, el papel de eslabón y de agente que rompe la unidad del proceso de reproducción.

¿Por qué decimos que son inevitables y qué es, esencialmente, lo que las determina? Para comprender su dinámica y su origen puede ser útil recordar ciertos aspectos de la producción capitalista, pues es ahí donde las crisis se incuban.

La producción bajo el capitalismo implica la reproducción ampliada y concretamente, la acumulación. Producir significa reponer en cada ciclo los bienes consumidos

---

<sup>6</sup> Carlos Marx, *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, México, 1944, tomo II, p. 495, y Maurice Dobb, *Economía política y capitalismo* México, 1940 pp. 123-105

y los medios de producción gastados así como añadir un excedente que expresa y a la vez resulta de la acumulación. Acumular, por su parte, consiste no sólo en convertir una porción de la plusvalía en capital, sino todo un proceso en el que al amparo de la competencia y el afán de lucro, el capital se concentra y centraliza hasta hacer del monopolio el eje de la producción y de la oligarquía la fracción más poderosa de la clase dominante. La producción no supone únicamente reponer los bienes físicos consumidos. Entraña, además, recrear de continuo las “[...] relaciones de producción [...] y las correspondientes relaciones de distribución.”<sup>7</sup> y en la medida en que el capitalismo reproduce tales relaciones, reproduce también las contradicciones que le son inherentes.

“El capital produce esencialmente capital, y para poder hacerlo no tiene más camino que producir plusvalía.”<sup>8</sup> Pues bien, para que ésta crezca y pueda impulsar la acumulación es preciso explotar una masa cada vez mayor de trabajadores, y sobre todo elevar la productividad de cada uno de ellos.

Para lograr esto último se requiere que el capital total empleado en la producción —tanto el variable (fondo de salarios) como el constante (materiales y medios de producción), aumente. Mas aquí surge una primera contradicción: al elevarse la productividad, si bien en términos absolutos siempre aumenta el capital variable, en términos relativos se expande más de prisa el constante, lo que trae consigo profundos cambios en la composición del capital.<sup>9</sup>

La primera relación que tiende a alterarse, concretamente a elevarse, es la que existe entre el acervo de medios de producción utilizados y la cantidad de trabajo vivo o

---

<sup>7</sup> C. Marx, *El Capital*, tomo III, Vol. II, p. 1015.

<sup>8</sup> *Ibid.*, tomo II, Vol. II, p. 1017.

<sup>9</sup> “[...] es una ley de la producción capitalista el que, conforme va desarrollándose decrezca en términos relativos el capital variable con respecto al constante y, por consiguiente, en proporción a todo el capital puesto en movimiento”, *ibid.*, tomo III, Vol. I, p. 226.

corriente que se requiere para ponerlos en acción, o sea lo que Marx denomina la composición "técnica" del capital. A consecuencia en cierto modo de ello aumenta también la composición "orgánica", esto es la relación entre el capital constante y el variable que entran en la formación del valor.<sup>10</sup>

Al elevarse la composición del capital, el capitalista tiende a aumentar también al máximo la valorización de ese capital, a incrementar la plusvalía por todos los medios a su alcance. Mas al crecer con mayor rapidez el capital constante que el variable y aumentar la composición orgánica, en tanto el grado de explotación de la fuerza de trabajo o sea la tasa de plusvalía ( $\frac{P}{v}$ ) se mantenga invariable, tiende a descender la tasa de ganancia, o lo que es lo mismo la relación entre la plusvalía y el capital total

$$\left(\frac{P}{v + c}\right)^{11}$$

La mayor productividad de los trabajadores determina, pues, por una parte el aumento y la alteración ya señalados en la composición del capital y la tendencia descendente de la tasa de ganancia, y por la otra el que ciertas leyes contrarresten la creciente demanda de mano de obra y se encarguen de que los salarios no suban, en ningún caso, más allá de ciertos límites. El intento de explotación del trabajo acentúa el decrecimiento relativo del capital variable y agudiza el desempleo, es decir, crea un exceso

---

<sup>10</sup> "[...] la composición técnica del capital [...] constituye la verdadera base de su composición orgánica." "La composición de valor del capital, en cuanto se halla determinada por su composición técnica y es un reflejo de ésta, es lo que nosotros llamamos la composición orgánica del capital." *Ibid.*, tomo III, Vol. I, pp. 190 y 191.

<sup>11</sup> La declinación de la tasa de ganancia no se produce fatal o inexorablemente. Actúa más bien "[...] como tendencia [...], como una ley cuya vigencia absoluta se ve contenida, entorpecida y atenuada por causas que la contrarrestan." *Ibid.*, tomo III, Vol. I, p. 291.



de trabajadores —superpoblación relativa— que no encuentran ocupación.<sup>12</sup>

Mientras, pese a tales contradicciones, la tasa de ganancia se mantiene a un nivel satisfactorio para el capitalista, la reproducción se intensifica y se desenvuelve, con fluctuaciones inevitables, aunque no especialmente graves. Pero como el aumento de la producción se hace descansar en la creciente productividad del trabajo y ello estimula la acumulación y la tendencia a graves desequilibrios mediante la mayor explotación de los obreros, se reduce la tasa de ganancia y empieza a rezagarse la demanda de ciertos bienes: los problemas se desplazan, podría decirse, de la esfera de la producción a la de la circulación, afectando la realización de la plusvalía y la continuidad del proceso productivo. Lo que claramente muestra que la crisis y la sobreproducción no son fenómenos ajenos a la dinámica misma de la acumulación, sino que son su consecuencia obligada en un régimen cuyo fin no es satisfacer necesidades sino obtener las mayores ganancias posibles de la explotación del trabajo asalariado.<sup>13</sup>

O sea que la crisis no obedece, como a menudo sugieren los infraconsumistas, los neopopulistas, y, desde luego, los economistas burgueses, a que la capacidad de consumo de las masas sea insuficiente o a que no crezca el mercado. Si bien la miseria y la incapacidad de los trabajadores de consumir lo que producen es, en *última instancia*, decisiva para explicar la caída de la tasa de ganancia y ciertas graves desproporciones en la estructura económica, la clave de la crisis está en las contradicciones internas del proceso

---

<sup>12</sup> "Cuanto más se desarrolla en un país el régimen capitalista de producción, más acusado se presenta en él el fenómeno de la superpoblación relativa." *Ibid.*, tomo II, Vol. I, p. 293.

<sup>13</sup> Como bien dice Leontiev: "Todo el mecanismo del modo capitalista de producción se quiebra bajo la presión de las fuerzas productivas que él mismo crea. En adelante ya no es capaz de transformar el acervo de medios de producción en capital, tales medios quedan ociosos y por ello el ejército industrial de reserva debe a su vez permanecer también ocioso." *Political economy*, New York, sin fecha de publicación, pp. 187-88.

de acumulación y concretamente en la forma en que, ante las variaciones y en particular el descenso de la tasa de ganancia se expresa la contradicción fundamental del sistema: carácter social de las fuerzas productivas y régimen privado de apropiación.<sup>14</sup>

Al llegar a cierto nivel, que en otras condiciones sería “absolutamente insuficiente”, la producción capitalista se detiene. “Se paraliza —observa Marx—, no donde lo exige la satisfacción de las necesidades, sino allí donde lo impone la producción y la realización de la ganancia”.<sup>15</sup>

Pero entendamos bien una cosa: el centro de la crisis no es la superproducción de mercancías. Es más bien la consecuencia de la superproducción de capital y de la forma en que ésta determina y a la vez se entrelaza con el ejército industrial de reserva, o sea la masa de trabajadores desocupados y subocupados.

La superproducción o sobreacumulación de capital no significa, desde luego, que se emplee más capital que el necesario para impulsar el desarrollo. Significa solamente que los medios de producción que se utilizan como capital, o sea para extraer plusvalía, exceden, a un nivel dado de explotación, los necesarios para asegurar una tasa de ganancia más abajo de la cual “[...] se producen perturbaciones y paralizaciones del proceso de producción capitalista, crisis y destrucción de capital.”<sup>16</sup>

---

<sup>14</sup> “[...] parece evidente —escribe al respecto Dobb— que para Marx la contradicción dentro de la esfera de la producción —la contradicción entre la creciente capacidad productiva, consecuencia de la acumulación, y la lucratividad decreciente del capital, entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción de la sociedad capitalista— es la parte esencial del problema.” *Ob. cit.*

<sup>15</sup> Y en otro pasaje agrega el mismo autor: “El verdadero límite de la producción capitalista es el mismo capital, es el hecho de que en ella son el capital y su propia valorización lo que constituye el punto de partida y la meta, el motivo y el fin de la producción, el hecho de que aquí la producción sólo es producción, para el capital y no a la inversa.” *Ibid.*, tomo III, Vol. I, pp. 317 y 318.

<sup>16</sup> *Ibid.*, tomo III, Vol. I, p. 314.

Y ¿cómo surge la crisis?

La reproducción capitalista es imposible sin la realización del producto. Lo que se produce no son simples valores de uso que se destinen directamente a satisfacer necesidades; son mercancías con valor de cambio —incluida desde luego la fuerza de trabajo— que se compran y venden en el mercado, y que en conjunto sólo pueden intercambiarse en tanto se mantengan ciertas proporciones entre la producción de bienes de producción y de consumo que hagan posibles la acumulación y la realización.

El logro de tales condiciones en un sistema en el que se produce anárquicamente con fines de lucro, cuya contradicción fundamental genera profundos desajustes entre la producción y el consumo y cuyo principal mecanismo de coordinación es el mercado, o sea la ley del valor, es todo menos sencillo.

El intercambio mercantil a base de compraventas en dinero crea la posibilidad de la crisis y de la sobreproducción general, a partir de la no correspondencia de la oferta y la demanda y el desdoblamiento de las compras y ventas:

“La crisis existe desde el momento en que esos dos procesos (producción y circulación) no se funden, sino que se independizan el uno del otro.” “Tan pronto como fracasa la venta aparece la crisis.” “Podemos pues, afirmar que la crisis, en su primera forma, es la metamorfosis de la misma mercancía, la disociación de la compra y la venta. En su segunda forma, la crisis nace de la función del dinero como medio de pago, donde el dinero actúa en dos fases distintas y separadas en el tiempo, en dos funciones diferentes.”<sup>17</sup>

En otras palabras, en la crisis se extreman y en cierto modo explotan las contradicciones que venían acumulán-

---

<sup>17</sup> C. Marx, *Historia crítica...*, tomo II, pp. 495-96, 497 y 498.

dose en las fases previas del ciclo y, concretamente, durante el auge, a partir del momento en que se acelera la “desvalorización” del capital y se interrumpe su reproducción y, por tanto, la rotación o circulación monetaria del mismo, pues la imposibilidad y aun la dificultad de vender rompen la continuidad del ciclo del capital o sea la unidad entre su fase propiamente productiva (en que se crea plusvalía) y aquellas que corresponden a la esfera de la circulación (en que la plusvalía solamente se realiza y redistribuye).

Son tales contradicciones y antagonismos —inherentes a un régimen de explotación de trabajo asalariado— los que determinan la crisis. La correspondencia entre la productividad y los salarios y el equilibrio entre la producción y el consumo sólo se encuentran en los textos apologeticos de los economistas burgueses. El consumo de los trabajadores, en particular, nunca corresponde a lo que producen. Pero lo que en el fondo provoca las crisis no es que aquéllos produzcan poco sino cada vez más, y que el sistema de explotación imperante les impida retener y emplear productivamente el fruto de su esfuerzo mientras una minoría privilegiada y parasitaria lo dilapida irracionalmente.

### *Crisis cíclicas, crisis general y capitalismo monopolista de Estado*

Hasta aquí hemos dejado de lado aspectos fundamentales de la dinámica del desarrollo capitalista, a largo plazo y concretamente en la fase monopolista, sin los cuales no es posible entender en forma adecuada el comportamiento del ciclo ni los factores que más influyen en la agudización de las contradicciones que determinan la presente crisis.

Hasta 1917 el capitalismo era el único modo de producción dominante en el mundo. En los países más atrasados seguían presentes —como todavía lo están en muchos de ellos— supervivencias precapitalistas que frenan el desarrollo de las fuerzas productivas, aunque, en una perspectiva histórica se hallaban ya en plena descomposición frente a

un capitalismo que se imponía con rapidez. Con la Revolución de Octubre en Rusia la situación sufrió profundos cambios, iniciándose una nueva etapa de transición al socialismo, así como una crisis general que a partir de entonces golpearía en forma cada vez más severa al capitalismo e influiría en la duración, alcance e intensidad de los ciclos económicos. Se denomina a esa crisis *general* porque no sólo afecta a uno o varios países aislados sino a todo el sistema capitalista en todos sus órdenes de actividad: la economía, la política, la cultura. Y su importancia radica en que al surgir el socialismo como un nuevo sistema, a las viejas contradicciones internas del capitalismo —que incluso tenderán a acentuarse—, se añade una, aún más grave y de carácter global: la contradicción capitalismo-socialismo, que exhibe la agudización e internacionalización de la contradicción burguesía-proletariado, ahora, en la forma de un enfrentamiento entre Estados con contenidos de clase antagónicos, y aun de largas luchas revolucionarias que, incluso antes de triunfar, serán vistas como una seria amenaza para la preservación del sistema.

La crisis general no es una constante, no es un fenómeno que se desenvuelva regular o uniformemente. Es más bien un hecho en el que se funde y expresa, de diversas maneras, un complejo de contradicciones que si bien históricamente tienden a ser cada vez más profundas, ni se manifiestan fatalmente en formas violentas ni se desenvuelven de manera lineal sino siempre dialéctica. La crisis general no es por otra parte, en un sentido estricto, propia del imperialismo, o sea de toda la fase monopolista: en rigor afecta al capitalismo monopolista de Estado.

Aparte de su carácter general y de los rasgos ya señalados, la crisis de que hablamos es un fenómeno crónico que se caracteriza por el derrumbe del sistema colonial y el avance de las luchas de liberación nacional, la creciente desproporcionalidad entre la producción y el consumo, el aumento de un desempleo que coincide a menudo con el desperdicio de buena parte de la capacidad de producción instalada, la cada vez mayor intervención directa del Estado en la esfera productiva, propia del desarrollo del

capitalismo monopolista de Estado; el creciente poderío de los monopolios y de la oligarquía y la intensificación y generalización de desequilibrios de todo orden, que expresan y a la vez contribuyen a ahondar la contradicción fundamental del sistema.<sup>18</sup>

Por lo que hace, concretamente, a su influencia sobre el ciclo podría destacarse, en primer lugar, que el desarrollo del capitalismo monopolista de Estado —sobre todo en su última fase—<sup>19</sup> modifica las contradicciones en que operan las leyes que rigen la producción capitalista, esto es: la ley del valor, del desarrollo desigual, de la acumulación de capital, de población y formación del ejército industrial de reserva, etcétera, así como los factores que condicionan el régimen de competencia, la productividad del trabajo y la correspondencia entre el crecimiento de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. En efecto, el capitalismo monopolista de Estado:

Intensifica como nunca antes la concentración y centralización del capital y eleva notablemente el grado de monopolización de la economía, lo que refuerza

---

<sup>18</sup> “[...] el capitalismo monopolista se transforma en capitalismo monopolista de Estado. Los monopolios, poderosas entidades de la economía capitalista, se apoderan del dominio político también y reúnen en sus manos la plenitud del poder. El dominio de la oligarquía financiera se extiende de la base capitalista a la superestructura estatal y el omnímodo poderío económico del capital monopolista se funde en un todo con su dictadura política.” M. Dragúilev, *La crisis general del capitalismo*, Moscú, 1960, p. 57.

<sup>19</sup> Especialmente los autores soviéticos han trabajado desde hace años en la periodización de la crisis general, distinguiendo tres etapas en su desarrollo. La primera comprende desde la revolución de octubre hasta la iniciación de la segunda guerra mundial, o sea el periodo de entreguerras. La segunda cubre los años cuarenta y la primera mitad de los cincuenta, y la tercera se extiende de entonces a nuestros días. La tendencia general más importante del proceso, visto en su conjunto, es la cada vez mayor y más profunda descomposición del capitalismo frente a la creciente pujanza del socialismo, el que en la última fase se afirma y convierte en un sistema mundial.

ciertas tendencias al estancamiento y, sobre todo, a una creciente inestabilidad que no excluye, sin embargo, rápidos procesos de crecimiento en ciertas ramas de la producción en determinados momentos y países;

Estimula artificialmente la demanda a través de gastos improductivos enormes (en una alta proporción, militares) que carecen de una necesaria contrapartida del lado de la oferta de bienes de producción y de consumo;<sup>20</sup>

Divorcia la formación de capital real del crecimiento desmedido del capital financiero o «ficticio»; con lo cual contribuye a retardar la crisis y a inflar la demanda cuando, de hecho, ya hay sobreproducción;

Agrava el llamado problema de “los mercados”, o sea la contradicción entre la producción y el consumo, al mantener, incluso en los periodos de auge, altas tasas de desempleo y de capacidad productiva ociosa;

Estimula una política de promoción masiva de ventas y extensión y modernización de una enorme red comercial y de servicios que obliga y hace posible mantener grandes inventarios o existencias de mercancías;

Promueve la activa y permanente presencia del Estado en el proceso de acumulación, con miras a compensar la insuficiencia y las erráticas fluctuaciones de la inversión privada, a facilitar la absorción

---

<sup>20</sup> La parte del producto que se destina a gastos militares “[...] no puede ser utilizada ni para el consumo productivo ni para el personal, pues es retirada del ciclo de reproducción [...]” “La militarización deforma en gran medida el carácter de la reproducción ampliada. En tanto que la reproducción ampliada de los medios de producción incrementa el capital real [...], la de armamento [...] o bien se destroza en los campos de batalla o bien queda inservible como armamento anticuado [...]” M. Dragulev, *ob. cit.*, p 284

del excedente o sea la realización de la plusvalía y a mantener una tasa de crecimiento económico mínimamente satisfactoria;

Convierte al Estado y a las empresas paraestatales en puntos de apoyo y factores permanentes de estímulo de la empresa privada, pues no sólo actúan como proveedores de bienes y servicios, compradores en grande escala, promotores, coordinadores, etcétera, sino que sostienen una costosa infraestructura y aún ramas básicas de la industria, antes en manos de particulares, así como una política monetaria, fiscal, de inversión pública, de financiamiento y precios que tiende a contrarrestar la elevación de la composición orgánica de los grandes monopolios privados y a aumentar sus tasas de explotación, sobre todo cuando la tasa de ganancias baja o tiende peligrosamente a declinar;

A través de la revolución tecnológica, y, concretamente, de la automatización de numerosos procesos, influye en el logro de niveles de eficiencia y productividad cada vez más altos, que sin embargo conforme a la extraña lógica de la acumulación capitalista, van acompañados de cada vez menores posibilidades relativas de empleo.

En fin, la creciente internacionalización del capital y la expansión de los conglomerados transnacionales facilita la diseminación de la crisis, limita la eficacia de las medidas anticíclicas de alcance meramente nacional, modifica los patrones de intercambio comercial y de división internacional del trabajo y altera y vuelve más complejas las formas que adoptan la dependencia y el subdesarrollo.

En cuanto a los hechos que más de cerca influyen en la reproducción del capital fijo, podría decirse que:

Se acorta el ciclo, y al menos desde los años cuarenta hasta fines de los sesenta tienden a suavizarse tanto las fases de auge como las de declinación;



Se acortan también, gracias al empleo de técnicas más eficientes, los periodos de construcción y puesta en marcha de las nuevas plantas industriales;

Se elevan las tasas de obsolescencia, sobre todo en algunas de las actividades más dinámicas y en que la competencia monopolística es más severa;

Aumentan asimismo las tasas de depreciación, incluso muy por encima de los coeficientes reales de desgaste de la maquinaria y equipo; aunque a últimas fechas la inflación ha provocado a menudo situaciones inversas, al elevar los costos de reposición hasta niveles que exceden en mucho el monto real de las reservas de depreciación;

Se presta mayor atención a la modernización que a la inversión propiamente nueva, lo que a menudo permite aumentar la producción más de prisa y con menores costos; y

Se reducen, en general, los periodos de gestación de las inversiones.

Todo lo cual acelera la renovación del capital fijo, aunque en un marco en que también se abrevian las fases de expansión; en que la prosperidad no desenlaza, con frecuencia, en un auge propiamente dicho, y en que la tendencia a la sobreproducción, aunque en general menos explosiva que por ejemplo en los años treinta, se observa a cada momento y aun se agudiza gravemente, como ocurre desde hace dos años.<sup>21</sup> Y la acentuación de la crisis cíclica repercute, a su vez, en la profundización de la crisis general del sistema.

### *Naturaleza y perspectivas de la presente crisis*

A estas horas parece claro que la crisis por la que atravesamos no es un desajuste circunstancial o de coyuntura.

---

<sup>21</sup> Véase al respecto el interesante ensayo de E. Varga, *Politico-economic problems of capitalism*, Moscú, 1968, sobre todo de las pp. 228 a 239.

Es una crisis de sobreproducción —o sea la fase en que concluye y a la vez empieza a gestarse un nuevo ciclo— sin duda de mayor profundidad que las que la precedieron en los tres decenios de postguerra. Es una crisis que se produce después de un periodo de expansión que, pese a haber sido interrumpido por leves recesos en varias ocasiones, constituyó en realidad una «onda larga» de prosperidad, sin precedentes desde los años de la primera guerra mundial. Y es además una crisis global que afecta al sistema capitalista en su conjunto y concretamente a las grandes naciones imperialistas y que, a diferencia de las ocurridas en las décadas de 1950 y 60, que tuvieron modalidades muy diversas y aun no afectaron a ciertos países, exhibe rasgos comunes que comprueban su mayor extensión y profundidad.

La crisis, por otra parte —y en ello parece haber amplió acuerdo— es *estructural*, aunque a veces no es fácil saber, exactamente, lo que esto significa. La duda surge porque toda crisis cíclica es estructural, es decir: consustancial, orgánica, inherente al sistema y al proceso de reproducción capitalista, que como se sabe, reproduce las relaciones de producción mismas, o sea la estructura económica que, en su desarrollo anárquico y contradictorio, genera las crisis. En tal sentido la presente crisis es, sin duda, estructural, pero también lo fueron las previas y lo ha sido y seguirá siendo la crisis general del capitalismo. Lo que en otras palabras significa que no avanzamos mucho al decir que la crisis es estructural.

Y las cosas se complican cuando se advierte que, entre los propios economistas marxistas hay criterios diferentes, que en parte reflejan la influencia de realidades concretas (nacionales, por ejemplo) distintas, y en parte descubren enfoques diversos que muestran que la interpretación marxista de la actual crisis y aun de la fase del capitalismo en que se produce, no se contiene en un esquema simplista y único que pueda aplicarse dogmáticamente.

Tan sólo para sustanciar lo anterior podríamos recordar que:

- 1) Algunos economistas sostienen que la presente crisis no sólo confirma que el capitalismo lleva al estancamiento sino que demuestra que, de no haber sido por los enormes gastos improductivos y en particular por los gastos militares principalmente de los Estados Unidos, el sistema se habría hundido desde hace tiempo en la depresión más profunda de su historia pues la tendencia al estancamiento se intensifica en la fase monopolista debido al enorme poder de los grandes consorcios para “controlar precios y salarios en su beneficio” (lo que Baran-Sweezy llaman la tendencia del excedente, y sobre todo del excedente potencial, a crecer). Y si bien hay fuerzas contrarrestantes que incrementan en forma artificial el poder de compra de las masas y estimulan a los empresarios con una inflación crónica que les asegure precios y resultados ventajosos en sus inversiones —lo que básicamente se ha logrado mediante una política de expansión monetaria, ampliación desmedida del crédito y manejo de un gasto público deficitario y favorable a los monopolios—, la inflación que “hasta ahora fue un tónico empieza a ser un tóxico” y a mostrar que el capitalismo no puede desenvolverse fácilmente ni con ella ni sin ella.<sup>22</sup>
- 2) La posición antes resumida cae —según ciertos autores— en la vertiente de los teóricos del estancamiento y tiende a menospreciar dos aspectos del desarrollo capitalista, a saber: la variación del nivel de empleo resultante de la acumulación de capital en su conjunto y el desenvolvimiento de la lucha de clases. Y desde otro ángulo subestima la influencia de la internacionalización de la producción capitalista —y

---

<sup>22</sup> Véase los artículos: “Capitalism for Worse”, “Keynesian Chickens Come Home to Roost” y “The Economic Crisis” de Paul M. Sweezy y Harry Magdoff, aparecidos en *Monthly Review* de febrero y abril de 1974, así como “Inflation” y “Stagflation”, de Jacob Morris, publicados por la misma revista en septiembre de 1973 y diciembre de 1974.

en particular de los grandes monopolios norteamericanos— así como el papel compensador del Estado y, sobre todo, de la creciente explotación del trabajo dentro y fuera de los Estados Unidos.<sup>23</sup>

- 3) Otros autores convienen en que la actual es una crisis de sobreproducción: la primera desde antes de la Segunda Guerra que afecta al capitalismo en su conjunto; que en los últimos dos años ha pasado del estancamiento con inflación (*stagflation*) al receso con inflación (*slumpflation*) y que, por las condiciones en que se produce, promete ser acaso más larga y severa —aunque distinta— a la de los años treinta, lo que hace pensar que si bien el sistema seguirá operando cíclicamente, agotados ya los factores de expansión de los últimos decenios y no pudiendo fácilmente recurrir a las «soluciones» de hace cuatro décadas— el proceso de reproducción estará sometido a fuertes factores depresivos.<sup>24</sup>

Entre quienes subrayan especialmente el carácter estructural de las crisis se escuchan opiniones como ésta:

“Lo que parece estar detrás, abajo de la crisis cíclica, es la crisis estructural de todo un modelo de desarrollo a nivel mundial [...]” “[...] lo que enfrentamos no es un simple periodo de reestructuración y, gracias a ésta, de renovación del sistema (un periodo similar al de los años cincuenta). Se trata de una crisis de todo un equilibrio económico, social, cultural, más allá de la cual el desarrollo capitalista

<sup>23</sup> Véase: “Le développement des monopolies et la tendance a la stagnation: elements pour une critique des theses stagnationnistes americaines”. *Critiques de l'Economic Politique*.

<sup>24</sup> Véase por ejemplo los artículos: “Nuevos elementos para una interpretación de las crisis cíclicas” y “La recesión generalizada de la economía capitalista internacional”, ambos de Ernest Mandel, el primero publicado en *Bandera Roja*, México, febrero de 1975, y el segundo en IMPRECOR, Nos. 16 y 17, de enero de 1975.

podría recuperarse seriamente —siempre que pueda recuperarse— solamente después de una transformación profunda, larga y dolorosa”.

“No faltarán en esta crisis coletazos, momentos de recuperación, procesos vistosos de reestructuración, pero en un cuadro general de estancamiento y de dificultades crecientes.”<sup>25</sup>

- 4) Y ¿cuál es la característica más notable de la actual crisis? “Yo pienso, comenta Gunder Frank, que se trata de una crisis de acumulación clásica, aunque [...] puede tratarse de una crisis de acumulación que se injerta en una fase de decadencia del sistema [...]”, “[...] pienso en un largo periodo de crisis, análogo, pero no igual, al de los años 1914-45 [...]”.

Y Samir Amin, expresa: “[...] para nosotros se trata de una crisis estructural en el sentido auténtico del término; no de una crisis coyuntural ni de una fase recesiva normal, ni de una exigencia de simples reajustes [...] Se trata de una crisis que afecta el actual modelo de acumulación, su base de consenso social, el equilibrio entre el modo de producción capitalista y las áreas periféricas internas y externas. Una crisis, en resumen, que pone en tela de juicio modos de producción, cuadro político y sistemas de alianzas sociales [...]”.<sup>26</sup>

Pero de nuevo surgen no pocas dudas. Para Frank y Amin la crisis estructural no es un nuevo fenómeno ni tampoco un rasgo que siempre haya acompañado al capitalismo, al menos en su etapa imperialista. Ambos y más claramente el segundo de ellos, consideran que la *crisis estructural* es una fase larga y podríamos decir, recurrente, que en el desarrollo capitalista sucede y separa a las fases de expansión.

Según Amin, “[...] cada fase de crisis estructural consti-

<sup>25</sup> Véase: “El Manifiesto: El nuevo carácter de la crisis capitalista”. *Cuadernos Políticos*, No. 2, México, octubre-diciembre de 1974.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 33.

tuye una fase —en las palabras de Frank, de «desajustes y reajuste»— de tránsito de un modelo de acumulación a otro. La crisis implica una desaceleración del crecimiento, una agudización de la lucha de clases” pudiendo decirse que, desde mediados del siglo pasado ha habido cuatro bien definidas: la de 1840-50, 1870-90, 1914-48 y la que se inicia en 1967.

“Lo que se ha llamado el capitalismo monopolista de Estado queda sin embargo —para el autor— como algo ambiguo, pues no se trata de una fase nueva, cualitativamente diferente de la monopolista [...]”.<sup>27</sup>

El debilitamiento del imperialismo, sobre todo norteamericano, la creciente influencia de los países no alineados y la consolidación del sistema socialista, desde la Unión Soviética hasta Cuba, y la extensión de dicho sistema al incorporar a los heroicos pueblos de Vietnam del Sur y Camboya;

La agudización de la lucha de clases, la que no sólo se expresa en la multiplicación de los conflictos obrero-patronales y en la decisión de los trabajadores de numerosos países de no cargar con todo el peso de la crisis, sino en avances organizativos y en la creciente influencia del marxismo-leninismo en prácticamente todo el mundo capitalista.

La lucha de clases se desdobra en múltiples contradicciones, en contradicciones entre el proletariado y la burguesía, entre ésta y aquél y los sectores intermedios, propiamente pequeñoburgueses; entre fracciones de la propia burguesía; entre las clases dominantes de cada una de las grandes potencias y la de todas ellas con las de los países dependientes y, en particular, subdesarrollados, y entre el capitalismo en su conjunto y, sobre todo, los principales países imperialistas y el socialismo, y desde luego las lu-

---

<sup>27</sup> Véase: Samir Amin, “*Vers une nouvelle crise structurelle du système capitaliste?*” Minuit 9, París, mayo de 1974, y la versión revisada del mismo en mayo: “Une crise structurelle”, en *La Crise de l'imperialisme*, Paris, 1975.

chas genuinamente revolucionarias que amenacen seriamente el orden social imperante.

Sería ocioso examinar en abstracto e incluso un poco en el aire, sin referencia a ninguna realidad concreta, cómo podrían desenvolverse tales contradicciones en un futuro más o menos cercano, y audaz y poco útil anticipar, en unas líneas y a partir de una tosca y superficial generalización, lo que podría ocurrir en Latinoamérica o siquiera en México, pues ello requeriría de un examen medianamente serio en un artículo por separado.

Pero lo que ya está ocurriendo es muy perjudicial para los países subdesarrollados. Los miembros de la OPEP han logrado acaso por primera vez en la historia, imponer a las grandes potencias precios remuneradores que éstas se negaron siempre a pagar, mas en estos momentos empieza ya a sentirse el impacto de una respuesta que era de esperarse: rápidos aumentos de precios de la maquinaria y equipo, de los productos petroquímicos y de muchas otras manufacturas que aquellas exportan; reducción, en cambio, en los precios de alimentos y materias primas que proceden de los países subdesarrollados, con el consiguiente deterioro en la relación de intercambio, enormes desequilibrios de balanza de pagos y crecientes dificultades de financiamiento, pues incluso el grueso del excedente financiero obtenido por los exportadores de petróleo está ya en poder de los grandes países capitalistas y sólo 2 000 millones de dólares —de un total de 60 000 acumulados en 1974— se han destinado hacia el mundo subdesarrollado.

El curso que a partir de aquí tome la crisis del capitalismo monopolista de Estado y la medida y manera en que pueda convertirse en una crisis revolucionaria que permita actuar sobre, y, en un sentido histórico profundo, superar la contradicción fundamental del capitalismo, dependerán de las condiciones y el grado de desarrollo económico de cada país, y principalmente de sus condiciones políticas y del nivel de organización de los trabajadores y, en general, de las fuerzas revolucionarias.

A partir de esas variables la presente crisis se resolverá, dadas las profundas desigualdades entre unos países y otros,

de los modos más variados, desde aquellos que impliquen el abandono de la legalidad y la democracia burguesa y aun el recurso a la violencia propiamente fascista, como condiciones para restablecer la «normalidad», hasta los que supongan fórmulas intermedias basadas en nuevas variantes que correspondan a desplazamientos económicos y reacomodos de fuerzas políticas, a escala interna e internacional, e incluso, como está ya ocurriendo en Vietnam del Sur y Camboya y seguramente acontecerá en otros países en los próximos años, las crisis también se resolverán a partir de rupturas revolucionarias profundas que culminen en la conquista del poder y la transición al socialismo.

Según la situación imperante en cada país, la oligarquía, y en general la burguesía, tratarán de imponer las soluciones que más convengan a sus intereses. Y dado el cada vez más alto nivel de organización y de conciencia política de los trabajadores, en muchos países no les será fácil hacerlo. En cambio, en donde el proletariado siga políticamente desorganizado y sometido a la ideología burguesa y a un reformismo pequeñoburgués que todavía abriga la pueril ilusión de un capitalismo sin explotadores que imponga la igualdad y la justicia, aunque formalmente y en apariencia se conserve una fachada democrática, las cosas no serán favorables para las grandes mayorías. Solamente donde avance la lucha revolucionaria, donde los problemas económicos y el enfrentamiento a la crisis se sitúen en planos políticos —y no meramente economicistas— y como una fase específica de la lucha por el poder; sólo donde se formulen nuevos programas que ayuden a fraguar una genuina alternativa revolucionaria, se abrirá la perspectiva, no de resolver de inmediato la crisis —que es insoluble bajo el capitalismo—, sino de agudizar sus contradicciones y desbrozar el camino que, a partir de las condiciones propias de cada país, permita avanzar en la forja de una estrategia y una táctica que conduzcan al poder y al socialismo.

En torno a lo cual cabría plantear nuevas interrogantes: ¿Acaso las fases de expansión no son también estructurales?



De no ser así, ¿por qué? Y de serlo, ¿en dónde radicaría la diferencia fundamental entre tales fases y las de crisis? ¿Es correcto tomar como una etapa de crisis estructural la que va de 1914 a 48? ¿No fueron los años 1921-29, y el periodo ligado a la Segunda Guerra y la iniciación de la guerra fría, de expansión? ¿O es que la guerra es un elemento exógeno, extraño a la dinámica del imperialismo? ¿Cómo, entonces, explicar la expansión siguiente, sin considerar la guerra «fría», la de Corea, la del Cercano y Medio Oriente y, sobre todo la de Vietnam y Camboya, que para los Estados Unidos ha sido económicamente incluso más costosa que la Segunda Guerra Mundial? ¿Hasta dónde podemos decir que lo esencial de la presente crisis es “el tránsito de un modelo de acumulación —o un cuadro de industrias motrices— a otro”, cuando, en rigor, a lo largo de toda la fase imperialista y aún bajo el capitalismo premonopolista se han producido cambios análogos y continuos desplazamientos de unas actividades por otras más dinámicas, con los consiguientes reajustes en el comportamiento económico y aun político y social del sistema a escala nacional e internacional? En fin ¿por qué prestar tanta atención a ciertos cambios en la estructura de la producción, mientras el capitalismo monopolista de Estado se ve como un elemento secundario pese a su enorme importancia en el proceso de desarrollo y en la conformación de la oligarquía y del “modelo de acumulación” en boga en cada país?

Otro es el sentido que se da a lo *estructural* cuando así se califica concretamente a la crisis por la que atraviesa Latinoamérica, y otro más el que sugiere por ejemplo, Paul Boccara, cuando al atribuir tal carácter a la presente crisis ve en ella una nueva etapa de la crisis general y del capitalismo monopolista de Estado, así como una crisis de éste que se manifiesta, entre una etapa previa de sobreacumulación, que además de haber producido ya cierto descenso en la tasa de ganancia amenaza con caídas aún más severas, exhibe la incapacidad del capitalismo monopolista de Estado para resolver sus contradicciones más graves a través de los expedientes neokeynesianos empleados hasta

hace poco tiempo con cierto éxito y señala una etapa que al menos en Francia y para el Partido Comunista Francés “[...] abre la perspectiva revolucionaria de la democracia económica y política, fase de transición al socialismo [...]”.<sup>28</sup>

Al margen de la modalidad específica —y naturalmente de la viabilidad— de tal planteo en torno a un proceso que, por lo demás difiere de un país a otro tanto en la etapa anterior a la toma del poder como bajo la dictadura del proletariado, para comprender el alcance de la actual crisis parece importante:

- 1) Situarla en el marco histórico de la crisis general;
- 2) Verla como un desequilibrio profundo que no sólo intenta resolver sino que sufre el capitalismo monopolista de Estado —y no el capitalismo en abstracto—; y
- 3) Precisar si estamos o no en una nueva etapa.

Boccara no habla, expresamente, de una cuarta etapa de la crisis general. Pero al igual que otros autores lo sugiere al plantear el problema de la transición al socialismo, concretamente en Francia, como algo inmediato. Y a la luz del agravamiento de las contradicciones capitalistas en los dos últimos años y sobre todo del dramático desplome del imperialismo yanqui en Vietnam y Camboya y la nueva relación de fuerzas que la crisis —y a partir de aquí el triunfo de la revolución y del socialismo en Indochina exhiben y hacen posible—, creemos que hay elementos suficientes para pensar que recorreremos una nueva fase del proceso imperialista y concretamente del capitalismo monopolista de Estado, que a nuestro juicio se inicia a principios de los años setenta.

¿Cuáles serían sus principales características? Además de otras ya señaladas a lo largo de este artículo, podrían mencionarse las siguientes:

---

<sup>28</sup> Paul Boccara, “*Qu’est-ce que la crise du capitalisme monopoliste d’Etat*”, *Economie et Politique*, No, 221, diciembre, enero de 1972.

El agotamiento de los factores —incluido el enorme gasto militar— que contribuyeron a la expansión, sobre todo entre mediados de los años cincuenta y 1969, y la necesidad de introducir rápidos cambios en la estrategia imperialista que ayuden a recuperar el dinamismo perdido, una vez que la «desvalorización» del capital ahora en marcha, cree condiciones propicias para elevar la tasa de ganancia de los monopolios nacionales e internacionales;

El resquebrajamiento del sistema monetario internacional nacido en Bretton Woods, la propia debilidad de los intentos de reformarlo y, en particular, la crisis del dólar y la libra esterlina;

Los graves desajustes en el comercio internacional y en las relaciones de intercambio —de los que son signos elocuentes el alza del petróleo, los fertilizantes, algunos alimentos y las materias primas, y la acentuación de la guerra “comercial” entre los países dominantes y entre éstos y el resto del sistema;

El endeudamiento interno e internacional hasta niveles nunca antes alcanzados. Los desequilibrios financieros y de balanza de pagos, el creciente deterioro de la relación de intercambio en perjuicio, sobre todo, de los países subdesarrollados importadores de petróleo;

La generalización de una inflación crónica en medio de un creciente desempleo, descenso en las tasas de crecimiento económico y aún reducciones absolutas de la producción;

La extrema concentración, centralización e internacionalización del capital llevada a cabo por el capitalismo monopolista de Estado, entre otros mecanismos a través de los monopolios internos y las empresas transnacionales.

## ALGUNOS RASGOS DE LA ACTUAL CRISIS CAPITALISTA\*

### *Opiniones dominantes en círculos burgueses*

La burguesía y sus ideólogos no son dados a hablar de la crisis y menos aún a hacerlo con rigor y espíritu crítico. Cuando aluden a ella, o bien la suponen algo universal e inevitable —una especie de crisis moral que supuestamente afecta a la humanidad entera—, o bien la hacen consistir en un desajuste económico sin importancia, pasajero y meramente coyuntural, que el Estado y la empresa privada pueden, desde luego, corregir. En ambos casos la crisis nada tiene que ver con el sistema económico que la genera ni con el tipo de sociedad en que vivimos, pues mientras unas veces deriva de la condición humana misma, otras es fruto de circunstancias adversas que está a nuestro alcance superar. Bajo la presente crisis se dan a menudo tales explicaciones, variando el acento que se pone en tal o cual hecho particular. Se repite con frecuencia, por ejemplo que la crisis obedece al agotamiento de ciertos recursos naturales y a las condiciones meteorológicas desfavorables que, en años recientes, hicieron escasear y subir los precios de ciertos productos agrícolas. Se habla de que el problema más grave consiste en los desajustes sufridos por las naciones importadoras de petróleo y en el impulso a la

---

\* Publicado en el número 9 de la revista *Estrategia*, México, mayo-junio de 1976.

inflación que ha significado el alza en el precio de este energético, decretada «arbitrariamente» por los países de la OPEP. Se afirma que la crisis es monetaria y financiera y que arranca de las devaluaciones, el resquebrajamiento del sistema nacido en Bretton Woods y el cada vez mayor déficit en las finanzas gubernamentales, o bien se insiste en que se trata de una crisis comercial y de balanza de pagos, aunque no ajena a tales desajustes y a la inflación. Algunos señalan que la revolución técnico-científica ha impuesto un nuevo patrón de relaciones entre los países capitalistas desarrollados y subdesarrollados que inevitablemente provoca ciertos desajustes, en tanto otros creen que las causantes de la crisis son las empresas transnacionales, en parte por haber creado el mercado de eurodólares, que de hecho es un sistema bancario y financiero internacional grandemente especulativo y de imposible regulación o control. Incluso no faltan quienes ven en la presente situación una crisis política asociada al fin de la hegemonía norteamericana y el tránsito hacia el policentrismo.

Ante explicaciones tan diversas y el hecho de que no pocas de ellas parecen coincidir en que la solución consiste en superar en un sentido puramente cuantitativo lo hecho hasta ahora, la necesidad de comprender la naturaleza de la crisis no es sólo o siquiera principalmente una cuestión académica. Es un asunto de la mayor significación práctica y, concretamente, política, porque sin tal comprensión es imposible descubrir las más graves contradicciones del capitalismo en la presente etapa y, por tanto, trazar una estrategia y adoptar una táctica que respondan eficazmente a ellas.

### *El verdadero alcance de la crisis*

Es tan complejo el fenómeno y tan diferente, en algunos aspectos, de otras crisis, que incluso en círculos marxistas se advierten discrepancias y aun opiniones encontradas. Algunos hacen hincapié en que se trata de una crisis cíclica. Otros, en cambio, postulan que es estructural. Mien-

tras unos destacan la tendencia del sistema al estancamiento o ven la situación actual como el inicio de una larga fase depresiva llamada a suceder a una también prolongada prosperidad, otros subrayan el carácter de crisis general del capitalismo, del imperialismo y/o del capitalismo monopolista de Estado.

La primero que parece inadecuado postular, como si se tratara de los extremos de una alternativa, es que la crisis sea cíclica y no estructural, o viceversa. Bajo el capitalismo, el proceso de producción y de reproducción se desenvuelve cíclicamente, en tres fases sucesivas que constituyen el ciclo de rotación del capital y, en un sentido más amplio, la metamorfosis que sufren todas las mercancías en tal régimen de producción. Si algo es, entonces, estructural, es el ciclo mismo, así como la unidad y al mismo tiempo las interrupciones y rupturas que suelen surgir tanto en cada una de sus fases como en el tránsito de una a otra. El que la crisis sea cíclica no significa, pues, que no sea estructural, del mismo modo que el que tenga este carácter no implica necesariamente, la negación de aquél. Igualmente nos parece erróneo atribuir a la actual crisis un carácter tan específico o singular, que por un lado impida advertir lo que tiene de común con otras así como las leyes que rigen a todas y por el otro niegue la existencia de una crisis general, o cuando más, admita la posibilidad de que ésta surja en el futuro.

En ciertos casos se pone excesivo énfasis en las manifestaciones internacionales, y con menor frecuencia en las modalidades nacionales de la crisis, sin repararse en la relación dialéctica de unas y otras ni en que el capitalismo las supone y engloba a todas. A menudo se sugiere que lo que está en crisis no es tanto el modo de producción sino un «modelo» o patrón de acumulación —entendido éste como cierto juego de relaciones entre diversas variables—, que deberá ceder ante nuevas combinaciones en la asignación de los recursos y una nueva estructura productiva. Y mientras a veces se asocia la crisis a aspectos del proceso económico o bien se la ve como la suma de una serie de desajustes parciales más o menos graves, en otras ocasiones

se señala que es el capitalismo en su conjunto el que está en crisis, lo que para unos significa, como antes vimos, una crisis del imperialismo —tomado en general como capitalismo monopolista— y para otros entraña una que, más concretamente, afecta al capitalismo monopolista de Estado.

En nuestra opinión estamos sin duda ante una crisis cíclica, ante una fase del ciclo económico en la que culmina y a la vez se rompe y llega a su fin un periodo previo de crecimiento. La crisis es internacional en tanto afecta al capitalismo como un todo, y también nacional, en cuanto sus manifestaciones no expresan pasiva ni mecánicamente lo que ocurre en la metrópoli o en el mercado mundial, sino la forma específica en que el capitalismo y sus principales contradicciones se desarrollan en cada país. La crisis actual no sólo sucede a una breve fase de crecimiento; en realidad sigue a una larga etapa de expansión sólo interrumpida por varios recesos relativamente leves. Y aunque para algunos no se trata de una crisis tan grave y profunda como la de 1929, lo cierto es que se produce en el marco de una crisis general que exhibe la creciente descomposición del capitalismo, la agudización de sus contradicciones internas y su cada vez más enconada oposición al socialismo —en la que sin duda se expresa, a escala internacional, el agravamiento de la contradicción burguesía-proletariado—, así como los cambios que en este nuevo y para el capitalismo más difícil contexto histórico se producen en el ciclo económico.

El que los desajustes propiamente cíclicos se entrelacen con una crisis general, o sea con un proceso de debilitamiento del capitalismo que tiene una dimensión histórica mucho más vasta y profunda, hace que la situación a que nos enfrentamos rebase el marco de una crisis económica y se vuelva una propiamente social y cultural, y en más de un aspecto, política. Por eso tiene especial interés precisar si la crisis afecta o no al sistema en sus relaciones internas y en sus centros económicos y de poder fundamentales. Recordar que es una crisis capitalista es ya un primer deslinde necesario y esclarecedor que orienta sobre su na-

turaliza y deja ver que el fenómeno no aqueja, al menos directamente, a los países socialistas, pero quedarse ahí impediría distinguir la actual crisis de las muchas que el capitalismo ha sufrido en el último siglo y medio. Incluso verla tan sólo como una crisis del capitalismo monopolista privado, como si los grandes conglomerados transnacionales operaran al margen y por encima del Estado y aun del sistema del que son la espina dorsal, impediría comprender a fondo el funcionamiento del imperialismo y del capitalismo en su conjunto en la fase actual, así como el papel del Estado en el proceso de acumulación y por tanto de reproducción de las relaciones sociales capitalistas. Quedarse en una explicación de la crisis que excluya o soslaye el capitalismo monopolista de Estado significa, por otra parte, romper con un aspecto esencial de la teoría leninista del imperialismo y, lo que es más grave, con la propia realidad, divorciarse totalmente de ella y sustituirla por esquemas anacrónicos e invigentes, además de abrir la puerta a posiciones políticas oportunistas o sectarias, que ora convierten al Estado en la entidad capaz de resolver los más graves problemas, ora lo ven como un simple instrumento del que los monopolios disponen a su antojo.

A estas horas son bien conocidos los descensos en la producción de los principales países capitalistas, sufridos sobre todo en 1974 y 75. Lo es también el hecho de que en los últimos años se redujo apreciablemente la tasa de ganancia tanto medida en relación al producto nacional bruto como respecto al valor de los activos fijos, así como, en general, los datos que exhiben el alza ininterrumpida de los precios, el cada vez mayor desempleo y los desequilibrios sin precedente en las balanzas comerciales y de pagos y en las finanzas gubernamentales.<sup>1</sup> Por ello no

---

<sup>1</sup> Algunos estudios interesantes sobre el tema son *La crise de l'imperialisme*, de Samir Amin, Gustave Massiah y otros. (Editions de Minuit, Paris, 1975); *L'internationalisation du capital*, de Christian Palloix (Maspero, 1975); *Economie et Politique* en 1975; *Etudes sur le capitalisme monopoliste d'Etat, sa crise et son issue* de Paul Boccard (Paris, 1975); *La crise mondiale du ca-*



abundaremos, en estas líneas, en torno a tales desequilibrios. En lugar de ello trataremos de comprender cómo y por qué el capitalismo está en crisis y cuáles son la naturaleza de ésta, su origen y sus posibles soluciones.

### *De la depresión de entonces a la crisis de ahora*

Los años treinta, como se sabe, conocieron la más severa y larga depresión sufrida por el capitalismo. Alemania y en menor medida Italia y Japón se libraron de ella mediante regímenes abiertamente dictatoriales que pusieron en marcha vastos programas bélicos así como un control propiamente militar del proceso económico y en particular de los salarios. Pero fue la segunda guerra mundial, entre 1939 y 1945, lo que permitió al sistema dejar atrás la depresión e iniciar un nuevo ciclo. En varios momentos las contradicciones de la reproducción capitalista se exhibieron de bulto y el fantasma de la crisis reapareció; así fue, por ejemplo ya en 1946, o sea unos meses después de que el conflicto terminara, y sobre todo en 1948-49, en 1953-54, 1960-61 y 1969-70. Una y otra vez, sin embargo, se encontraron antídotos eficaces, que, con breves interrupciones, permitieron recobrar altos niveles de producción, ingreso y empleo. Concluida la guerra el *peligro* de la paz fue conjurado con la política de guerra fría. Y así como el enfrentamiento al fascismo permitió destruir una enorme riqueza y fortalecer grandemente al imperialismo norteamericano, la cruzada anticomunista —en verdad una sorda lucha contra todo intento revolucionario y aun meramente democrático, de cambio social— hizo posible destruir recursos físicos en conflictos parciales como la revolución

---

*pitalisme*, del Departamento de Economía de Vincennes (Universidad de París, 1975). *Radical perspectives on the economic crisis of monopoly capitalism*, de varios autores, publicado en el año antes mencionado por la Unión for Radical Political Economics, y diversos artículos de Paul Sweezy, Harry Magdoff, Jacob Morris y otros, aparecidos en *Monthly Review*, principalmente desde 1974.

china y la guerra de Corea, así como estimular artificialmente la demanda a través de enormes gastos como los que el Plan Marshall canalizó hacia Europa Occidental y los que reclamó la ocupación de Alemania y Japón, la erección de una tupida red de bases militares yanquis y el sometimiento político de un gran número de países a la ofensiva anticomunista.

La terminación de la guerra de Corea pareció de momento anunciar el fin de la prosperidad capitalista. Mas al impulso de la reconstrucción europea y la expansión de la planta productiva en los Estados Unidos se añadieron costosos programas de construcción residencial y de modernización urbana, que a menudo requirieron una nueva infraestructura de servicios y una gran liberalización de la política crediticia. El crecimiento económico en Europa, Japón y Canadá, y en menor escala la industrialización de los principales países del «tercer mundo» —entre otros Brasil, Argentina, México, la India, Irán y Egipto— contribuyeron a aplazar la crisis e internacionalizar la producción y el capital a un ritmo sin precedente.<sup>2</sup> La sola guerra de Vietnam reclamó al imperialismo tal volumen de hombres y recursos materiales que durante varios años pareció suficiente para mantener a flote una cada vez más irracional sociedad de consumo y desperdicio.

Para responder a los crecientes desequilibrios del sistema fue menester, empero, echar mano de todos los recursos. A partir de la segunda guerra el capitalismo combina y actualiza las fórmulas keynesianas usadas principalmente por los países anglosajones, con las propiamente hitlerianas empleadas por aquellos que cayeron bajo el fascismo. El saldo es un crecimiento desigual, en unos casos —Alemania, Japón y durante algunos años Italia y

---

<sup>2</sup> Tan sólo entre 1954 y 1974, el valor en libros de las inversiones directas de los Estados Unidos en el resto del mundo pasó de 17 626 a 118 613 millones de dólares, aumentando más que en ninguna etapa anterior, sobre todo las hechas en Europa y Canadá. (Los datos proceden del *Survey of Current Business*, Departamento de Comercio de los E. U. A., Washington).

Francia— bastante rápido, y en otros —los Estados Unidos y sobre todo Inglaterra— lento e inestable, acompañado en años recientes de una inflación crónica que si bien ayuda a mitigar ciertas contradicciones, a la postre agudiza y aun hace surgir nuevos desequilibrios que, pese a los altos niveles de demanda y de explotación del trabajo tienen en jaque a la tasa de ganancias y por tanto a la economía del imperialismo en sus bases mismas.

Para comprender mejor el marco en que el proceso se desenvuelve quizá sea útil recordar brevemente, y por ello en un nivel de abstracción que vuelve imposible advertir matices y aun diferencias importantes, algunos de los rasgos que, en los grandes países capitalistas, caracterizan la fase de prosperidad que antecede a la actual crisis.

El aumento del ingreso entre la terminación de la segunda guerra y fines de los años sesenta resulta de, y a la vez permite, una creciente acumulación de capital, que con frecuencia excede del 20% del producto interno bruto. En verdad no sólo se eleva el monto anual de la inversión sino el acervo de medios de producción. Y como ello coincide con avances tecnológicos y concretamente organizativos que permiten incrementar la productividad del trabajo, en general crece también tanto la composición técnica como orgánica del capital, o sea el volumen de medios de producción manejados por cada trabajador y la relación entre el capital constante y el variable en la formación del valor. Dicho proceso alienta grandemente la concentración y centralización del capital,<sup>3</sup> ahora reforzadas por un Estado cuyas relaciones con los monopolios se estrechan como nunca antes y cuya intervención en el proceso de acumulación es cada vez mayor y más directa. El Estado compra a los monopolios bienes y servicios a precios altos y los vende a precios bajos, les otorga subsidios y otras facilidades fiscales y crediticias, fomenta la exportación de mercancías y capitales, y cuida que el nivel de los salarios no

---

<sup>3</sup> Actualmente tan sólo los 200 más grandes consorcios industriales de los EUA controlan más del 60% de los activos de todas las empresas.

aumente más allá de ciertos límites; construye además una costosa infraestructura de servicios en favor principalmente de la oligarquía financiera; promueve y aun se hace cargo de la investigación tecnológica y científica, estimula el aumento de la productividad y de la demanda de bienes de producción y de consumo, alienta el desperdicio y las más variadas formas de dilapidación de la riqueza en busca de nuevas oportunidades de inversión lucrativa; retiene y hace suyas actividades riesgosas y de bajos rendimientos que en realidad no interesan ya a los capitalistas y organiza la explotación directa de grandes masas de trabajadores, en esos y otros campos en que la valorización del capital sólo puede realizarse a tasas de ganancia inferiores a las medias y, por tanto insatisfactorias para el capital monopolista privado.

Merced a todo ello la acumulación de capital se mantiene a niveles relativamente altos y no se traduce de inmediato en una sobreproducción generalizada, en particular de bienes de consumo. Y cuando ésta se deja sentir, el sistema responde con una política que estimula la demanda y/o tiende a contraer la producción o reducción de ésta, la formación y almacenamiento de *stocks* que exceden con mucho a las necesidades presentes y futuras del mercado, y la exportación de excedentes en condiciones que entrañan una competencia ruinosa para otros productores y en especial para los países subdesarrollados, o bien incrementa artificialmente el poder de compra de ciertos estratos sociales, muy por encima del que correspondería al nivel de producción e ingresos reales.

El largo periodo de expansión que sigue a la segunda guerra, si bien nunca permite absorber todos los recursos disponibles ni se expresa realmente en el pleno empleo de la fuerza de trabajo, genera una creciente tensión sobre el sistema que a menudo, sobre todo entre 1966 y 1970 refuerza la tendencia descendente de la tasa de ganancia. De hecho no hay un medio susceptible de contrarrestarla al que no se recurra: la intensificación del trabajo, la incorporación de mujeres y adolescentes al mercado, el control

de los salarios y aun el mantenimiento de éstos a niveles inferiores al valor de la fuerza de trabajo, la presencia permanente de un vasto y cada vez mayor ejército de desocupados y subocupados, el abaratamiento de los medios de producción y de subsistencia, la prolongación de la jornada laboral cuando ello es posible, la obtención de mayores ganancias a través de la exportación de mercancías y capitales, la importación de trabajadores migratorios a quienes se pagan salarios inferiores o se explota más que a los nacionales, y el creciente control por el Estado de actividades en que la composición del capital es especialmente alta y las tasas de beneficio especialmente bajas. El empleo de tales expedientes —y en particular la mayor explotación de los trabajadores— y la influencia ideológica y política todavía muy grande de la burguesía sobre la clase obrera, contribuyen a crear condiciones que permiten contrarrestar la caída de la tasa de ganancia, pero en un sentido más profundo y una perspectiva histórica más amplia, agravan la crisis.

A partir de 1974 aumenta rápidamente el desempleo, hasta afectar en los países capitalistas más industrializados a más de 15 millones de trabajadores, y se generaliza un receso que hace descender la producción global e industrial como nunca antes desde los años treinta, especialmente en Inglaterra, Italia, Francia, los Estados Unidos y Japón. Si bien ciertos indicadores macroeconómicos podrían hacer pensar en desequilibrios de poca monta, los hechos comprobados prueban que estamos ante profundos desajustes, que la tendencia a la declinación de la tasa de ganancia ha dado paso a una caída real —aun cuando, desde luego, no uniforme— a cuyos efectos no ha logrado escapar el capital monopolista, y que si ello no desenlaza en una severa depresión no es porque la situación del capitalismo sea ahora menos difícil que hace cuarenta años —en realidad lo es mucho más— sino porque la agudización de sus contradicciones y de la lucha de clases dentro de cada país y frente al socialismo y las fuerzas antimperialistas, determinan que los mecanismos espontáneos de ajuste no

operen ya a la manera tradicional, en parte porque el capitalismo monopolista de Estado ha impuesto al ciclo económico cambios sustanciales<sup>4</sup> y en parte porque, políticamente, sería muy riesgoso a estas horas emplear correctivos tan severos e imponer a las masas un precio tan alto en términos de violencia y explotación.

Ya hemos señalado algunos de los cambios que sufre el ciclo económico en la posguerra y concretamente, a partir de la segunda mitad de los años sesenta. Pero, aun a riesgo de incurrir en cierta repetición acaso valga la pena subrayar los principales.

Como se sabe, múltiples factores influyen para que en la actual fase del capitalismo monopolista de Estado tienda a acortarse el ciclo económico. El primero y más importante es, sin duda, la agudización de la contradicción fundamental, que en cierto modo reclama la crisis, o sea el fin de un ciclo y el principio del siguiente como condición para destruir económica y aun físicamente parte del capital disponible y para elevar así la tasa de ganancia. Otros son la influencia que los avances técnicos ejercen sobre el ritmo de la construcción y los periodos de gestación de nuevas inversiones, las facilidades dadas por el Estado para depreciar contablemente activos fijos en plazos muy inferiores a los de su duración real y las altas tasas de obsolescencia, impuestas no sólo por rápidos cambios técnicos sino por la severidad de la competencia monopolista y el gran desperdicio que ésta entraña. Todo ello acorta los plazos de renovación del capital fijo impuestos por el móvil de lucro y, por tanto, el ciclo económico.

Al mismo tiempo, sin embargo, los rasgos propios de cada fase cambian apreciablemente. Se prolonga y en general pierde intensidad la fase de ascenso, aunque en algunos países se logran altas tasas de crecimiento. En segundo lugar, tanto la política del Estado de apoyo a los monopolios como las prácticas comerciales y los patrones de gasto

---

<sup>4</sup> Cf. supra: La crisis económica y el capitalismo monopolista de Estado.

de los consumidores se traducen, sin duda estimulados en parte por la inflación, en el mantenimiento de cuantiosos inventarios que exceden la demanda que pudiera considerarse normal. La persistencia de la inflación es otro factor que altera el módulo previo y digamos tradicional del ciclo. Aun cuando el impulso de la acumulación empieza a debilitarse, el descenso de los precios, influidos fuertemente por el capital monopolista, no se registra. Incluso siguen subiendo o al menos se mantienen muy altos, lo que si bien impide un más rápido ajuste, aplaza la crisis de sobreproducción y aun libra de momento al sistema de una brusca caída que, en otras condiciones, tendría que producirse. En el mantenimiento del alto nivel de precios y en el hecho de que los crecientes desequilibrios internos y externos no estallen con mayor violencia, juega un papel muy importante el crédito gubernamental y privado, gracias al cual el proceso económico no sólo descansa en cierto volumen de capital real sino en uno mucho mayor de capital ficticio, que, con todo y ser casi totalmente improductivo, opera como un elemento amortiguador. En fin, por lo que hace a las oscilaciones del nivel de empleo y su relación con el ciclo ocurre, como se sabe, algo similar aunque de tendencia inversa a lo que hemos señalado respecto a los precios. Es decir, así como éstos se mantienen altos aunque la demanda y la actividad económica declinen, el nivel de ocupación muestra un desempleo constante aun en los momentos de auge, naturalmente agravado cuando la actividad empieza a contraerse. Pero ni en una ni en otra fase del ciclo las oscilaciones del empleo tienen la flexibilidad de otros tiempos, en que la resistencia sindical de los trabajadores era menor y la lucha de clases menos intensa.

### *Acumulación excesiva, inflación y crisis*

Cuando recordamos que la sobreacumulación de capital precede y anuncia la caída de la tasa de ganancia y, por consiguiente, la crisis, no queremos decir que las tasas de

acumulación sean muy altas —salvo, probablemente, en Japón—, frente a las necesidades reales de la sociedad y menos aún que los países capitalistas tengan una capacidad productiva que no es ya susceptible de crecer. La acumulación es incluso mucho mayor en los países socialistas y en ellos no hay inversiones excesivas ni crisis económicas.

¿Qué significa, pues, superproducción de capital? Significa, simplemente, superproducción de masas de valor destinadas a crear plusvalía o, si nos fijamos en el contenido material, superproducción de mercancías destinadas a la reproducción [...] significa que se produce demasiado con fines de lucro o que se destina una parte demasiado grande del producto, no a consumirse como renta sino a producir más dinero [...]<sup>5</sup>

La superproducción capitalista es siempre relativa. La plétora de ciertas mercancías no indica que excedan a las necesidades reales sino simplemente que no pueden vender al precio y con el beneficio que espera el capitalista. Lo mismo acontece con el capital, es decir: sólo se invierte en tanto reporte a su dueño una ganancia satisfactoria. Y como es bien sabido, en tratándose de ganancias los capitalistas no son fáciles de satisfacer. En esto radica el problema y ello es lo que no solamente lleva al capitalismo a la crisis sino a sufrir desequilibrios cada vez más profundos, pues mientras por un lado el móvil de lucro supone y reclama explotar más y más a los trabajadores, por el otro, la creciente explotación mina las bases del sistema, condiciona desfavorablemente el desarrollo del mercado, profundiza el antagonismo entre la socialización de las fuerzas productivas y la concentración monopolista de las riquezas, y por tanto entre la producción y el consumo, y en última instancia impide que el ciclo del capital

---

<sup>5</sup> C. Marx, *Historia crítica de las teorías de la plusvalía*, México, 1945, II, p. 523.



y el proceso todo de desarrollo se desenvuelvan sin graves rupturas y en condiciones medianamente estables.

La situación de los principales países capitalistas comprueba que eso es lo que ha acontecido en la actual crisis. Apenas se entrevé la posibilidad de una caída en la tasa de ganancia se procede a aumentar la tasa de explotación; pero el remedio contribuye a menudo a agravar la enfermedad debido a que, en el fondo, la explotación cada vez mayor de los trabajadores está ligada tanto al aumento como a la disminución de la tasa de ganancia. Para comprender mejor la dialéctica de tal relación conviene tener presentes estas palabras de Marx:

La tendencia a la baja de la cuota de ganancia *lleva aparejada* la tendencia al alza de la cuota de plusvalía, es decir al grado de explotación del trabajo [...]. La cuota de ganancia no disminuye porque el trabajo se haga improductivo, sino porque se hace más productivo. Ambas cosas, el alza de la cuota de plusvalía y la baja de la cuota de ganancia son simplemente formas especiales en que se manifiesta bajo el capitalismo la creciente productividad del trabajo.<sup>6</sup>

Lo que quiere decir que aun admitiendo que, como observan Baran y Sweezy, en la fase actual del imperialismo el excedente o plusvalía tiende a crecer —tendencia, por cierto, que como puede apreciarse en la transcripción anterior es ya advertida y mencionada expresamente por Marx en las postrimerías de la etapa premonopolista—, ello no significa a nuestro juicio que, como lo piensan aquellos autores, por tal razón, aun reconociendo la capacidad de los monopolios para influir sobre los precios, deje de estar presente la tendencia de la tasa de ganancia a caer. Más bien parecería que ambas interactúan estrechamente y que, pese al aumento de la tasa de plusvalía, la agudización de la contradicción fundamental del sistema y el an-

---

<sup>6</sup> C. Marx, *El Capital*, México, 1947, tomo III, Vol. I, p. 296. Las cursivas son nuestras.

gostamiento de sus posibilidades de acción, concretamente frente al socialismo, mantienen y aun refuerzan la tendencia al deterioro de la tasa de beneficio.

Y lo que es más claro es que si bien el capitalismo monopolista de Estado encuentra nuevos medios para facilitar la valorización del capital, sin los cuales la tasa de ganancia sería menor, en tanto provocan una creciente y crónica inflación a través de una política fundamentalmente interesada en extraer y redistribuir plusvalía, y aun en trasladar parte del valor de la propia fuerza de trabajo de las masas a la burguesía y la oligarquía, la estabilidad y la prosperidad del sistema se van convirtiendo en un castillo de naipes, o como alguien ha dicho con gracia, en un «castillo de tarjetas de crédito».

La crisis no cede ya ante las recetas keynesianas. Si bien el Estado gasta cada día más, en parte porque el capital monopolista sólo puede sobrevivir en el invernadero a que equivale la generosa política con que el aparato estatal intenta contrarrestar la caída de la tasa de ganancia, la revolución palaciega promovida por el famoso economista inglés cumplió su misión al contribuir a suavizar los desajustes y contradicciones del capitalismo de otros tiempos, de lo que el propio Keynes solía llamar capitalismo individualista o liberal. Pero los problemas de hoy son de mayor envergadura. Los años del *laissez faire* han quedado atrás. Durante cuatro decenios se ha estado bombeando, a veces casi sin cesar, para devolver al capitalismo el vigor que en otros tiempos le dio la empresa privada. Y lo que supuestamente debió haber resultado en la ocupación plena y en una nueva etapa de estabilidad y desarrollo autosostenido ha llevado —incluso en países como Francia en que el capitalismo monopolista de Estado recurrió a la llamada planificación indicativa— al desempleo masivo, la inflación y la crisis, lo que demuestra que tales perturbaciones no han sido esta vez fruto de que el mercado y las leyes que lo rigen se dejaran operar a su suerte, sino de que el Estado y el capitalismo monopolista de Estado fueron también incapaces de evitarlas. Hasta podría decirse que la cínica recomendación keynesiana de abrir hoyos y

luego taparlos como forma de estimular la demanda, con el tiempo se convirtió en la política de tapar un hoyo para abrir, de inmediato, otros mucho más grandes.

Cierto que la inflación ha contribuido a que el desarrollo capitalista se sostenga, así sea artificialmente y al precio de desequilibrios cada vez más graves. Sin el estímulo que los enormes presupuestos militares, otros gastos en gran parte improductivos, los subsidios, el crédito y los altos precios han significado para los monopolios, el ciclo del capital habría sufrido serias rupturas y los problemas de realización serían acaso insolubles. En cada una de las fases de ese ciclo el apoyo del Estado y en general del aparato institucional a los grandes consorcios monopolistas ha estado presente. En la fase del *capital-dinero*, por ejemplo, de haberse dependido del monto real de la producción y de los mecanismos tradicionales de realización, habría sido imposible contar con el enorme volumen de medios de pago y el alto grado de liquidez de que se ha dispuesto gracias a los gobiernos y al aumento sin precedentes del crédito bancario. Y si bien sólo una parte pequeña de la circulación monetaria es capital-dinero y el volumen de éste no determina, naturalmente, la escala de la producción, la posibilidad de disponer de mayores fondos tiene, sin duda, importancia.<sup>7</sup>

Algo similar podría decirse respecto a la fase del *capital productivo*. ¿Habría sido posible lograr y sobre todo mantener las tasas de acumulación de los últimos decenios sin la activa y permanente presencia del Estado tanto en su papel de promotor, coordinador y benefactor de los monopolios como en su nuevo y cada vez más importante rol de empresario que invierte y gasta enormes sumas de di-

---

<sup>7</sup> "El crédito en la medida en que fomenta y acelera la concentración del capital, contribuye también a acortar el periodo de trabajo, y por tanto el tiempo de rotación", y "[...] acortando el periodo de rotación, cabe poner en movimiento el mismo capital productivo con menos capital-dinero o poner en acción con el mismo capital-dinero un capital productivo mayor", C. Marx, *El Capital*, tomo II, pp. 252 y 385.

nero y explota directamente grandes masas de trabajadores? ¿Quién, de no ser él, habría podido financiar una guerra tan larga y costosa como la de Vietnam? ¿Quién más hubiera podido soportar tan cuantiosas pérdidas a fin de facilitar la valorización del capital monopolista y asegurar así cierta estabilidad al sistema? Sin el apoyo que tal política significó a la internacionalización del capital y al desarrollo de las ramas más dinámicas de la economía el crecimiento logrado habría sido imposible, y la crisis, con su dramática secuela de instalaciones productivas y hombres parados, habría estallado mucho antes y con mayor severidad.<sup>8</sup>

¿Y qué decir, sobre todo, de la tercera y última fase, o sea de aquella en que el valor *ya incrementado* en el proceso productivo debe, de nuevo, convertirse en *dinero*? Sin los múltiples mecanismos empleados por el capitalismo monopolista de Estado para inflar artificialmente la demanda, para facilitar las ventas, para suplir el dinero generado por la producción con billetes recién salidos de la imprenta y para financiar liberalmente a los grandes consorcios sobre todo en los momentos difíciles, la actividad comercial se habría desplomado, la producción interrumpido y el mercado estaría —mucho más de lo que ya está— abarrotado de mercancías.<sup>9</sup>

---

<sup>8</sup> El ciclo del capital sólo se desarrolla normalmente mientras sus distintas fases se suceden sin interrupción “[...] el capital, como valor que se valoriza, no encierra solamente relaciones de clase, un determinado carácter social, basado en la existencia del trabajo como trabajo asalariado. Es un movimiento, un proceso cíclico a través de diferentes fases, que a su vez se halla formado por tres diferentes etapas. Sólo se le puede concebir, pues, como movimiento, y no en estado yacente”. C. Marx, *El Capital*, tomo II, pp. 59 y 113.

<sup>9</sup> “El que produce no tiene opción entre vender y no vender. Tiene que vender, necesariamente. En las crisis se revela precisamente su imposibilidad de vender lo producido [...] como no sea por debajo del precio de producción o con una pérdida [...]” “[...] la finalidad inmediata que persigue un capitalista al vender, es la de volver a convertir en capital-dinero su mercancía o, mejor dicho, su capital-mercancía, realizando de este modo sus

Todo esto no significa sin embargo, ni mucho menos, que el problema de la crisis esté resuelto. Las contradicciones del capitalismo y aun de la política con que se les hace frente son cada vez más profundas. Ya no se trata solamente de un fenómeno cíclico sino de una situación en la que desenlaza un largo periodo de expansión en un momento en que la crisis general, propiamente histórica del capitalismo y los pueblos que luchan por su liberación, entra en una nueva fase.

La producción, la acumulación de capital y la realización de la plusvalía se han internacionalizado como nunca antes, lo que sin duda revela hasta dónde el trabajo se ha diversificado y socializado. Pero éste es sólo un extremo de la contradicción fundamental; el otro consiste en que por encima de actividades económicas, fronteras geográficas y aun demarcaciones políticas el capital se concentra y centraliza, también como nunca antes, en poder de una minúscula pero multibillonaria oligarquía financiera. Y en la medida en que la solución a la crisis es fortalecer más y más a los monopolios, en vez de que sea la reducción de los precios es su elevación sistemática, o sea la inflación generalizada, con lo que intenta contrarrestarse la caída de la tasa de ganancia. Con ello, si bien aparentemente se suaviza el ciclo y se mantiene la prosperidad, en el fondo se acentúa la sobreacumulación de capital.

La inflación no es ya algo pasajero o siquiera meramente cíclico. Es un signo de la lucha de clases y un arma económica y política al servicio de la oligarquía; una constante del capitalismo monopolista de Estado, etapa del imperialismo en que el funcionamiento de la ley del valor se altera profundamente debido a que para mantener, aún precaria e inestablemente cierta tasa de ganancia, el capital monopolista requiere de un régimen de altos precios, de mecanismos que, como la inflación, transfieran plusvalía en su beneficio, y de salarios que, bajo el

---

ganancias [...]” “Mientras el capital ya valorizado persiste en el proceso de producción como mercancía se paraliza [...]” C. Marx, *Historia Crítica...*, p. 494 y *El Capital*, tomo II, p. 49.

estímulo de un desempleo masivo y una movilidad internacional de la mano de obra permitan altas tasas de explotación de la fuerza de trabajo.

A estas horas es claro que ni el *welfare state* keynesiano ni el *warfare state* hitler-nixoniano pueden corregir los profundos desequilibrios que aquejan al sistema. La perspectiva de más y más gastos fundamentalmente militares y por tanto destructivos no es capaz de abrir nuevos y mejores horizontes. De seguir las cosas como están el capital monopolista seguirá respondiendo a cualquier reducción de la demanda con altos precios y métodos de producción que eleven la productividad del trabajo y reduzcan el costo de los salarios así sea a cambio de aumentar masivamente el desempleo. Lo que por cierto demuestra que la actual crisis no sólo se manifiesta en la esfera de la circulación sino también y sobre todo, de la producción, o sea en torno a la productividad y el reparto entre trabajo necesario y excedente; y desde otro ángulo comprueba a la vez que, en tanto los trabajadores dispongan de una parte cada vez más pequeña de lo que producen, el desperdicio de recursos y en particular de la fuerza de trabajo será creciente y el funcionamiento del sistema cada vez más irracional.

### *¿Depresión, fascismo o socialismo?*

En condiciones políticamente menos difíciles el capitalismo habría «resuelto» sus problemas como en otros tiempos. Cuando la acumulación de capital hace subir los salarios más allá de cierto nivel nada hay mejor para el sistema, como condición para iniciar un nuevo ciclo, que una severa depresión que empobrezca masiva y rápidamente a quienes trabajan y deje sin empleo a millones de hombres y mujeres. Aun siendo un pequeño alivio, la contracción de los últimos dos años no basta para superar los más graves desequilibrios. Los correctivos para restablecer la tasa de ganancia y reavivar el proceso de acumulación deben ser mucho más severos. No es suficiente que

la producción disminuya 5% ó 6%, que los salarios reales se congelen y aun reduzcan —en los EUA y otros países en alrededor del 9%— y que el desempleo afecte —como ya ha ocurrido— al 8%, el 10% o incluso el 15% de la fuerza laboral. Si la gran depresión de los años treinta, con su enorme destrucción de capital a lo largo de una década fue incapaz de dar al capitalismo de entonces nuevos bríos, menos podrá hacerlo el actual receso, a pesar de que ha dado lugar a 15 ó 20 millones de desocupados en las principales naciones industriales, y otros tantos o aun muchos más en el resto del sistema.

Aparte de que una depresión es económicamente insuficiente para abrir una nueva perspectiva a largo plazo, lo cierto es que ni siquiera es fácil provocarla. El capitalismo tiene todavía no pocos recursos de que echar mano, pero el mundo de hoy no es el de hace cuarenta o cincuenta años. La depresión tropieza a estas horas con múltiples trabas: las ya muy altas tasas de explotación y el bajo poder de compra de millones de trabajadores, la organización sindical de éstos y su resistencia a los despidos injustificados y al abatimiento de los salarios; sus luchas por resarcirse de los efectos de la inflación, el creciente descontento popular y el temor de la burguesía a que éste se convierta en un problema político. Y, sobre todo, el temor de que una dura y larga depresión haga perder en definitiva al capitalismo, aun a corto plazo la carrera —por lo demás históricamente ya perdida— con el socialismo. Tan sólo el poder del capital monopolista de Estado y su necesidad orgánica, vital, irrenunciable de la inflación, deforma el ciclo clásico e impide el espontáneo y rápido desarrollo de la depresión, lo que limita sus efectos reparadores.

Si aun bajo los prósperos años recientes la izquierda italiana y francesa se fortaleció frente a la burguesía, ¿qué ocurriría si ésta optara por una política depresiva en la que todo el peso de la crisis se deje caer sobre los trabajadores? ¿Sería éste el mejor modo de impedir que —como Ford y Kissinger reclamaron— se cierre el paso

a la posibilidad de que socialistas y comunistas accedan a puestos de elección popular? Y, ¿cómo conciliar, sobre todo, tal política con la necesidad —subrayada angustiosamente por el propio Kissinger ante los embajadores norteamericanos en Europa— de sortear “el mayor problema de nuestra época”, o sea el que “La Unión Soviética emerge como una superpotencia” cuya influencia debe ser contenida a lo largo del presente “periodo histórico”?<sup>10</sup> No precisa mucha imaginación para comprender que si en los últimos años el capitalismo perdió terreno frente al socialismo, de caer en una honda depresión las cosas se agravarían mucho más. La derrota norteamericana y el triunfo de la revolución en Vietnam, en Laos, Camboya y recientemente en Angola demuestran que la contradicción principal de nuestro tiempo se ha agudizado y que precisamente por ello el capitalismo no tratará, en tanto pueda evitarlo, de resolver sus problemas económicos internos por el peligroso camino de parar en seco el crecimiento de las fuerzas productivas.

Podría pensarse, claro está, en la guerra, en una salvadora guerra nuclear capaz de destruir no un Hiroshima y Nagasaki lejanos y aislados sino la vida toda en siquiera la mitad del planeta. Más de un general del Pentágono, de los muchos que creen que la guerra atómica es un peligro menos grave que el comunismo, se frota seguramente las manos ante tal perspectiva. Pero al margen de que, de imponerse tan monstruosa fórmula la parte más destruida podrían ser las propias potencias imperialistas, lo cierto es que en la presente coyuntura tampoco es fácil arrastrar a los pueblos al suicido atómico. El movimiento mundial de la paz es una expresión de la lucha de clases, interna e internacional, así como de un caro anhelo de la humanidad que sería erróneo menospreciar. Y si bien es cierto que mientras haya imperialismo habrá una seria amenaza de guerra, tras la experiencia de Vietnam parece difícil que incluso un pueblo tan despolitizado como el norteamer-

---

<sup>10</sup> *The New York Times* publicó el resumen oficial del mensaje, el 7 de abril de 1976.



ricano, y más todavía el francés, el inglés, el italiano, pudieran ser lanzados a una gran aventura bélica con el solo fin de devolver a los capitalistas la ganancia, y con ella, supuestamente, la confianza en el futuro.

Un tercer camino que en rigor no ha dejado de recorrerse en el último medio siglo es el del fascismo. Los países del Eje y especialmente Alemania en los años de Hitler demostraron que el aplastamiento del movimiento obrero, la liquidación incluso de las formas más inocuas de la democracia burguesa, la represión brutal, el armamentismo y la solución por la fuerza de los conflictos internos e internacionales puede constituir otra salida a la crisis. Pero aparte de que el fascismo sólo es realmente eficaz cuando desemboca en una gran guerra, como lo comprueba la agresión a Vietnam y la militarización del imperialismo yanqui, en el nivel actual de las contradicciones del sistema, la carrera de las armas y aun el uso masivo de éstas en una guerra que para los Estados Unidos fue más cruenta y costosa que la segunda guerra mundial, tampoco han sido una solución eficaz. Y menos podría serlo el mantenimiento de unos cuantos islotes fascistas en España, Chile, Sudáfrica y otros países.

Lo que no significa que si no hay otra salida, el capital monopolista no recurra a todas las formas de violencia a su alcance, sin excluir siquiera el genocidio. Si las leyes del mercado no cumplen satisfactoriamente su parte; si la «mano invisible» de otros tiempos y aun la cada vez más obvia y visible del capital monopolista no logran que el proceso económico se desenvuelva en beneficio de la oligarquía, probablemente se actuará con los pies, y no los pies desnudos sino enfundados en botas militares. Lo que quiere decir que mientras persista la crisis —y en un sentido profundo ésta acompañará al capitalismo hasta su muerte— el fascismo estará siempre en la agenda del sistema. El fascismo, sin embargo, tampoco es inevitable o fatal, y ahora tendría que enfrentarse a una correlación de fuerzas mucho más desfavorable que la de los años veinte.

En Latinoamérica, el imperialismo y las oligarquías criollas tratarán, como ya lo han hecho en varios países, de responder a la crisis económica y a la creciente tensión social mediante una u otra variante del fascismo. En los propios Estados Unidos la disyuntiva demócratas-republicanos da base para temer, especialmente en un momento en que se agudiza el anticomunismo, se incrementa el presupuesto militar hasta casi 115 mil millones de dólares y renace la política de guerra fría, que el complejo militar industrial norteamericano sea cada vez más una poderosa dictadura fascistoide que cifre en el armamentismo, la represión interna y la agresión a otros pueblos la estabilidad del sistema. Pero en otros casos se tropezará, seguramente, con mayores obstáculos. O, ¿podrá el imperialismo, tras las recientes derrotas sufridas en Grecia y Portugal, convertir a Giscard d'Estaing en un Bordaberry o imponer en Italia —en donde los intentos neofascistas han fracasado ante una clase obrera combativa y cada vez más consciente— a un Pinochet?

Los liberales y los reformistas, partidarios casi siempre de soluciones menos violentas e incapaces de descubrir las causas más profundas de la crisis subrayan a menudo la necesidad de ajustarse a la ley y a los principios de la democracia tradicional, olvidan que las condiciones históricas que hicieron posible esa democracia no están ya presentes y que la defensa retórica de tales principios no ha sido obstáculo para que el capital monopolista se fortalezca económica y políticamente y aun para que el fascismo rompa la frágil legalidad burguesa.

La actual crisis no es susceptible de resolverse mediante reformas democráticas. Las que pudiera proponer o aceptar la burguesía ya han probado su ineficacia y demostrado que más que una solución son, realmente una ilusión liberal y a menudo un simple engaño. Las que los trabajadores, por su parte, pudieran arrancar a la clase en el poder no son fáciles y ni aún consiguiéndose bastarían para cambiar radicalmente las cosas, lo que no implica menospreciar la lucha democrática. Demandar a estas ho-

ras mejores salarios, exigir el respeto al derecho de huelga, oponerse enérgicamente a la inflación, denunciar y hacer comprender a las masas el verdadero papel del Estado, defender incluso las viejas libertades individuales consagradas en las constituciones burguesas, luchar contra la oligarquía, reclamar la nacionalización de ciertas actividades y ganar a las masas a luchar resueltamente contra los monopolios y contra la amenaza fascista, a fin de que la crisis afecte cada vez más al capitalismo y a los capitalistas y no a los trabajadores, son algunas de las formas en que éstos pueden vigorizar la lucha democrática, no como un esfuerzo aislado que por sí solo sea capaz de librarnos de la crisis y menos de las causas que la determinan, sino como parte de una estrategia y una táctica revolucionarias, que a corto plazo contribuyan a defender los intereses de la clase obrera y sus aliados, a través del reforzamiento de sus luchas, y a plazo más largo hagan posible conquistar el poder y empezar a sentar las bases de una nueva sociedad. La crisis cíclica es inherente al capitalismo y la crisis general a la época histórica en que vivimos, de transición al socialismo.

La política demagógica y seudodemocrática de «menos mantequilla y más cañones» —no digamos la de «mantequilla para unos y cañones para otros»— agravará inclusive la explotación y la anarquía. Sólo acabando con éstas, lo que supone destruir la propiedad privada de los medios de producción y las relaciones sociales en que tal propiedad descansa, será posible poner fin a las crisis.

## INFLACIÓN Y CRISIS\*

### *Ciencia, imaginación y cuentas alegres*

Los economistas suelen discrepar en su interpretación de la realidad. La complejidad del proceso económico, los rápidos cambios que éste sufre y la diversidad en la formación académica, en los métodos de análisis y en la ubicación teórica de quienes siguen de cerca su curso, explica las divergencias incluso en la apreciación de hechos que podrían parecer obvios y de fácil comprensión. Cuando se indaga acerca de las causas y la mejor manera de enfrentarse a ciertos fenómenos las cosas son todavía más graves. Ocurre entonces algo similar a lo que acontece en esas juntas de médicos en las que la gravedad del caso reclama con urgencia un diagnóstico preciso, que a menudo no llega antes de que muera el paciente.

Bastaría revisar la prensa diaria o comparar unos cuantos estudios recientes sobre la inflación para comprobar lo anterior y advertir las discrepancias que ante un problema tan grave se advierten aun entre personas que, en general, mantienen posiciones ideológicas afines. En México, concretamente, hace tres años organizó el PRI un seminario sobre la inflación y, pese a tratarse de miembros de un mismo partido político y en gran parte de funcio-

---

\* Publicado en el número 19 de la revista *Estrategia*, México, enero-febrero de 1978.

narios de gobierno, con grandes coincidencias entre sí, afloraron explicables discrepancias entre los participantes. En efecto, si bien la mayor parte de las opiniones ahí expresadas —lo que por cierto no es sorprendente— fue de corte keynesiano y en menor medida acusó la influencia de viejas formulaciones de la CEPAL, no faltaron tecnócratas que abiertamente defendieran las posiciones monetaristas ultraconservadoras de Friedman y la tristemente célebre Escuela de Economía de Chicago.<sup>1</sup>

El Seminario del PRI tuvo en parte por objeto evaluar la política antinflacionaria del gobierno puesta en marcha a partir de 1973, y recogida en un programa específico. Y aunque —repito— sobre todo en lo que se refiere a las causas del fenómeno estudiado el debate exhibió diferencias de opinión, mostró también un amplio consenso en torno al reconocimiento de la importancia del programa oficial, al que uno de sus más entusiastas defensores calificó de «conceptualmente coherente», «técnicamente correcto» y «políticamente viable»; un programa, en síntesis, «no declarativo» sino «práctico» y «completo», “[...] que tiene capítulos destinados a atacar los problemas de oferta, [...] el control de la demanda total [...], el comercio exterior [...] y la distribución del ingreso [...]”<sup>2</sup>

Con base en tales opiniones es fácil comprender que el consenso no fuese menos amplio —aunque algunos de los participantes expresaron aquí también ciertas dudas y reservas— en cuanto a anticipar el éxito del programa antinflacionario. Las palabras del señor Alfredo Phillips Olmedo fueron especialmente claras, terminantes y reveladoras del ambiente que privó en el debate.

“[...] Creo que no debemos —dijo— asustarnos porque existan dudas y problemas serios [...], debemos estar pre-

---

<sup>1</sup> Véase el libro *La inflación en México*, publicado por el Partido Revolucionario Institucional. México, 1975, y especialmente la intervención del señor Manuel Cavazos, y los comentarios en torno a ella.

<sup>2</sup> Véase la obra antes citada, pp. 40 y 41.

parados para resolver los problemas, con determinación e imaginación [...]

“Por eso, señor moderador, yo veo el futuro con optimismo; creo que el problema de la inflación es muy grave, creo que es necesario atenderlo con urgencia, y estoy convencido como el licenciado De la Madrid, de que las medidas adoptadas en el campo nacional y las que están empezando a cristalizar en el campo internacional, van a permiternos la solución de estos problemas.

“Muchas gracias”.<sup>3</sup>

El optimista funcionario no advirtió que la inflación apenas comenzaba, que iba en ascenso y que incluso sería mucho más severa a partir de entonces. Pero he aquí los hechos: en 1974 los precios subieron 21%. En 1975, o sea cuando la política antinflacionaria del gobierno debía, según sus defensores, empezar a rendir frutos, la tasa de inflación fue de 11%. En 1976 los precios se elevaron 46%, la situación se agravó y la realidad, sin grandes aspavientos, volvió a imponerse a la retórica y a las vistosas especulaciones econométricas de quienes, no comprendiendo la dialéctica real del proceso capitalista, la sustituyen a menudo con una alegre y rítmica «estática animada». En 1977 la inflación cobró 20%, todo lo cual sería por sí solo concluyente. Pero faltaría recordar que, cuando los funcionarios aseguraban que el peso era cada vez más firme se produjo una devaluación de más de 90% respecto al dólar y de más de 100% en relación con el marco, el franco y otras monedas de las que se consideran hoy más «fuertes».

Según la versión oficial del Seminario del PRI —lo que sin duda es revelador— nadie habló y menos aún trató de profundizar en el examen de la crisis actual del capitalismo ni criticó las teorías burguesas de la inflación. Salvo dos o tres menciones aisladas, parciales y asistemáticas, nadie examinó el papel del capital monopolista y, aunque parezca increíble, a lo largo del debate no se aludió siquiera al imperialismo. En las 215 apretadas páginas en

---

<sup>3</sup> *Op. cit.*, pp. 52 y 53.

que se recogen las ponencias y comentarios, nadie hizo referencia a las más graves contradicciones del capitalismo mexicano, y como dato curioso y significativo, nadie al parecer anticipó tampoco que la inflación se acentuaría, paradójicamente a partir de la puesta en marcha del programa "antinflacionario" y que el peso, lejos de fortalecerse, sufriría una próxima y severa devaluación.

### *Alcance y significado de la inflación*

La inflación no es un asunto meramente académico. Consistiendo esencialmente en un proceso que determina el alza persistente y generalizada de los precios, importa a todos, y en particular a los trabajadores, a quienes despoja de una sustancial proporción de la ya mermada parte que la explotación capitalista les deja del fruto de su esfuerzo. Aunque los precios son un signo monetario, a ellos subyacen valores y relaciones sociales que rebasan con mucho la órbita monetaria y aun el ámbito de la circulación, el cambio y el mercado. La inflación no es siquiera un fenómeno solamente económico: es un problema político y una expresión de la lucha de clases.

En círculos oficiales y en general en la literatura burguesa la inflación es vista como un fenómeno que aqueja a todos los países desde los tiempos más remotos,

Hay —señalaba por ejemplo Jesús Reyes Heróles al abrir el Seminario del PRI antes mencionado— una inflación universal. Con pequeñas recesiones o contracciones, la inflación ha privado en la primera mitad del siglo xx y en lo que va de la segunda mitad. Países con organización distinta, con régimen económico diverso, en distinto grado de desarrollo, sufren casi por igual la inflación [...]"<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 5.

Los hechos demuestran que tales opiniones carecen de fundamento. Como un fenómeno propiamente cíclico, la inflación —al igual que las crisis— es privativa del capitalismo posterior a la revolución industrial inglesa de fines del siglo XVIII y expresa las contradicciones inherentes a tal modo de producción. Como fenómeno crónico corresponde al capitalismo de las últimas cuatro décadas. Y es cierto que después de la primera guerra mundial, Alemania y otros países europeos sufrieron una inflación devastadora que provocó una depreciación sin precedentes e incluso destruyó las principales funciones del dinero.<sup>5</sup>

En la segunda mitad de los años veinte el capitalismo logró cierta estabilidad y no pocos economistas burgueses pensaron que las crisis quedaban atrás, como expresión de desequilibrios ya superados. El colapso de 1929 los puso, de nuevo, dramáticamente frente a la realidad. Y aunque los precios empezaron a recuperarse a partir de 1933-34, en 1937-38 se produjo una nueva depresión de la que el sistema sólo pudo salir al iniciarse la segunda guerra mundial. De entonces a la fecha han transcurrido casi cuarenta años, y en este largo periodo los precios subieron casi sin interrupción, lo que por cierto no había ocurrido en la historia del capitalismo en la fase premonopolista ni en la monopolista. Hasta los años sesenta los aumentos de precios en algunos países fueron relativamente lentos y la inflación llegó a ser vista como un tónico keynesiano que bien dosificado debía estimular al sistema; pero en los últimos años empezó a volverse un tóxico perturbador y peligroso. De la inflación «moderada» o «controlada» en que los precios subían continuamente, pero no más de 3% al año, se pasó —incluso en los países capitalistas más industrializados— a alzas acumulativas de otra dimensión: del 6%, 8%, 10% y más y en ciertos años aun del 20% y 25%. En los Estados Unidos la inflación se acentuó a

---

<sup>5</sup> Algún autor recuerda al respecto que la pérdida del valor del dinero fue tal que, en una ocasión, alguien dejó en la acera una canasta llena de billetes. Al salir, unos minutos después, los billetes seguían allí, pero se habían robado la canasta.



partir de 1965-66; en Francia después de 1968, y en Inglaterra, Italia y Japón desde principios de los años setenta y sobre todo en 1974. El entonces presidente norteamericano, Ford, calificó a la inflación como «el enemigo público número 1». De nuevo volvió a hablarse de inflación galopante, de estratoinflación e hiperinflación, especialmente en América Latina, donde el alza de los precios ha llegado a menudo a 30%, 50% y aun 100% y más. Todavía en 1977, en que según algunos la situación tendía ya a estabilizarse los precios subieron 7.1% en los Estados Unidos, 11% en Canadá, 12.8% en Francia y 19.5% en Italia, en tanto que en Argentina el aumento fue de 176.7%.<sup>6</sup>

Los países socialistas, en cambio, si bien no escapan a ciertos efectos de la crisis del capitalismo, mantienen una estabilidad envidiable. En el último lustro apenas si suben muy levemente los precios —excepto en Yugoslavia, cuya economía no es centralmente planificada— y, en no pocos casos, se mantienen invariables y aun tienden a bajar, lo que se explica en virtud de que han resuelto las contradicciones y superado la anarquía propias del capitalismo.

### *Explicación burguesa de la inflación*

Tres son, en la teoría económica burguesa, las posiciones principales sobre la inflación: la monetarista, la que atribuye la inflación a un exceso de demanda global y la que la explica en razón de aumentos de costos. Una cuarta tiende a combinar empíricamente las explicaciones anteriores y una más, que se considera de origen latinoamericano, pone énfasis en ciertos factores «estructurales».

### *Los monetaristas: ¿demasiado dinero?*

La explicación monetarista de la inflación es, sin duda, la más vieja. Su origen es en cierto modo mercantilista,

---

<sup>6</sup> *El Día*, México, 19 de diciembre de 1977, p. 1.

aunque hoy la manejan tanto sofisticados economistas neoclásicos como modestos comerciantes que, sin saberlo, a menudo hacen suyos y repiten dogmáticamente y con una fe digna de mejor causa los lugares comunes de la sabiduría convencional. Partiendo de la famosa teoría cuantitativa de la moneda, la corriente de que hablamos postula que la causa principal de la inflación es el aumento de la oferta monetaria. Si hay más dinero en circulación que bienes y servicios disponibles, se dice, los precios tienen que subir. Si ocurre lo contrario, bajarán.

La relación entre dinero y precios que postula la teoría cuantitativa es lógica. Lo discutible es la causalidad que los monetaristas establecen y que convierte los cambios de la oferta de dinero en la variable independiente del sistema y la inflación en un fenómeno puramente monetario que resulta de ciertos desajustes técnicos, más que de problemas y contradicciones reales. ¿Por qué crece la oferta monetaria?, ¿por qué lo hace en ciertos momentos con mayor rapidez que en otros?, ¿en qué medida su aumento es un síntoma y aun un mero efecto de la inflación? Los monetaristas no dan respuestas satisfactorias a tales cuestiones; en verdad ni siquiera se las plantean o sólo las explican con apreciaciones subjetivas del tipo de la de Friedman cuando arguye que si alguien recibe más dinero del que «desea», lo gastará de un modo u otro, y si la producción no aumenta a corto plazo, subirán los precios.

La explicación que examinamos es simplista y mecánica. Se queda en un nivel de abstracción que impide captar de la realidad incluso sus rasgos fundamentales. Hace del dinero el eje del proceso económico. Sugiere remedios técnicos contundentes pero inviables en la práctica y descansa en la ilusión liberal y anacrónica de que el mecanismo de los precios y el libre funcionamiento del mercado bastan para asegurar un desarrollo equilibrado.

Pero acaso lo que mejor denuncia el verdadero alcance y la significación política de las posiciones monetaristas son las soluciones que ofrecen. Para combatir la inflación

con éxito, insisten, es preciso restringir el crecimiento de la oferta monetaria. ¿Qué es lo que esto implica en la práctica? Esencialmente contener y aun reducir el gasto estatal y el consumo de las grandes masas, pues el de los capitalistas es consustancial al régimen de libre empresa y no debiera estorbarse. El Estado debe ser más bien pasivo y reflejar los cambios que ocurren en la economía en vez de tratar de imponer a ésta un curso determinado. El gobierno y el banco central no deben alterar artificialmente la circulación monetaria ni interferir con el mecanismo de la competencia, necesario para restablecer la estabilidad.

Reducir el gasto estatal significa afectar el poder de compra del grueso de la población, lo que ocurre si disminuyen por ejemplo los servicios sociales de diversa naturaleza o aumentan los impuestos indirectos. Y aunque las dificultades reales para imponer tal política no son examinadas por los monetaristas, la conciencia de ellas les hace preferir una solución más impersonal y en general más eficaz para superar las crisis cíclicas, a saber: el desempleo masivo y la creciente explotación. El recurrir a esta dura manera de restablecer el equilibrio ofrece la ventaja de que vuelve muy difícil para los trabajadores saber cuál es la causa de su ruina. Si el Estado y la empresa privada deprimen abiertamente su nivel de vida, ambos son responsables de tal situación; en cambio si el desempleo se encarga de hacer bajar los salarios y el ingreso de los trabajadores, a consecuencia de una «crisis» fatal e inexorable que se presenta como un fenómeno de la naturaleza, se vuelve mucho más difícil entender cómo funciona realmente el capitalismo y qué hacen los capitalistas para intensificar la explotación de los trabajadores.

Es tan clara la preferencia de ciertos economistas por que sea el mercado el que espontáneamente corrija la inflación, que los profesores ingleses Paish y Phillips leyeron hace unos años las cosas al extremo de postular que si se mantenía cierta tasa constante de desempleo, podría lograrse un crecimiento económico rápido y estable. Según el primero de ellos el desempleo debía alcanzar el 2.25% de la fuerza de trabajo. Según Phillips y la famosa curva

que lleva su nombre, en cambio, para estabilizar no sólo los precios sino los salarios nominales sería necesaria una desocupación permanente de 2.5 a 5.5%.<sup>7</sup> La realidad, al coincidir un creciente desempleo con una severa inflación, se encargó de comprobar la inconsistencia de tales «teorías», y mostró hasta dónde suelen llegar los economistas vulgares en su afán de servir a la clase en el poder, y cuánto más difícil es la ciencia que la magia.

*La corriente keynesiana:  
demanda, costos, salarios*

Considerando insatisfactorias tales explicaciones otros autores ven las cosas en una perspectiva diferente. Según ellos la causa principal de la inflación reside en un exceso de demanda. Podría aducirse que esto no lo niegan los monetaristas; y efectivamente así es. Pero en esta versión, que al igual que la que atribuye la inflación a un aumento de costos es fundamental aunque no exclusivamente keynesiana, los aspectos monetarios se relegan a un segundo plano.

Para quienes creen que la causa de la inflación es un exceso de demanda global sobre la oferta global, lo que importa no es saber si el volumen de medios de pago crece más o menos de prisa sino por qué lo hace, o en otras palabras, qué hay detrás del «velo monetario». La simple relación dinero-precios no puede explicar la inflación. Es preciso reparar en cómo se distribuye el ingreso entre inversión y consumo y cómo interactúan una y otro con la ocupación, los salarios, las utilidades y los precios, pues éstos dependen de la interinfluencia de variables que no son fáciles de ponderar. Ahora bien, cuando el Estado, las empresas y los asalariados aumentan sus ingresos y sus gastos por encima de la disponibilidad de bienes y servi-

---

<sup>7</sup> Véase: A. Gamble y P. Walton, *Capitalism in Crisis*, Londres, 1976, pp. 50-53.

cios se provoca un desequilibrio que, a corto plazo, sólo puede corregirse mediante el aumento de los precios.

Tal explicación convenció probablemente a muchos mientras el capitalismo de la posguerra mantuvo altos niveles de empleo y bajas tasas de inflación. Cuando éstas fueron de 2 a 3% al año ello se vio como el precio inevitable de la prosperidad. Pero cuando el alza se intensificó y empezó a coincidir con un desempleo cada vez mayor, afloraron de bulto las fallas del análisis, y se puso además de manifiesto la ineficacia de la política monetaria y fiscal para combatir la inflación.

Entre los propios keynesianos y en otras corrientes burguesas, al comprobarse que los precios subían incluso cuando la demanda era floja, empezó a ponerse énfasis en el aumento de costos como el factor determinante de la inflación. Pese a que la teoría de la demanda se acerca más a la realidad que la monetarista, se queda en la esfera de la circulación y del cambio. No comprende el significado real del mercado y sobre todo, las contradicciones del proceso de acumulación. Ve en los precios la mera expresión de ciertas relaciones de oferta y demanda, lo que se explica porque carece de una teoría del valor. Maneja agregados globales, sin reparar en su contenido específico y cambiante. Sustituye a las clases sociales por grupos o entidades formales cuyos intereses se suponen fácilmente conciliables y que ignoran los antagonismos más profundos y las leyes que condicionan su desarrollo. En fin, supone tácitamente un régimen de competencia perfecta o cuando más ciertas imperfecciones del mercado, que sin embargo no permiten comprender la significación histórica del capital monopolista como fruto dialéctico del desarrollo de la libre competencia, ni concretamente su influencia sobre la inflación.

La variante que pone énfasis en el aumento de costos no difiere diametralmente de la anterior: ambas se desenvuelven en una misma vertiente teórica y tienen rasgos que las acercan entre sí. Sin embargo, el centrar el análisis de la inflación en los costos obedece en parte al propósito de explicar la inflación crónica y más severa que sufre

el capitalismo desde los años sesenta. Veamos: una economía con un alto nivel de empleo sostenido durante un periodo relativamente largo no sólo sufre presiones derivadas del crecimiento de la demanda sino también de los costos, sobre todo a partir del momento en que los salarios nominales, en respuesta al alto nivel de ingreso y de demanda de trabajo, suben por encima de los incrementos de productividad. Dada la significación de los salarios en el costo —que por cierto no se pondera rigurosamente— tal situación desenlaza en un aumento de precios. Como se ve, la relación entre las dos posiciones antes mencionadas es bastante estrecha. Difieren más bien en cuanto a si la causa primaria de la inflación es el exceso de demanda o un aumento autónomo de costos. Y lo que no es casual es que al reparar en la influencia de la elevación de éstos se tienda a olvidar otros componentes y a caer de hecho en la tesis de que el factor clave en la determinación de la inflación es el aumento de salarios, lo que convierte la teoría de la inflación de costos (*cost push*) en una de la inflación de salarios (*wage-push*).

“Yo creo”, explica (por ejemplo) G. Haberler “[...] que la causa profunda de la inflación rampante de nuestra época es que los salarios son presionados al alza, más allá del aumento progresivo de la productividad media”. En la misma dirección, S. Slichter, sostiene que la inflación expresa “el poder excesivo de los trabajadores”, y ambos convienen en que si tal poder no se debilita la inflación será inevitable.<sup>8</sup>

Una vez que se acepta tal explicación resulta obvio que para combatir la inflación no basta una política monetaria y fiscal de tipo tradicional, como la que se suponía capaz de regular y contrarrestar, por medios indirectos, ciertos excesos de demanda. Ahora se requieren medidas más directas que ataquen eficazmente el supuesto origen del mal. Así es como surge la llamada «política de ingresos», que si bien en un principio se presenta demagógicamente como

---

<sup>8</sup> Citados por Jean-Luc Dallemagne, Jacques Valier y otros, en *L'inflation*, París., 1975, p. 86.

la condición para lograr un reparto más equitativo del ingreso y una regulación de precios y salarios que suavice las presiones entre el capital y el trabajo, pronto deja claro que lo que realmente persigue es frenar el aumento de salarios y elevar la tasa de ganancia de los capitalistas.

En efecto, si bien tal política no es idéntica en todas partes, algunos de sus principales rasgos son los siguientes: implica una intervención creciente del Estado en el proceso económico y concretamente en el mercado de trabajo, que tiende a debilitar a la clase obrera mediante la oposición a las demandas de salarios y a las huelgas, el desprestigio de los sindicatos independientes, la intensificación del trabajo, el aumento de productividad, la limitación al régimen de libre contratación colectiva y su sustitución por mecanismos burocráticos impositivos que incluso recuerdan algunos de los utilizados bajo el fascismo. Todavía más, dicha política postula la necesidad de un «contrato social» o alianza de clases (en México se le llama hoy «alianza para la producción») como requisito para acabar con la inflación, no obstante lo cual, el celo con que se intenta controlar los salarios no es correspondido por la actitud del Estado hacia los monopolios. Éstos, o son vistos como elementos pasivos que no participan en el alza injustificada de los precios, o como entidades que defensivamente los elevan en respuesta a la presión que, a través del aumento de salarios, ejercen los trabajadores.

Lo que claramente comprueba que las reglas conforme a las cuales se desenvuelve tal práctica no son, ni mucho menos, imparciales: son favorables al capital y por tanto evidentemente asimétricas. Lo mismo podría decirse acerca de la supuesta neutralidad que el reformismo burgués atribuye al Estado y en cuanto al alcance real de su intervención. A este respecto, mientras los monetaristas no ocultan su fe liberal en la no intervención estatal, los keynesianos exageran la importancia y las virtudes de ésta, lo que además de ser inaceptable es fuente de serias contradicciones, porque en tanto que a corto plazo la política de ingresos subraya la necesidad de enfrentarse a la inflación, a largo plazo intenta elevar

la tasa de crecimiento económico, en parte con base en un enorme gasto gubernamental que en proporción no deleznable se destina a fines improductivos y refuerza el alza de los precios. Y la contradicción es todavía más grave cuando se recurre a vías de financiamiento inflacionarias, al amparo del culto keynesiano al déficit presupuestal, o como dice algún autor, al evangelio de "en el principio fue el déficit, y el déficit estaba con Dios, y el déficit era Dios".<sup>9</sup>

La teoría de la «inflación de costos» adolece de muchas otras fallas: exagera la significación de los salarios y de sus aumentos, sugiere demagógicamente que todo el incremento de productividad beneficia a los trabajadores y no a los patrones, minimiza y aun ignora el rol del Estado y de los monopolios en la inflación, ignora la influencia de las ganancias en los precios, no ubica correctamente el fenómeno monetario ni la significación de la demanda, y divorcia a la inflación de la crisis capitalista y de las contradicciones inherentes al proceso de acumulación. La mejor demostración de que es inaceptable consiste en que, con frecuencia, los precios suben pese a que los salarios no aumentan y aun disminuyen en términos reales.

### *Otras explicaciones*

No podríamos ocuparnos aquí de otras explicaciones burguesas de la inflación. Nos limitaremos a recordar que una de ellas se caracteriza por su eclecticismo y su empirismo, pues toma parcialmente algunos elementos de las anteriores y más que buscar las causas primarias de la inflación, repara en relaciones más o menos obvias, a menudo en planos meramente descriptivos, así como en la influencia que ejercen ciertos fenómenos de escasez, el alza de los combustibles o de las materias primas, el encarecimiento de las importaciones, la elevación de los impuestos, las de-

---

<sup>9</sup> Jacob Morris, "La crisis de inflación", en *El fin de la prosperidad*. México, 1977, p. 116.



valuaciones, el militarismo, etcétera, llegando inclusive, en sus versiones más elementales y dignas de Perogrullo, a sugerir que los precios de ciertos artículos aumentan porque los de otros lo hacen también, lo que en buen romance equivale a decir que la causa de la inflación es la inflación.

La concepción «estructuralista» de la CEPAL, por último, recoge ciertos elementos de algunas variantes keynesianas y en general reformistas, aunque comprende mejor los fenómenos monetarios y de distribución del ingreso al ubicarlos entre los «mecanismos de propagación» y centra su atención en los factores que determinan no el exceso de demanda sino la inflexibilidad de la oferta, lo que se explica en parte en razón de la mayor rigidez de las economías subdesarrolladas. El alegato de la CEPAL, sobre todo si se tiene presente que se produce hace poco más de dos décadas, es significativo y digno de estudio. Pero si bien implica el rechazo y a la vez el replanteo de algunas tesis keynesianas, de hecho desplaza la explicación de la inflación de una forma a otra de institucionalismo. Es decir, aunque alude a ciertas fallas del aparato productivo que considera «estructurales», y que no dejan de ser obstáculos efectivos al aumento de la producción y en general al desarrollo, cuando se advierte de qué problemas se trata se comprueba que también quedan en parte al margen de las contradicciones fundamentales del capitalismo latinoamericano en la etapa actual del imperialismo.<sup>10</sup>

### *Hacia una explicación marxista*

Aun en círculos marxistas se observa cierta tendencia a prescindir de la teoría, a reparar en aspectos parciales

---

<sup>10</sup> Sobre la posición de la CEPAL, véase: Osvaldo Sunkel, "Un esquema general para el análisis de la inflación", en la revista *Economía*, de la Universidad de Chile, No. 62, de 1959, así como Héctor Malavé Mata, *Dialéctica de la inflación*, Venezuela, 1972, y José Consuegra, *Un nuevo enfoque de la inflación*, Medellín, Colombia, 1976.

del problema de la inflación y a aglutinar fuerzas en la lucha contra ella a partir de planteos simplistas en los que a menudo se actúa bajo la influencia de posiciones pequeñoburguesas, que en actitud meramente reformista sugieren —casi siempre sin éxito— insertar algunas justas demandas populares en la política de la clase en el poder. La experiencia demuestra que caer en un regateo mezquino y sin perspectivas, hacer de la práctica la única divisa o adoptar una táctica desprovista de una proyección estratégica y de una línea política realmente revolucionaria, es a menudo fuente de tropiezos, desencantos y aun graves e innecesarias derrotas. Y aunque no siempre se admite, la incapacidad para hacer frente con éxito a ciertos problemas procede muchas veces de la ausencia de una interpretación teórica rigurosa. “[...] A nuestro juicio —decía Lenin— la falta de una teoría priva a una tendencia revolucionaria del derecho a existir y la condena inevitablemente, tarde o temprano, a una catástrofe política [...]” En cambio, para ciertos «revolucionarios» —añadía— “[...] la ausencia de toda teoría es una cosa excelente, muy adecuada «para la unificación»”.<sup>11</sup>

El escaso interés por la teoría se explica en parte porque ésta no es un camino fácil. El marxismo no es un catálogo de respuestas infalibles, ni menos de fórmulas mágicas. La teoría, como se sabe, es sólo una guía, una base a partir de la cual es menos difícil entender la realidad en la que se actúa. Su papel, en consecuencia, no es sustituir a la práctica sino solamente alumbrarla. Ésta es siempre la fuente más rica del conocimiento y por tanto sólo a través de ella, y en la perspectiva revolucionaria a través de una lucha militante y consecuente es posible avanzar. Pero si se carece de una teoría revolucionaria se cae, quíerese o no en el pragmatismo, en una rutina que impide descubrir las leyes que rigen el proceso histórico y que, concretamente, vuelve imposible la revolución.

---

<sup>11</sup> V. I. Lenin, *Obras Completas*, “Aventurerismo revolucionario”, tomo VI, p. 220.

Acaso no sea exagerado decir que si siempre ha sido difícil el examen teórico de la realidad, hoy lo es más que nunca porque el capitalismo se desenvuelve a través de múltiples, muy complejas y más profundas contradicciones, que aun contando con el valioso herramental analítico que aporta la teoría del socialismo científico no es fácil comprender y menos todavía, resolver. Tan es así que no sólo se advierten diferencias de opinión entre autores marxistas de diversos países sino incluso entre quienes, en un país determinado, militan en el mismo partido.

*Los monetaristas de izquierda:  
creciente rivalidad interimperialista*

Esta corriente tiende a subrayar la influencia que los fenómenos monetarios ejercen sobre la inflación. Desde luego no se trata de una copia de las posiciones burguesas, pues en general considera que tales fenómenos son políticos y no meramente técnicos, y los subordina a otros que constituyen las causas primarias. En un reciente debate habido entre marxistas ingleses, varios economistas sostuvieron que la inflación de los últimos años es fruto de la crisis monetaria internacional, y ambas de una creciente rivalidad interimperialista.

A su juicio, la hegemonía norteamericana y el uso del dólar como moneda internacional de reserva permitieron una expansión deficitaria de los Estados Unidos que provocó un rápido incremento en la circulación monetaria y una no menos rápida transmisión internacional de la inflación a través del mercado de eurodólares, los sistemas de integración regional, la guerra de Vietnam y los mecanismos internacionales de fijación de precios, y que finalmente desenlazó en el abandono del régimen de paridades fijas establecido en Bretton Woods, severas devaluaciones, la flotación de las monedas y una creciente especulación.

Es tal la importancia que se asigna a los factores monetarios que algunos autores dan incluso la impresión de

subestimar la influencia de los monopolios y de acercarse a las posiciones burguesas según las cuales el mero incremento de la oferta monetaria es condición suficiente de la elevación de los precios. Otros, en cambio, asocian tal fenómeno a la acción del capital financiero y a la lucha entre el imperialismo y las fuerzas antimperialistas, o cautelosamente consideran que "no es posible explicar el movimiento de los precios simplemente en relación a la oferta monetaria ni tampoco sin hacer referencia a ella como un elemento que contribuye a la formación y el movimiento del capital".<sup>12</sup>

En ciertas versiones que en parte coinciden con las monetaristas se pone énfasis en la influencia del gasto estatal y en particular de los gastos militares desde la segunda guerra mundial, así como en el hecho de que su financiamiento descansa parcialmente en la emisión de papel moneda y en general en la creación de medios de pago. Aun entre los autores soviéticos llega a menospreciarse la capacidad de los monopolios para aumentar los precios y sugerirse que la acción alcista aislada de algunos de ellos no es inflacionaria. "La raíz de la inflación moderna —dice Osadchaya— deriva de los enormes gastos militares", y del "crecimiento colosal del gasto improductivo" que ellos generan.<sup>13</sup>

Dichos gastos, sin duda —además del grave peligro de una conflagración nuclear— son un factor inflacionario en el capitalismo de la posguerra; pero su importancia no debiera exagerarse ni menos convertírseles en el eje en torno

---

<sup>12</sup> John Purton, "Inflation and the Working Class", *Marxism Today*, Londres, diciembre de 1973, p. 370. De los autores a quienes puede considerarse monetaristas, son interesantes los ensayos siguientes, también publicados en *Marxism Today*: Larry Finley, "Inflation and marxist theory"; David Cobbham, "Inflation and interimperialist rivalries", y Ron Bellamy, "More on inflation"; aparecidos respectivamente en mayo, julio y noviembre de 1974.

<sup>13</sup> Véase: I. Osadchaya, "The problems of checking inflation as dealt with by american economists", en *Theories of Regulated Capitalism*, Moscú, sin fecha de publicación, pp. 72-75, 93 y 94.

al cual gira todo el sistema, como por ejemplo lo hace, entre otros autores Kindron, quien parafraseando a Lenin, cuya teoría del imperialismo siente en gran parte anacrónica, considera que "si hay una fase superior del capitalismo, ésta es la de las economías permanentemente entregadas a la guerra y el armamentismo [...]" al que atribuye la estabilidad del sistema después de los años cuarenta.<sup>14</sup>

El militarismo ha sido un rasgo propio del capitalismo en toda la fase imperialista. En los años treinta cobra inusitado impulso bajo el fascismo y anuncia el estallido de la segunda guerra, y desde entonces está presente incluso en tiempos de paz, como medio para estimular la demanda y evitar o al menos mitigar la sobreproducción capitalista, y como arma a la vez, contra el movimiento de liberación nacional y las luchas por el socialismo. En años recientes, empero, junto al decrecimiento en la importancia relativa del gasto militar se produce una rápida elevación de los precios, lo que comprueba que debe haber otros elementos en juego, que es necesario descubrir.

### *La teoría del conflicto social*

Otra corriente significativa entre aquellas que a partir del marxismo intentan explicar la inflación es la llamada teoría del conflicto. Según ella, de la que Bill Warren y Pat Devine se consideran dos de sus exponentes en Inglaterra, pero que tiene también sus voceros en Francia, los Estados Unidos y otros países, hasta antes de la segunda guerra la reproducción del capital se desenvolvía en general, conforme, o al menos más cerca del modelo de Marx, en que un aumento de salarios no afecta los precios sino las utilidades y en que, cuando la creciente composición del capital se expresa en un descenso de la tasa de ganancia, la crisis cíclica interrumpe el proceso de acumu-

---

<sup>14</sup> Michael Kindrom, *Capitalism and Theory*, Londres, 1974, p. 159.

lación, hace crecer el desempleo, abate los salarios y restablece las utilidades. A partir de los años cuarenta, sin embargo, el mantenimiento de altos niveles de empleo cambia la correlación de fuerzas en favor de los trabajadores. Mientras los salarios suben por debajo de la productividad no hay una presión inflacionaria. Pero cuando la rebasan, los capitalistas contrarrestan tal situación mediante el alza de precios, la que a su vez estimula un nuevo ajuste de salarios, de todo lo cual resulta la inflación crónica que padecemos. Y siendo el capitalismo un sistema internacional en que unos países mantienen con otros estrechas relaciones, el alza de los precios se transmite con gran facilidad y rapidez.

En el fondo, según la teoría que examinamos lo que subyace a la inflación es la lucha de clases y la presión sobre los recursos reales disponibles, pues ninguno de los contendientes puede evitar que el otro haga valer sus demandas, esto es: los trabajadores más altos salarios nominales y aun reales, los capitalistas más altos precios, y el Estado mayores gastos vía elevación de impuestos o expansión del crédito.<sup>15</sup>

Para los teóricos del conflicto la inflación no obedece al tan socorrido aumento de la demanda global ni, en el sentido keynesiano, a la elevación de costos, y menos a la expansión de la oferta monetaria, que en rigor es un síntoma más que una causa del aumento de los precios. Lo importante es el peso de las presiones sociopolíticas y la imposibilidad de controlarlas. "Atribuir la inflación a abstracciones asociales como la oferta de dinero o el exceso de demanda —escribe Devine— oscurece los conflictos sociales que subyacen a la inflación crónica del capitalismo moderno".<sup>16</sup> Mas si bien consideran que la competencia por los recursos disponibles no sólo es un factor económico que afecta la balanza de pagos y la competitividad internacional de cada país, sino un grave problema que expre-

---

<sup>15</sup> Véase: Pat Devine, "Inflation and marxist theory". *Marxism Today*. Londres, marzo de 1974, p. 86.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 87.

sa contradicciones que rebasan y aun vuelven inaconsejable responsabilizar de la inflación a los trabajadores, los empresarios o el Estado, al menos en la actual correlación de fuerzas señalan a los primeros como el factor que, al aumentar los salarios, incita a los capitalistas a subir los precios.<sup>17</sup>

Aun admitiendo que la larga prosperidad de la posguerra y los avances técnicos a ella asociados hayan traído consigo, sobre todo en los países capitalistas industrializados, cambios favorables a los trabajadores como la disminución del desempleo, el fortalecimiento de los sindicatos y el mejoramiento en los niveles de vida —aunque a menudo gracias a una creciente explotación—, parece del todo inaceptable exagerar la significación de los aumentos del salario real aunque no se llegue, desde luego, a la posición reaccionaria según la cual la causa primaria de la inflación es el monopolio que ejercen los sindicatos de trabajadores. Estudios recientes hechos en diversos países comprueban que la influencia de los salarios sobre los precios es relativamente pequeña, que entre unos y otros no hay una relación directa y que el proceso inflacionario es con frecuencia más grave en países en donde el aumento de salarios ha sido menor que en otros; y por otro lado que, en general, son los trabajadores, cuya participación en el ingreso disminuye incluso en la etapa anterior a la actual crisis, y no, naturalmente, los capitalistas, las víctimas de la inflación.

Como dicen Sweezy y Magdoff: "Todo el sistema está armado en favor de los que tienen y en contra de los desposeídos. El único problema es que cuanto más funciona de este modo, tanto peor trabaja". Para seguir adelante requiere de estímulos que eleven artificialmente la deman-

---

<sup>17</sup> Con una posición similar, Alain Cota afirma que, "después de 1968, en Francia, el deseo de los trabajadores de ver crecer sus salarios reales al mismo ritmo que el producto nacional bruto, se tradujo en una presión que se manifestó en la aceleración de la inflación". Véase: Paul Boccara, "Inflation, chômage, ressources naturelles, automation", en *La Crise*, Paris, 1975, pp. 51-52.

da y alienten la inversión. “Como una llanta ponchada, la economía debe ser inflada permanentemente, si no, se desinfla y se detiene por completo. Mientras tanto “[...] todas las fuerzas monopolistas [...] trabajan [...] para elevar su participación en el producto”. Pero esto “[...] exacerba los desequilibrios” del sistema. O en otras palabras “[...] tanto la llanta como el agujero de ésta crecen con el paso del tiempo [...]” lo que reclama un más intenso bombeo.

“Este —comentan los autores antes citados— [...] es el embrión de una adecuada teoría de la inflación bajo las condiciones del capitalismo monopolista [...]”<sup>18</sup>

Y en dirección análoga Jacob Morris denuncia, por su parte, la política keynesiana de sustituir parcialmente el desempleo por el aumento de precios como responsable de la inestabilidad y de la «esencia» de la inflación. “La principal meta de la estrategia inflacionaria keynesiana —dice— [...] es prevenir la depresión de los negocios [...] mientras se mantiene a la clase obrera en condiciones de explotarla. Pero esto estorba e inhibe el propio proceso autocurativo del capitalismo [...]”<sup>19</sup> En cierto modo la inflación actual podría, en efecto, atribuirse a la política keynesiana, pero, en un sentido más profundo, una y otra expresan las contradicciones cada vez más graves del capitalismo monopolista de Estado.

### *Capital monopolista de Estado e inflación*

La tendencia a ver la inflación como un fenómeno fundamentalmente ligado a la distribución del ingreso, en que sobre todo el alza acumulativa de los precios, o sea la inflación corriente resulta de la interacción ejercida por los aumentos de salarios y utilidades y en general por la

---

<sup>18</sup> Paul M. Sweezy y Harry Magdoff, “El keynesismo tuvo repercusiones desagradables”, en *El fin de la prosperidad...*, pp. 133 y 134.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 122.



presión sobre los recursos acusa una influencia keynesiana que impide encontrar las causas primarias del fenómeno. La inflación no expresa ni deriva solamente de contradicciones en la esfera de la circulación o de la demanda sino de la producción misma. Los salarios influyen sin duda en el reparto del ingreso; pero además de que normalmente van a la zaga de los precios, en un sentido más profundo dependen a la vez de la acumulación, de la producción y de la plusvalía. En la expresión de Marx: "la magnitud de la acumulación de capital es la variable independiente, y la [...] del salario la dependiente".<sup>20</sup>

Para explicar el movimiento de los precios y concretamente la inflación es menester situar el problema en el marco de la teoría objetiva del valor y de la dinámica real del proceso de acumulación. Los precios son la expresión monetaria de valores reales, esto es, de cantidades socialmente necesarias de trabajo empleado en la producción. Pero ello no significa que unos y otros deban ser idénticos. El mecanismo que contribuye a que las mercancías se cambien conforme a sus valores es la libre competencia. Es ésta la que reasigna los recursos disponibles y permite que los precios no se aparten grandemente ni por largo tiempo de sus correspondientes valores.

Bajo el capitalismo monopolista la relación precios-valores se altera sensiblemente y la igualación de la tasa de ganancia tropieza con crecientes dificultades. El debilitamiento de la competencia de precios hace que éstos sean generalmente superiores al valor e incluso a los precios de producción. La crisis cíclica, sin embargo, se encarga periódicamente de corregir o al menos de acortar la distancia entre unos y otros.

Los rápidos y aun espectaculares avances técnicos de los últimos decenios, al elevar grandemente la productividad y hacer bajar los costos físicos debieron haberse traducido en una baja o al menos en una notable estabilidad de precios. Lo que ocurrió, sin embargo, fue lo contrario:

---

<sup>20</sup> C. Marx, *El capital*, México, 1946, tomo I, Vol. II, p. 699.

los precios subieron permanentemente. ¿Significa esto que deja de operar la ley del valor? No; las leyes fundamentales que rigen el proceso capitalista siguen en acción, aunque modificadas por nuevas condiciones y nuevas y más graves contradicciones.<sup>21</sup>

Al llegar a un alto grado de concentración y centralización, el capital monopolista, ahora convertido en capital monopolista de Estado, perturba profundamente el funcionamiento del mecanismo de los precios, presionando en favor de su alza o impidiendo que bajen. Los monopolios elevan los precios no sólo cuando la demanda es inelástica —o sea cuando ésta cambia menos que la proporción en que lo hacen aquéllos— sino a menudo, también, cuando es elástica.

El abandono del patrón oro y la generalización de sistemas de papel moneda inconvertible, hechos que en sí mismos expresan el fortalecimiento del capital monopolista de Estado, facilitan grandemente, sobre todo en etapas de expansión, que los precios de monopolio se divorcien de los de producción y permitan cuantiosas superganancias a la oligarquía. Sin la libertad que supone alejar el valor del dinero del oro u otras mercancías, sería muy difícil y acaso imposible influir sobre el nivel general de precios. Pero la contribución de la banca, en cuyo funcionamiento, por lo demás, influye también poderosamente el capital monopolista de Estado “[...] no autoriza —como bien señala Maurice Dobb— a concluir que esa expansión de crédito y no el monopolio es la *causa* esencial de cualquier aumento en el nivel medio de los precios”.<sup>22</sup> En

---

<sup>21</sup> Como dice P. K. Hall: “La contradicción contenida en la relación valor-precio determina la posibilidad inherente de una seria ruptura que se vuelve realidad bajo el capitalismo monopolista [...]” “El precio y el valor son así despedazados por el monopolio [...]” “En particular, el monopolio requiere que el dinero se divorcie del valor tanto como el precio, que se deprecie fácilmente y que se convierta en una medida de valor meramente nominal [...]” “Inflation and Marxist Theory”. *Marxism Today*, julio de 1975, pp. 222 y 223.

<sup>22</sup> Maurice Dobb, “Further Comments on Inflation”. *Marxism Today*, febrero de 1975, pp. 56 y 57.

realidad una vez que los precios suben —si la velocidad de los medios de pago es constante— la circulación aumenta. Y en un sistema de papel inconvertible lo hace sin limitaciones y opera como un expediente de estímulo de la demanda, que al formar parte orgánica del proceso inflacionario, se convierte también en fuente de graves perturbaciones.

Son muchas y a veces no fáciles de advertir las formas en que el capital monopolista contribuye y aun determina el aumento de los precios. La más obvia aunque no necesariamente la principal es la decisión de elevar directamente, en la mayor medida posible, los precios de bienes y servicios controlados por los monopolios. Una más es la política de aumentar artificialmente los costos —vía altos coeficientes de depreciación y obsolescencia, publicidad, burocracia, desperdicio y múltiples gastos improductivos. Una tercera es la manera en que, directa e indirectamente, los monopolios transmiten el aumento de precios al conjunto del sistema, incluso a escala internacional, y otras más las formas que adoptan la competencia monopolista, la integración regional, la rivalidad interimperialista, la rigidez que en los periodos de descenso de la actividad económica imponen aquellos a los precios y las restricciones que hacen tanto de la producción como del aprovechamiento de numerosos avances científicos y tecnológicos.

A partir del momento en que el capital monopolista se transforma en capital monopolista de Estado y de que éste alcanza niveles muy altos y complejos de desarrollo, la acción de los monopolios sobre los precios y por consiguiente su influencia sobre la inflación devienen mucho mayores. A las formas de acción antes mencionadas se agrega el manejo del presupuesto, el financiamiento inflacionario de buena parte del mismo, el estímulo permanente de la demanda a partir de enormes gastos improductivos como los militares, la tendencia a hacer incidir la carga fiscal sobre los trabajadores y la complacencia con la que, a través de subsidios, exenciones, protección arancelaria, cuantiosas compras, crédito barato y a largo plazo, adiestramiento de personal, investigación científica gratui-

ta y otros medios, el Estado contribuye a movilizar el excedente en favor del capital monopolista privado, o sea a transferir una parte del valor en su beneficio. Y una vez obtenidas, las altas ganancias operan por sí solas como un factor adicional que influye en el crecimiento deforme de la economía y concretamente en la inflación.

El hecho, sin embargo, de que el capitalismo monopolista de Estado tienda a expresarse en condiciones muy favorables para los monopolios no significa que éstos escapen a las leyes que rigen la acumulación capitalista. Las contradicciones de ésta siguen presentes y aun tienden a agudizarse, lo que fundamentalmente se expresa en una creciente incapacidad del sistema para hacer crecer más de prisa y en forma medianamente estable y racional las fuerzas productivas. En otras palabras, la contradicción fundamental del capitalismo se agrava y, lejos de que el aumento de la productividad y de la explotación del trabajo la contrarresten adecuadamente, la profundizan, elevan la composición del capital y determinan incluso una caída de la tasa de ganancia lo que refuerza la tendencia a la crisis y estimula a los monopolios y al Estado a emplear medidas que si bien suavizan las fluctuaciones cíclicas de la producción y el nivel de empleo sólo lo consiguen al precio de una severa, generalizada y permanente inflación.

Pero si bien la producción no cae tan violentamente como en las depresiones de los años 20 y 30, la sobreacumulación de capital es ahora inclusive mayor. La creciente influencia del capital monopolista sobre el mercado, el sostenimiento artificial de la demanda y la persistencia de la inflación generalizan el descontento de los trabajadores, quienes demandan aumento de salarios, todo lo cual debilita la estructura financiera, promueve el rápido endeudamiento, refuerza la inflación y agrava los problemas de balanza de pagos.

Lo que quiere decir que la influencia de los monopolios no sólo está presente en la determinación de lo que suele llamarse inflación rampante, o sea en el alza no acumulativa de ciertos precios sino en la inflación corriente. Y por otra parte, que la intensidad de tal influencia obedece a

que no se trata ya de una acción aislada de tales o cuales monopolios o siquiera del Estado sino de la acción combinada de ambos, que ahora se retroalimentan y apoyan mutuamente a través del capital monopolista de Estado.

Lo anterior ayuda, además, a entender que la inflación no se produce en el vacío ni expresa simplemente, en general, las contradicciones propias de la acumulación capitalista, sino que corresponde al nuevo módulo cíclico del capitalismo monopolista de Estado, en una etapa ya muy avanzada de la crisis general del sistema.

Para comprender esto mejor, conviene ver más de cerca las relaciones entre la inflación y la crisis.

### *La inflación y la crisis*

Mientras haya capitalismo habrá crisis cíclicas de sobreproducción, pues el régimen de propiedad monopolista de los medios de producción entrañará un factor de inestabilidad económica y un creciente freno al desarrollo de las fuerzas productivas. Llegado cierto momento en que los obstáculos a la acumulación se multipliquen, la crisis será el único medio de que pueda echar mano el sistema para restablecer su precario equilibrio e iniciar un nuevo ciclo. Los capitalistas entienden la necesidad de la crisis y saben valorar sus ventajas como medio para elevar la tasa de ganancia, sobre todo cuando ésta cae a un nivel que desalienta la inversión, y especialmente la inversión monopolista. Al mismo tiempo, sin embargo, en un momento en que la lucha de clases se intensifica, en que la revolución estalla en varios países y en que el socialismo se refuerza y consolida, no faltan quienes, sobre todo desde el aparato estatal, temen que la crisis, en vez de robustecer y sanear al sistema pueda hacer peligrar su existencia y concretamente la de la empresa monopolista privada, a la que tan generosamente trata el Estado de estimular. Ello influye para que la acción reguladora del Estado, si bien en lo fundamental aviva ciertas contradicciones y acelera la crisis, a través de algunas medidas trata a la vez de mitigarlas y se expresa,

como hemos visto, en una tendencia a contrarrestar la caída de la tasa de ganancia mediante una política de corto y largo plazo fundamentalmente inflacionaria y, en general, contribuyendo de diversas maneras a elevar la tasa de explotación de los trabajadores.

Durante el largo periodo de crecimiento de la economía capitalista que se inicia con la segunda guerra, múltiples factores favorables al capital monopolista permitieron, con leves interrupciones, la acumulación se desarrolló con cierta estabilidad y sin afectar gravemente la tasa de ganancia. La destrucción masiva de riqueza, primeramente poco después la reconstrucción, la activación del comercio exterior y las ventajas derivadas de un intercambio desfavorable de la exportación de capital, acompañada a menudo al traslado de ciertas actividades a países con abundante y barata mano de obra y el empleo en ellos de técnicas innovadoras de capital, el rápido incremento de la productividad, las crecientes tasas de explotación y la posibilidad de abaratar el capital constante gracias a la ayuda del Estado y sus empresas al capital monopolista, contribuyeron sin duda, aparte de una liberal política de precios, a contrarrestar la tendencia a la baja de la tasa de beneficio. En años recientes, sin embargo, dichos factores empezaron a agotarse y la aceleración de la inflación que de momento parecía ser el remedio, intensificó la lucha de clases y aun la rivalidad interimperialista, lo que a la postre sólo contribuyó a agravar el problema y a hacer más profunda la crisis.

A estas alturas parece indiscutible que los años setenta se caracterizan por una crisis más aguda y, concretamente, por un descenso de la tasa de ganancia en todos los países capitalistas desarrollados y, seguramente también, en muchos de los subdesarrollados. Conforme al patrón tradicional del ciclo económico, la presente situación debió haberse manifestado en una profunda y larga depresión del tipo de la de los años treinta. Pero si bien ha habido una fuerte declinación en las tasas de crecimiento y aun bajas absolutas en la producción industrial y en el nivel de empleo, no ajenas a las políticas de «estabilización» y

«austeridad», la caída en la tasa de ganancia ha tratado de contrarrestarse fundamentalmente a través de una política inflacionaria, que aparte de transferir el mayor valor al favor del capital monopolista, exhibe la tendencia a cargar el peso de la crisis sobre los trabajadores del proletariado y de los países subdesarrollados; pero también, así como a menudo en posición débil, del propósito de éstos de mantener sus ya mermados niveles de ingreso.

Algunos autores consideran que la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, que Marx calificó como la ley importante del capitalismo moderno, ha dejado de operar en la fase monopolista. Otros, admitiendo que en el presente, sostienen que, a pesar de ello, el fenómeno puede ya explicarse en la forma hecha por Marx, toda vez que su presencia no obedece a las contradicciones del proceso de acumulación sino a una creciente presión de los salarios sobre las utilidades de las empresas.<sup>23</sup>

Independientemente de que esa presión esté en juego, y de que la nueva forma adoptada por el ciclo y una distinta correlación de fuerzas impidan en la actual crisis reducir los salarios reales al nivel que quisieran los capitalistas, parece indudable que el reparto del ingreso, cualesquiera que sean su signo y su importancia, expresa fundamentalmente las contradicciones que rigen el proceso de acumulación. Sólo si se deja esto de lado, sin introducirse siquiera al análisis de la inflación y la crisis, se le puede menospreciar y aun sustituir por la relación, en el mejor de los casos secundaria y de corto alcance, salarios-tasa de ganancia, en que la baja de ésta expresa solamente el aumento de aquéllos.

Y lo mismo podría decirse de quienes desde una perspectiva subconsumista o reparando unilateralmente en la

---

<sup>23</sup> Véase Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *Monopoly Capital*. Nueva York, 1966; Andrew Glyn y Bob Sutcliffe, *British Workers and the Profits Squeeze*, Londres, 1972; A. Gamble y P. Walton, obra ya citada; Michael Bleaney, *Teorías de las crisis*, México, 1977; Geoff Hodgson, *Trosky and Fatalistic Marxism*, Londres, 1975; Pat Sloan, *Marx y la economía ortodoxa*, México, 1974.

tendencia del capitalismo al estancamiento, tienden a ver la crisis tan sólo o principalmente como una crisis de realización debida a una demanda insuficiente, que surge y en cierto modo se resuelve en la esfera de la circulación, del gasto y la distribución del ingreso.

La crisis capitalista, y concretamente la que ahora aqueja al sistema es el fruto inevitable del largo proceso de acumulación que arranca de la segunda guerra. Es en el seno de ese proceso en el que se gestan las contradicciones y desequilibrios que ahora empiezan a volverse explosivos. A medida que la expansión se desenvuelve, las leyes que rigen a la acumulación capitalista, sobre todo en la última etapa del imperialismo, acaban por imponerse. El desarrollo del capital monopolista implica una creciente concentración y centralización, una cada vez mayor productividad del trabajo y una más alta composición técnica y orgánica del capital. Más producción por hombre significa necesariamente, a largo plazo, más capital constante en relación al capital variable utilizado. La reducción de ciertos elementos del capital fijo —edificios e instalaciones por ejemplo— no basta generalmente para impedir el aumento del capital constante en su conjunto; los avances técnicos y la disminución del valor resultante de la mayor productividad incluso incrementan el capital circulante y elevan la composición orgánica del capital y de ahí surge la tendencia a que, a medida que se acelera la acumulación, decline la tasa de ganancia.

En cuanto a si sigue o no presente esa tendencia al descenso de la tasa de ganancia, creemos que hay numerosos datos empíricos que lo comprueban, y no menos elementos para pensar que la acción de dicha ley “[...] no puede ser eliminada, porque no puede eliminarse la tendencia del capital constante a incrementarse con mayor rapidez que el variable. Negar este hecho significaría negar el progreso técnico [...]”<sup>24</sup> Y si algo ha habido en los últimos decenios es, precisamente, progreso técnico.

---

<sup>24</sup> S. L. Vigotski, *Ensayos sobre la teoría del capitalismo contemporáneo*, Buenos Aires, 1964, p. 222.



Pretender por tal razón, sin embargo, que la caída de la tasa de ganancia debiera ser vertical y aun catastrófica, sería mecanicista y profundamente erróneo, pues si bien ese progreso se manifiesta en una creciente productividad del trabajo y ésta en una más alta composición técnica y en menor medida, orgánica, del capital, también se eleva la tasa de explotación y se refuerzan las posibilidades que el capitalismo monopolista de Estado tiene para contrarrestar la acción de la ley de que hablamos. Lo fundamental, empero, es que aun suponiendo que tales factores contribuyan a mantener una alta e inclusive creciente tasa de plusvalía o explotación, ello no invalida, a largo plazo, la tendencia descendente de la tasa de ganancia sino que más bien exhibe la forma contradictoria en que ésta se desenvuelve, sobre todo en la fase actual del capitalismo. Pensar que tales situaciones sean excluyentes y que una mayor explotación basta para impedir la caída de la tasa de ganancia equivale a no entender o al menos a no compartir la esencia de la formulación de Marx.<sup>25</sup> El capital monopolista recurre, desde luego, a todos los medios posibles y en particular a la creciente explotación de los trabajadores para evitar que desciendan las ganancias. En los veinte años siguientes a la segunda guerra, así lo hizo y —merced a las condiciones muy favorables de entonces— por cierto con éxito. Pero cuando los propios altos niveles de explotación empezaron a expresarse en avances técnicos aún más rápidos, la composición del capital, pese a los esfuerzos por impedirlo, se elevó hasta niveles todavía más altos, que al determinar una caída efectiva de la tasa de ganancia tenían que desenlazar en la sobreacumulación de capital. Lo que sin duda comprueba la afirmación de Marx de que “[...] la cuota de plusvalía se expresa en una cuota general de ganancia decreciente, aunque permanezca

---

<sup>25</sup> “Este factor [el aumento de la tasa de plusvalía] no anula la ley general. Pero sí hace que ésta [...] Actúe más bien como tendencia, es decir, como una ley cuya vigencia absoluta se ve contenida, entorpecida y atenuada por causas que la contrarrestan”. C. Marx, *El capital*, tomo III, Vol. I, p. 291.

invariable e incluso aumente el grado de explotación del trabajo [...]"<sup>26</sup>

La aceleración de la inflación en la presente década, en consecuencia, no es un fenómeno nuevo ni imprevisto. Es el corolario del largo periodo de acumulación precedente y del desarrollo del capitalismo monopolista de Estado, así como la demostración de la incapacidad de la oligarquía para evitar una severa sobreacumulación y eventualmente, una crisis de sobreproducción. Lo que en otras palabras significa que, aun si el Estado tiene éxito en su política tendiente a facilitar la realización, los factores más profundos determinantes de la crisis seguirán como hasta ahora, actuando desde el centro mismo del proceso de reproducción, hasta que una severa desvalorización del capital reestructure a éste, permita eliminar competidores ineficientes, eleve de nuevo la tasa de explotación y restablezca la tasa de ganancia y el cuadro de estímulos que la burguesía y en especial la oligarquía requieren para iniciar un nuevo ciclo económico.

### *¿Qué hacer frente a la inflación?*

No es este el tipo de artículo que más se presta para sugerir lo que, dadas las características fundamentales de la inflación y la naturaleza de sus causas, debiera hacerse en el plano político para combatirla eficazmente. En el caso de México y la América Latina, habría que estudiar las condiciones concretas en que el proceso inflacionario se desenvuelve, lo que no podríamos intentar, siquiera, esta vez. Aun así, podemos al menos sugerir algunas líneas de acción de parte de los trabajadores.

Lo primero que es necesario entender es que la inflación, como la crisis que subyace a ella, es privativa del capitalismo, y que sólo podrá eliminarse bajo el socialismo. La crisis es inevitable bajo el capitalismo y la inflación lo es

---

<sup>26</sup> C. Marx, *ibid*, tomo III, Vol. I, p. 267.

en la etapa actual de la crisis general y del capitalismo monopolista de Estado.

Esto no significa que el sistema tenga cerradas todas las puertas y que le sea imposible encontrar una salida. Salidas pueden ser el endeudamiento hasta hipotecar todo el patrimonio nacional, la explotación brutal de los trabajadores sostenida en una represión violenta, el fascismo en alguna versión menos ineficiente que la de los pinochet latinoamericanos, e inclusive la guerra; pero ninguna de ellas entraña una verdadera solución, sino sólo maneras transitorias de mitigar los peores efectos de la crisis llevando las contradicciones del sistema a planos más altos, complejos y profundos.

El que no haya una solución inmediata a la inflación y la crisis no significa que debemos esperar pacientemente a que el socialismo resuelva tales problemas, como tampoco significa que, porque algo hay que hacer —y hacerlo sin demora— hayamos de caer en el reformismo inocuo y demagógico con que la burguesía pretende engañar a los trabajadores, haciéndoles creer que ella tiene la solución de los más graves problemas en sus manos y que todo lo que se requiere es confiar en sus fórmulas y en el orden económico y político imperante.

Mientras los trabajadores no comprendan qué es la inflación y cuál es su verdadero alcance; mientras acepten las explicaciones burguesas más insuficientes y aun tendenciosas como si fueran la expresión misma de la verdad y de la ciencia; mientras sus propias reivindicaciones no rebasen el marco de la política de la clase en el poder, o sólo expresen ilusiones pequeñoburguesas que la realidad se encarga, día a día, de desvanecer; mientras no comprendan que esa clase defiende fundamentalmente sus intereses y no los de la nación y menos, todavía, los de los trabajadores, éstos seguirán siendo manipulados por aquélla, y en particular por la oligarquía, como indefensos peones de ajedrez.

Y en parte ello es lo que está ocurriendo. Cuando los trabajadores moderan y aun renuncian a sus demandas sa-

lariales creyendo de buena fe que así contribuyen a la estabilidad; cuando piensan que la acción del Estado responde a intereses generales y no de clase; cuando aceptan aliarse a la burguesía en aras de una irrealizable y engañosa «unidad nacional»; cuando apoyan la política de austeridad recomendada por el Fondo Monetario y también cuando la objetan desde posiciones keynesianas, cuando en medio de una severa inflación sugieren que el Estado gaste más —lo que en la práctica significa en gran parte que infle más— sin reparar en que las fórmulas empleadas hasta hace unos años con éxito son hoy ineficaces y hasta peligrosas, revelan estar presos en el marco de la ideología burguesa y lejos todavía, de poder forjar una alternativa a la política de la clase en el poder.

El esfuerzo de quienes trabajan por mejorar sus condiciones de vida es legítimo y digno del mayor respeto. La sola idea de preservar lo poco que tienen y de defender sus bajos ingresos reales merece simpatía y solidaridad. Pero para combatir la inflación no basta una política defensiva. Sin menoscabo de las justas demandas de aumento de salarios, sobre todo cuando éstos quedan visiblemente atrás de los precios y la productividad del trabajo, la lucha contra la inflación reclama una acción más intensa, más amplia y más consciente del proletariado. El principal causante de la inflación, como hemos visto, es el capital monopolista, y en la etapa actual del sistema, el capital monopolista de Estado. En un sentido económico y político, no simple o siquiera principalmente ético, tal es el principal responsable de los altos precios, de los bajos salarios, de la explotación, de la corrupción, de la ineficiencia, del desorden monetario, del desperdicio crónico y la utilización irracional de los recursos, empezando con el principal, o sea la fuerza de trabajo. A él obedece que las fuerzas productivas no crezcan con la celeridad con que la técnica moderna lo permite hoy día, y también a él se debe la creciente desigualdad del desarrollo, el agravamiento de sus contradicciones y el que la riqueza nacional, que si bien debidamente utilizada debiera servir para resolver los problemas del país, concentrada en unas cuan-

tas manos, semiociosa e improductiva, monopolizada por centenares de grandes consorcios, muchos de los cuales no son siquiera nacionales sino trasnacionales, se convierta por sí sola en otro obstáculo a superar.

México no está por ahora ante la posibilidad inmediata de optar por una salida burguesa o democrática a la inflación y a la actual crisis, como probablemente sea el caso en países como Francia y sobre todo Italia. La acción entusiasta pero espontánea de todavía pequeños sectores populares no basta para ello. El proletariado mexicano no está políticamente o siquiera sindicalmente organizado para librar con éxito una batalla capaz de desviar de inmediato el curso del proceso. La influencia que la burguesía ejerce sobre el movimiento de masas es todavía muy grande. Para ofrecer en la práctica, y no sólo en el papel, una alternativa, se requieren una organización, una acción y una correlación de fuerzas que aún no están presentes y que sólo podrán conseguirse en un nivel más alto de la lucha de clases. La izquierda, aunque está logrando avances que sería un error menospreciar, es todavía débil, está dividida y no cuenta con un programa, una estrategia, una táctica y un nivel de organización y militancia capaces de ganar a los trabajadores a la lucha revolucionaria.

Mas el hecho de que no pueda ofrecerse a estas horas una alternativa democrática a la política burguesa, y que la opción estratégica que parece más viable sea una u otra variante de tal política no quiere decir que no haya tareas fundamentales y aun impostergables que acometer.

Entender que la inflación y la crisis no son fenómenos universales sino estrictamente capitalistas; que quienes hacen subir los precios son, sobre todo, los monopolios y el Estado, no los trabajadores; que la lucha por mejores salarios, mayores servicios sociales, reducción del desempleo y defensa de un sindicalismo combativo e independiente debe concebirse no sólo como una cuestión laboral sino como una lucha política de corto y largo alcance y que en nuestros países latinoamericanos —salvo naturalmente Cuba, que recorre ya otra etapa histórica— el enfrenta-

miento al capital monopolista y a la oligarquía debe tener una clara proyección antiimperialista, y que la lucha contra la inflación y la crisis debe escapar al seguidismo y el reformismo, dejar de expresarse en actitudes suplicantes en que, no pocas veces de rodillas, se pide al Estado hacer lo que nunca hará, y entender que la esencia de la soberanía del pueblo no consiste en pedir tal o cual cosa a sus enemigos de clase sino en gobernar, en ejercer él mismo el poder, todo ello es decisivo para que, en el curso de un proceso de profundas transformaciones revolucionarias, sea posible resolver los problemas que, por ahora, no son susceptibles de una verdadera solución.

## EL CICLO ECONÓMICO, Y SU DESARROLLO EN LA POSTGUERRA\*

Stanislav Menshikov es uno de los autores soviéticos que más ha trabajado sobre el ciclo económico. En 1967, con A. Y. Rumiantsev y G. B. Ardayev, publica el libro *Ciclos contemporáneos y crisis*; poco antes aparece "La economía del capitalismo y sus contradicciones en la época actual" y en años más recientes otros estudios sobre el tema. En estas notas se consideran algunas tesis expuestas en *The economic cycle: postwar developments*, editado en Moscú, en 1975.

Menshikov parte de una breve y muy útil recapitulación de la teoría marxista-leninista de los ciclos económicos y, concretamente, de las crisis de sobreproducción, en la que critica a los teóricos burgueses que nunca aceptan que el capitalismo es la causa fundamental de las crisis, así como las explicaciones subconsumistas y otras que reparan en aspectos individuales aislados, subrayando que el desarrollo del capitalismo entraña la creciente socialización de la producción en un sistema que concentra y centraliza cada vez más los medios de producción. Esta contradicción, fundamental en el capitalismo, es la que condiciona el ciclo y en particular determina las crisis. En efecto, la plena realización del producto social sólo es posible si la re-

---

\* Comentario presentado al Seminario de Teoría del Desarrollo del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, en septiembre de 1977.

producción se desenvuelve bajo ciertas condiciones de proporcionalidad entre los diversos sectores de la economía y el conjunto de ésta. Pero a medida que más se expanden las fuerzas productivas, se amplía la división social del trabajo, crece el mercado y se diversifica el sistema económico, el intercambio mutuo debidamente equilibrado y necesario para la realización se vuelve imposible en un sistema cuyo funcionamiento es anárquico. El equilibrio estático de los esquemas teóricos se rompe ante una situación cambiante en la que el equilibrio dinámico sólo sería alcanzable bajo condiciones de planificación que superan con mucho el marco y las posibilidades de las relaciones de producción capitalistas. La sola distribución intersectorial del capital altera y aun impide la proporcionalidad necesaria para una realización adecuada, y muestra la necesidad de las crisis de sobreproducción como vehículos para restablecer el equilibrio perdido, o más bien las tasas de beneficio anteriores. El peso del capital monopolista y la búsqueda de ganancias más altas a través de formas de "racionalización" que extreman la competencia, acentúan el carácter anárquico de la producción y, pese a su eficiencia y su aparente racionalidad, agravan las contradicciones del sistema, las que, en mayor o menor medida, tienden a expresarse en la contradicción capital-trabajo.

Mientras los capitalistas tratan de elevar la tasa de explotación y de reducir, relativamente, los salarios, los trabajadores luchan por mejores salarios y condiciones de trabajo menos duras. La ventaja, desde luego está siempre del lado de los primeros, pues el sistema no funciona sin la explotación. Pero incluso cuando la tasa de ganancia baja o tiende a descender, la propia dinámica del capital (más altos niveles de productividad y, mayor explotación) eleva su composición técnica y orgánica y agrava las cosas. El aumento absoluto de las ganancias es acompañado de más producción y, en ciertos momentos, de una creciente sobreproducción. En última instancia, como señala Marx, la tendencia al crecimiento ilimitado del capital, y la insuficiencia de la demanda y sobre todo del consumo de



las masas, expresa la intensidad de la contradicción fundamental y los desequilibrios insuperables del capitalismo. La crisis, pues, es el medio violento a través del cual el sistema supera momentáneamente sus contradicciones y restablece una situación más favorable para los capitalistas, y especialmente para el capital monopolista.

La crisis acelera la obsolescencia y el desgaste del capital fijo y crea condiciones más propicias para su renovación, contrarrestando así la tendencia a la mayor duración de los medios de producción. En otras palabras, hace posible emprender nuevas grandes inversiones de capital, y crea así las condiciones materiales necesarias para iniciar un nuevo ciclo.

Para Marx, como se sabe, la sobreproducción de capital que exhibe la crisis no sólo involucra mercancías, o sea capital-mercancías, sino capital productivo, o en otras palabras, sobreacumulación.<sup>1</sup> Para superar esta sobreacumulación, es preciso intensificar la depreciación y aun recurrir a la destrucción económica e incluso física del capital.

*Análisis marxista de las crisis,  
a partir de los años veinte*

Menshikov recuerda que, desde los años veinte, el Instituto de Economía y Política Mundiales de la URSS, durante mucho tiempo bajo la dirección del economista Eugenio Varga, empezó a trabajar sistemáticamente en el análisis de la economía capitalista. Ello permitió hacer oportunas y certeras previsiones, que ningún centro académico burgués fue capaz de lograr. Varga anticipó el curso que el ciclo seguiría en los años veinte y treinta, comprendió la profundidad de la crisis de 1929-33, anunció inclusive la de 1937-38 y advirtió los cambios en el módulo del ciclo y concretamente el hecho de que la depresión sería

---

<sup>1</sup> S. Menshikov, *The economic cycle: Postwar developments*, Moscú, 1975, p. 20.

cada vez más larga y grave y la recuperación breve e insuficiente.

Varga atribuyó el cambio en el ciclo —y concretamente la ausencia de un verdadero auge— a que la crisis general se expresa en un exceso crónico de capital y por consiguiente, en una subutilización de la capacidad de producción, lo que alarga la vida del capital fijo y del ciclo, en su conjunto. Fue esa situación lo que llevó al Estado burgués a intervenir crecientemente en la economía, fomentar el armamentismo y otros gastos improductivos, y sobre todo a preparar la Segunda Guerra como única salida a la crisis, la que se acentuó en 1920-21, 1929-33 y 1937-38 como nunca antes.

A partir de los años cuarenta, el ciclo se suaviza, las crisis son menos violentas que antes, y todo lleva a pensar que el capitalismo, como los teóricos revisionistas lo habían previsto, superaría la inestabilidad y las crisis de sobreproducción. En efecto, los desajustes de 1948-49 y 1951-52 sobre todo en los Estados Unidos y Europa, respectivamente, así como los de 1953-54 y 1957-58 y 1960-61 no fueron muy severos. No obstante, los estudios de los especialistas soviéticos realizados a partir de 1956 mostraron que el capitalismo seguía sujeto a un funcionamiento cíclico, y llegaron a la importante conclusión teórica de que el cambio en el ciclo de postguerra obedecía fundamentalmente a la agudización de la crisis general, al desarrollo del capitalismo monopolista de Estado y a la nueva posición del imperialismo, a escala mundial. Aparte de que la situación de los años treinta y la intensidad de la guerra como arma destructiva del capital, por sí solos influían en el nuevo ímpetu del capitalismo, concurrían otros hechos no menos importantes, a saber:

- la competencia y la contradicción capitalismo-socialismo,
- la desintegración del sistema colonial,
- la creciente monopolización,
- La intervención cada vez mayor del Estado en la economía y el crecimiento del aparato estatal,

- la revolución técnico-científica,
- la agudización de la lucha de clases en los países industriales,
- y podría añadirse: la intensificación de la lucha revolucionaria en diversos frentes y la creciente contradicción entre los países atrasados [no coloniales] y las potencias imperialistas.<sup>2</sup>

Todo ello permite a los teóricos marxistas, entre quienes Menshikov ocupa un lugar distinguido, comprender la naturaleza y el carácter unitario del ciclo, los cambios que éste sufre en las últimas décadas y el carácter de la crisis actual del capitalismo, o sea la que se inicia en 1967 y afecta todavía al sistema.

Para comprender el presente ciclo, Menshikov parte de la recapitulación ya referida y de otras premisas que conviene recordar:

—Mientras haya propiedad privada de los medios de producción, la contradicción fundamental se expresará en el funcionamiento cíclico del sistema y en crisis de sobreproducción; lo que comprueba la necesidad de sustituir el capitalismo por una economía y una sociedad socialistas.

—Siendo las crisis de sobreproducción el único medio económico hasta ahora más o menos efectivo para contrarrestar la ley de la tendencia descendente de la tasa de beneficio y para suavizar las contradicciones más graves [mientras no sea preciso recurrir a medios más violentos, pero de otra naturaleza como la guerra], el capital monopolista y el propio Estado las ven como un “mal necesario” y aun como un expediente que, pese a afectar severamente incluso a muchos capitalistas, debilita a la clase obrera y hace posible su mayor explotación.

—La severidad de la crisis y de la depresión de los años treinta hizo temer por la suerte del sistema,

---

<sup>2</sup> Véase: *ibid.*, p. 25.

sobre todo en un momento en que el socialismo y la lucha revolucionaria avanzaban. Ello influyó sin duda en el auge del keynesismo y sobre todo en el desarrollo del capitalismo monopolista de Estado, como condición de una política anticíclica.

—La crisis actual, empero, demuestra que pese a todos los esfuerzos, la inestabilidad económica y aun política del capitalismo sigue presente, y que el nuevo patrón cíclico de inflación con desempleo intensifica la lucha de clases y, desde otro punto de vista, demuestra la incapacidad del keynesismo para ofrecer solución a las crisis mediante una política monetario-fiscal de grandes gastos improductivos e inflacionarios, sobre todo del Estado.

—La inflación crónica, el peso cada vez mayor de los monopolios, la estrecha relación de éstos con el Estado, contribuyen a que los trabajadores cobren conciencia antimonopolista y antimperialista, pues concretamente en los países atrasados se comprende también que el desarrollo independiente y favorable a las grandes mayorías es imposible bajo el sistema imperialista.

### *Los ciclos de postguerra*

Ante la imposibilidad de recoger aquí las apreciaciones del autor sobre el curso del ciclo de postguerra en cada uno de los principales países capitalistas, me limitaré a recordar algunas tesis generales y a resumir las principales conclusiones de su análisis.

Menshikov circunscribe el estudio del ciclo capitalista de postguerra a los cinco países más importantes, por considerar que el movimiento independiente de dicho ciclo, de hecho sólo se da en países de gran desarrollo y que cuentan con una industria pesada.

Para precisar el concepto del ciclo y escapar al eclecticismo y la ambigüedad de los teóricos burgueses, utiliza las cuatro fases comunes en el análisis marxista, a saber:

crisis, depresión, recuperación y crecimiento, y como indicador principal propone el volumen físico neto (o bruto) de producción material (industrial) de bienes y servicios, en las menores unidades de tiempo posible, a fin de poder apreciar su dinámica.

La crisis se hace equivaler usualmente a una reducción absoluta de la producción global o industrial, durante no menos de seis meses. La depresión es el periodo de estancamiento y lenta recuperación que sigue a aquélla. La recuperación propiamente dicha implica recobrar los niveles de actividad más altos anteriores a la crisis, y el crecimiento, supone rebasar dichos niveles.

Para apreciar mejor el carácter actual del ciclo, el profesor Menshikov considera que una fase de crisis supone:

- 1) Que la producción no crezca al menos durante seis meses;
- 2) Que en ese lapso se produzca una breve caída de dicha producción, por factores propios de una crisis;
- 3) Que estén presentes otros rasgos tales como un aumento del desempleo y un descenso de la inversión de capital y de la tasa de ganancia.

Además de estos datos, principalmente cuantitativos, un análisis riguroso reclama considerar factores sociales y políticos, ligados principalmente a la acción del Estado, que sin duda influyen también sobre la demanda y el funcionamiento de la economía.<sup>3</sup>

Finalmente, para distinguir una crisis *cíclica* de una *intermedia* debe considerarse si la inversión en capital fijo decrece o al menos no aumenta durante cierto tiempo, o si tal movimiento sólo afecta la inversión en inventarios o existencias de mercancías.

Habida cuenta de las limitaciones y fallas en el material estadístico disponible, que a menudo tiende a restar importancia y aun a soslayar las fluctuaciones reales, Men-

---

<sup>3</sup> Véase: *ibid.*, pp. 34 y 35.

shikov estudia los ciclos de postguerra y llega a estas conclusiones:

—En todos los países estudiados el funcionamiento económico sigue siendo marcadamente cíclico;

—En cuatro de ellos el ciclo muestra una regularidad y duración semejante, variando de 8-9 a 9-10 años. Sólo en Francia parece bastante más largo, tanto por la mayor importancia y el crecimiento sostenido de la inversión estatal como por el mayor uso de la programación económica;

—Junto a las crisis cíclicas, en todos se registran también crisis intermedias ligadas a menores gastos gubernamentales o a problemas de balanza de pagos;

—Las crisis cíclicas duran entre 6 y 18 meses, y hasta 24, si se incluyen periodos de estancamiento o muy baja actividad;

—En cuanto a la intensidad de la crisis, la caída de la producción industrial fluctúa generalmente entre 5% y 10% —máxima, 20%— manifestándose más a menudo en muy bajas tasas de crecimiento y en breves y pequeñas reducciones de la producción, inferiores en general a las sufridas en los años veinte y treinta.<sup>4</sup>

### *El mercado mundial y el ciclo económico*

Dos canales de transmisión del ciclo son el comercio internacional y las crisis monetarias. Otro es la inversión, sobre todo directa, de los grandes monopolios multinacionales, aunque también el movimiento internacional de capital a través de bonos, y los movimientos de dinero a corto plazo, que responden a causas especulativas y diferenciales en los tipos de interés. Y también influyen en la transmisión del ciclo los desplazamientos tecnológicos y de fuerza de trabajo.

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 59 a 62.

En general, en la postguerra ha habido bastante coincidencia tanto en el estancamiento como en la caída de la producción industrial y el comercio internacional de los países capitalistas más avanzados, aunque, a la vez, las diversas fases del ciclo muestran diferente intensidad de unos países a otros, y suelen atrasarse o adelantarse unos meses. El país en que el ciclo se desenvuelve con mayor independencia es Estados Unidos. Hasta principios de los años sesenta, las fluctuaciones de la economía norteamericana ejercen gran influencia en las de Europa Occidental y Japón. A partir de entonces, en cambio, lo sucedido en estos últimos parece ser de mayor importancia para los restantes, y concretamente la influencia recíproca de los cambios ocurridos entre diversos países de Europa Occidental. Inglaterra, sin embargo, resiente grandemente tanto la influencia norteamericana como de los principales países europeos.<sup>5</sup>

Las crisis monetarias son, a menudo, una manifestación de una crisis económica; en ocasiones, en cambio, son independientes del ciclo y más bien exhiben contradicciones propias de la esfera monetario-crediticia, expresándose con frecuencia en la caída de los valores bursátiles. En un sentido estricto, Menshikov considera que una crisis monetaria es un desequilibrio brusco de la balanza de pagos, que provoca un fuerte descenso en el ingreso de divisas y que lleva a la devaluación monetaria o a la inconvertibilidad con el oro u otras monedas.<sup>6</sup>

El vínculo de las crisis monetarias con el ciclo económico, es sobre todo el impacto de éste sobre la balanza comercial. En general, y de no intervenir otros factores, una variación en las importaciones de mercancías supone un cambio en la producción industrial del país que las hace; en tanto que la variación de las exportaciones refleja alteraciones en la producción nacional de otros países.

En la fase de ascenso las importaciones crecen de prisa, y si no lo hacen también las exportaciones se crea la base

---

<sup>5</sup> Véase: *ibid.*, p. 77.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 84-85.

económica que lleva a una crisis monetaria. Esto ocurre especialmente cuando la competitividad de un país en los mercados extranjeros es baja. Una salida de capital, a veces determinada por una crisis económica, lleva también con frecuencia a una crisis monetaria; y aun ésta, por sí sola, ejerce bastante influencia sobre el ciclo económico.

En otras palabras, hay una estrecha relación y aun cierta interdependencia de las crisis económicas y las propiamente monetarias. A menudo éstas son una manifestación de aquéllas, y como se transmiten internacionalmente con bastante rapidez, contribuyen muchas veces a intensificar las crisis económicas.

No obstante el carácter mundial del ciclo, diversos factores determinan su asincronismo y desigualdad. Junto a un paralelismo en el patrón cíclico, en general similar al de los años de interguerras, se advierten mayores diferencias, concretamente en torno a las crisis, o sea la fase principal del ciclo.<sup>7</sup> Entre las principales causas del asincronismo, Menshikov menciona las guerras mundiales y en particular la Segunda, la creciente intervención y a la vez las diferentes modalidades de la acción del Estado y la mayor desigualdad del desarrollo (tasas globales de crecimiento).

El asincronismo del ciclo, además de estimular las crisis monetarias, propicia el desarrollo de las empresas transnacionales, que como se sabe controlan buena parte de la producción y el comercio exterior de los países donde tienen sus principales centros de operación. El enorme radio de acción de tales empresas les ayuda a diversificar riesgos y aprovechar las condiciones que permitan máximas ganancias, de acuerdo con una estrategia global, a largo plazo, que con frecuencia entra en conflicto con los intereses nacionales de sus propios países y agrava la situación económica de otros.

“Tales acciones de las corporaciones multinacionales aumentan el asincronismo del ciclo mundial, acele-

---

<sup>7</sup> Ver *ob. cit.*, p. 98 y cuadro 3-11, en la p. 101.



rando la reducción de la producción y la inversión de ciertos países y la simultánea expansión en otros.<sup>8</sup>

Aunque en ocasiones influyen a la vez en la sincronización del ciclo, lo que sin duda exhibe el carácter contradictorio de su funcionamiento.

La influencia de los países subdesarrollados en la economía mundial, en la producción industrial y por tanto en la determinación del ciclo es, como se sabe, pequeña, aunque son los que más sufren la inestabilidad del sistema y especialmente sus crisis. En años recientes, incluso han perdido significación en el comercio internacional, lo que los vuelve más vulnerables. La desintegración del colonialismo, el relativamente más rápido desarrollo de algunos países y el acercamiento de otros a los países socialistas les ofrece mayor posibilidad de defensa; sin embargo, la estructura de la dependencia comercial y financiera y especialmente la dependencia respecto a la exportación de productos primarios limita sus posibilidades de acción y los expone a sufrir graves daños.

### *Las empresas y el Estado*

En los años de postguerra se han producido múltiples cambios que afectan el funcionamiento del ciclo: en la relación entre los países capitalistas y socialistas, entre aquéllos y sus antiguas colonias y en cada una de las principales potencias. Estos últimos consisten especialmente en el creciente poder de los monopolios privados y del Estado, el rápido desarrollo técnico-científico y los cambios en la estructura social y en la lucha de clases, ahora centralmente de los trabajadores y el capital monopolista de Estado.

El desarrollo de éste influye grandemente en el proceso de reproducción: se afirma el poder monopolista ya no sólo en las industrias básicas sino en gran parte de la eco-

---

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 108.

nomía, incluidos el comercio, los transportes y comunicaciones y la banca y los seguros. Se multiplican las fusiones y el entrelazamiento de los monopolios; son más poderosas y más complejas las asociaciones monopolistas y las formas de combinación multisectorial que hoy caracterizan a los principales grupos financieros;<sup>9</sup> se recurre a nuevos métodos de coordinación y programación monopolista, se extiende la computación electrónica en busca de una mejor organización interna, mayor eficiencia y mejor conocimiento del mercado, y a consecuencia de todo ello crece el área controlada o subordinada al capital monopolista, el que a pesar de todo estimula las crisis de sobreproducción.

La gran empresa monopolista tiene hoy un conocimiento del mercado del que careció la empresa capitalista tradicional. En parte ello es así por los múltiples servicios de que dispone, y en parte porque el monopolio opera en gran

---

<sup>9</sup> El carácter del grupo depende, en gran parte, de la etapa de desarrollo del capital monopolista y del tipo de relaciones con otros monopolios dentro de la estructura del capital financiero y con el resto de la economía y la sociedad. Los grupos financieros son el nivel más alto y la fase superior del desarrollo del capital monopolista de Estado. Es una forma de monopolización mucho más compleja que el cártel, el trust, el sindicato y el consorcio. Porque combina todas estas formas "[...] y las lleva a una nueva fase aún más alta [...]".

El grupo financiero, en mucho mayor medida que el consorcio, requiere de una coordinación externa y superior que incluso modifica el alcance del control, sin la cual se agravarían a menudo las contradicciones entre los miembros —en parte autónomos— del grupo.

El grupo financiero, como el consorcio o conglomerado, combina las más diversas actividades en el campo de la producción, variando de uno a otro el grado de diversificación y las formas internas de integración y cooperación. Pero aún los más poderosos y vastos no son, naturalmente, autárquicos.

"La dominación económica de la oligarquía financiera no equivale a la dominación política. Pero ésta sin aquélla no es suficientemente firme, y la primera sin la segunda muestra que el entrelazamiento de los monopolios y la maquinaria estatal no ha ido muy lejos [...]". S. Menshikov, *Millionaires and managers*, Moscú, pp. 202 y 322.

medida sobre pedidos y porque muchos de sus clientes le están subordinados. No obstante lo cual, la previsión de las ventas es con frecuencia inadecuada.

La forma primaria de la crisis, recuerda el profesor Menshikov, es la sobreproducción de mercancías, de capital-mercancías. Pues bien, aunque los monopolios cuentan hoy con medios para evitar la sobreacumulación de inventarios, ésta sigue presente y es una de las manifestaciones de las crisis, sobre todo en las empresas no monopolistas. Aun los más grandes consorcios, generalmente reducen sus existencias cuando la crisis se ha iniciado, y no antes de que ésta se produzca, lo que sin duda revela una sobreproducción «oculta».

El descenso deliberado de la producción suele emplearse para mantener los precios y las ganancias de los monopolios, lo que sin duda daña a las empresas no monopolistas, que a primera vista parecen las responsables de la sobreproducción, aunque lo que acontece en realidad es que éstas soportan en mayor medida el peso de la crisis. En síntesis, si bien la sobreproducción de mercancías se ha reducido en parte por la acción de los monopolios, gracias al control que éstos ejercen del mercado, el "ciclo de inventarios" ha cambiado, pero sigue siendo una de las formas que adopta la crisis capitalista. Una segunda forma es la sobreproducción de capital productivo, aunque en la postguerra la inversión de capital ha sido menos inestable que en periodos previos.

En general, en años recientes —salvo probablemente en Japón— aumenta la importancia de las fuentes internas de financiamiento del capital monopolista, sobre todo por mayor reinversión de utilidades y más altas reservas de depreciación. Los patrones de financiamiento exhiben rasgos comunes así como también apreciables diferencias de un país a otro, pero lo típico de las crisis de postguerra ha sido la reducción de las inversiones extensivas [destinadas a ampliar la capacidad de producción] y el aumento de las intensivas, o sea de las que tienden a renovar y modernizar instalaciones y equipo. En las fases de ascenso,

en cambio, la tendencia ha sido la inversa, en parte porque las condiciones más favorables permiten operar equipos menos eficientes.<sup>10</sup>

El creciente empleo de la programación, incluso a plazo medio y largo por los monopolios, con miras de obtener y estabilizar una alta tasa de ganancia, ha contribuido a estabilizar la inversión, pero al mismo tiempo a una mayor sobreacumulación de capital productivo derivada de la competencia monopolística, que aun en las fases de ascenso obliga a disponer de capacidad suficiente para ganar a los competidores, así sea a costa de un gran subempleo de capital en otros sectores.

Menshikov hace notar que, naturalmente, la sobreproducción de capital productivo es mucho más difícil de eliminar que la de inventarios, y que incluso al reducir éstos se provoca a menudo un subempleo de capacidad productiva. A ello obedece que al salir de la crisis haya mucha capacidad ociosa, lo que permite aumentar la producción sin necesidad de nuevas inversiones, pero se traduce también en los largos periodos de relativo estancamiento que caracterizan al ciclo capitalista en la postguerra.

Finalmente, la crisis implica la sobreproducción de capital-dinero, en parte por la mayor estabilidad del sistema de crédito, y el mayor poder del capital financiero que se expresan en la disponibilidad de cuantiosos fondos en poder de las empresas y especialmente de los bancos, compañías de seguros y otras instituciones financieras, que junto al control del mercado de valores, permite disponer de una masa enorme de dinero.

### *Intervención del Estado*

Partiendo del análisis leninista del imperialismo, Menshikov considera que la creciente intervención estatal en la economía se explica en virtud "[...] de la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopo-

---

<sup>10</sup> Véase: *ibid.*, pp. 126-127.

lista de Estado, [...]” y de la “cada vez mayor asociación de los monopolios y el Estado en una misma fuerza económica y política”.<sup>11</sup>

Especialmente en los E. U., Inglaterra y Alemania, la proporción del gasto público se incrementa a partir de los años 30 y sobre todo después de la Segunda Guerra. En Japón es siempre alta, aunque inferior, a la vez, a la de aquellos países.

El aumento del gasto gubernamental en sus diversas formas —compras, aumentos de salarios y transferencias— influye de manera diferente en los movimientos de la demanda, de la producción y del ciclo económico. El impacto es mayor cuando se trata de gastos productivos, pero está presente incluso en los destructivos, como los militares. El efecto multiplicador sobre el producto, varía en razón de la cuantía y la naturaleza del gasto, siendo el de mayor impacto la inversión productiva. Los gastos sociales no productivos, estimulan indirectamente el potencial de producción. Los militares, aunque en otro sentido necesarios para el imperialismo, sustraen recursos a la producción de bienes civiles, a menos que se traduzcan en exportaciones de armamentos. Y ello ocurre también con los destinados a la investigación con fines militares.

La influencia del gasto gubernamental cambia, además —de no modificarse significativamente la estructura productiva ni los coeficientes técnicos marginales del consumo personal respecto al ingreso—, a medida que aumenta su importancia relativa en el producto nacional, toda vez que la tasa máxima de crecimiento de éste obedece al aumento de la ocupación y de la productividad del trabajo. O sea que, a partir de cierto nivel —que Menshikov estima en 33-40% del producto— el gasto gubernamental no puede crecer más de prisa que la economía en su conjunto, lo que reduce su impacto sobre la demanda.

A propósito de la militarización de la economía, en un estudio anterior, el autor hace notar que la crisis general ha contribuido sin duda a que aquella “[...] se convierta,

---

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 137.

de factor secundario de la reproducción [...] en una constante compañera de la economía capitalista en varios de los más importantes países imperialistas." Lo que aunado al creciente antagonismo entre los dos sistemas, la desintegración del colonialismo, el desarrollo del CME, la cambiante división internacional del trabajo, la revolución científico-técnica y la más intensa lucha de clases, ha traído consigo profundas alteraciones en el régimen del ciclo y un sensible impulso al crecimiento del mercado capitalista.

Pero "el cambio del mecanismo del ciclo, en el cual los ideólogos burgueses ven la esperanza de salvación del capitalismo, en realidad agudiza aún más sus contradicciones y aproxima su hundimiento ineluctable."<sup>12</sup> Para comprobarlo, Menshikov toma como ejemplo la militarización. Admitiendo que ésta influyó en ciertos casos en el aumento de la producción y del nivel de empleo, recuerda que, a partir de cierto momento, los países con más gastos militares —como Inglaterra y los Estados Unidos— crecieron más lentamente que aquellos que no tuvieron que arrastrar esa carga. Lo que se explica en virtud de que la producción bélica "[...] a diferencia de otras formas de consumo improductivo, se divorcia por completo del proceso de reproducción [...]" "...y equivale [...] a una destrucción de las fuerzas productivas."<sup>13</sup>

Incluso cuando ciertas inversiones militares pueden en parte utilizarse para fines civiles, el gasto improductivo y por tanto el costo social que entrañan son enormes. Y no sólo eso:

No hay un solo país capitalista en donde la militarización de la economía no conduzca a desarreglos del sistema monetario y a minar las posiciones de la exportación y de la balanza de pagos [...];

Todo lo cual [...] demuestra que la militariza-

---

<sup>12</sup> S. Menshikov, *La economía del capitalismo y sus contradicciones en la etapa actual*, Bogotá, 1970, pp. 93 y 94.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 97.

ción de la economía... en conjunto coadyuvó al notorio fortalecimiento de la inestabilidad de la reproducción capitalista, sin liberarla de manera alguna de la vieja y crónica dolencia cíclica.<sup>14</sup>

El Estado, además, ejerce influencia sobre el ciclo económico a través de reguladores "automáticos" y de su política de corto y largo plazo. Entre los primeros, Menshikov destaca ciertos impuestos como el de la renta, los pagos a los desocupados y la regulación de precios a algunos productos agrícolas, que en conjunto tienen, aunque no siempre se lo propongan, un papel anticíclico y sobre todo suavizador de las crisis, aunque también ayudan a contener la elevación de la demanda en las fases de ascenso.

De especial importancia anticíclica son los impuestos y en general el presupuesto gubernamental, sobre todo cuando representan una alta proporción del ingreso nacional. Como ya se dijo, este regulador se relaciona fundamentalmente con el desarrollo del capitalismo monopolista de Estado, y si bien tiene importancia para mitigar ciertas contradicciones, no puede, como lo comprueba la experiencia, evitar las crisis.

Después de la Segunda Guerra, por otra parte, los principales Estados capitalistas han adoptado deliberadamente una política anticíclica, que en ciertos momentos los comprometió incluso a la ocupación plena de la fuerza de trabajo, a través sobre todo de medidas monetarias y fiscales. Entre estas últimas destacan las compras del gobierno, los salarios de su personal, la inversión estatal, los pagos de transferencia y el manejo y variación de las tasas impositivas, incluyendo los coeficientes de depreciación. Entre las monetarias figuran, a su vez, los cambios en las tasas de descuento y en el encaje, el manejo de valores de la tesorería, las restricciones cuantitativas y cualitativas del crédito y la política de préstamos al consumidor, crédito hipotecario y financiamiento de las bolsas de valores. Mien-

---

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 99.

tras en los E. U. se ha descansado más en la política fiscal, en otros ha tenido mayor significación la política monetaria y de crédito. El efecto anticíclico de una y otra, sin embargo, ha sido pequeño debido a que no resuelve y a menudo ni siquiera ataca las contradicciones fundamentales del capitalismo monopolista de Estado.

El estímulo estatal a la demanda es, sobre todo, indirecto. Las facilidades fiscales y crediticias no se traducen, generalmente, y menos de inmediato, en mayores inversiones, sino más bien en una redistribución de ingresos favorable al capital monopolista. Aun los programas más coherentes y ambiciosos de regulación anticíclica, tropiezan en la práctica con contradicciones económicas y aun políticas del CME, que reducen sus efectos e incluso hacen inviable su realización. Esto al margen del hecho de que los capitalistas, cuando sus relaciones con la clase obrera se han vuelto más difíciles, prefieren la crisis a la anticrisis. Finalmente, tanto las contradicciones entre los países capitalistas como aquellas de que adolecen los propios programas anticíclicos, reducen y aun hacen nugatorio su efecto.<sup>15</sup>

Salvo en Francia, Holanda y Japón, la «planeación» en los países capitalistas ha sido esporádica y en gran parte declarativa, pudiendo decirse que más que acabar con el ciclo ha sido éste el que ha limitado el alcance de aquélla y aun impedido llevarla a la práctica. En Inglaterra, concretamente, la devaluación de la libra y la crisis de 1967 implicaron el abandono del plan de desarrollo 1965-70. En los Estados Unidos ocurrió lo mismo, pues el primer plan 1970-76, que por cierto también fue el primer intento de planificación monopolista de Estado, de hecho se abandonó con motivo de la devaluación del dólar y la severa crisis de 1967.

No obstante, en los países en donde dicha planeación ha tenido mayor importancia, su efecto sobre el proceso de reproducción ha dependido principalmente de su eficacia para coordinar la actividad de empresas estatales,

---

<sup>15</sup> Véase: *ibid.*, pp. 174-78.



las inversiones públicas de largo plazo, el sistema de subsidios y estímulos y la producción de los monopolios. Aquí, en general, la eficacia anticíclica de la planeación depende en gran medida del peso de las inversiones del Estado en el proceso global de acumulación. Y aunque es cierto que tal expediente ha permitido suavizar las crisis y estimular las fases de ascenso, a la vez ha ejercido presión sobre los recursos, propiciando la inflación y aun haciendo necesario restringir, en un momento dado, la producción, lo que se explica porque dentro del marco de las relaciones capitalistas, el Estado no dispone de los medios para sostener, en forma más o menos estable, un rápido crecimiento de las fuerzas productivas.

*Desplazamientos tecnológicos y cambios  
en el proceso de reproducción*

La aceleración del avance técnico-científico ha traído consigo cambios que afectan el proceso económico. Entre los principales, Menshikov señala un aumento significativo de la productividad, una relación cada vez más estrecha entre la investigación, el desarrollo y la producción, sobre todo en los monopolios, y una creciente intervención del Estado para organizar y financiar la investigación científica y tecnológica. En años recientes se han intensificado tanto la tendencia al estancamiento propia del monopolio como la contratendencia al mayor avance técnico, derivada de la competencia monopolística. En no pocos países el Estado se ha hecho cargo de entre el 60% y el 75% del financiamiento de la investigación.

El desarrollo tecnológico se expresa en nuevos y más eficientes medios y procesos de producción, pero también acentúa la desigualdad inherente al capitalismo monopolista. La rápida introducción de nuevos artículos modifica la estructura productiva y de la demanda, sobre todo de bienes de producción, afectando grandemente a los viejos instrumentos desplazados por los nuevos. Así, mientras unas actividades crecen incluso más de prisa que an-

tes —aquéllas con mayores avances técnicos— otras se rezagan y aun sufren caídas en la producción.

El impacto de los cambios tecnológicos depende en parte del nivel y variabilidad de los coeficientes técnicos, pero si bien éstos generalmente no afectan las tasas globales de crecimiento económico sí ejercen gran influencia en ciertos sectores.<sup>16</sup> En general, la crisis es más severa para las actividades técnicamente más atrasadas, en las que con frecuencia se vuelve crónica. Las más avanzadas, en cambio, sufren menos su impacto porque la demanda de sus productos crece más de prisa y a un ritmo más estable y porque en ellas se concentra buena parte de los gastos para investigación. De lo que deriva que la crisis afecta el proceso económico de manera mucho más compleja y desigual que antes, afectando gravemente a ciertas ramas y mucho menos a otras.

### *El proceso de inversión y la duración de los ciclos*

Entre los factores que más afectan el proceso de inversión, Menshikov menciona los siguientes:

—La duración media del capital fijo y la tasa de renovación del mismo;

—La intensidad del progreso tecnológico en las industrias de maquinaria y equipo y la duración económica media del capital fijo;

—La intensidad de capital de la producción.

Como se sabe, la duración del ciclo depende fundamentalmente de la del capital fijo, que principalmente se expresa a su vez en el volumen de la inversión. Ésta se divide en dos partes: aquella necesaria para reponer los equipos

---

<sup>16</sup> El autor ofrece una serie de ejemplos referidos a la economía norteamericana. *Ob. cit.*, pp. 189-190.

gastados, y la nueva inversión. La primera, a la que el autor denomina inversión de reposición (*restorative investment*) depende del volumen de capital fijo a reponer y de la tasa de depreciación. Cuando se sustituyen activos obsoletos, el nivel de la nueva inversión depende de que los costos de ésta sean inferiores a los de la vieja maquinaria. O más estrictamente: de que los *costos medios* de la nueva sean inferiores a los *costos variables* de la vieja inversión.<sup>17</sup>

En los E. U., en los últimos decenios se aprecia una tendencia a la reducción de la intensidad de capital [que podría tomarse como un descenso de la relación capital-producto], sobre todo en actividades previamente modernizadas o nuevas; en aquéllas, en cambio, en que la modernización empieza a cobrar impulso se observan aumentos en la intensidad de capital, lo que también parece ocurrir en otros países como Francia, Alemania y Japón. Esto muestra que el avance técnico puede traducirse bien en un aumento o en una baja de la relación capital-producto, dependiendo esto último de la alta eficiencia de las instalaciones disponibles y del aumento de la productividad del trabajo.

La baja de la relación capital-producto no significa desde luego, vista dinámicamente, la necesidad de menores inversiones. Antes al contrario es la expresión de crecientes inversiones en nuevos medios de producción. La demanda de capital fijo depende de la proporción que la inversión bruta represente en el producto total, proporción a la que Menshikov denomina "velocidad de acumulación", para distinguirla de la "tasa de acumulación", o sea de la relación: inversión neta-ingreso nacional.

"La velocidad de acumulación de capital fijo depende directamente del índice de intensidad de capital, las tasas de crecimiento del producto y la tasa de reposición del capital fijo [...]" Con tasas medias de producción constante, la menor intensidad del capital reduce la velocidad

---

<sup>17</sup> Véase: *ibid.*, p. 196.

de acumulación, siempre y cuando no aumente la tasa de depreciación o lo haga muy lentamente.<sup>18</sup>

En la postguerra "la velocidad de acumulación" aumentó primero en E. U. y después en Japón, y en menor escala en Francia y Alemania.<sup>19</sup> En conjunto, la elevación fue el fruto del alto costo —en términos de intensidad de capital— de la modernización y el desarrollo tecnológicos, pero en tanto en Inglaterra y E. U. el factor principal fue el aumento de las tasas de depreciación y obsolescencia, en Japón y Alemania fue el rápido crecimiento de la inversión neta.

### *Progreso tecnológico y consumo privado*

El avance técnico-científico influye no sólo sobre la inversión sino también sobre el consumo, porque trae consigo cambios en la estructura de la población, implica la introducción de nuevos bienes de consumo y amplía la importancia relativa de los bienes durables. El impacto es mayor donde la urbanización y la industrialización se realizan más de prisa, como ocurrió en años recientes en Italia y Japón.

El capitalismo monopolista crea nuevas necesidades así como nuevas maneras de satisfacer las viejas, lo que trae consigo fuertes aumentos del consumo, y formas de consumo autónomo, que dependen más de los propios avances técnicos y de otros factores que del crecimiento del ingreso personal. Dados ciertos niveles de consumo gubernamental y de acumulación, la tasa de crecimiento del ingreso depende de la magnitud del consumo personal. Y aún podría agregarse que bajo el capitalismo monopolista de Estado depende en gran parte del consumo improductivo.

El crecimiento del consumo autónomo, debido a la influencia del avance técnico, es hoy, por consiguiente, un importante factor de estímulo a la producción, el ingreso

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 201.

<sup>19</sup> Véase Cuadro 5-2, *ibid.*, p. 202.

y la demanda.<sup>20</sup> La creciente producción de bienes durables de consumo, en particular, juega un papel de especial importancia en el ciclo.

La demanda de bienes durables muestra ciertas modalidades propias. Como muchos de ellos se han introducido hace poco tiempo, su dinámica es similar a la de los nuevos productos, lo que hace que con frecuencia ejerzan cierta influencia anticíclica; pero una vez que rebasan el punto de saturación, dicha influencia es más bien cíclica, lo que los vuelve una base material y un factor de intensificación del ciclo, sólo que en general de menor importancia, tanto cuantitativa como cualitativamente, que el movimiento del capital fijo.

### *Ingresos, precios e inflación*

La reproducción capitalista, recuerda Menshikov, está indisolublemente ligada a la lucha de clases, pues en esencia consiste en la explotación del trabajo, la generación y realización de plusvalía y el reparto del ingreso entre las diversas clases. De ella, de las distintas fases del ciclo de reproducción del capital y de las condiciones del mercado laboral dependen las condiciones de los trabajadores, o sea el nivel de salarios y de empleo.

La lucha de clases, por su parte, influye en las condiciones de la reproducción capitalista, de acuerdo con la correlación de fuerzas y la organización social y política del proletariado. Recientemente, la capacidad de los trabajadores para obtener, dados la inflación y el alto costo de la vida, mejores salarios nominales y a veces reales, o al menos impedir la caída de éstos —ya que gran parte del ingreso nacional de los países más avanzados corresponde a sueldos y salarios—, ha sido uno de los factores que contribuye a suavizar las fluctuaciones y alterar el mecanismo del ciclo económico, aunque al propio tiempo tal hecho ha estado asociado a una inflación que se ha vuelto crónica.

---

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 213.

*Causas de la inflación actual*

En los años de postguerra a diferencia de lo ocurrido en periodos previos y concretamente en las crisis anteriores, se observa una tendencia más o menos definida al alza de los precios de mayoreo y, sobre todo, de menudeo. Incluso en las crisis, dichos precios no caen sensiblemente y en algunas se mantienen y aun suben. De ser la regla, el descenso de los precios se convierte ahora en la excepción, lo que claramente distingue las crisis recientes de las anteriores.

Ello obedece, según Menshikov, en primer lugar a la creciente monopolización de la economía capitalista. Bajo el capitalismo monopolista de Estado no hay, como antaño, competencia de precios. El mecanismo de formación de precios es otro. Y a la influencia del monopolio se añade la regulación ejercida por el Estado, que al afectar artificialmente los precios, alteran también el funcionamiento del ciclo.

El empresario monopolista, en vez de actuar en respuesta a las variaciones de los precios, utiliza su control del mercado para mantener precios altos y condiciones que le permitan las mayores ganancias. Con frecuencia la producción se reduce no porque haya caído la demanda sino porque los monopolios la contraen antes de que ésta decline. Su influencia sobre los precios es mayor a partir del momento en que ya no sólo controlan las industrias pesadas sino de hecho todos los puntos clave del sistema económico. A partir de ese momento abandonan la guerra de precios como forma de competencia y empiezan a regular —y en cierto modo a estabilizar— los precios en su beneficio.

En la postguerra, el sistema monopolista de formación de precios lleva a una inflación crónica. Influyen en ello la militarización sin precedentes —actividad por cierto altamente monopolizada—, el aumento casi ininterrumpido de los gastos gubernamentales para otros fines y la elevación de los ingresos de la población, todo lo cual, en un

régimen de papel moneda inconvertible es aprovechado por los monopolios para subir los precios.

La inflación —estancamiento [stagflation]— es, pues, un problema estructural. Aún superada la sobreinversión del receso de 1974-75, sigue habiendo capacidad ociosa y bajos niveles de acumulación. El efecto multiplicador del gasto se reduce y se anuncia lo que Menshikov denomina una “revolución antikeynesiana”. Lo que se explica porque la actual inflación —a diferencia de la “clásica”— tiene principalmente su origen en el capitalismo monopolista de Estado, la fijación monopolista de precios, el aumento de la circulación monetaria, la falta de planeación gubernamental y la fuerte proporción de gasto público improductivo.<sup>21</sup>

En resumen: si bien en los años de postguerra se han suavizado las fluctuaciones cíclicas de la producción, el ingreso y los precios, las contradicciones del proceso de reproducción han seguido presentes, aunque se manifiestan de nuevas maneras. Así, por ejemplo:

- El descenso de la producción y del ingreso es ahora menor, pero la sobreacumulación de capital es mayor y más persistente;
- El desempleo en los países industrializados se ha reducido, pero el costo de la vida aumenta cada vez más;
- Los monopolios han afirmado su control del mercado y contribuido a mantener precios altos, pero ello estimula a los trabajadores a reclamar aumentos de salarios e intensifica la lucha de clases;
- El Estado, al mantener un alto nivel de demanda global, reduce la intensidad de las crisis de sobreproducción, pero promueve, como nunca antes, la inflación, reduce la competitividad en el mercado mundial y acentúa el desequilibrio de la balanza de pagos;

---

<sup>21</sup> Véase: *Ibid.*, p. 264.

- A consecuencia de todo ello, las crisis no tienen la intensidad necesaria para resolver, en un momento dado, la contradicción resultante de los aumentos de salarios y la declinación de la tasa de ganancia, lo que a la postre se traduce en una situación que invariablemente implica la inflación y el desequilibrio de las balanzas de pagos, lo que hace que, a menudo, el Estado intervenga no ya con fines anticíclicos sino para tratar de acelerar la crisis y lograr que ésta cumpla su papel correctivo y reequilibrador tradicional.



## LA CRISIS DEL CAPITALISMO, LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS Y EL NUEVO ORDEN ECONÓMICO INTERNACIONAL\*

La crisis actual del capitalismo es una de las más severas que el sistema ha sufrido en su historia. Desde hace diez años se multiplican los problemas de todo orden, y aunque a menudo se asegura que el fin del túnel está ya a la vista, lo cierto es que las dificultades persisten y que los hechos siguen imponiéndose a las palabras. La vigorosa recuperación que muchos esperaban tras la caída de 1974-75, está todavía por verse, y aun en los países en que las tasas de crecimiento económico han sido relativamente más altas, persisten el desempleo, el rezago en la inversión privada, los desajustes comerciales y financieros y la inflación. Desde luego no faltan los economistas que, provistos de la nueva bola de cristal que suelen ser las computadoras, con una precisión digna de su ligereza anuncian que el producto nacional subirá, digamos 4.27% cuando en realidad descende 2%, o que los precios sólo aumentarán 3.5% cuando suben 12%.<sup>1</sup>

---

\* Ponencia presentada a la VII Conferencia de Facultades y Escuelas de Economía de América Latina, celebrada en Quito, Ecuador, del 3 al 7 de septiembre de 1978.

<sup>1</sup> Véase, al respecto, la información de la Revista *Fortune* reproducida por André Gunder Frank en "Mainstream economists as astrologers", en *U.S. Capitalism in crisis*, The Union for radical political economics. New York, 1978, pp. 12-13.

Aun las modestas amas de casa, sin más conocimiento de la economía que el que les da el manejo de una cada vez más exigua quincena y con no otro equipo que una licuadora, y un poco de sentido común, suelen tener mayor capacidad de previsión que ciertos técnicos de costosas instituciones gubernamentales y privadas, cuyos sofisticados modelos econométricos parecen incapaces de advertir incluso las más graves contradicciones del capitalismo.

En el curso de la ya larga crisis de los últimos años una y otra vez se ha prometido a los países subdesarrollados que su suerte cambiaría y que la brecha que los separa de las potencias imperialistas comenzaría a cerrarse. En vez de inflación, desequilibrios financieros y de balanza de pagos, endeudamiento incontenible y desempleo, tendrían por fin un desarrollo estable y una amplia cooperación.

Mas la verdad es que la crisis continúa, la brecha se amplía y el "Nuevo Orden Económico" brilla por su ausencia. Y cuando debiera supuestamente abrirse una etapa de rápido crecimiento, lo que se abre paso es la convicción de que 1978 será un año en que el producto nacional en los Estados Unidos solamente crecerá 4%, mientras los precios se elevan más de 7% y el desempleo supera al 6%. Incluso empieza a hablarse de que hacia fines de 1979 puede iniciarse un nuevo receso, acaso más profundo que el de 1974-76,<sup>2</sup> y de que el intento del gobierno de Carter de estimular artificialmente la economía norteamericana, puede muy pronto desenlazar en un nuevo descenso de la tasa de ganancia, un fuerte déficit gubernamental, mayor inflación y un aumento de los tipos de interés que reduzca la liquidez de las empresas.<sup>3</sup> En cuanto a la posibilidad de un cambio en el sistema de relaciones internacionales, en vez de la respuesta afirmativa a las justas demandas de los países subdesarrollados, lo que parece tomar cuerpo es más bien la nueva estrategia trilateral con la que los po-

---

<sup>2</sup> Véase: Thomas E. Mullaney, *The New York Times*, julio 6 de 1978.

<sup>3</sup> Véase: Rick Seltzer, "The development of the crisis in the United States", en *U.S. Capitalism in crisis...*, p. 44.

derosos intereses metropolitanos se empeñan en preservar el viejo orden de cosas.

En los últimos cinco años se ha hablado mucho de la necesidad de un Nuevo Orden Económico Internacional. Para no pocos funcionarios y economistas gubernamentales, el NOEI es la condición para corregir los actuales desequilibrios y liberar a los países subdesarrollados de las más pesadas cargas que la crisis les impone. Para otros, sin menoscabo de tal reajuste es preciso promover simultáneamente ciertas reformas internas que contribuyan a utilizar mejor el potencial productivo. Y, desde otra perspectiva no faltan quienes, lejos de ver el NOEI como la solución a los problemas del subdesarrollo, lo consideran un programa reformista indigno de apoyo y que en realidad exhibe la incapacidad de la burguesía para sortear los problemas del subdesarrollo. Para evaluar el alcance de tal programa y ubicar las fuerzas que en torno a él se mueven conviene recordar sus principales antecedentes, así como el marco histórico en que surge.

### *Antecedentes del NOEI*

La Segunda Guerra Mundial, como se sabe, hizo abrigar grandes esperanzas a los pueblos de los países atrasados. La derrota del fascismo se identificó a menudo con el triunfo de la democracia. La Carta del Atlántico, lanzada en medio del conflicto, abrió un horizonte de paz, prosperidad y cooperación internacional, y la victoria de 1945 se recibió en todas partes con explicable alegría. Pero cuando apenas empezaban a desmovilizarse los ejércitos, Churchill y Truman abrieron el frente de una nueva guerra: el de la "guerra fría" contra la Unión Soviética, contra el socialismo y en general contra todo movimiento popular que pusiera en peligro o incluso cuestionara el orden capitalista.

La nueva estrategia del imperialismo reclamaba mecanismos idóneos. Entre los más importantes podrían recordarse:

- 1947 El Plan Marshall, destinado a facilitar la rehabilitación de Europa Occidental y concretamente de Alemania, y a impedir el avance de las fuerzas revolucionarias.
- Las Conferencias de Ginebra y La Habana, para defender la vieja política de libertad comercial reclamada por los Estados Unidos, recuperar los mercados transitoriamente perdidos durante la guerra y consolidar su hegemonía.
- El Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca —más conocido como Pacto de Río—, mediante el cual los Estados Unidos, violando la Carta de las Naciones Unidas y la soberanía nacional de los países latinoamericanos, incorporaban a éstos a la guerra fría contra el “comunismo” y los convertían en aliados automáticos de la potencia del norte, en caso de un ataque armado.
- 1948 La OEA, nuevo vehículo para ejercer permanente presión económica y política sobre los gobiernos latinoamericanos y subordinarlos a la estrategia del imperialismo estadounidense.
- 1949 El Plan Truman, cuyo fin de sostener a los impopulares gobiernos de Grecia y Turquía, contener la lucha revolucionaria y facilitar la penetración del capital monopolista norteamericano (a través del llamado Punto IV de dicho Plan) en los países económicamente atrasados y especialmente en África, como supuestamente el mayor y más eficaz estímulo al desarrollo económico.
- La OTAN, nueva fuerza militar que debía cerrar el paso al avance del socialismo en Europa.
- 1950 La intervención militar de los Estados Unidos en Corea, para impedir la inminente caída del gobierno de Rhee y el triunfo de la revolución en el sur del país.

- 1954 La negativa de los Estados Unidos a aceptar los acuerdos de Ginebra, y el inicio de la intervención militar que culminaría en la invasión norteamericana de Vietnam.
- La intervención de los Estados Unidos en Guatemala para derrocar al gobierno constitucional de Arbenz, y la reafirmación, en Caracas, de la estrategia para salvar al hemisferio del "comunismo internacional".
- 1959-62 La denuncia de los Estados Unidos de que la Revolución Cubana entrañaba un grave peligro para la seguridad hemisférica. En la VI Conferencia de Cancilleres se acusó a Cuba de ser instrumento del "comunismo internacional"; al año siguiente se lanzó la agresión mercenaria de Playa Girón, y a principios de 1962, se la expulsó de la OEA por tener un régimen "totalitario, incompatible" con las bases de la organización interamericana.
- 1961 Necesitando el imperialismo ofrecer una alternativa frente a la Revolución Cubana, el presidente Kennedy llamó a crear la "Alianza para el Progreso", que en esencia era una mezquina oferta de ayuda financiera y un programa reformista para América Latina; meses más tarde la Alianza se aprueba y el propio gobierno norteamericano propone, en la ONU, abrir la primera década del desarrollo.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Certestamente, al aprobarse la ALPRO en la Conferencia de Punta del Este, el comandante Ernesto Che Guevara expresaría: "Esta Alianza para el Progreso es un intento de buscar solución dentro de los marcos del imperialismo económico. Nosotros consideramos que la Alianza para el Progreso, en estas condiciones, será un fracaso." Discurso en el CIES, agosto de 1961. Cit. por Oscar Pino Santos, en "La estrategia internacional y el segundo decenio de la ONU para el desarrollo". *Economía y Desarrollo*, No. 40, La Habana, marzo-abril de 1977, p. 16.

1964 Cuando se suponía que la Alianza estaba en marcha y que los viejos y más burdos métodos de dominación se habían abandonado, el avance de un movimiento democrático en la República Dominicana bastó para que el Pentágono hiciera desembarcar a millares de infantes de marina, "en defensa" de los inversionistas yanquis radicados en dicho país.

Frente a la estrategia reformista y anticomunista del imperialismo, los pueblos y aun algunos gobiernos de los países del Tercer Mundo empezaron a reclamar cambios y a formular demandas concretas, se asociaron en esfuerzos comunes y aun provocaron rupturas revolucionarias que sin duda quebrantan y debilitan al viejo sistema.

En los años inmediatos posteriores a la terminación de la Segunda Guerra triunfan en Europa Oriental las democracias populares. En 1949 toman el poder los revolucionarios chinos, y poco después los coreanos. A partir de entonces, también, el recién creado Consejo Mundial de la Paz apoya los movimientos de liberación y las principales demandas que los países atrasados plantean a las potencias imperialistas. En 1950 se celebra en México la primera conferencia americana por la paz; en 1952 triunfa un movimiento revolucionario en Egipto y en 1954, el colonialismo francés es derrotado en Indochina y poco después en Argelia, y en el breve lapso de un cuarto de siglo se liberan 38 países en África, 17 en Asia y 4 en el Caribe, lo que hace un total de 59.<sup>5</sup>

Desde 1948, los gobiernos latinoamericanos, a través sobre todo de la CEPAL aunque también de la OEA y otros organismos solicitan tímidamente cooperación para acelerar el desarrollo. La caída de los precios después de la guerra de Corea, y el receso de 1953-54 y las devalua-

---

<sup>5</sup> Véase: Óscar Pino Santos, "Historia del nuevo orden económico internacional". Intervención en el Seminario del CENDES sobre el nuevo orden económico internacional. Caracas, Venezuela, octubre de 1977.

ciones monetarias de los años siguientes generalizan el descontento en América Latina y dan lugar a nuevas y justas reclamaciones. Hasta el triunfo de la revolución cubana, empero, el gobierno norteamericano mantiene en esencia sus viejas posiciones, y sólo acepta revisarlas cuando el prestigio de aquélla comienza a extenderse peligrosamente por todo el continente y la lucha de clases se intensifica en varios países, amenazando con desenlazar en otras revoluciones. A partir de ahí se debate largamente en torno a problemas financieros, comerciales y de cooperación técnica, y en 1964, con motivo de la Primera Conferencia de la ONU sobre Comercio y Desarrollo, varios países latinoamericanos se incorporan al llamado "Grupo de los 77", que más tarde se amplía y llega a agrupar a 110 naciones. En 1967 el grupo prepara la "Carta de Argel", cuyas principales posiciones en materia comercial, financiera y de transferencia tecnológica se adoptan en la II UNCTAD celebrada en Nueva Delhi en 1968. Dos años después, ahora con la activa participación de muchos países subdesarrollados, la Asamblea de la ONU aprueba el Segundo Decenio del Desarrollo y la llamada Estrategia Internacional del Desarrollo.

Con frecuencia se sugiere que la resolución que abrió el segundo decenio para el desarrollo fue muy similar a la que nueve años antes inauguró el primero, tendiéndose además a creer que en ambos casos tocó al gobierno norteamericano jugar el mismo rol. Lo cierto es que la resolución de 1961, inspirada directamente en la ALPRO, fue promovida y defendida por dicho gobierno, en tanto que la segunda, bajo una nueva y más favorable correlación de fuerzas, expresó en mucho mayor medida las aspiraciones de los pueblos del Tercer Mundo y algunas de sus contradicciones con el imperialismo.<sup>6</sup>

---

\* "El texto de la resolución 1710 (XVI) de 1961 —escribe al respecto Óscar Pino Santos —tuvo su origen y fue producto de una acción antimperialista. El texto de la resolución 1626 (XXV) de 1970..., en cambio fue el resultado de la acción combativa y unida de los países subdesarrollados *vis a vis* la oposición de-

*La Estrategia Internacional del Desarrollo  
y el Nuevo Orden Económico*

Por ser antecedente muy importante del acuerdo de instaurar el NOEI, conviene recordar los principales aspectos de la resolución que, en la XXV Asamblea de la ONU definió la estrategia internacional del desarrollo, así como las reacciones de los Estados ante ella.

La resolución establece que el éxito de tal estrategia y del nuevo decenio para el desarrollo depende en gran medida del mejoramiento de la situación internacional, y especialmente del desarme, bajo control eficaz, la eliminación del colonialismo y la discriminación racial, así como de la promoción de la igualdad política, económica, social y cultural. El gobierno norteamericano objetó este párrafo y se opuso a su contenido. El señalamiento de que "los gobiernos se comprometen a seguir políticas destinadas a crear un orden económico y social más justo [...]", fue también rechazado principalmente por el gobierno de los Estados Unidos, porque éste "[...] no puede aceptar el texto... del párrafo 19 y el .. del párrafo 12, que estima lleva implícito un compromiso jurídico que en realidad no existe [...]"<sup>7</sup>

El acuerdo de definir los principios generales de una política "capaz de garantizar precios estables y remunerativos para los productos básicos de exportación de los países subdesarrollados, con miras a aumentar sus ingresos en divisas", fue asimismo objetado por los Estados Unidos e Inglaterra. El acuerdo de remover el obstáculo que las barreras arancelarias y otras medidas de las naciones industriales entrañan para la exportación de los países subdesarrollados, concitó también la inmediata y total desaprobación de las naciones capitalistas más desarrolladas. La propuesta de destinar el 1% del producto nacional bruto de éstas al financiamiento de los países subdesarrollados

---

terminante —pero en más de un aspecto derrotada— de las potencias imperialistas, incluidos los EE. UU." *Ibid.*, p. 28.

<sup>7</sup> Óscar Pino Santos, *ibid.*, p. 33.



tampoco fue aprobada, y el punto que reafirma la soberanía de cada país sobre sus recursos naturales mereció significativas reservas de los Estados Unidos.

Los países socialistas, por el contrario, apoyaron en general la resolución, aunque no ocultando su desacuerdo en torno a la posición adoptada sobre las causas del atraso y las condiciones del desarrollo.

Los círculos imperialistas —expresaron en una declaración conjunta dichos países— han seguido impidiendo por todos los medios la transformación progresiva de la economía en los países en desarrollo, lo que constituye el principal obstáculo en el camino del progreso socio-económico [...]

Enteramente injusta es la política de sujetar al mundo a cualquier forma de división en un “norte rico” y un “sur pobre”, haciendo solidariamente responsables del atraso económico de los países en desarrollo a las potencias colonialistas que durante siglos han despojado a los pueblos de esos países y actualmente están en la posición neocolonialista, y a los países socialistas que no tienen parte en absoluto en la explotación colonialista ni neocolonialista y que tenazmente luchan por la liberación política y económica de los países en desarrollo.<sup>8</sup>

El gobierno de Cuba, en particular, reiteró su convicción de que el desarrollo reclama “[...] la eliminación de las relaciones colonialistas y neocolonialistas [...] y la realización, en el marco de los países colonizados y neocolonizados, de cambios revolucionarios que produzcan verdaderas modificaciones de estructura. En definitiva —expresó— para que el Tercer Mundo alcance su desarrollo el imperialismo tendrá que ser derrotado.”<sup>9</sup>

---

<sup>8</sup> De la declaración emitida por los países socialistas europeos.

<sup>9</sup> Declaración oficial del gobierno cubano, recogida en un Informe de Óscar Pino Santos, sobre la Estrategia Internacional y el Segundo decenio de las Naciones Unidas, para el desarrollo. Nueva York, noviembre de 1973.

A mediados de 1972, el debate continuó en la III Reunión de la UNCTAD, en Santiago de Chile. Una vez más se apoyaron ahí las quejas de los países subdesarrollados por la falta de cooperación financiera, comercial y tecnológica. Y aunque los desajustes de las balanzas de pagos y el endeudamiento eran cada vez mayores, en parte como expresión de la aguda crisis monetaria, de nuevo se impidió avanzar en la comprensión de los problemas fundamentales, como primera condición para resolverlos. Como en conferencias previas, siguieron postergándose las medidas reiteradamente propuestas por algunos países subdesarrollados; persistió la tendencia a identificar a los países capitalistas avanzados y los socialistas, y pese a la curiosa posición norteamericana según la cual hablar del imperialismo era repetir "*clisés*" sin sentido y "perder el tiempo", algunas delegaciones subrayaron la responsabilidad de éste en la determinación del atraso y rechazaron la tendencia a identificarlo con el socialismo

Son los grandes países capitalistas... y, especialmente, los que se han enriquecido con la explotación... de los países subdesarrollados —expresó, por ejemplo, el entonces canciller cubano Raúl Roa—, los que tienen la máxima responsabilidad histórica de la trágica depauperación y el saqueo del Tercer Mundo...; a los países socialistas desarrollados no les toca responsabilidad alguna en este secular proceso de succión del trabajo y la riqueza ajenos...<sup>10</sup>

"La única vía efectiva y rápida para salir del atraso y la dependencia —subrayó a su vez el embajador Carlos Lechuga, miembro también de la delegación cubana— es la revolucionaria, enderezada al derrocamiento de la dominación imperialista y de las clases sociales nativas en que se sustenta."<sup>11</sup>

---

<sup>10</sup> Cit. por el autor de estas páginas en "Más deudas, menos recursos para financiar el desarrollo", *Problemas del Desarrollo*, no. 12, agosto-octubre de 1972, p. 9.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 10.

Pero el imperialismo y la oligarquía chilena se preparaban ya para romper la legalidad, derrocar al gobierno constitucional y progresista del presidente Allende en Chile e imponer por la fuerza el régimen fascista de Pinochet.

En mayo de 1974, en el sexto periodo extraordinario de sesiones de la ONU, se aprobaron finalmente una Declaración y el programa de acción para poner en marcha el Nuevo Orden Económico Internacional, así como la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados. La Declaración hizo notar que "el actual orden económico internacional está en contradicción directa con la evolución de las relaciones políticas y económicas internacionales [...]"; reiteró que los países subdesarrollados han sido los más afectados por la actual crisis y fincó el "nuevo orden" en los principios siguientes:

- Igualdad soberana de los pueblos, libre determinación y no intervención;
- Cooperación internacional equitativa, de preferencia a los países más atrasados;
- Participación de los países subdesarrollados en la solución de los problemas económicos mundiales;
- Derecho de cada país a adoptar el sistema social que prefiera;
- Derecho de cada Estado al uso, salvaguarda, control y nacionalización de los recursos naturales y las actividades económicas;
- Derecho de los pueblos colonizados y ocupados por otros, a la restitución de sus recursos y la indemnización por su agotamiento y deterioro; y a la liberación nacional;
- Derecho a reglamentar y supervisar la actividad de las empresas transnacionales;
- Establecimiento de relaciones de intercambio comercial equitativas;
- Asistencia técnica a los países en desarrollo, sin condiciones políticas ni militares;
- Mejoramiento de la posición competitiva de los productos naturales frente a los sintéticos;

- Creciente transferencia de recursos financieros y tecnológicos a los países en desarrollo; y creación de la tecnología que más convenga a éstos;
- Fin al despilfarro de los recursos naturales;
- Movilización del potencial productivo para fomentar el desarrollo.

*Los países no alineados  
y el movimiento antimperialista*

Los principios anteriores y las medidas propuestas para hacer realidad el NOEI no surgieron solamente de los debates efectuados en diversos organismos de la ONU. El Movimiento de Países no Alineados (MPNA), el movimiento de liberación, en general, y los países socialistas, desde otros foros jugaron sin duda un papel muy importante, y hoy mantienen la iniciativa en la defensa de ciertas reivindicaciones.

En 1955, Birmania, Ceilán, India, Indonesia y Pakistán convocaron a la Conferencia Afroasiática de Bandung, en la que participaron 29 naciones. En ella se propusieron, para promover el desarrollo, medidas que años más tarde serían formalmente aceptadas; se subrayó la necesidad de una genuina cooperación internacional, basada en el respeto a la soberanía y el derecho de autodeterminación de los pueblos; se censuró el colonialismo y el armamentismo y se destacó la importancia de la paz como una de las condiciones del progreso.

En 1958 se realizó en Accra, Ghana, la Primera Conferencia de todos los pueblos de África, de la que surgiría la estrategia de la unidad africana.

En marzo de 1961, con la Cooperación del Consejo Mundial de la Paz y coincidiendo con el llamado de Kennedy a crear la "Alianza para el Progreso", se celebró en México la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Independencia Económica y la Paz, y en el mensaje del general Lázaro Cárdenas al clausurarse la reunión se dijo:

La nueva etapa de la liberación ha comenzado en América Latina [...] debemos poner fin al estado de dependencia que hoy nos caracteriza... La fuerza fundamental que bloquea el desarrollo de Latinoamérica es el imperialismo norteamericano. Su estrecha alianza con las oligarquías nacionales, los efectos ruinosos de su penetración económica y cultural lo señalan como la causa principal del atraso... La derrota del imperialismo es la condición fundamental de cualquier plan de desarrollo de nuestros países [...]<sup>12</sup>

Unos meses más tarde, en Belgrado, con la participación de 25 países "no alineados" y tres observadores, se realizó la conferencia que daría origen al MPNA, señalándose una vez más que a fin de que el tránsito hacia nuevas formas de organización social no derivara en graves conflictos e incluso en una nueva conflagración universal, era necesario "erradicar al colonialismo en todas sus manifestaciones y aceptar y practicar una política de coexistencia pacífica [...]"<sup>13</sup>

A principios de 1962, en el momento en que el imperialismo norteamericano y los gobiernos latinoamericanos representados en la OEA se disponían a expulsar arbitrariamente a Cuba de la organización, el pueblo cubano respondía a sus agresores desde una gigantesca manifestación con la Segunda Declaración de La Habana:

[...] Una gran batalla ideológica entre la Revolución Cubana y el imperialismo yanqui se libró en Punta del Este [...] Cuba del lado del pueblo; los Estados Unidos en favor de los monopolios. Cuba habló por las masas explotadas; los Estados Unidos por los in-

---

<sup>12</sup> Documento de la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación económica y la Paz. México, 1961.

<sup>13</sup> *Non aligned conferences: basic documents, 1961-1975*. Colombo, Sri-Lanka, 1976, p. 11.

tereses oligárquicos [...] Cuba por el pan; los Estados Unidos por el hambre. Cuba por la igualdad; los Estados Unidos por el privilegio [...] Cuba por el futuro; los Estados Unidos por un pasado sin esperanza [...] Cuba por el socialismo; los Estados Unidos por el capitalismo[...]<sup>14</sup>

En 1964 se reunieron por segunda vez los jefes de Estado de los países no alineados —ahora 48 de ellos y 10 observadores—, en El Cairo. Pese a la mejoría en la situación internacional, en la resolución principal se señaló que

[...] las fuerzas del imperialismo son aún poderosas y no vacilan en recurrir al empleo de la fuerza para defender sus intereses y preservar sus privilegios [...] El imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo constituyen una fuente básica de tensión y conflictos internacionales porque amenazan la paz y la seguridad [...] El imperialismo se vale de muchos medios para imponer su voluntad sobre naciones independientes: la presión y la dominación económica, la discriminación racial, la subversión, la intervención y la amenaza de la fuerza son expedientes neocolonialistas [...]<sup>15</sup>

Concretamente se propuso dar inmediata ayuda económica y militar a los pueblos de las colonias portuguesas en África, en lucha por su independencia; y en cuanto al desarrollo económico, se recomendó llevar adelante los acuerdos de la I Reunión de la UNCTAD, modificar la división internacional del trabajo en favor de los países subdesarrollados, eliminar las medidas discriminatorias, ampliar y mejorar los programas de financiamiento internacional, estabilizar y extender el mercado de los productos primarios y facilitar su acceso a los países industriales.

---

<sup>14</sup> Segunda Declaración de La Habana.

<sup>15</sup> *Ibid.*, pp. 21 y 22.

Mientras el MPNA lograba sus primeros avances, en enero de 1966 tuvo lugar en Cuba la Primera Conferencia Tricontinental de los pueblos de África, Asia y América Latina, la que por su mayor militancia contribuyó sin duda a reafirmar y llevar adelante el ideario emancipador y a avanzar en el trazo de lo que años después se convertiría en la exigencia de un nuevo orden económico internacional. En la Resolución Económica de dicha Conferencia se pidió eliminar la explotación del hombre por el hombre, hasta llegar al socialismo, de acuerdo con las condiciones propias de cada país; se reafirmó la necesidad de combatir y derrocar al imperialismo; se reivindicó el derecho de los pueblos a obtener mejores precios por sus productos; a disponer de sus recursos, a nacionalizar las actividades fundamentales y a planificar el desarrollo; y se subrayó la importancia de descansar en las fuerzas propias y en una genuina cooperación internacional.<sup>16</sup>

En agosto de 1967, en el marco establecido por la Conferencia Tricontinental, la Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad, estableció:

La explotación imperialista y colonial es la causa del atraso, el estancamiento y la deformación de la economía de América Latina. Para la erradicación del subdesarrollo y la liberación de millones de seres humanos [...] es esencial que esa explotación sea eliminada [...]

Una verdadera integración latinoamericana es posible sólo a través de una nueva y revolucionaria división internacional del trabajo [...]

La burguesía latinoamericana no puede dirigir la lucha por la emancipación [...] Está al servicio del imperialismo. Sólo las masas populares unidas y organizadas son capaces de romper las caducas estructuras que impiden el desarrollo [...]<sup>17</sup>

---

<sup>16</sup> Resoluciones de la Primera Conferencia Tricontinental. La Habana, 1966, pp. 45-48.

<sup>17</sup> Resoluciones de la primera reunión de la OLAS. La Habana, agosto de 1967.

La tercera reunión de jefes de Estado del MPNA, celebrada en Lusaka, en septiembre de 1970, reafirmó los principios de las dos primeras. Recordó el inquietante rezago de los países "en desarrollo" y calificó de "necesidad imperativa" la democratización de las relaciones internacionales y el rompimiento del monopolio "ejercido por las grandes potencias" en los asuntos mundiales. En materia económica, elevó al más alto rango el principio de descansar fundamentalmente en el esfuerzo propio —*self reliance*—, promover el desarrollo socioeconómico interno, utilizar mejor los recursos disponibles, impulsar el desarrollo tecnológico, científico y cultural, llevar a cabo ciertas reformas sociales y lograr una organización más eficiente y una verdadera y equitativa interdependencia con los demás países.

La Declaración de Georgetown, de 1972, avanzó en aspectos más concretos y prácticos; actualizó el examen de la situación internacional y ratificó el apoyo a los pueblos que, a menudo en condiciones críticas —como las de Vietnam, la Unión Sudafricana, Zimbawe, Namibia y otros— luchaban contra el imperialismo y el racismo. Pero más importante fue la IV reunión de jefes de Estado, realizada en septiembre de 1973 en Argel, en la que por primera vez se planteó formalmente la necesidad de un Nuevo Orden Económico Internacional. En los documentos de esta reunión, se reconoció la creciente cercanía entre los movimientos de liberación nacional y los de liberación social; se denunció enérgicamente la política norteamericana en Indochina, el nuevo rol de la OTAN contra la lucha de algunos pueblos africanos por su emancipación y el hecho lamentable de que, entrada ya la segunda década del desarrollo de la ONU, los problemas de los países atrasados se agravaban y sus desequilibrios se profundizaban, sin que la Estrategia Internacional del Desarrollo se pusiera en práctica eficazmente.

Una vez más se reiteraron en Argel las demandas de un comercio internacional equitativo, fácil acceso a los productos procedentes de los países subdesarrollados, reor-



ganización del sistema monetario internacional con la participación de dichos países, respeto a la soberanía nacional, eliminación de medidas restrictivas perjudiciales para los países de menor desarrollo, acciones defensivas conjuntas contra las empresas transnacionales, menos onerosa transferencia de tecnología, y cooperación económica, científica y cultural con los países socialistas.

Los jefes de Estado de los países no alineados expresaron que

[...] el imperialismo sigue siendo el más grande obstáculo para la emancipación y el progreso de los países en desarrollo [...] El imperialismo no sólo obstruye el progreso económico y social [...] sino que adopta una actitud agresiva hacia aquellos que se oponen a sus planes, y trata de imponerles estructuras económicas, políticas y sociales que refuerzan la dominación extranjera, la dependencia y el neocolonialismo.

Según la propia declaración, “los países no alineados resisten eficazmente a la agresión imperialista, y se convierten así en una fuerza significativa en la lucha mundial contra el imperialismo.”<sup>18</sup>

Particularmente lúcida y oportuna fue la intervención del comandante Fidel Castro en Argel:

Aunque las cuestiones económicas relacionadas con los intereses de los países que representamos cobran justificada y necesaria fuerza —dijo—, los criterios políticos que sustentamos son y serán factor fundamental de nuestra actividad.

En este terreno político se ha observado, durante los meses de preparación de esta Conferencia, e indudablemente en detrimento de nuestra causa y con utilidad sólo para los intereses del imperialismo, la

---

<sup>18</sup> *Non-aligned conferences...*, p. 98.

tendencia preocupante de enfrentar a los países no alineados con el campo socialista.

...No es posible cambiar la realidad con expresiones equívocas...

Todo intento de enfrentar a los países no alineados con el campo socialista es profundamente contrarrevolucionario y beneficia única y exclusivamente a los intereses imperialistas. Inventar un falso enemigo sólo puede tener un propósito: rehuir al enemigo verdadero.

El éxito y el porvenir del movimiento no alineado estará en no dejarse penetrar, confundir ni engañar por la ideología imperialista.<sup>19</sup>

En febrero y marzo de 1975, cuando la crisis capitalista golpeaba especialmente a los países subdesarrollados, el MPNA celebró dos reuniones en Dakar y La Habana, respectivamente: la primera sobre materias primas y la segunda para examinar la situación internacional y el avance en la ejecución de los acuerdos de la Conferencia de Argel y otros aspectos de la actividad del Movimiento. En la Declaración de Dakar se recordó el curso desfavorable de los acontecimientos y la ausencia de soluciones a los graves problemas de los países subdesarrollados así como la responsabilidad del imperialismo en la crisis y en la injusta estructura del comercio internacional, conviniéndose en que, para enfrentarse a tal situación los países en desarrollo debían defender y utilizar sus recursos naturales, cerrar filas para fortalecer su poder de negociación, tomar medidas para evitar el intercambio desigual, el deterioro de los términos de comercio y el drenaje de fondos hacia los países imperialistas; contrarrestar la inflación y la especulación monopolista de las empresas transnacionales, diversificar su intercambio y modificar la composición de sus exportaciones en busca de mayores y más estables ingresos de divisas.

---

<sup>19</sup> *Bohemia*. La Habana, septiembre 14 de 1973.

Simultáneamente, sin embargo, se atribuyó a los países en desarrollo una "tendencia general [...] a movilizar y explotar más racionalmente sus recursos naturales" que les permitiría avanzar "hacia la completa erradicación de la dependencia del imperialismo", el desarrollo económico, el mejoramiento del nivel de vida y la afirmación de su soberanía.

Y si bien tal proceso se desenvuelve sin duda en los países que han hecho la revolución y optado por el socialismo, en las naciones capitalistas, en cambio, la crisis que expresa las cada vez más graves contradicciones del sistema contribuye a la vez a intensificar su irracionalidad y a desperdiciar buena parte del potencial de desarrollo.

La Declaración de La Habana imputó al imperialismo la actual crisis, al preservar las estructuras coloniales y neocoloniales de explotación que permiten a "sus sociedades de consumo" vivir en medio del lujo y la abundancia a costa de la miseria de gran parte de la humanidad, y desperdiciar enormes recursos en aventuras bélicas con el solo propósito de mantener sus privilegios. Como acaso en ningún documento previo, se censuró la política de explotación, agresión y aun subversión y provocación del imperialismo y se dejó clara constancia del respaldo y la disposición de ayudar a los pueblos que luchan por su liberación. El MPNA, que hasta entonces había tenido un alcance fundamentalmente afroasiático, incorporó a Latinoamérica como "parte integrante y vital" del esfuerzo por eliminar un sistema de relaciones internacionales basado en la opresión y la explotación. El Movimiento dejó constancia de su abierta solidaridad con Cuba, su simpatía hacia varios gobiernos y proyectos progresistas, su apoyo a los intentos de una integración genuinamente latinoamericana y antimperialista, y su confianza de que la creciente participación de Latinoamérica fortalecería grandemente el MPNA.

En materia económica, se subrayó que la firme oposición de varios países industriales seguía siendo el principal obstáculo a la ejecución de los acuerdos de la Sexta Asam-

blea Especial de la ONU, y que la crisis se había agravado gracias al carácter de las economías y la política de dichos países, no obstante su empeño de hacer responsables a las naciones subdesarrolladas y de imponer a éstas las cargas más pesadas. El interés en ayudar a las empresas trasnacionales que pese a la crisis siguen obteniendo enormes ganancias, contribuye sin duda a impedir la adopción de una política de precios equitativa, suprimir restricciones, hacer fluir el financiamiento y la tecnología en mejores condiciones y sustituir el gasto improductivo y aun destructivo, por una aplicación mínimamente racional.

El objeto principal de la Conferencia de Lima, celebrada también en 1975, fue formular un programa de ayuda mutua y solidaridad y avanzar en el trazo de una estrategia que pudiese ofrecer una alternativa frente a la política imperialista. La Conferencia hizo notar que si bien entrañaba un progreso que las grandes potencias capitalistas reconocieran el derecho de los pueblos a darse los sistemas políticos, económicos y sociales que prefiriesen, y a disponer libremente de sus recursos en ejercicio de su soberanía, y aun cuando, por otra parte, el MPNA ha contribuido a cuestionar la actual estructura de relaciones internacionales, los países imperialistas seguían oponiéndose sistemáticamente al Nuevo Orden, y manteniendo los sistemas de explotación que les aseguren los privilegios de que disfrutaban. Todavía más “[...] la persistencia de esta estructura de dominación imperialista [...] ha transferido el impacto de la crisis económica de los países capitalistas a las naciones en desarrollo [...]”<sup>20</sup> Y aunque la responsabilidad de la crisis recae sobre “las sociedades opulentas caracterizadas por la concentración monopolista y el uso irracional de la tecnología y los recursos naturales [...]”, éstas la imputan a la decisión de los países en desarrollo de recuperar sus recursos naturales y obtener mejores precios para sus materias primas.<sup>21</sup>

---

<sup>20</sup> *Non aligned conferences...*, p. 154.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 154.

El MPNA denunció en Lima, como antes en otros lugares, la intransigencia de los grandes países que controlan el comercio y el sistema monetario internacional, y que incluso en tratándose de aquellas cuestiones que aceptan formalmente y de palabra, en la práctica obstruyen y aun rechazan, sin importarles el daño que causan a los países subdesarrollados. Tal es el caso de la renuencia a contribuir a aliviar los desajustes de balanza de pagos, el desorden monetario, las restricciones comerciales y sobre todo las barreras a la exportación de manufacturas, así como la negativa a facilitar la transferencia de recursos financieros y técnicos y a democratizar el manejo de las instituciones internacionales.

La Conferencia de Lima dejó ver, además, que los países no alineados no se hacen ilusiones respecto al NOEI.

Comprendiendo que la lucha para establecer el Nuevo Orden Económico Internacional es ardua, compleja y larga; que es una lucha por la segunda liberación debido a la enconada oposición de los imperialistas y a su cerrada defensa de sus posiciones de privilegio que no abandonarán voluntariamente; conscientes, por lo tanto, de que la ayuda internacional conforme a las concepciones en boga contribuye en muchos casos a reforzar la estructura de dominación internacional, los Ministros de Relaciones Exteriores reafirman la urgente necesidad de conjugar esfuerzos para que los países no alineados movilicen todas sus energías para consolidar su cohesión y su unidad, su cooperación y ayuda mutua... para fortalecer el frente común de lucha contra el imperialismo a fin de asegurar la total independencia de sus pueblos... como "prerrequisito del desarrollo..."<sup>22</sup>

La nueva estrategia y la estructura de cooperación económica internacional, en vez de desenvolverse en el marco

---

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 156.

de un sistema de dominación imperialista, debieran corresponder a los principios ya aprobados del NOEI, expresarse en nuevas formas de cooperación y ayuda mutua que se traduzcan en la aceleración del desarrollo, una diferente división internacional del trabajo, una verdadera interdependencia, y no en la asfixiante dependencia que actualmente sufren los países subdesarrollados. Conforme a tales principios y propósitos, los países no alineados crearon el Fondo de Solidaridad para el Desarrollo Económico y Social, como una medida concreta para ofrecer ayuda financiera a las naciones más necesitadas.

La reunión "en la cumbre" de Colombo, Sri Lanka, en agosto de 1976, significó un nuevo avance en el desarrollo del MPNA, tanto en el trazo de la estrategia que empezó a bosquejarse en Argel, tres años atrás, como por lo que atañe a la crítica al sistema imperante de relaciones internacionales y a la búsqueda de nuevos y más eficaces mecanismos de defensa, cooperación y acción conjunta. Acaso como nunca antes se fortaleció el propósito de la acción colectiva, reafirmandose la necesidad de unificarse en la defensa de intereses comunes, y creando para tal fin los mecanismos adecuados.

...Es cada vez más evidente que el sistema actual —se dijo por ejemplo en la Declaración Económica— no puede asegurar el desenvolvimiento de los países en desarrollo ni acelerar la eliminación de [...] los males sociales engendrados por siglos de dominación y explotación. La instauración del Nuevo Orden Económico Internacional es, pues, de suma importancia política [...]

La tarea primordial de los países no alineados y de los otros países en desarrollo es vencer la resistencia con que se tropieza en la lucha por el nuevo orden. La eliminación [...] del imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo y de todas las demás formas de dependencia y subyugación, injerencia en los asun-

tos internos, dominación y explotación, es de importancia decisiva [...]<sup>23</sup>

...La insuficiencia y el repetido fracaso del actual orden económico se ha demostrado en la reciente serie de crisis en los países desarrollados de economía de mercado, entre las que figuran el hundimiento del sistema monetario de la postguerra, la aparición de políticas restrictivas y proteccionistas [...], la inflación y la recesión en constante aumento, el creciente desempleo y los niveles continuamente decrecientes por la exportación de productos básicos [...], y la crisis alimentaria [...]

[...] El establecimiento del NOEI requiere indicativas audaces, pide soluciones nuevas, concretas y globales y es contrario a reformas fragmentarias e improvisaciones que apunten a resolver las dificultades económicas actuales [...]<sup>24</sup>

Hasta ahora —expresaron los jefes de Estado reunidos en Colombo— se han adoptado ya no pocas resoluciones respecto a ese nuevo orden. “Sin embargo, no hay indicaciones de que se hayan puesto en práctica. A pesar de que los principios de NOEI son cada vez más aceptados, los progresos logrados en su aplicación son insignificantes” [...]<sup>25</sup>

En efecto, aún después del receso de 1974-76, la situación comercial y financiera de los países subdesarrollados no mejoró apreciablemente. Salvo en el caso de los combustibles, los precios de los productos primarios bajaron y la relación de intercambio siguió deteriorándose. Las balanzas de pagos arrojaron mayores saldos desfavorables, la estructura del comercio siguió siendo fundamentalmente la misma y los acuerdos comerciales multilaterales continuaron tropezando con no pocos obstáculos, lo que explica

---

<sup>23</sup> Documentos de la V Conferencia Cumbre del MPNA. (Declaración Económica), Sri Lanka, 1976.

<sup>24</sup> *Ibid.*

<sup>25</sup> *Ibid.*

que el MPNA declarara que "la UNCTAD IV no ha logrado satisfacer las aspiraciones de los países no alineados y de otros países en desarrollo [...]".

En cuanto a los problemas financieros las cosas tampoco mejoraron. Los crecientes déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos tendieron a financiarse principalmente con mayor endeudamiento, el que en menos de una década pasó de alrededor de 40 mil a más de 220 mil millones de dólares, llegando el solo servicio de la deuda a absorber sumas enormes. Entretanto, lejos de que la afluencia neta de recursos financieros de los países de mayor desarrollo hacia las naciones económicamente atrasadas se incrementara con celeridad, tanto en sumas globales como en lo que hace a financiamientos estatales, el movimiento de fondos siguió bien atrás de las proporciones convenidas al iniciarse el Segundo Decenio de las Naciones Unidas para el desarrollo. Y como buena parte de los escasos recursos disponibles procede de organismos internacionales como el FMI y de consorcios transnacionales, su influencia a menudo decisiva en la estrategia del desarrollo acentuó inclusive las más graves deformaciones estructurales de las economías subdesarrolladas.

La reunión de Colombo insistió en la necesidad de depender primordialmente de los recursos propios —*collective self-reliance*— y planteó a la vez la posibilidad de destinar al desarrollo las sumas que pudieran liberarse a través del desarme, no ocultando su desánimo respecto a la situación prevaleciente. Tras señalar que el déficit de balanza de pagos de los países en desarrollo, que en 1973 fue de poco más de 12 mil millones de dólares, podría llegar a 112 mil millones en 1980, subrayó que esto "no es el producto de factores coyunturales, sino el reflejo de la crisis estructural que caracteriza a las presentes relaciones económicas originadas en la política colonial y neocolonial del imperia-lismo".<sup>26</sup>

Especialmente enérgica fue la crítica hecha al sistema monetario internacional, que fundamentalmente busca, so-

---

<sup>26</sup> *Ibid.*



bre todo hasta la crisis que se inicia con la devaluación de la libra, en 1967, fortalecer el dólar y consolidar la hegemonía norteamericana.

La Conferencia de Colombo rompió, en definitiva, con el régimen de Bretton Woods, al que caracterizó por

[...] la falta de un sistema racional, justo y universal, las fluctuaciones caóticas de las monedas, el crecimiento desordenado de la liquidez internacional, la inflación general, la falta de adaptación a las necesidades de los países en desarrollo y la preponderancia de algunos países desarrollados en la adopción de decisiones.<sup>27</sup>

Y la crítica no sólo proviene del movimiento de países no alineados. En un tono comedido y cauteloso, el secretario ejecutivo de la CEPAL, señaló ante la IV reunión de la UNCTAD, en Nairobi, en 1976 que el panorama internacional seguía siendo desalentador.

Para encarar en forma definitiva el viejo problema de [...] los ingresos de exportación —expresó— se necesitan enfoques nuevos que mejoren los escasos avances realizados hasta la fecha [...]

[...] no puede esperarse que las fuerzas del mercado puedan, por sí solas, crear los correctivos para resolver el problema [...]

El funcionario denunció el “recrudescimiento de tendencias proteccionistas que creíamos superadas [...]”; advirtió que las reformas al sistema monetario “acentúan [...] los problemas de la mala distribución de la liquidez internacional; llamó la atención sobre el descenso relativo de los financiamientos gubernamentales de origen externo y no ocultó su inquietud ante el desmedido aumento de las deudas exteriores”.

---

<sup>27</sup> Declaración Económica de la Conferencia de Colombo,

La brecha entre los países desarrollados y subdesarrollados —concluyó— no se ha achicado con el funcionamiento del viejo orden económico internacional [...]. Tampoco ha podido [...] evitar la aguda crisis de las relaciones económicas internacionales de los últimos años [...]

Y al recomendar la “democratización” de las instituciones internacionales, afirmó:

[...] la puesta en marcha de un nuevo sistema de relaciones económicas internacionales debe corresponder con los estilos internos [...] de los países en vías de desarrollo. No habrá una efectiva justicia distributiva internacional sin un correspondiente avance en la justicia distributiva interna [...]<sup>28</sup>

En abril de 1978, los problemas del desarrollo y la cooperación internacional volvieron a plantearse, esta vez en Libia, bajo el patrocinio del gobierno de ese país y el Consejo Mundial de la Paz. Dos años antes tuvo lugar en Budapest una conferencia similar; pero la de Trípoli fue acaso más reveladora de la conciencia cada vez más clara de la necesidad de unirse en la lucha contra el imperialismo y de que el nuevo orden supone un nuevo sistema social.

Al abrirse la reunión, por ejemplo, el Jefe del Estado Mayor, Jalloud, expresó:

La batalla que libran los pueblos del Tercer Mundo en busca de su liberación económica es más dura que la librada por la liberación política. Esto se debe a que el sistema capitalista está plagado de defectos[...]

Muy pronto todo el mundo [...] descubrirá que el sistema capitalista es anacrónico.

---

<sup>28</sup> Exposición del Secretario Ejecutivo de la CEPAL, en el Cuarto Periodo de sesiones de la UNCTAD. CEPAL, mayo de 1978.

[...] Si los países del Tercer Mundo tuvieran la opción, sin lugar a dudas escogerían el sistema socialista, pues sólo el sistema planificado les permite la movilización de los recursos y su empleo [...] en beneficio de todo el pueblo.

El nuevo orden económico internacional debe permitir a los países la explotación de sus propios recursos en su propio interés [...]<sup>29</sup>

La Declaración de la Conferencia, por su parte, recordó que las negociaciones a través de la ONU y sobre todo el Diálogo Norte-Sur han fracasado incluso en el intento de obtener al menos la comprensión de los países imperialistas; y el Llamamiento a los Pueblos estableció:

Los pueblos del mundo deben desplegar una lucha energética contra el imperialismo y sus corporaciones transnacionales que saquean a los países en desarrollo [...]

[...] Deben intensificar sus luchas por el establecimiento de un nuevo orden económico internacional [...] los países socialistas constituyen aliados naturales de todas las fuerzas ant imperialistas y de las que se pronuncian por el socialismo.

[...] la independencia económica verdadera puede alcanzarse sólo a través de un proceso de transformaciones socioeconómicas internas fundamentales, de la planificación nacional y del libre acceso a los conocimientos científicos y técnicos.<sup>30</sup>

En las Resoluciones, finalmente, se subrayó:

La vía capitalista de desarrollo genera crisis económicas agudas, inflación y distribución injusta de la riqueza [...]

---

<sup>29</sup> Consejo Mundial de la Paz. Conferencia Mundial sobre la senda hacia el desarrollo y la cooperación internacional. Helsinki, 1978, pp. 12, 13 y 16.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 25.

El proceso de desarrollo [...] está inseparablemente ligado con una democracia que asegure el poder y la riqueza en manos del pueblo y la defensa de sus logros socialistas [...]<sup>31</sup>

En resumen, en la Conferencia de Trípoli se hizo notar que la política de "puertas abiertas" sólo conduce a acentuar la dependencia y a facilitar el saqueo de los países subdesarrollados; se denunció a los monopolios nacionales, que resultan del desarrollo capitalista, que se relacionan a menudo estrechamente con el capital trasnacional y amenazan también la independencia; se censuraron las prácticas de los monopolios internacionales y se reiteró la necesidad de avanzar en la ejecución de "una política de 'autosuficiencia colectiva', por medio de la movilización de todos los recursos naturales, humanos y políticos" [...] de los países en desarrollo.

En los días en que se redacta este texto, se reúnen en Belgrado los cancilleres de los países no alineados. Y a juzgar por las primeras informaciones de la prensa, si bien se reiteran las demandas planteadas en los últimos años, acaso por primera vez afloran tan serias discrepancias entre algunos de los participantes. Varios países, influidos por una campaña previa del gobierno norteamericano que incluso fue oportunamente denunciada por Cuba, acusan a ésta de no ser un país no alineado y de intervenir indebidamente en los asuntos africanos. Cuba responde que no forma parte de ningún pacto militar, que su no alineación no puede significar la contemporización con el imperialismo, del que por lo demás sigue siendo víctima, y que su ayuda a Angola y su presencia del lado de la revolución etíope es una expresión de solidaridad que no riñe, sino antes corresponde estrictamente a los principios proclamados por el MPNA.

El avance de la revolución africana parece ser el hecho que más intranquiliza a ciertos Estados, que si bien hasta ahora participaron de las posiciones antimperialistas del

---

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 31.

MPNA, ante contradicciones más intensas y un antimperialismo militante que se funde con la revolución y la lucha por el socialismo, parecen demostrar que sus compromisos no llegan tan lejos, que su idea sobre la cooperación internacional no corresponde al internacionalismo proletario y que su inconformidad con el actual sistema de relaciones internacionales no significa el rechazo del capitalismo.

### *Evaluación del programa del NOEI*

Con los elementos anteriores podemos intentar una más objetiva evaluación de los alcances del NOEI y de las diversas organizaciones y fuerzas políticas que lo defienden.

Acaso la más convencional posición frente al problema es la de muchos de los países capitalistas subdesarrollados, pocos de ellos afiliados al MPNA y muchos más al "grupo de los 77", o que actúan a través de diversos organismos de la ONU. Lo característico de ella parece ser la confianza en que mediante las negociaciones, el NOEI y la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, las naciones más atrasadas puedan zanjar la "brecha" que las separa de los países económicamente más avanzados. La esencia de tal posición es que los obstáculos principales al desarrollo son fundamentalmente externos y derivan de la actual estructura de relaciones económicas internacionales. Lo que se requiere para corregir esa situación, por tanto, es modificar la división internacional del trabajo y redistribuir el ingreso mundial a través de mejores precios a los productos primarios, menos restricciones, más fácil acceso a las exportaciones de manufacturas de los países "en desarrollo", más y mejor cooperación tecnológica y financiera, y mecanismos de decisión más democráticos y representativos.

Esta posición expresa principalmente los intereses de la burguesía de los países subdesarrollados: incluso de buena parte de la oligarquía y también de ciertas capas de la

burguesía liberal que suelen tener activa presencia en el aparato estatal y por tanto en los foros internacionales. Entre sus rasgos distintivos figura a menudo la tendencia a identificar a los países imperialistas y a los socialistas e incluso la de postular la existencia de dos imperialismos, soslayar y aun ignorar el carácter clasista de algunas reivindicaciones, hacer pasar como demandas e intereses nacionales ciertas posiciones burguesas, moverse en planos meramente institucionales y aun puramente formales, no situar las más graves cuestiones en una perspectiva propiamente histórica y resolver todos los problemas —inclusive el de la actual crisis en la esfera de la circulación y del comercio, sin reparar siquiera en las contradicciones fundamentales de las relaciones de producción capitalistas.

Si bien esta posición es muy débil, meramente reformista e incapaz de ofrecer solución a los problemas de que se ocupa, sería un error identificarla con la que sostienen el capital monopolista internacional y las grandes potencias imperialistas. Estas rechazan parcialmente o al menos subestiman y ven con indiferencia el NOEI, o sólo aceptan de él aspectos que, lejos de perjudicarles, pueden serles inclusive benéficos. La actitud adoptada por los principales países capitalistas en la IV reunión de la UNCTAD, celebrada en 1976 en Nairobi, y la resistencia para poner en práctica principios y mecanismos ya aprobados comprueban, sin lugar a dudas, lo antes dicho.

### *La estrategia trilateral del imperialismo*

La posición de las grandes potencias no es solamente defensiva ni se limita a oponerse al NOEI. A estas horas es claro que lo que buscan es preservar el viejo orden, y que, concretamente la Comisión Trilateral, de la que alguien ha dicho que "...constituye el comité ejecutivo del capital financiero internacional",<sup>32</sup> contando con la

---

<sup>32</sup> Jeff Frieden, "The trilateral commission: economics and politics in the 1970's", en *Monthly Review*, diciembre de 1977, p. 10.

activa participación de prominentes personalidades del mundo económico, político y aun académico y sindical de los Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, trabaja empeñosamente en torno a un «nuevo orden» que, preocupado sobre todo por afirmar la hegemonía de los países imperialistas y por cerrar el paso a la revolución y al socialismo, consiga al menos la adhesión de las capas más poderosas de las clases en el poder en los países subdesarrollados, y logre imponerse como la fórmula «más realista», aparentemente menos ambiciosa y en el fondo más eficaz para impulsar el desarrollo de los países atrasados.

Lo esencial de esta estrategia sería coordinar la política de las grandes potencias imperialistas, impulsar la internacionalización del capital, hacer aceptar que las empresas trasnacionales son el eje y el elemento más dinámico del proceso capitalista, confiar en ellas como arietes del desarrollo, fomentar la "interdependencia" incluso a costa de lesionar la soberanía nacional, reorganizar el sistema monetario a partir del acuerdo de los países industriales, hacer del mercado y de la libertad de comercio el principal mecanismo regulador de las relaciones económicas internacionales, proyectar una política común en materia de energéticos, evitar la competencia ruinosa entre unos países y otros, asegurar el abastecimiento de productos básicos y hacer descansar la cooperación internacional en la confianza mutua, la adhesión a los principios reguladores de la nueva estrategia y la convicción de que, más que problemas políticos o ideológicos, el mundo de hoy se enfrenta a las complejas situaciones a que, por encima de los sistemas sociales, plantea el desarrollo tecnológico.

En cuanto a los problemas más concretos que el NOEI pretende resolver, la estrategia trilateral acepta la necesidad de reorganizar el sistema monetario pero desde luego a partir del FMI, y confiando en que "con el curso del tiempo las naciones industriales puedan desarrollar una política monetaria *común* para la comunidad global

como un todo",<sup>33</sup> en un sistema en que los objetivos nacionales se combinen con "una economía mundial abierta [...]".<sup>34</sup>

En materia comercial se postula que "la meta debe ser una reducción de las barreras arancelarias al comercio internacional", cuidándose además de regular y renegociar el comercio de productos agrícolas "en primer lugar entre los países industriales que responden normalmente por la mayor parte [...]" de él,<sup>35</sup> y lejos de proponerse una nueva organización se sugiere reforzar la existente.

En cuanto a los productos básicos se sostiene que los intereses de productores y compradores son esencialmente los mismos, que el marco para un mejor desarrollo es el de un comercio multilateral libre, sobre todo si se supera el obstáculo que entraña la existencia de un ambiente "inestable y poco atractivo para la inversión".<sup>36</sup>

Empero, acaso lo más significativo de la estrategia trilateral es la convicción de que vivimos en un mundo "crecientemente interdependiente", en el que los "países trilaterales", deberían "tener en mente una estrategia amplia para el manejo de la interdependencia".<sup>37</sup> Bajo ésta, como se sabe, lo que realmente hay es una profunda y dentro del actual sistema social, insuperable dependencia, que seguramente se acentuaría de ser "manejada" por las grandes potencias.

El manejo de la interdependencia se ha vuelto indispensable para el orden mundial de los próximos años [...]. Aunque esta no es nueva [...] el desarrollo de la tecnología y la evolución del sistema polí-

---

<sup>33</sup> Cit. por Carlos Rico, "Interdependencia y trilateralismo: orígenes de una estrategia", en *La comisión trilateral y la coordinación de políticas del mundo capitalista*. México, CIDE, 1977-78, p. 60. (Cuadernos semestrales, No. 2-3).

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 62.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 62.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 71.

<sup>37</sup> Hacia un sistema internacional renovado. Comisión trilateral. *Cuadernos semestrales del CIDE*, ya citados, p. 91.



tico internacional han aparejado un cambio cuantitativo y cualitativo.

En los aspectos económico y político, la interdependencia ha crecido hasta una escala sin precedentes. La gran cantidad de producción cuya propiedad y administración está compartida internacionalmente, produce un enlace trasnacional particularmente importante, de la misma manera que lo hace la dependencia mutua respecto de importaciones vitales [...]

[...] la interacción intensiva entre sociedades a varios niveles es esencial para la eficiencia económica y el mejoramiento del nivel de vida [...] Por otro lado, produce una interferencia mutua a través de las fronteras nacionales que amenaza algunas de sus ventajas. Por esta causa requiere de mecanismos de conducción [...] <sup>38</sup>

Los aranceles, los subsidios a las exportaciones, la política industrial, el tratamiento privilegiado, etc., son instrumentos [...] de una política social que amenaza inherentemente a los sistemas de la interacción y la interdependencia, los cuales son una fuente de prosperidad en el mundo industrial y una precondición para satisfacer y sobrepasar las necesidades humanas mínimas en los países en desarrollo [...]

La intervención nacional en nombre de una sociedad más justa, es inevitable, pero debería ser guiada a través de un acuerdo internacional y de una acción conjunta, de tal manera que preservara las ventajas de la interdependencia [...]

[...] Para muchas naciones en desarrollo, la jerarquía de poder característica del mundo de postguerra ya no es aceptable. Rechazan el concepto central legitimador de la economía mundial liberal, o sea, la maximización del bienestar global a través del sistema de mercado [...] <sup>39</sup>

---

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 98.

<sup>39</sup> *Ibid.*, pp. 100-101.

Una estrategia realista de acción debe tomar en cuenta los principales obstáculos a un manejo cooperativo de la interdependencia. Obstáculos de importancia especial son, el deseo de autonomía nacional, el impacto de las políticas domésticas, las disparidades en las condiciones entre los países, las barreras políticas y el gran número de países [...]<sup>40</sup>

El deseo de autonomía nacional y el concepto tradicional de soberanía agravan la tensión entre las políticas nacionales y la interacción transnacional [...]

[...] El impacto de las políticas [domésticas] en el manejo de la interdependencia es doble [...] el proceso político produce variados grados de localismo que descuidan el impacto de la acción nacional en el mundo exterior [...]

El antagonismo entre Estados difícilmente conduce a una colaboración para el beneficio mutuo [...] El antagonismo en las relaciones Este-Oeste ilustra el problema [...] Los Estados comunistas aun persisten en la noción de que están comprometidos en una lucha revolucionaria con el mundo capitalista [...] Sus sistemas autocráticos son dirigidos centralmente y con un control relativamente completo de toda interacción con el mundo exterior; en contraste, en el Occidente pluralista, una multitud de individuos, grupos, instituciones y actores colectivos interactúa con el mundo exterior, de manera que los gobiernos [...] pueden controlarlos sólo parcialmente [...] Diferencias ideológicas de una naturaleza menos militante pueden, también, interponer obstáculos a un enfoque constructivo de los problemas globales [...]<sup>41</sup>

A riesgo de subrayar innecesariamente algunos aspectos de la estrategia antes esbozada, conviene volver sobre los puntos centrales y tratar de descubrir su esencia.

---

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 104.

<sup>41</sup> *Ibid.*, pp. 104 a 107.

Para los voceros del imperialismo, éste, en primer lugar, no existe; de ahí que hablar de él sea "perder el tiempo". Según ellos, el mundo capitalista no consiste en un puñado de grandes potencias que oprimen a los demás países, sino en una comunidad de naciones «interdependientes y libres», a las que el comercio internacional y el movimiento de capitales ha estrechado como nunca antes. La dependencia es secundaria y aun inexistente. El nuevo eufemismo con el que se la encubre es la "interdependencia"; ésta, al calor de la nueva tecnología y de un sistema político que nada conserva ya del viejo capitalismo, es la base del progreso y el marco en que se desenvuelven las relaciones internacionales. La estrecha y múltiple interconexión que caracteriza a la interdependencia resulta de la creciente trasnacionalización de la producción y el capital, que a su vez se desarrolla conforme a las leyes del mercado y del sistema de precios, pues este es el único mecanismo capaz de maximizar la riqueza en bien de todos.

Las posiciones de los grandes consorcios de la RFA y desde luego de los norteamericanos, son especialmente claros y no dejan lugar a dudas:

[...] países industrializados y países en desarrollo —sostiene por ejemplo la Sociedad Alemana para la Cooperación Económica LTDA— ya están entrelazados por los flujos internacionales de capital y comercio de tal manera que una producción de esta dependencia mutua, como la que el 'Nuevo Orden Económico Internacional' necesariamente implicaría, causaría un gran daño especialmente a los países en desarrollo.

Libertad para las mercancías y el capital.

Esta exigencia debería ser tanto más fácil de cumplir cuanto que entre los países pobres y los industrializados hay una situación inicial ideal: los unos necesitan para su desarrollo capital empresarial y tecnología moderna, los otros quieren sitios favora-

bles de producción y materias primas; y los dos buscan mercados de venta para sus productos [...]

Por esto se invita a los países en desarrollo a conceder todas las libertades posibles al flujo internacional de capital [...]<sup>42</sup>

Mientras algunos defensores del NOEI como los países no alineados ven en el actual sistema de relaciones internacionales impuesto por el imperialismo el mayor obstáculo al desarrollo y al logro de una cabal independencia, los ideólogos de la Comisión Trilateral piensan que los principales escollos son de orden nacional, destacando “el deseo de autonomía” y “el concepto tradicional de la soberanía”, lo que significa que los pueblos no debieran luchar por su plena emancipación. Aunque es comprensible y aun inevitable que dicten ciertas medidas para tratar de resolver problemas internos, ello resulta cada vez más inconveniente y debiera ser objeto de continua vigilancia. ¿Por quién? Por las grandes potencias y los mecanismos que ellas controlan. Lo que hay que asegurar es que el mercado funcione con la mayor libertad. Y el mercado ya no es la “mano invisible” de la fase premonopolista, sino en gran medida las empresas transnacionales y los poderosos Estados que las apoyan dentro y fuera de sus países de origen.

Toda esta estrategia no se compadece, como podrá observarse, con las ideas que en otros tiempos defendió la burguesía. El principio de que la soberanía nacional reside en el pueblo, que acogieron sin reservas las Constituciones liberales clásicas, es ya inadmisibles y hasta peligroso para el capital monopolista. Si en el ejercicio de su soberanía todos los países podían, en otros tiempos, al menos formalmente imponer a su política exterior ciertas modalidades, ahora resulta que si éstas afectan a las em-

---

<sup>42</sup> Cit. por Urs Mueller-Planterberg, “La República Federal de Alemania y el Nuevo Orden Económico Internacional. Ponencia presentada en el Seminario sobre el Nuevo Orden Económico Internacional. Caracas, Venezuela, octubre de 1977.

presas trasnacionales o a las grandes potencias, tienen que ser reguladas por algún organismo internacional, pues la "interdependencia" y la trasnacionalización en que ésta descansa no son los mayores obstáculos sino, según la oligarquía monopolista, los nuevos agentes históricos del progreso y el bienestar.

Todo lo cual revela que aun entre el programa burgués de un "nuevo orden" y la estrategia trilateral de un viejo orden "renovado" o simplemente remozado para hacerlo aceptable a los países que hoy lo impugnan, hay diferencias reales que es menester ponderar con cuidado. Aun si tales diferencias sólo expresaran contradicciones secundarias entre las burguesías de los países capitalistas subdesarrollados y el capital internacional, serían ya dignas de tomarse en cuenta. Mas lo cierto es que, aunque no siempre se expresen con suficiente claridad o en las formas políticamente más adecuadas, el movimiento en favor de un nuevo orden revela y responde a contradicciones de mucho mayor alcance que las simplemente interburguesas.

### *El Nuevo Orden ¿una nueva ilusión?*

Frente a las dos posiciones anteriores suele advertirse una tercera que fundamentalmente niega significación y viabilidad a la búsqueda del "nuevo orden". Partiendo de una opinión parcial prefabricada y rígida, que además de desentenderse de los cambios en la correlación de las fuerzas en pugna, y de los hechos que explican el avance del movimiento antimperialista en la medida en que hasta ahora se ha o no concedido a los países subdesarrollados lo que reclaman, tiende a asociarse el NOEI a todo un vano intento por conseguir que cambie la estructura de las relaciones internacionales en el marco del actual sistema social.

Ya vimos que las posiciones más reaccionarias, o sea las propiamente imperialistas sobre el "nuevo orden" no

ofrecen perspectiva alguna de resolver los graves problemas que, sobre todo bajo la actual crisis, aquejan a los países subdesarrollados. Lo que tales posiciones defienden es el orden existente, si acaso con los cambios en la división internacional del trabajo que fundamentalmente el propio capital monopolista internacional reclama. En efecto, a éste le interesa un adecuado suministro de materias primas, mano de obra barata, mercados a los que pueda penetrar sin interferencias, precios más o menos estables y una política que, en vez de rescatar los recursos propios y nacionalizar lo que hoy está en manos del capital extranjero, coopere y aun se subordine a éste sin reservas. Es obvio que si las cosas se desenvuelven en esta dirección y si en vez de que los países subdesarrollados obtengan un mínimo de garantías son ellos los que han de rodear de facilidades y estímulos a las empresas transnacionales, ni habrá un nuevo orden ni podrán tales países superar los obstáculos y corregir las deformaciones estructurales propias del subdesarrollo.

Incluso si la búsqueda del nuevo orden económico no rebasa el marco en que la burguesía de los países subdesarrollados sitúa habitualmente el problema, tampoco podrán lograrse avances significativos. Si, como ha sucedido en gran parte hasta ahora, el desarrollo se concibe como un proceso de sustitución de importaciones —y aun de exportaciones— en que los cambios en la división internacional del trabajo sean fruto de la creciente concentración, la cada vez más alta composición, las contradicciones y los desplazamientos del capital monopolista en las propias metrópolis, y desde éstas hacia los países subdesarrollados, la dependencia cambiará —como por lo demás ya ha ocurrido— de forma e inclusive de contenido, pero no sólo no desaparecerá sino que tenderá a acentuarse. Y ni qué decir si, como ha acontecido en años recientes en Corea del Sur, Singapur, Taiwan, México, y otros países, las nuevas industrias resultan ser las llamadas empresas “maquiladoras”, que sólo se internan en las naciones subdesarrolladas en busca de una política com-

placiente que les permita explotar al máximo una fuerza de trabajo abundante, desorganizada y casi indefensa.<sup>43</sup>

Aun suponiendo que, en parte porque les conviene para facilitar la expansión y la valorización del capital, y en parte porque en las condiciones actuales no les es fácil oponerse a todas las reivindicaciones de los países subdesarrollados, las grandes potencias capitalistas accedieran a algunos cambios para aligerar los desequilibrios de las balanzas de pagos —vía precios mejores a los productos primarios, facilidad a las exportaciones de manufacturas, mayores préstamos o inversiones privadas o cierta renegociación de las deudas—, es difícil pensar que las cosas se modificaran sustancialmente en aquéllos. Lo más probable es que tras un pasajero alivio de las presiones más severas, dichos países se insertaran aun más profundamente en la economía del imperialismo y que se reprodujeran las condiciones y las contradicciones que caracterizan al subdesarrollo. O en otras palabras: mientras, en vez de atacar directa y resueltamente sus causas se pretenda resolver los más graves problemas a través de reformas palaciegas inocuas, las cosas seguirán básicamente como hasta ahora. Y el reformismo de las burguesías de los países subdesarrollados, aunque suele entrar en conflicto con el capital monopolista internacional, no riñe esencialmente con éste.

El imperialismo [inclusive] —como dice Fidel Castro— alienta el reformismo. Y en la medida en que su desprestigio crezca y su influencia se pierda, su esfuerzo será para desalentar revoluciones y alentar reformas, pero que mantengan su dominio en la medida de lo posible.

---

<sup>43</sup> "...en todo este proceso de desplazamiento de una parte de la industria manufacturera con alto coeficiente de mano de obra desde *el centro hacia la periferia*, los que —en el mercado mundial— se apropian las sobreganancias obtenidas por las empresas... no son otros que los propietarios imperialistas..." Charles André Udry, "¿Un nuevo orden económico?". *Crítica de la Economía Política*, No. 3, México, abril-junio de 1977, p. 82.

[...] En América Latina somos partidarios de políticas revolucionarias. Porque sabemos que el reformismo no resuelve nada, que los problemas son muy serios y muy profundos, y que sólo verdaderas revoluciones los pueden resolver [...]<sup>44</sup>

Lo cierto es que aun las modestas reivindicaciones contenidas en el programa del NOEI, hasta hoy han sido, o bien abierta y hasta cínicamente rechazadas o bien sustituidas por mezquinas y demagógicas promesas de las potencias imperialistas. Lo que en parte se explica porque, como observa Harry Magdoff, "...en última instancia [cada una de esas demandas] afecta las ganancias que obtienen las naciones capitalistas avanzadas [...]"<sup>45</sup>

### *El NOEI y los obstáculos fundamentales al desarrollo*

Ahora bien, ¿podría el cambio que se exige en las relaciones económicas internacionales, abrir a los países subdesarrollados la senda de un desarrollo independiente y basado fundamentalmente en sus propios recursos?

En una primera aproximación, parece claro que aun si pudiera hacerse valer las principales demandas, los países subdesarrollados no podrían superar los más serios obstáculos que traban su desenvolvimiento y deforman sus economías. Así por ejemplo: si bien la inestabilidad y desde luego los bajos precios de los productos primarios que exportan, contribuyen a mantenerlos en el atraso, es obvio que el solo problema agrícola desborda con mucho ese marco y que el desarrollo del capitalismo en el campo se expresa en contradicciones mucho más graves. Y aun cuando un mejoramiento en los precios y en los términos del intercambio podría impulsar el crecimiento de las fuerzas productivas —acaso sobre todo

---

<sup>44</sup> Fidel Castro, *Granma*, 7 de mayo de 1972.

<sup>45</sup> Harry Magdoff, "The limits of international reform". *Monthly Review*, mayo de 1978, p. 4.



de los países industriales que hoy son también los principales abastecedores de productos primarios—, un mayor ingreso de divisas que a la postre quedara sobre todo en poder de los más altos estratos de la burguesía nacional y extranjera, ni beneficiaría fundamentalmente a las masas campesinas ni liberaría al proceso agrícola de las trabas que lo frenan; antes bien contribuiría a reforzarlas, a afirmar y reproducir las relaciones de producción de las que esencialmente surgen esas trabas.

Y ¿qué decir de las exportaciones de manufacturas? En principio, sin duda, éstas tienen ventajas sobre las de productos primarios. Pero en el marco en que se desenvuelve la industrialización de los países atrasados, están muy lejos de ser lo que fueron para las naciones capitalistas más desarrolladas. Dicha exportación, en efecto, más que exhibir una capacidad industrial que permita colocar los excedentes en otros mercados, corresponde a una nueva y más compleja fase del capitalismo del subdesarrollo, y por tanto de la dependencia estructural que le es inherente.

A medida que avanza la sustitución de importaciones, en la que como es sabido suele jugar un papel de primer orden el capital extranjero, a la vez que se vuelve difícil extender el proceso a las industrias de bienes de capital, surgen ciertas posibilidades de exportación de manufacturas. Pero así como la sustitución de importaciones implica que el capital extranjero que antes proveía desde fuera ciertos bienes ahora los produce en los países subdesarrollados, la exportación de manufacturas que empieza a cobrar impulso en algunos países, procede también con frecuencia de dicho capital, y concretamente de las empresas trasnacionales. Haciendo valer el trabajo barato, los recursos abundantes y de fácil explotación y los bajos impuestos para competir con los países industriales más avanzados, aun obteniendo de éstos un trato preferente a esas manufacturas, es obvio que una industrialización así concebida tampoco puede

corregir los desequilibrios y menos todavía fortalecer la independencia de los países subdesarrollados.

Una mayor afluencia de recursos financieros —como la que supondría lograr el traslado siquiera del 1% del PNB de los países más avanzados —aligeraría las presiones sobre las balanzas de pagos. Mas de ahí a remover los obstáculos que impiden una acumulación de capital muy superior a la presente, hay una gran distancia. Aun en las difíciles condiciones impuestas por la crisis, que en parte se expresan en bajas tasas de crecimiento económico, la acumulación en los países capitalistas subdesarrollados sólo absorbe una parte relativamente pequeña del excedente potencial e inclusive del real, lo que se explica porque si bien el sistema convierte con facilidad el capital en plusvalía, su creciente irracionalidad entraña mayores obstáculos para transformar esa plusvalía en capital, pues aparte la exacción constante de que son víctimas los países subdesarrollados por parte del capital extranjero, las burguesías nacionales suelen ser el principal factor de dilapidación, empleo improductivo y drenaje del excedente hacia el exterior.

Por estas razones tampoco bastaría con renegociar y aun conseguir una moratoria de la deuda extranjera. El crecimiento en espiral de ésta no sólo exhibe graves desajustes comerciales y financieros: responde a todo un sistema de relaciones y por tanto a un patrón de división internacional del trabajo desfavorable para los países subdesarrollados, y expresa sobre todo un orden socioeconómico y político interno, cuyas contradicciones se intensifican a medida que el capital se concentra en poder de una nueva oligarquía en la que se entrelazan el capital nacional y extranjero, y que jamás admitirá que ella es el principal obstáculo al desarrollo.

En fin, tampoco parece que la mera transferencia de tecnología, controlada hoy principalmente por los grandes consorcios transnacionales, será suficiente para que cambie la suerte de los países atrasados. Al margen de que esa tecnología es muy onerosa e inadecuada, lo

cierto es que, además de su alto costo, usualmente va acompañada de condiciones más o menos inaceptables derivadas del propósito de obtener ventajas comerciales, financieras e incluso propiamente políticas. Por lo que no sería exagerado afirmar que mientras subsista la actual dependencia tecnológica, será muy difícil y aun imposible lograr una mayor independencia económica.

*El Desarrollo, el "Nuevo Orden" y la  
'autosuficiencia colectiva'*

En los últimos años, los países no alineados han insistido en que la base de su desarrollo debe ser la movilización de los recursos propios en cada país y en el conjunto del llamado Tercer Mundo. El principio de la autosuficiencia, que en un momento dado pudo haber sugerido una tendencia a la autarquía o al menos a subestimar la cooperación internacional, más tarde se vuelve el signo de una confianza en que si los países subdesarrollados utilizan mejor y se ayudan mutuamente en el uso de sus recursos, esta sola estrategia puede abrirles un nuevo horizonte.

Es indudable que, históricamente, la utilización de los recursos propios fue siempre la base del desarrollo. Lo que ocurre es que, hasta ahora, los recursos de los países subdesarrollados fueron en gran parte explotados en beneficio de las potencias coloniales y neocoloniales de las que han dependido. Lo nuevo sería poder por primera vez movilizar esos recursos en provecho propio, intercambiando todo aquello con que cuenta el Tercer Mundo, entre los países que lo forman. ¿Es esto viable?

Si se le concibe como un nuevo sistema o incluso como un nuevo patrón de desarrollo, en el sentido de una alternativa para los países subdesarrollados, como si la expresión Tercer Mundo sugiriera la posibilidad de un tercer camino, creo que éste será inviable. O al menos lo fue hasta ahora.

No parece factible pensar en un proceso como el que algún autor describe, "hipotéticamente" como una expresión del curso que podría seguir un país que, partiendo de una posición subordinada respecto al capital trasnacional, tras un periodo de transición lograra gradualmente y por medios «democráticos», arribar a un régimen de lo que podríamos llamar "utilización conjunta de los recursos propios" (*Collective self-reliance*).<sup>46</sup>

¿En qué consistiría esencialmente este régimen o nuevo "estilo" de desarrollo? En que "[...] la actividad productiva estaría orientada a satisfacer las necesidades básicas de la población [...]", pues "se supone que el Estado en cuestión representa los intereses de una fracción mayoritaria de la población y cuenta con un sólido respaldo político en el plano interno [...]" "Un segundo rasgo se refiere al hecho de apoyarse fundamentalmente en los recursos internos y a la voluntad de desarrollar plenamente los recursos y las potencialidades de que el país dispone [...]" "Una tercera característica consiste en que "[...] se habría logrado articular esquemas estables de coordinación y cooperación con países similares [...]", y un último rasgo sería el "drástico debilitamiento de las condiciones de subordinación respecto a los países desarrollados".<sup>47</sup>

Según el propio autor,

Los elementos señalados dejan en evidencia, por una parte, que es viable que existan vinculaciones entre el Estado y las trasnacionales en el marco del nuevo

---

<sup>46</sup> "Se supone implícitamente que en el tránsito hacia el nuevo estilo de desarrollo no se produce una modificación drástica e instantánea de la estructura económica y social. La viabilidad de esta 'fase inicial de tránsito pacífico' está condicionada por el contenido político del proyecto que se aspira a materializar y por la posición relativa, interna e internacional, de las fuerzas sociales que lo apoyan". Fernando Fanzylber. "Las empresas trasnacionales y el 'collective self-reliance'". *El trimestre económico*, No. 172, México, octubre-diciembre de 1976, p. 903.

<sup>47</sup> *Ibid.*, pp. 917, 918 y 919.

estilo de desarrollo y, por la otra, la modificación cualitativa que experimenta esta vinculación [...]. La presencia de las ET se transformaría en un elemento marginal e irrelevante para efectos de orientación del modelo [...]

[Y] mientras mayor la cohesión interna en los países y la colaboración y coordinación entre ellos, más débiles las posibilidades de las ET de enfrentarse a los gobiernos que opten por el nuevo estilo de desarrollo.<sup>48</sup>

Sería exagerado pensar que las condiciones de los países subdesarrollados son un dato dado, que no cambiará a menos que se produzca una ruptura revolucionaria. El cambio es continuo y ciertas transformaciones se producirán aunque el imperialismo se empeñe en evitarlas. La nueva y más favorable correlación de fuerzas hace hoy posible que los países subdesarrollados y sobre todo los No Alineados se unifiquen y avancen en el trazo de una estrategia común frente al imperialismo. El triunfo de la OPEP al elevar los precios del petróleo en 1973 habría sido muy difícil y acaso imposible cinco o diez años atrás. Mas si bien hay avances alentadores en ciertos esquemas de integración regional y en el intento de algunos países de apoyarse mutuamente y reducir la dependencia respecto al capital monopolista trasnacional, también hay desacuerdos y obstáculos difíciles de superar y no parece viable que, con tales métodos se llegue nada menos que a poder utilizar racionalmente los recursos. Aun repetir en estos momentos con otros productos la hazaña de la OPEP se antoja bien difícil, y a estas horas es además bien claro que no basta obtener más divisas para usarlas mejor y para movilizar otros recursos desde y hacia el Tercer Mundo.

Lo que quiere decir que para lograr la "autosuficiencia colectiva" de que hablan hoy muchos países de ese Tercer Mundo, no es suficiente modificar la relación

---

<sup>48</sup> *Ibid.*, pp. 920 y 921.

con las empresas trasnacionales ni oponerse a las más graves fallas del sistema de relaciones internacionales. Sin planificación económica, sin poder determinar el uso que deba darse a los recursos, sin capacidad para hacerlos crecer con rapidez y para impedir el drenaje que provoca no sólo el capital monopolista internacional sino también el nacional, es imposible convertir en realidad el empleo conjunto de los recursos propios. Sólo con el pueblo en el poder y bajo una democracia popular que avance rápidamente hacia el socialismo como condición para asegurar la supervivencia frente a un enemigo aún tan poderoso como el imperialismo, puede pensarse en formas de cooperación del tipo de las que propone hoy el movimiento antimperialista, y que en rigor se asemejan a las que está poniendo en práctica un sistema de integración como el CAME.

Naturalmente, la posibilidad de seguir este camino no es fácil. Como ha dicho Fidel Castro:

El conjunto de los países subdesarrollados no forma, desde luego, un todo homogéneo. Algunos se oponen al imperialismo y luchan contra él, otros en cambio están muy cerca del imperialismo e incluso en muchos casos actúan como aliados suyos [...]<sup>49</sup>

En tanto los países subdesarrollados cobren mayor conciencia de sus intereses comunes, podrán crear nuevas situaciones que contribuyan a reforzar su lucha. La práctica de la ayuda mutua, antes inexistente y menospreciada; la posibilidad de suscribir acuerdos comerciales que alivien los problemas de las balanzas de pagos; el avance en ciertas formas de integración regional que les permitan reducir la dependencia del imperialismo; la supresión de ciertos intermediarios; la defensa en común a través de una regulación conjunta de la oferta de

---

<sup>49</sup> Fidel Castro, "La actual crisis económica internacional y el movimiento de países no alineados". *Economía y Desarrollo*, No. 30. La Habana, julio-agosto de 1975, p. 17.

precios y abastecimientos; la creación de asociaciones de productores, la cooperación tecnológica y financiera y la lucha contra el intercambio desigual y en favor de una diferente y menos desfavorable división internacional del trabajo, son sin duda campos de acción en los que se pueden lograr avances significativos. Pero lo que deberá entenderse es que no es vendiendo más materias primas así sea a mejores precios, e importando manufacturas y aun muchos otros bienes más o menos innecesarios, como se avanzará en el camino del desarrollo independiente. "La desigual división internacional del trabajo —como recuerda Samir Amin— se basa en esta estrategia. De ahí que reducir la desigualdad en la división del trabajo implica sin duda reducir el flujo de la exportación de productos primarios".<sup>50</sup>

Frente al genuino nuevo orden que muchos países tratan de crear, las grandes potencias capitalistas, buscando preservar sus privilegios, se empeñan en realidad en crear, como dice el propio Amin, un "nuevo orden imperialista". "Estas no son solamente dos cuestiones verbales, dos posibles alternativas teóricas. Son [dos líneas] que se enfrentan en estos momentos y que son objeto de diarios conflictos".<sup>51</sup>

Y en esta lucha, los países no alineados constituyen una fuerza que nadie puede ya menospreciar.

Mientras los países subdesarrollados actúen divididos y no se resuelvan a enfrentarse al imperialismo, tendrán que resignarse a que sus recursos sean en gran parte desaprovechados no sólo por el saqueo que provoca el capital monopolista sino porque las profundas deformaciones internas de sus economías impedirán el empleo medianamente racional del potencial productivo en el interior de cada país y con mayor razón en el conjunto de ellos.

---

<sup>50</sup> Samir Amin, "Self-reliance and the new international economic order". *Monthly Review*, julio-agosto de 1977, p. 19.

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 20.

En cuanto a los que luchan contra el imperialismo, la posibilidad de utilizar sus recursos de mejor manera dependerá, a la postre, de si son capaces de enfrentarse a él y derrotarlo. Esta es la cuestión decisiva. La posibilidad de un capitalismo independiente no existe ya para los países del Tercer Mundo. Capitalismo significa explotación y anarquía, desarrollo deforme y profundamente desigual aun en el seno de cada país, dependencia estructural y succión permanente de sus recursos en provecho del capital monopolista nacional y extranjero. Incluso la lucha contra el imperialismo no basta: es menester vencerlo, para remover la base capitalista en que descansa.

¿Significa todo esto que el movimiento en favor de un nuevo orden económico internacional carece de importancia, por no estar en condiciones de imponer tal orden de inmediato? De ninguna manera. Pese a ciertas ambigüedades y contradicciones que explicablemente siguen presentes, su influencia y prestigio en los foros internacionales, y tanto su contribución como la de movimientos afines al rechazo de las explicaciones burguesas del desarrollo, a la comprensión de las verdaderas causas del atraso, la reivindicación de ciertos principios, la correcta ubicación del papel del imperialismo y de la lucha ant imperialista, el apoyo a la liberación nacional y la convicción cada vez más firme de que para lograr un nuevo orden económico internacional es preciso transformar la economía de cada país y superar los obstáculos internos que impiden su desarrollo, son signos de que los pueblos empiezan a comprender el alcance revolucionario de sus luchas. Y esta puede ser la clave definitiva del éxito.

Aun la presencia de elementos burgueses para los que el capitalismo sigue siendo "el mejor de los mundos posibles" y que nunca se enfrentarán resueltamente al imperialismo, tiene significación política: exhibe contradicciones reales, que aun no siendo generalmente antagónicas debieran ser aprovechadas por las fuerzas re-



volucionarias; pero lo que es aún más claro es que mientras la burguesía siga al frente de la lucha por la "segunda independencia", las reformas que de uno u otro modo se consigan no tendrán mayor importancia, los beneficios que se obtengan quedarán principalmente en manos de la oligarquía, el imperialismo no se verá seriamente afectado y el verdadero potencial antimperialista no podrá siquiera liberarse y ponerse en acción.

Mientras el reclamo del "nuevo orden" sea en muchos países subdesarrollados un asunto solamente de los gobiernos, de gobiernos burgueses que a nada temen tanto como a la acción de sus pueblos, de gobiernos sometidos al capital monopolista y que de hecho suelen ser aliados del imperialismo, podrán conseguirse cambios parciales y aun mejoras aquí y allá que aun no siendo deleznales tampoco remuevan los obstáculos fundamentales al desarrollo. Sin perjuicio de llevar adelante el movimiento antimperialista en el nivel gubernamental, con el concurso sobre todo de las naciones que estén dispuestas a enfrentarse con mayor decisión al enemigo, y de mantener la unidad en ese movimiento, en los países capitalistas del Tercer Mundo es preciso incorporar a las grandes masas, a los trabajadores, a estudiantes e intelectuales, a numerosos pequeños productores del campo y la ciudad, y especialmente a la clase obrera a la lucha por un nuevo orden económico internacional. O en otras palabras: es necesario vincular estrechamente esa lucha a la causa de la revolución y el socialismo pues sólo los pueblos, no la burguesía, pueden vencer al imperialismo.

Los trabajadores comprenden que la obtención de mejores salarios y mayores prestaciones y el ejercicio del derecho a organizarse y a emplear la huelga como medio de defensa son aspectos no deleznales de la lucha de clases. Pero a menudo caen en posiciones sindicalistas y economicistas, en parte porque no tienen una comprensión análoga de cuestiones ideológicas y políticas más complejas de la lucha de clases, o porque carecen de

organización y de medios adecuados para rechazar con éxito las posiciones burguesas y concretamente la acción de la oligarquía nacional y extranjera. Fenómenos como la inflación, los desequilibrios comerciales y financieros internos, el desempleo, los desajustes de las balanzas de pagos, el endeudamiento externo, las devaluaciones, la inestabilidad de los precios, el intercambio desigual y en general la crisis del capitalismo, el subdesarrollo y la responsabilidad del imperialismo en el atraso de los países del llamado Tercer Mundo no son claramente comprendidos por los trabajadores y menos, todavía, incorporados sistemáticamente a sus plataformas de lucha. Su apoyo conciente a la búsqueda de un nuevo orden económico internacional como una especie de programa mínimo contra el imperialismo, a llevarse adelante con independencia y no a la zaga de la burguesía, sobre todo en aspectos fundamentales en que insisten los países no alineados, enriquecería el movimiento obrero y reforzaría la lucha contra el imperialismo, tanto en el caso de lograrse avances significativos como de tropezarse con obstáculos infranqueables. Aun si esto ocurriera, los trabajadores comprenderían que incluso las más modestas y justas demandas resultan ya inviables bajo el capitalismo y reclaman luchas de mayor envergadura. Comprenderían mejor entonces que la reivindicación efectiva de ciertos principios y el logro de algunas metas meramente democráticas propias de un programa mínimo, dependen de que éste forme parte de una estrategia revolucionaria y se enlace con un programa máximo que permita avanzar hacia el socialismo.

Para hacer realidad una "autosuficiencia colectiva" que libere y haga posible el mejor uso del potencial productivo de los países del Tercer Mundo, es menester que cada pueblo sea independiente, sea dueño de sí mismo, de sus recursos y de su destino. Y tal cosa no es posible bajo el imperialismo. Sobre todo en la fase actual del capitalismo monopolista de Estado, capitalismo e independencia son términos irreconciliables tanto para los

países subdesarrollados como incluso para muchas naciones que en otros tiempos fueron independientes. Tampoco es posible que la burguesía pueda enfrentarse con éxito al imperialismo, pues a diferencia de lo que ocurrió en la fase premonopolista, ahora es una clase comprometida, y sobre todo en sus fracciones oligárquicas, indisolublemente ligada y subordinada al capital monopolista internacional, hasta el punto de depender uno del otro —como hermanos siameses— para sobrevivir.

La posición burguesa y las ilusiones pequeñoburguesas que cifran la posibilidad de un desarrollo independiente en la capacidad de las clases en el poder en los países capitalistas subdesarrollados para hacer realidad las reformas democráticas que suelen defender de palabra, soslayan y aun ignoran las limitaciones irrebasables del capitalismo del subdesarrollo. Suponen a éste posibilidades que nunca tuvo y tienden mecánicamente a hacer creer que la revolución democrático burguesa podrá promover transformaciones análogas a las que, en otro marco histórico fue capaz de realizar, sin reparar en que esa revolución se consumó desde hace mucho tiempo en numerosos países subdesarrollados —en otros es ya imposible— y en que la burguesía y en particular la oligarquía no sólo no pudo lograr tales cambios sino que hoy es, junto con el capital monopolista extranjero, el principal obstáculo a su realización.

La misión histórica de la burguesía latinoamericana no dio lugar, por cierto, a hazañas extraordinarias; no produjo figuras de gran relieve ni avances comparables a los que surgieron en otros países. Pero es ya una misión cumplida. Su rol no fue conquistar —como en otros países— la independencia económica sino contribuir a sumir a nuestros pueblos en el atraso y la dependencia del imperialismo.

La única fuerza capaz de conducir hoy hacia un desarrollo nacional independiente es el proletariado, tanto porque interna e internacionalmente es el eje de la lucha contra el capital monopolista como porque, bajo la di-

rección de una clase obrera debidamente organizada, y con la alianza del campesinado pobre, ciertas capas medias y las amplias fracciones de la pequeña burguesía urbana, puede asegurar la continuidad del proceso que libere a los pueblos atrasados de la explotación y la opresión característicos del capitalismo en la fase imperialista. Esa fuerza puede llevar al pueblo al poder, y a través de una democracia popular que destruya el viejo aparato estatal e impida al enemigo recuperarse y restablecer sus privilegios, realizar las transformaciones que **bajo el capitalismo son ya inviables y crear el nuevo Estado revolucionario que haga posible la instauración del socialismo.**

Para avanzar en esta lucha en el momento actual es necesario comprender el alcance de la crisis que sufre el capitalismo, pues además de un obstáculo en la búsqueda de un “nuevo orden”, la crisis es en parte el resultado de las presiones que los pueblos ejercen sobre el viejo sistema, y a la vez es la expresión de graves contradicciones que sólo pueden superarse si, en cada fase del proceso revolucionario se sabe actuar sobre ellas.

### *La crisis del capitalismo y la búsqueda de un Nuevo Orden Económico*

Si el logro de un nuevo orden económico internacional depende de la posibilidad de derrotar al imperialismo, la comprensión del alcance y los principales caracteres de la crisis que éste sufre actualmente adquiere especial importancia teórica y aun estratégica y táctica, pues la crisis golpea a millones de trabajadores y, por tanto, luchar contra ella —que sin duda es un eslabón débil del sistema— puede ser la mejor manera de movilizar a las masas.

Pero, ¿se cuenta con una interpretación de la crisis sobre la que pueda fundarse una estrategia similar a la que empieza a tomar cuerpo en torno a la lucha por

un nuevo orden económico internacional? Sin menospreciar los avances que se hacen en esa dirección, tanto en el diagnóstico del fenómeno como en lo que podría ser el punto de partida de un programa común frente a la crisis, hay todavía sensibles divergencias, por lo demás explicables en tratándose de acuerdos que proceden de reuniones en que participan decenas de países con grados muy diversos de desarrollo y aun sistemas sociales diferentes, que fundamentalmente buscan ciertos comunes denominadores para defender principios de carácter general y emprender acciones conjuntas tras objetivos muy concretos.

Sin intentar aquí volver sobre algunos documentos a los que se hizo ya mención en páginas previas, podría recordarse que a menudo se alude a la crisis como un fenómeno meramente económico, como una fase del ciclo, como un hecho externo que los países imperialistas trasladan o exportan al resto del mundo, como un reflejo de ciertas políticas internacionales y aun como un desajuste grave pero transitorio, que afecta el funcionamiento del sistema monetario, del mercado de materias primas y energéticos, del comercio exterior y las balanzas de pagos, del movimiento de capitales y de las finanzas internas e internacionales.

En otros trabajos contenidos en este volumen, se examinan los principales rasgos de la actual crisis del capitalismo y las causas que la determinan. Aquí me limitaré a subrayar brevemente algunas cuestiones que parecen de especial interés en la perspectiva de la lucha por un nuevo orden económico internacional.

La presente crisis tiene sin duda, en primer lugar, un carácter cíclico. Es decir, es un fenómeno recurrente y una fase —incluso la principal— del ciclo económico a través del cual se desenvuelve la producción capitalista. Es una crisis de sobreproducción sobre todo de capital, en todas las formas que este adopta a lo largo del proceso de rotación, a saber: capital-dinero, capital productivo y capital-mercancías. Lejos de que el keynesismo acabara

—como alguna vez lo anunciaba el profesor Samuelson— con las crisis, más bien parece que la última de éstas —que para algunos ha sido toda una revolución anti-keynesiana— ha acabado con aquél y puesto de manifiesto su indigencia teórica. La realidad ha vuelto a demostrar que la producción capitalista sólo puede darse cíclicamente, y que el periodo de ascenso de 1972-73, desenlazó en una crisis que a su vez fue el anuncio y el punto de partida del fuerte receso de 1974-75. El hecho, empero, de que en 1978 se siga hablando de la crisis aun en los países en que la recuperación ha cobrado mayor impulso, revela que ésta no es solamente una crisis de sobreproducción sino algo más profundo y complejo. Como señala Francisco Mieres, "...el asunto no consiste tanto en saber si se puede hablar de recesión o depresión, y de si ésta ha sido superada, sino en la complejidad y durabilidad inusitados del *síndrome crítico global*, que rebasa e inutiliza cualquier enfoque economicista, incluso en sus más elegantes versiones econométristas".<sup>52</sup>

Si bien la caída de la actividad económica en 1974-75 hizo admitir aun a los más reacios la presencia de la crisis, lo cierto es que desde años atrás ésta venía incubándose y ya en 1968-71 exhibía signos inconfundibles. Después de 1976, por otra parte, en que los más optimistas pensaron que la crisis llegaba a su fin, ésta ha continuado, manifestándose principalmente en un sensible rezago de la inversión, un alto nivel de desempleo y una inflación que por sí sola bastaría para comprender por qué se ha acentuado la inestabilidad económica. Todavía a fines de 1977, *Business Week* recordaba que la inversión en los Estados Unidos seguía siendo inferior a la de 1974, y unas semanas después, *Fortune* advertía que la perspectiva de una mayor inversión estaba "lejos de ser alentadora".

Parece haber amplio acuerdo en círculos marxistas acerca de que la perspectiva inmediata del capitalismo es

---

<sup>52</sup> Francisco Mieres, *Crisis energética y crisis capitalista*. En prensa. Editorial Nuestro Tiempo. México.

angosta y precaria y de que la presente crisis es mucho más que un mera fluctuación cíclica de la actividad económica. Pero aun vista en esta perspectiva, es indudable que la desigual y lenta recuperación que se inicia en 1975-76 empieza a debilitarse, en la mayor parte de los casos sin haber alcanzado y menos todavía superado los niveles medios anteriores al descenso económico de 1974, lo que sin duda es un rasgo nuevo del ciclo. Paul Sweezy hace notar al respecto, en un reciente artículo, que las consecuencias de tan peculiar recuperación son el insuficiente crecimiento del empleo y el mantenimiento de un alto nivel de desocupación, un aumento de la capacidad de producción industrial ociosa —sobre todo en ramas como el acero, construcción naval, automóviles, productos químicos básicos, papel y muchas más— y un bajo nivel de las nuevas inversiones. Incluso observa que, en los Estados Unidos, la actual reactivación económica ha descansado más que en la inversión, en un rápido aumento del consumo gracias al volumen sin precedente de crédito a los consumidores, que de un incremento medio anual de 11 mil millones de dólares en 1970-75, pasó a uno de casi 31 mil millones en 1976.<sup>53</sup>

A consecuencia de todo ello y de la flojedad que se advierte en la acumulación de capital, el autor antes citado estima que lo más probable es que se produzca una nueva depresión del tipo de la de los años treinta, y que, en todo caso “la crisis de los años 70 marca un punto de inflexión históricamente crucial, y que nada que no sean cambios muy importante podrá ponernos sobre un nuevo camino”.<sup>54</sup> Si bien la tendencia al estancamiento es propia del imperialismo y sobre todo del actual capitalismo monopolista de Estado, también lo es una competencia monopolista que simultáneamente se expresa en el crecimiento cada vez más desigual y anárquico de las fuerzas productivas y por tanto en una creciente inestabilidad.

---

<sup>53</sup> Paul M. Sweezy, “The present global crisis of capitalism”. *Monthly Review*, abril de 1978, pp. 3 a 7.

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 12.

Tanto los hechos anteriores como otros similares, demuestran que el ciclo y concretamente la crisis que en él se produce con cierta regularidad no son hoy idénticos a los de otros tiempos. Entre sus principales cambios está la menor duración de aquél determinada fundamentalmente por el empeño con que, a partir de altas tasas de depreciación y obsolescencia se logra acortar artificialmente la vida del capital fijo. Otro cambio es la mayor frecuencia de la crisis, el que ésta se acentúa respecto a las ocurridas hasta mediados de los años sesenta, y el que la recuperación pierde impulso antes de que se restablezcan las condiciones para iniciar un nuevo ciclo. Pero acaso lo más significativo es que la inflación y el desempleo, antes fundamentalmente cíclicos, que se agravaban, la primera cuando el nivel de acumulación llegaba a su punto más alto en la fase de auge, y el segundo cuando, a partir de la crisis se abría un período de reajustes y aun de severa depresión necesarios para restablecer la tasa de ganancias a través de una mayor explotación, y el descenso de la inversión y del nivel de empleo, ahora son fenómenos crónicos que exhiben la mayor intensidad de las contradicciones del capitalismo y la incapacidad para sortearlas con éxito mediante una política que al estimular la demanda a través de un enorme gasto en gran parte improductivo, sin ser capaz a la postre de acabar con el desempleo, sí lo ha sido para contribuir a una inflación permanente.

Los cambios en el ciclo económico revelan sin duda contradicciones muy profundas. Aun en los casos en que los efectos de la crisis logran mitigarse, lo cierto es que la tendencia a la sobreproducción, sobre todo de capital, persiste y aun se intensifica y que el mantenimiento de altos niveles de demanda se asocia y descansa en una política inflacionaria que, empeñada en contrarrestar la caída de la tasa de ganancia, acaba por ahondar la contradicción fundamental del capitalismo y se manifiesta en otros desajustes que acentúan la inestabilidad y dan a la crisis un nuevo carácter. A este respecto, a menudo se



recuerda que la crisis actual tiene entre sus principales rasgos la aceleración de la inflación en los países capitalistas industrializados, la crisis monetaria internacional que se expresa en el resquebrajamiento del sistema de Bretton Woods, los fuertes déficit financieros internos y el desequilibrio de las balanzas de pagos, la escasez de alimentos y el fracaso de las reformas agrarias y de la "revolución verde" para asegurar la modernización agrícola de los países subdesarrollados, la crisis de los energéticos y aún la llamada crisis ecológica, todo ello en medio del creciente enfrentamiento entre las empresas transnacionales y los países subdesarrollados.<sup>55</sup>

En todo esto hay bastante acuerdo. Mas no así cuando se trata de situar globalmente el fenómeno de la crisis. Aunque no podríamos examinar aquí las diversas explicaciones que se ofrecen de ella, recordaremos brevemente algunas de las más socorridas.

Una primera, tiende precisamente a caracterizar la actual crisis como un fenómeno complejo en el que se entrelazan los hechos anteriores. Lo que tiene de peculiar y distintivo, se dice, no es que se trate de una crisis cíclica, pues antes hubo muchas análogas, sino de que esta vez se produzca simultáneamente, desde una crisis monetaria internacional con los consiguientes desajustes comerciales y financieros, hasta una crisis agrícola, una profunda inestabilidad en todos los mercados, y muchos otros problemas que rebasan el marco propiamente económico.

Con frecuencia se presenta a la crisis como una de realización, derivada del agravamiento de la contradicción producción-consumo. Se cae así en un enfoque subconsumista que no advierte que las crisis del capitalismo, y concretamente la actual, expresan contradicciones profundas en la esfera productiva, o sea que afectan las relaciones mismas de producción y no sólo el ámbito de la circulación, y en tal virtud no se repara centralmente en la contradicción fundamental del sistema ni en el hecho de que los desajustes entre la producción y el consumo

---

<sup>55</sup> Véase el estudio ya citado de Francisco Mieres.

principalmente expresan la acentuación de la contradicción entre el carácter social de las fuerzas productivas y el régimen privado, crecientemente monopolista, de apropiación.

Para algunos, la actual es una crisis cíclica de sobreproducción, pero que se produce en el marco de un ciclo u onda larga de declinación o depresión, del tipo de las sugeridas hace medio siglo por Kondratieff, y que según este autor serían, como el ciclo corto, recurrentes.

Para otros estamos frente a la crisis de un "modelo de acumulación", "modelo" que suele asociarse a ciertos caracteres del proceso de acumulación, a un patrón determinado de producción interna y división internacional del trabajo y aun a las bases sociales y políticas en que ha descansado el desarrollo capitalista en años recientes.

También hay quienes creen que la presente y difícil situación del sistema expresa principalmente la acción de fuerzas que se desenvuelven en el "centro" y que desde ahí influyen en forma decisiva tanto en los países de la "periferia" como en las relaciones entre unos y otros.

Reparando principalmente en los cambios que sufre el sistema de relaciones internacionales, mientras algunos consideran que el agravamiento de la rivalidad interimperialista es la causa principal de la actual crisis y concretamente del resquebrajamiento del sistema monetario internacional y de los profundos desequilibrios de las balanzas de pagos, otros reparan sobre todo en los cambios en el patrón de relaciones entre las potencias imperialistas y los países atrasados y especialmente los recién liberados, y, o bien piensan que el fenómeno central es el tránsito del colonialismo al neocolonialismo o sea de la dominación política directa a la dominación económica, o bien distinguen entre el viejo y el nuevo imperialismo, o entre dos fases diferentes del neocolonialismo, que fundamentalmente expresarían ciertos cambios en la división internacional del trabajo. Otra variante de este tipo de explicaciones de la crisis es aquella que esencialmente repara en la creciente internacionalización del capital y en las nuevas formas

que ésta adopta en los conglomerados trasnacionales, cuyo desarrollo cobra particular impulso en los último 15 a 20 años.

A diferencia de las teorías propiamente burguesas que en conjunto son incapaces de explicar a qué obedece la crisis, las opiniones anteriores aluden, en general, a hechos ciertos que, aun siendo importantes, no bastan para explicar adecuadamente un fenómeno como la crisis por la que atraviesa el capitalismo.

Cuando se dice, por ejemplo, que la actual crisis tiene manifestaciones diferentes de las de otras, tanto económicas como políticas e ideológicas, se está, a nuestro juicio, en lo cierto. Pero lo que no queda claro es por qué ocurre tal cosa, cómo se interconectan esos diversos rasgos y qué fenómenos, de mayor profundidad los determinan. Cuando se subraya el creciente desajuste entre la producción y el consumo, ocurre algo similar; comprendiéndose que para que crezca el capital y se reproduzcan las relaciones capitalistas es preciso que la plusvalía y aun el producto total se realicen en el mercado, se da en cierto modo por su puesta la fase del capital productivo y tiende a repararse sobre todo en las dos restantes del ciclo: capital-mercancías y capital-dinero, atribuyéndose las crecientes dificultades de la valorización del capital a la contradicción entre la producción cada vez mayor y a un consumo que, a consecuencia de la explotación de que son víctimas los trabajadores, queda siempre a la zaga de aquélla.<sup>56</sup> Lo que impide ver la relación de la crisis con el desarrollo del ciclo en su conjunto y la medida y las formas cambiantes en que la contradicción entre la producción y el consumo, sin duda existente, exhiben el comportamiento de la contradicción fundamental en la fase actual del capitalismo monopolista de Estado.

Quienes esencialmente ubican la actual crisis como cri-

---

<sup>56</sup> Véase, por ejemplo, la explicación que da Sweezy del capital como "un valor auto-expansivo" ("self-expanding value"), en el artículo ya citado sobre "The present global crisis of capitalism"... , pp. 9 y 10.

sis de sobreproducción, en el marco más amplio de un ciclo de larga duración cuyo signo es hoy depresivo, tampoco ofrecen un argumento convincente, acaso porque intentan en cierto modo una síntesis ecléctica —más que dialéctica— entre las posiciones clásicas, pre-leninistas del marxismo y la teoría de las ondas largas de Kondratieff.

La tendencia a explicar la presente crisis como expresión del desgaste de un “modelo de acumulación” o de “desarrollo” determinado no es más satisfactoria. Aparte de que el alcance y las características del “modelo” que se toma como centro del análisis no coinciden de un autor al siguiente, tal explicación sugiere —a la manera en que lo hacen aquellos que asocian la crisis latinoamericana a los problemas que acompañan el tránsito de una fase a otra más compleja de la sustitución de importaciones de bienes de consumo a la de bienes de capital— que la crisis es un fenómeno no inherente al modo de producción capitalista y concretamente a la fase que hoy recorre el sistema sino más bien al desplazamiento de un “modelo” por otro. Lo que querría decir que tan pronto se configure el nuevo “modelo”, saldrá el capitalismo de la crisis y tendrá por delante una nueva perspectiva de desarrollo.

El uso del esquema “centro-periferia”, suscita, asimismo, múltiples dudas. Supone al capitalismo un sistema aislado, si no es que único; cae frecuentemente en cierto mecanicismo al sugerir que lo que ocurre en gran parte del sistema y concretamente en la “periferia” es fruto de lo que sucede en el “centro”; sustituye en buena medida el estudio riguroso de las contradicciones internas del proceso capitalista en su conjunto por una suerte de funcionalismo y, finalmente, limita el análisis fundamentalmente a los aspectos económicos de la crisis, vista sobre todo como crisis de sobreproducción. Conforme a tal concepción —que como hemos visto está presente en algunos documentos del NOEI— es imposible entender la dialéctica del proceso social y de la lucha de clases en los países atrasados, y desde luego la creciente influencia que, especialmente aquellos en que avanza la lucha revolucionaria ejercen

hoy sobre las potencias imperialistas y en general sobre el funcionamiento del sistema.

Por otra parte, si bien hay contradicciones interimperialistas que incluso vuelven muy difícil la aplicación de una estrategia trilateral, y sobre todo contradicciones entre las grandes potencias capitalistas y los países subdesarrollados del sistema, ni unas ni otras, por separado, o aun consideradas conjuntamente pueden explicar una crisis como la actual. Y menos pueden hacerlo ciertos cambios en la división internacional del trabajo o el mero hecho de que el capital se internacionalice cada vez más y la forma de organización y funcionamiento de las grandes empresas transnacionales rompa los marcos previos y acuse modalidades hasta aquí desconocidas. Sin dejar de reconocer que la transnacionalización de la producción y el capital ha llegado a niveles sin precedente, creemos que aun las formas más complejas de organización del capital monopolista, como puede ser el conglomerado, son fundamentalmente eso: formas, métodos, esquemas de integración y funcionamiento que principalmente expresan el alto grado de socialización al que ha llegado la producción capitalista así como la intensificación de la contradicción fundamental bajo el capitalismo monopolista de Estado, en su fase actual.<sup>57</sup>

Tras cada periodo de ascenso y una breve etapa de auge se produce una crisis. La actual no difiere, a este respecto, de las anteriores. Lo que tiene de específico se explica porque surge tras una de las más largas etapas de prosperidad conocidas por el sistema, y porque, como ya se señaló, se desenvuelve en un módulo cíclico diferente del tradicional. A principios de los años sesenta, ante el hecho insólito de un crecimiento que sólo se interrumpe brevemente y por varios recesos, llega a pensarse que la tendencia al descenso de la tasa de ganancia ha sido efi-

---

<sup>57</sup> Jean-Pierre Delilez considera inclusive que "todo lleva a considerar esta 'multinacionalización' como un aspecto del capitalismo monopolista de Estado". *La crise de l'État*, autores varios, París, 1976, p. 162.

cazmente contrarrestada.<sup>58</sup> Y si bien es cierto que nuevos factores en juego detienen su caída, hacia fines de la década se acepta en los más diversos círculos que no solamente está presente sino que es insoslayable. Lo que no es extraño debido a que el largo proceso de crecimiento y acumulación de capital se sostiene en gran parte en un avance técnico-científico sin precedentes, que a su vez expresa y estimula el rápido aumento de la productividad del trabajo. O en otras palabras: pese al cada vez mayor parasitismo del sistema, al desempleo crónico de capacidad instalada y al fuerte impacto del gasto improductivo, la composición del capital se eleva y las altas tasas de explotación de la fuerza de trabajo no bastan para que el proceso de reproducción se desenvuelva en condiciones estables. Llegado un momento se produce el quiebre en la acumulación de capital y sobre todo en la inversión y la producción privadas, precedido de una dosis de desempleo que ahora está presente en todo el ciclo y por tanto, inclusive en la fase de mayor actividad.

Ahora bien, mientras más larga es ésta y mayor la influencia del capital monopolista mayor es también la presión sobre los precios, los que exceden con mucho no sólo a sus valores sino a los precios de producción. Y cuando el capital monopolista es fundamentalmente capital monopolista de Estado, sobre todo en sistemas monetarios inconvertibles como los actuales, el funcionamiento del mercado se perturba como nunca antes, la inflación se vuelve crónica, y a la complacencia del Estado frente a los grandes consorcios, se agrega el hecho de que siendo ahora imprescindible la participación directa e indirecta del Estado en el proceso de acumulación y caracterizándose su política por el estímulo a toda clase de gastos improductivos como condición para mantener altos niveles de demanda, ello se traduce en múltiples formas de dilapidación y desperdicio del excedente, desmedida capacidad de compra en poder de la oligarquía, un crecimiento artificial del

---

<sup>58</sup> Véase, por ejemplo, *Monopoly Capital*, de Paul Baran y Paul Sweezy.

capital-dinero y un financiamiento inflacionario, ya que ante la imposibilidad de que el Estado cubra sus crecientes gastos sustrayendo parte del excedente en poder del capital monopolista, vía aumento de los precios y de impuestos indirectos reduce los ingresos reales de los trabajadores y provoca transferencias adicionales de valor de éstos hacia la burguesía y la oligarquía.

La crisis actual del capitalismo sólo puede explicarse en el marco de la teoría marxista-leninista del imperialismo, es decir, comprendiendo no sólo la naturaleza del capital sino su desenvolvimiento y por tanto las contradicciones del sistema en su presente fase. El capital hoy dominante no es el capital industrial de la etapa premonopolista o siquiera el capital financiero del primer periodo del imperialismo: es capital monopolista de Estado, es decir, capital que corresponde al último "peldaño" del imperialismo, capital en un nivel tan alto y complejo de su desarrollo que, cuando incluso las grandes empresas monopolistas internacionales resultan ya insuficientes para sostener el proceso de acumulación y por tanto la reproducción de las relaciones sociales capitalistas, el Estado, unido estrechamente a ellas y operando ahora en íntima relación con otros Estados, se convierte en el principal sostén del sistema y sobre todo de la oligarquía financiera.

El capitalismo de nuestros días, tanto en los países industriales más avanzados como incluso en muchos subdesarrollados sólo es posible como capitalismo monopolista de Estado. Sin éste hubiera sido imposible la reconstrucción de Europa Occidental y el crecimiento ocurrido desde la Segunda Guerra hasta los años sesenta; habrían sido imposibles la reorganización del sistema monetario, el impulso a la investigación científica y muchos de los avances técnicos de años recientes, los enormes presupuestos militares, el incremento de los gastos y de las inversiones del Estado, el uso del presupuesto como el principal mecanismo de redistribución del ingreso, la programación económica, la integración regional, el control del mercado de trabajo, la educación y adiestramiento de millones de trabajadores, el

mantenimiento de una política anticomunista que sin duda ha sido uno de los mejores negocios del imperialismo, y desde luego la formación de la OTAN y la cruenta y larga guerra de Vietnam.

Pero el capitalismo monopolista de Estado es también el principal responsable de los nuevos rasgos del ciclo, de la crisis y aun de que ésta no sea capaz de restablecer las condiciones más ventajosas para la oligarquía y la gran burguesía. Y no lo es porque el juego de contradicciones que exhibe y a la vez en cuyo marco se desenvuelve el CME, corresponde no a una nueva onda larga de depresión sino al agravamiento de la crisis general del sistema.

### *CME y crisis general*

La crisis general del capitalismo no es un rasgo propio de éste a lo largo de su desarrollo; no es siquiera un atributo del imperialismo sino, específicamente, del período histórico en que el capitalismo monopolista se convierte en CME y desenvuelve como tal. Uno y otro van siempre unidos. La primera etapa del imperialismo desenlaza en la primera guerra mundial y en la crisis más profunda vivida hasta entonces. Las contradicciones internas del capitalismo se intensifican a tal punto que, en lo que resulta ser el eslabón más débil del sistema, se produce una ruptura revolucionaria que hace posible el nacimiento del primer país socialista. A partir de entonces los problemas del capitalismo se agravarán y su contradicción fundamental no sólo tenderá a expresarse en un mayor antagonismo entre el capital y el trabajo sino, a escala internacional, en un enfrentamiento entre el capitalismo y el socialismo.

En términos generales, cada nueva etapa de la crisis general corresponde y en cierto modo determina el desarrollo de una nueva fase del CME, y en tanto que aquélla resulta del agravamiento de las contradicciones capitalistas y del nuevo hecho histórico de que éstas son ahora agudizadas no sólo desde dentro sino desde fuera del sistema, por



el socialismo, el CME es la respuesta de la burguesía, el intento de mitigar tales contradicciones y a la postre el factor que no pudiendo atacar sus causas más profundas contribuye también a agravarlas. Lo que se explica porque el CME no es sólo el marco en que hoy se desenvuelve el capitalismo, la categoría que articula al Estado y al capital monopolista cuando éste ha logrado su mayor desarrollo, el sostén de la acumulación capitalista, el estadio que recorre la crisis general y el cada vez más alto nivel de las contradicciones del sistema, también es el principal obstáculo a un desarrollo racional y el factor fundamental de la crisis.

De una crisis, por lo demás, política e ideológica. En efecto, si bien la crisis económica no se convierte automáticamente, sino a través de la lucha de clases y de la capacidad de acción de los trabajadores en una crisis política, es indudable que la tendencia al autoritarismo, la supresión de muchas libertades democráticas, la crisis del parlamentarismo, la proliferación de regímenes fascistas, el militarismo convertido en un rasgo permanente, el control del movimiento obrero y el crecimiento desmedido de las fuerzas policiacas y en general represivas y la intensificación de la lucha de clases en el seno del propio aparato estatal son todos signos de una crisis política.

La crisis ideológica es incluso más profunda. Si bien la burguesía disemina su ideología por todas partes y convierte los medios de comunicación en medios de confusión masiva, sus falsos valores empiezan a no ser vistos como verdades eternas; empiezan a cuestionarse y aun a rechazarse abiertamente sobre todo entre los jóvenes, tanto en las universidades como en el movimiento obrero, incluso en las ciudadelas del imperialismo. Las ideas dominantes se divorcian cada vez más de los hechos, y éstos van haciendo comprender a los trabajadores que las cosas no son como aseguran quienes los explotan. La crisis actual contribuye sin duda a que los pueblos tomen conciencia de la gravedad de los problemas que los aquejan.

Las nuevas formas del CME y la medida, sin precedente, en que concentra la riqueza y el ingreso en poder de

unos cuantos, mientras las masas son explotadas dentro y fuera de las fábricas y los establecimientos en que trabajan, agudiza en particular el antagonismo entre la clase obrera y la oligarquía y entre ésta y grandes porciones de la población que, en mayor o menor medida se convierten también en víctimas del capital monopolista. Agrava las contradicciones interimperialistas, y como lo revela el programa del NOEI, las existentes entre las grandes potencias capitalistas y los países subdesarrollados y en vías de desarrollo. Pero lo que sin duda pasa a un primer plano es la contradicción capitalismo-socialismo, que en rigor es una nueva forma histórica de la contradicción capital-trabajo.

En la primera etapa de la crisis general, el capitalismo hace todo lo que está a su alcance para impedir el triunfo de la primera revolución socialista. Más tarde, empeñado en demostrar la "inviabilidad" del socialismo en un solo país, sabotea una y otra vez el proceso soviético. Y cuando después de vencer enormes dificultades la URSS empieza a planificar su desarrollo mientras el capitalismo se hunde en la crisis de 1929 y en la depresión de los años treinta, las contradicciones del viejo sistema se superan mediante el fascismo, la explotación desenfrenada de los trabajadores y la enorme destrucción de riquezas materiales y seres humanos que entraña la Segunda Guerra Mundial.

La derrota fascista cobra un alto precio al imperialismo. El socialismo no sólo triunfa sino que se consolida y extiende. A la victoria de las democracias populares europeas sigue la de la revolución china. La estrategia de la guerra fría y de "contención del comunismo" no bastan ya para impedir la transformación de la sociedad. Antes al contrario, lo que se resquebraja y debilita es el viejo colonialismo y el imperialismo, mientras avanza el movimiento de liberación y el socialismo se convierte en un nuevo sistema al que rápidamente se agregan nuevas naciones.

La tercera etapa de la crisis general exhibe contradicciones cada vez más profundas del capitalismo. La desintegración del sistema colonial, el triunfo de la revolución cubana y años más tarde la derrota imperialista en Viet-

nam, acusan un profundo cambio en la correlación de fuerzas. El capital monopolista de Estado socializa como nunca antes la producción y, tratando de detener la revolución y de no rezagarse frente al socialismo, impulsa el desarrollo tecnológico y científico; pero a fin de no intensificar la contradicción fundamental proyecta esos avances y destina buena parte del potencial productivo hacia la militarización de la economía y toda clase de gastos improductivos, lo que fomenta la inflación y la inestabilidad, sin poder lanzar su fuerza destructiva a la manera en que cuarenta años atrás lo hizo el nazismo. Aunque el peligro de guerra no ha desaparecido y las agresiones del imperialismo siguen al orden del día, el socialismo y en general los pueblos le imponen ahora una coexistencia pacífica que por sí sola agrava sus contradicciones y cierra el paso a la sombría ilusión de resolver los problemas de la crisis con una guerra termonuclear.

Inclusive podría hablarse, a partir de los años setenta, de una cuarta etapa de la crisis general del capitalismo, cuyas principales características serían los nuevos rasgos del ciclo económico y en particular de la crisis, así como la incapacidad de ésta para promover grandes inversiones monopolistas, necesarias para abrir una nueva etapa de rápido crecimiento económico. Otros rasgos serían el debilitamiento de la hegemonía norteamericana frente a otras potencias imperialistas, la unificación sobre todo de los países no alineados, frente al imperialismo; el debilitamiento de éste a consecuencia de la crisis, ante los países socialistas que a pesar de todo siguen creciendo con rapidez en los años setenta; el fortalecimiento de la izquierda en Europa Occidental, la creciente internacionalización del capital, del trabajo y de la lucha de clases, y, no obstante el acercamiento de China a las posiciones del imperialismo, la reafirmación de una correlación de fuerzas favorable a la revolución y al socialismo, los que a pesar de la nueva ofensiva anticomunista, empiezan a abrirse paso en Indochina y especialmente en África, que ahora parece ser el eslabón más débil de la cadena imperialista.

La crisis actual no anuncia la muerte del capitalismo sino su decadencia y su cada vez más profunda descomposición. Y por ello descubre sus contradicciones más graves y por tanto sus flancos más débiles y vulnerables. Actuar sobre esas contradicciones y atacar estos flancos; entender que el imperialismo no es una mera política exterior lesiva a los países subdesarrollados sino una fase histórica inevitable en el desarrollo del capitalismo; comprender que el capitalismo monopolista de Estado, pese a todos los medios que sin duda tiene todavía a su alcance, no puede resolver los cada vez más complejos problemas sino que incluso contribuye a agravarlos; comprender que dado el desarrollo del capital y su creciente internacionalización el imperialismo no es sólo un enemigo externo sino también interno, pues el CME supone el eslabonamiento y la unión del capital monopolista nacional y extranjero y de las oligarquías que en él se sustentan, y percatarse, sobre todo, de que la posibilidad de vencer al imperialismo descansa hoy fundamentalmente en los avances del socialismo, en la nueva correlación de fuerzas y en la capacidad de los pueblos para llevar adelante una transformación revolucionaria, son cuestiones estratégicas que el movimiento antimperialista y los países no alineados que luchan por un nuevo orden económico internacional tienen, seguramente, presentes.

## TEORÍA DE LA CRISIS GENERAL DEL CAPITALISMO\*

### *Introducción*

La crisis actual del capitalismo, que con explicables altibajos ha estado presente en la última década después de que el sistema había recorrido una larga y casi ininterrumpida etapa de crecimiento, ha contribuido a despertar de nuevo el interés en torno al fenómeno de las crisis. Para algunos, para quienes sólo ven las manifestaciones más obvias del carácter cíclico de la reproducción capitalista, estamos frente a una crisis ordinaria de sobreproducción, que de no haber sido por ciertos elementos dinamizadores artificiales habría estallado desde años atrás. Para otros, aun siendo esa la naturaleza de la crisis, sus rasgos más característicos se explican porque se produce en el marco de una "onda larga" de contracción económica que influye decisivamente en el ritmo y la proyección del desarrollo capitalista de nuestros días.

Estando sin duda presente una crisis cíclica, que sin embargo no es idéntica a las que el sistema sufrió en los años treinta o incluso hasta los sesenta, para comprender su alcance y en un sentido profundo su naturaleza y sus

---

\* Ponencia presentada al Seminario de Teoría del Desarrollo, del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, para discutirse en las sesiones del día 12 de enero de 1979, correspondientes al ciclo sobre Teoría del Imperialismo.

peculiaridades, es menester situarla en la perspectiva de la crisis general del capitalismo y, concretamente, en la fase actual del imperialismo. Es tan importante entender la esencia de esa crisis general, que el objeto de estas páginas es recapitular sobre sus principales aspectos, a partir de algunos de los estudios que de ella se hacen, en el último medio siglo, en la Unión Soviética.

En los círculos académicos latinoamericanos, y en general, en los países capitalistas, se tiende a menospreciar las contribuciones teóricas soviéticas. El desconocimiento del idioma ruso, la ausencia de contactos estrechos y de intercambio regular entre investigadores, el que los trabajos científicos traducidos al español sean todavía relativamente pocos, la marcada preferencia por ciertas corrientes y autores anglosajones y eurooccidentales, la tendencia a ver en la literatura soviética fundamentalmente un material de propaganda política, y desde luego una buena dosis de antisovietismo y anticomunismo, contribuyen a que se ignore, y a partir de esta ignorancia a que se subestime, el aporte de la Unión Soviética a la ciencia social de nuestro tiempo. A lo que podría añadirse que, aun en algunos centros en que apenas se empieza a reparar en cómo nace el capitalismo, se está todavía muy lejos de interesarse en saber cómo y por qué muere ese ya viejo sistema.

Inclusive en la izquierda, en donde el desconocimiento de la literatura soviética es naturalmente menor, falta un examen serio y sistemático de ella, se trabaja todavía muy poco en torno a la obra incluso de los más serios autores, y aun tiende a prestarse atención a materiales que, independientemente de su utilidad como medios de divulgación, ofrecen a menudo escaso interés científico. Por todo ello debiera complacernos que en nuestro Seminario de Teoría del Desarrollo, hayamos resuelto complementar lo hecho en sesiones previas, con dos reuniones más en las que abordaremos el tema de la crisis general y el capitalismo monopolista de Estado. De mi parte, empero, quisiera dejar claro que, siendo tan vasto incluso el material que he logrado reunir y tan limitado el conocimiento que tengo

de la literatura soviética, sólo intentaré recoger y comentar aquí algunas formulaciones sobre lo que podría considerarse la teoría de esa crisis.

### *Esencia y desarrollo de la crisis general*

¿Qué se entiende por crisis general del capitalismo? Una crisis global del sistema: económica, política e ideológica, que expresa y resulta a la vez de profundas contradicciones que lo acompañan en la última fase de su desarrollo, o sea en la etapa del imperialismo que corresponde al capitalismo monopolista de Estado, y al desgajamiento que se inicia con la revolución rusa de octubre y el advenimiento del socialismo. La crisis general no es un estallido súbito ni un desajuste pasajero: es un proceso que recorre diversas fases y que se desenvuelve en un largo periodo histórico. “La crisis general del capitalismo —advierete el economista Eugenio Varga en un estudio pionero—, no es más que la confirmación del hecho de que el orden capitalista [...], como forma social histórica transitoria, atraviesa actualmente, aunque en forma irregular, el periodo de su derrumbamiento revolucionario [...]”<sup>1</sup> “¿Es la crisis general del capitalismo mundial una crisis meramente política o una crisis meramente económica —pregunta José Stalin? No es ni una ni la otra. Es una crisis general, es decir, una crisis del sistema capitalista mundial en todos los dominios, una crisis que abarca tanto la economía como la política [...], que tiene por base la descomposición cada vez mayor del sistema económico capitalista mundial [...] y la creciente potencia económica de los países que se han desgajado del capitalismo [...]”<sup>2</sup> O, como dicen otros autores, tal crisis “[...] es un periodo de debilitamiento y hundimiento del sistema capitalista y de triunfo del sistema socialista”, que se caracteriza “[...]”

---

<sup>1</sup> Eugenio Varga, *La crisis y sus consecuencias políticas*. Barcelona, 1935, p. 105.

<sup>2</sup> José Stalin, *Problemas económicos del socialismo en la URSS*. México, 1952, p. 45.

por una agravación tan profunda de todas sus contradicciones, que hace que el capitalismo no pueda mantener su dominio sobre las naciones [...]”<sup>3</sup> “La escisión del mundo en dos sistemas —subraya, por su parte, Draguilev— la coexistencia, la interacción, la emulación y la lucha entre ambos sistemas constituyen el rasgo determinante de la crisis general del capitalismo, el contenido fundamental de la historia de la humanidad desde la gran Revolución socialista de octubre”.<sup>4</sup>

Según los autores soviéticos, la crisis recorre hasta ahora tres etapas bien definidas, cuya duración y principales características son las siguientes:

La primera comprende desde la guerra mundial de 1914-18 hasta el fin de los años treinta, destacando entre sus rasgos más salientes los que siguen:

- El capitalismo deja de ser un sistema propiamente universal. Con la revolución rusa de 1917 empieza a construirse el socialismo, que pese a los augurios de la burguesía e incluso de algunos “revolucionarios”, que aseguran que será imposible que triunfe en un país atrasado, pronto se convierte en una nueva y pujante realidad.
- La revolución rusa alienta grandemente, primero en la propia Unión Soviética y poco después en otros países, sobre todo de Asia y África, la causa de la liberación nacional. Aviva también la lucha revolucionaria en Europa, en donde, no obstante, el oportunismo de la socialdemocracia y más tarde el fascismo contribuyen grandemente a la derrota del proletariado en Alemania, Austria, Hungría y otros países.
- A lo largo de toda la primera etapa de la crisis general, el capitalismo sufre violentas conmociones: primero una guerra sin precedente, después una pro-

<sup>3</sup> V. I. Stepakov y otros, *Elements of political knowledge*. Moscú, 1970, p. 239.

<sup>4</sup> M. Draguilev, *La crisis general del capitalismo*. Moscú, 1960. pp. 24-25.



funda inestabilidad y una inflación que desquicia el mecanismo del mercado y de los precios, y, tras un breve periodo de estabilidad, la crisis y la depresión más graves conocidas hasta entonces, que preparan, como única salida al alcance del capital monopolista, la Segunda Guerra Mundial.

- Draguilev, siguiendo de cerca a Segal y en el fondo el planteo hecho por la Internacional Comunista, distingue tres periodos en el curso de la primera etapa de la crisis, que ayudan a comprender mejor el carácter de la misma. El primero se extiende desde 1917 hasta 1923 y corresponde a los años de “auge revolucionario en varios países”. El segundo va de 1924 a 1929 y se caracteriza por “una estabilidad parcial, temporal, precaria del capitalismo y una estabilización firme de la Unión Soviética”. El último comprende de 1929 hasta el inicio de la segunda guerra y es “[...] un periodo de quiebra de la estabilización capitalista, de crisis económicas de superproducción sin precedentes por lo profundas y catastróficas [...]”<sup>5</sup>

Aun en la primera etapa de la crisis general se observan significativos cambios en el módulo del ciclo económico capitalista. La creciente monopolización agrava la contradicción fundamental del sistema: el ciclo se acorta y la crisis de sobreproducción se presentan con mayor frecuencia e intensidad. La crisis alcanza una dimensión verdaderamente mundial y, a los factores digamos «nomales» que las provocan, o sea a las contradicciones propias del capitalismo, se agravan hechos como las guerras, el fascismo y la creciente militarización, que a la vez que mitigan agudizan también tales contradicciones y provocan nuevos desajustes como el llamado «problema de los mercados», que fundamentalmente se expresa en la tendencia a subutilizar y aun desemplear el potencial productivo y con-

---

<sup>5</sup> M. Draguilev, *ob. cit.*, p. 77. Sobre los caracteres de la primera etapa, véase, además: Eugenio Varga, *El capitalismo del siglo xx*. Moscú, sin fecha de publicación.

cretamente la fuerza de trabajo, y en la mayor rigidez que entrañan los precios de monopolio.

Después de la primera guerra no hay, en un sentido estricto, una fase de ascenso suficientemente larga y vigorosa. En realidad, dicha fase se reduce y es generalmente débil, en tanto que la correspondiente a la crisis y la depresión es más larga e intensa. Entre 1913 y 1938, el crecimiento medio anual de la producción industrial es inferior al 3%, y la producción de este último año apenas supera a la de 1929.<sup>6</sup> Como bien señala Draguilev: "No se puede conceptuar como ascenso cíclico [...] cualquier elevación del nivel de la producción. Un aumento genuino [...] se opera únicamente cuando hay un considerable incremento general del nivel de producción con respecto al máximo del ciclo procedente."<sup>7</sup>

¿Por qué es tan larga y severa la crisis que se inicia en 1929? Porque —explica el profesor Segal— al afectar a todos los países capitalistas, no hay ninguno que pueda maniobrar eficazmente en una dirección anticíclica; porque la crisis industrial se entrelaza con la agraria, porque ésta golpea a todas las ramas de la producción agropecuaria, sobre todo en los países capitalistas atrasados; porque la política de los monopolios detiene la caída de los precios e impide que su descenso —al menos en la esfera monopolista— sea suficiente para facilitar la salida de la crisis, y porque ésta se produce en el marco de una crisis general, que por sí sola exhibe un debilitamiento del capitalismo que implica menor capacidad para hacer frente con éxito a sus más graves contradicciones.<sup>8</sup>

En realidad es el fascismo, con su incontenible carrera armamentista, y sobre todo la Segunda Guerra, que fundamentalmente se proyecta y a la postre se lanza contra

---

<sup>6</sup> Véase el estudio ya mencionado de E. Varga, sobre *El capitalismo del siglo xx*, p. 39.

<sup>7</sup> M. Draguilev, *ob. cit.*, p. 132.

<sup>8</sup> Véase: Luis Segal, *Estructura y ritmo de la sociedad humana*. México. Ediciones Fuente Cultural, sin fecha de publicación, p. 407.

la Unión Soviética —aunque en medio de profundas contradicciones interimperialistas— lo que libra al capitalismo de la crisis y la depresión de los años treinta. Y el solo hecho de que la Unión Soviética sea convertida en el principal enemigo del fascismo, revela la cambiante correlación de fuerzas y comprueba que, ya entonces, la contradicción capitalismo-socialismo juega un papel muy importante en el desarrollo de la crisis general.

La presencia de la URSS, a la que se intenta destruir por todos los medios posibles, demuestra además la intensidad de la crisis. Ahora ya no se trata solamente de resolver profundos desajustes internos. Aunque éstos seguirán presentes e incluso serán más graves, el plano en que se libra la lucha de clases cambia en un sentido histórico. La contradicción entre la URSS y el imperialismo —como observa Stalin— “[...] no es una contradicción en el seno del capitalismo. Es una contradicción entre el capitalismo todo y el país que construye el socialismo, lo que no impide que esta contradicción quebrante las bases mismas del capitalismo [...]”<sup>9</sup>

La crisis general, aun en su primera etapa, exhibe la creciente descomposición del sistema, pues ya en ella se desaprovecha buena parte de la capacidad instalada, se ahondo la crisis agraria, se multiplican los gastos improductivos, surgen agudos procesos inflacionarios y aumentan sensiblemente los gastos militares. Segal hace notar que la primera guerra acentuó de tal modo la contradicción fundamental, “[...] que se creó un excedente continuo, crónico, de capital inactivo bajo la forma de medios de producción inutilizados [...]”, lo que antes de esa guerra sólo ocurría bajo las crisis de sobreproducción. Observa asimismo que “el carácter particular de la desocupación de postguerra consiste en que los innumerables ejércitos de desocupados se han transformado en ejércitos permanentes [...]”, y repara en que la composición del ejército industrial de re-

---

<sup>9</sup> José Stalin, *Dos balances*.

serva ha cambiado, al verse alimentado por una sobrepoblación relativa permanente, más que flotante.<sup>10</sup>

La segunda etapa de la crisis se inicia con la Segunda Guerra Mundial y se prolonga hasta mediados de los años cincuenta. Como en la primera, vuelve a estar presente un conflicto bélico, cuya magnitud, empero, es ahora mucho mayor.

Hasta 1938, en que se firma el Pacto de Munich y se desata la agresión nazi a Checoslovaquia, la política de las grandes potencias imperialistas de Europa, y en cierto modo de los propios Estados Unidos y el Japón, que apenas un año antes invade China, tiene una proyección fundamentalmente antisoviética. Pero las contradicciones interimperialistas y la hábil diplomacia de la URSS, que frente al rechazo sistemático de Inglaterra y Francia al plan soviético para detener al fascismo, firma un tratado de no agresión con Alemania que le permite ganar un poco de tiempo, contribuyen a que la guerra se inicie como un conflicto interimperialista, que desde el primer momento, no obstante, se extiende hacia el oriente y hace de Polonia una de sus primeras víctimas en lo que, aparte de una acción criminal sobre todo contra la población judía, es una escala obligada en la ruta hacia Moscú.

El solo hecho de que la rivalidad interimperialista estalle en una guerra de la magnitud de la segunda gran conflagración de este siglo, revela la intensidad de las contradicciones capitalistas. Y si bien con ella se logra superar la recaída de 1937-38 y salir, por fin, de la gran depresión, es obvio que el remedio al alcance del sistema es en verdad inquietante, pues nunca sociedad alguna había reclamado tal volumen de destrucción y de violencia para resolver temporalmente sus más graves desequilibrios. Pero al menos no tiene la humanidad que resignarse al milenio de servidumbre que Hitler le prometía.

La guerra, con la que se pretende destruir al primer país socialista, desemboca en la derrota del nazi-fascismo y, salvo por lo que hace al norteamericano, en el debilita-

---

<sup>10</sup> Luis Segal, *ob. cit.*, pp. 394 y 395.

miento del imperialismo. La liberación del oriente de Europa por el ejército rojo, alienta la lucha democrática y lleva pronto al triunfo de las fuerzas antifascistas. Y aunque la ocupación inglesa de Grecia y la anglonorteamericana de Francia e Italia impiden al pueblo tomar el poder en estos países, en varios surgen democracias populares que, gracias a la nueva y más favorable correlación de fuerzas, en poco tiempo se convierten en procesos revolucionarios que se orientan hacia el socialismo, el que, de limitarse hasta entonces a la Unión Soviética y Mongolia, se convierte en pocos años en un nuevo sistema mundial que se extiende desde el Río Elba, en Europa Central, hasta el sur y el sureste de Asia.

Se conviene en que éste es el rasgo principal de la segunda etapa de la crisis. Pero a él se asocia estrechamente, y en casos como el de China, Corea y Vietnam, aun se funde con el movimiento de liberación nacional que señala la grave crisis del sistema colonial del imperialismo. En unos cuantos años se multiplica como nunca antes el número de nuevos Estados. Y dado que tal situación coincide además con el fortalecimiento de la clase obrera y el avance de la izquierda en los países industriales, apenas concluida la guerra el imperialismo empieza a preparar la tercera, acentúa la militarización de la economía y apela, para legitimar su irracionalidad y su política reaccionaria, al recurso demagógico de que el comunismo amenaza la "civilización occidental" y reclama la estrategia de "la guerra fría".

Lo que realmente acontece es que el capitalismo sale debilitado del conflicto bélico, y aunque la enorme destrucción de riqueza y la larga depresión de los años treinta auspician una masiva renovación de capital fijo, la cambiante correlación de fuerzas y el temor de que, tras las democracias populares europeas y el triunfo de la revolución china se produzcan otras rupturas análogas, explican que aun los gobiernos «democráticos» capitalistas hagan del gasto militar —como antes el fascismo— uno de

los principales aspectos del capitalismo monopolista de Estado.

En otras palabras: la guerra, aun cuando al alto precio de decenas de millones de vidas humanas, aleja la amenaza de la crisis e incluso da al capitalismo un nuevo y gran estímulo. En vez de almacenes repletos de mercancías que no pueden venderse, ahora hay escasez de casi todo y mejores técnicas para producir y poner a aquéllas en manos del consumidor. De hecho en medio del conflicto, se inicia la reconversión de la economía bélica hacia una de paz. Concluido este desplazamiento, que sin embargo en ningún momento entraña la paralización total de la producción de armamentos, sobre todo los Estados Unidos se hallan frente a una enorme demanda, en parte diferida, que mantiene al sistema en plena actividad. Junto a países devastados que es urgente reconstruir, el mercado reclama automóviles y otros bienes durables de consumo, casas, nuevos medios de producción, equipos de diversas clases y todo aquello que temporalmente había dejado de producirse o era insuficiente. En 1948-49, empero, el fantasma de la crisis reaparece, no llegando a estallar con mayor fuerza debido a la intensificación del rearme y a la guerra de Corea. En 1953-54, o sea apenas terminado este conflicto, cae de nuevo la producción y se afirma, sobre todo en Inglaterra y aun los Estados Unidos la tendencia al estancamiento, aunque en países como Alemania y Japón se intensifica el desarrollo y se mantienen altas tasas de crecimiento.

Hacia mediados de los años cincuenta se inicia la tercera etapa de la crisis general. En ella, que a diferencia de las dos previas no se abre en medio de una guerra, se desploma el viejo sistema colonial, se desgajan nuevos países del capitalismo y se intensifica la lucha entre los dos sistemas sociales, logrando nuevos avances el socialismo. El que no se produzca hasta entonces una crisis comparable a las de preguerra, hace pensar a los defensores del capitalismo que éste ha logrado superar algunas de sus más graves contradicciones. Pero cuando el keynesismo y la política del *Welfare state* parecen triunfar y consolidarse, empiezan a aflorar nuevos problemas, se producen

leves recaídas y, sobre todo a partir de 1967, se inicia una nueva y profunda crisis.

En términos generales, desde la segunda guerra, los países capitalistas crecen más de prisa que en el periodo interbélico. Pero su crecimiento se mantiene muy a la zaga del de los países socialistas. Menshikov y otros autores hacen notar que, independientemente de ello, el ciclo económico registra cambios significativos:

Las crisis de sobreproducción después de la guerra fueron más débiles, se caracterizaron por dimensiones menores y por una más corta duración [...] La depresión después de la crisis, característica de los ciclos del pasado, casi no se observó en ninguna parte, aunque el desarrollo postbélico en algunos países fue asimismo pródigo en periodos de un continuo estancamiento que interrumpía el auge industrial y en muchos casos desempeñaba las funciones de la crisis. En cambio las fases de la reanimación industrial y particularmente del auge fueron en conjunto más prolongadas e intensivas.<sup>11</sup>

Diversos hechos influyen en el cambio de régimen del ciclo, entre otros: la militarización de la economía, la revolución científico-técnica y sobre todo el desarrollo del capitalismo monopolista de Estado y la agudización de la crisis general. Lo que la realidad comprueba es que las nuevas modalidades del ciclo no libran al capitalismo de sus más graves contradicciones. Antes al contrario, la menor severidad de la depresión coincide con un fuerte desempleo, una severa y crónica inflación, graves desajustes monetarios, comerciales y financieros y nuevas rupturas revolucionarias que incluso demuestran que el socialismo, aunque no siendo todavía el principal sistema en cuanto a producción o población, se vuelve cada vez más la fuerza determinante del curso del proceso histórico. Pero sobre estas cuestiones volveremos más adelante.

---

<sup>11</sup> S. Menshikov, *La economía del capitalismo y sus contradicciones en la etapa actual*. Bogotá, 1970, pp. 90 y 91.

## ASPECTOS BÁSICOS DE LA TEORÍA DE LA CRISIS GENERAL

### LA CONTRIBUCIÓN DE LENIN

Tanto en la Unión Soviética y los demás países socialistas como en los principales círculos marxistas de otros países se reconoce que es Lenin quien sienta las bases de la teoría de la crisis general del capitalismo. A él se debe la más profunda explicación teórica del imperialismo, y es también él quien, por primera vez, repara en los hechos que determinan el surgimiento de la crisis general y, estrechamente ligado a ella, la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado.

El que el imperialismo consista esencialmente en el dominio del capital monopolista, y en particular del capital financiero, es ya un signo de la descomposición del sistema capitalista y del creciente parasitismo de la burguesía. El monopolio, subraya Lenin, "[...] engendra inevitablemente una tendencia al estancamiento y la descomposición [...]",<sup>12</sup> que aún no pudiendo eliminar la competencia, desalienta y vuelve más difícil el avance técnico. Pues bien, las cada vez más frecuentes crisis cíclicas de los primeros años del siglo, a partir de la guerra de 1914-18 se desenvuelven en el marco de un nuevo y más profundo fenómeno, a saber: la crisis general del sistema.

La guerra no es solamente para Lenin, como por lo demás lo había previsto el Manifiesto de Basilea en 1912, y

---

<sup>12</sup> Véase: V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIII, p. 397. Buenos Aires, 1969.



en general el movimiento revolucionario desde años atrás, una guerra imperialista. Es además el signo y el inicio de una crisis profunda, que el capitalismo no había sufrido hasta entonces. La guerra es, por otra parte, inevitable en un sistema en el que las más grandes potencias intentan resolver sus problemas imponiéndose a otras militarmente, o sea por la fuerza.

¿Por qué atribuye Lenin tanta importancia a la guerra? Porque en ella se expresan las más graves contradicciones del capitalismo, porque inclusive las intensifica, porque impulsa el proceso histórico con una celeridad desconocida y todo ello anuncia el advenimiento de una nueva época, de una época revolucionaria.

[...] En el curso de tres años —de 1914 a 1917, escribe—, la guerra nos hizo avanzar treinta; impuso en Europa el trabajo general obligatorio y la agremiación obligatoria de las empresas en consorcios; provocó en los países más adelantados hambre y estragos inauditos, y obligó a dar pasos hacia el socialismo [...]

La historia, acelerada por la guerra, ha avanzado tanto que las viejas fórmulas han adquirido un contenido nuevo. La prohibición del trabajo asalariado era antes *solamente* una frase hueca lanzada por un intelectual pequeñoburgués. A la luz de hoy significa otra cosa [...]

La guerra ha sumido en el hambre a los países más civilizados, más desarrollados culturalmente. Pero por otra parte, la guerra, como tremendo proceso histórico, ha acelerado el desarrollo social hasta un grado inaudito. El capitalismo se ha desarrollado en imperialismo, y bajo la influencia de la guerra se ha convertido en capitalismo monopolista de Estado. Hemos alcanzado ahora la etapa del desarrollo de la economía mundial que es el umbral inmediato del socialismo.<sup>18</sup>

<sup>18</sup> V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXVI, pp. 364 y 365 y tomo XXVIII, p. 53.

Según Lenin, la “locomotora” que empujó al capitalismo a una crisis tan severa fue la guerra; ésta fue “[...] el gran director de escena, vigoroso, omnipotente, capaz [...] de acelerar extraordinariamente la marcha de la historia universal, y [...] de engendrar una crisis mundial económica, política e internacional, de una intensidad sin paralelo [...]”

No sólo los países coloniales y derrotados han pasado a un estado de dependencia; dentro de cada Estado victorioso las contradicciones se han agudizado; todas las contradicciones capitalistas se han agravado [...]<sup>14</sup>

### *La teoría de la crisis general y la teoría del «derrumbe»*

Quienes estando en desacuerdo con Lenin, critican su teoría del imperialismo y concretamente su análisis de la crisis general, suelen afirmar que el dirigente de la revolución rusa, llevado de su entusiasmo y del deseo de que a toda costa se hiciese la revolución, evidentemente se equivocó, falló en su previsión de que el capitalismo se desplomaba y desde luego no pensó que el viejo sistema pudiera seguir creciendo como lo ha hecho en el último medio siglo.

Según Claudín, por ejemplo, la opinión de Lenin de que el imperialismo era la “antesala” de la revolución; un “capitalismo agonizante”, debiéramos tomarla en forma literal pues con ella quería decir que el derrumbe del sistema era inminente. Pero

actualmente, a los cincuenta años de “agonía”, algunos teóricos soviéticos —movidos, al parecer, por el piadoso deseo de salvar la infalibilidad de Lenin—

---

<sup>14</sup> V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIV, pp. 368 y 339, y tomo XXXIII, p. 342.

dicen que con el vocablo “agonizante” Lenin significaba, únicamente, que el imperialismo es el capitalismo de “transición [...]”<sup>15</sup>

Claudín considera que el “error” de Lenin obedece a “insuficiencias teóricas”.

La raíz de dichas insuficiencias se localiza [...] en el análisis del capitalismo llegado a su fase monopolista [...] Lenin, lo mismo que Rosa Luxemburgo y el Kautski de los primeros tiempos, ve el capitalismo mundial en su fase monopolista, imperialista, abocado a una situación límite [...]

Al analizar las contradicciones del sistema, Lenin tiende a hiperbolizar su faceta destructiva y a minimizar su aspecto motor, la función que esas contradicciones cumplen como elemento de dinamización del mecanismo capitalista [...]

Todas “las transformaciones estructurales desembocan invariablemente —en el análisis de Lenin—, en una agravación lineal de las contradicciones, una agravación acumulativa, que lleva a la conclusión forzosa [...] de su insolubilidad [...]”

Este tipo de análisis es el que lleva, en conclusión, a caracterizar el capitalismo monopolista no sólo como capitalismo de *transición* [...] sino como capitalismo agonizante [...]”<sup>16</sup>

Sería ocioso e inevitablemente especulativo, discutir a estas horas si Lenin quería decir tal o cual cosa o si el capitalismo se desarrolló exactamente como él lo había previsto. Aparte de fácilmente comprensible es indudable que, en cierto momento —digamos cuando la revolución alemana parecía ofrecer mejores perspectivas—, Lenin y todos los revolucionarios creyeron que se estaba en el umbral de

---

<sup>15</sup> Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista*, tomo I, París, 1970, p. 30.

<sup>16</sup> Fernando Claudín, *ibid.*, pp. 35 y 36.

una gran victoria proletaria. Pero a la vez, él fue también quien primero comprendió que el destino de la Revolución de Octubre dependería fundamentalmente del esfuerzo propio y de la capacidad del pueblo soviético para enfrentarse con éxito al enemigo imperialista, sin dejar de reconocer que el triunfo de los trabajadores en cualquier otro país, y sobre todo en algunos de los más industrializados, sería una ruptura importantísima y un apoyo de primer orden para la revolución rusa. Igualmente cierto es que al hablar de la “agonía” o la “descomposición” del capitalismo, Lenin siempre se refirió a una nueva etapa histórica de crisis, en la que, lejos de que el sistema cayera fatalmente en el estancamiento o llegara —como dice Claudín— a una “situación límite” a consecuencia de una agravación lineal de sus contradicciones, sólo los trabajadores, debidamente organizados, armados de un programa y una estrategia revolucionarios y contando con el campesinado y otras capas populares, serían capaces de actuar correctamente sobre esas contradicciones y provocar la transformación social.

Si algo hay característico del análisis leninista del imperialismo es su sistemático rechazo del mecanicismo y del catastrofismo, cualquiera que sea la variante de éste. Y algo no menos cierto es que la descomposición del capitalismo, y concretamente del capitalismo monopolista de Estado, es siempre para Lenin no una crisis súbita que deba desenlazar de inmediato en la muerte del sistema, sino un largo, sinuoso, desigual y generalmente violento proceso, cuya duración y vicisitudes dependerán de una cambiante correlación de fuerzas y de la capacidad del proletariado para convertir una situación revolucionaria en una revolución triunfante. Sin el ánimo pues, de sugerir «piadosamente» que Lenin hubiese sido infalible, conviene recordar otros aspectos de su análisis de la crisis general, que comprueban que las “insuficiencias teóricas” que ciertos autores le atribuyen son más bien de ellos y de su lectura —esta sí “lineal”— de la teoría leninista.

En los últimos párrafos de *El Imperialismo* [...], Lenin escribe:

De todo lo dicho en este libro sobre la esencia económica del imperialismo se desprende que debemos definirlo como capitalismo en transición, o con más exactitud, como capitalismo agonizante [...]<sup>17</sup>

El lector podrá apreciar que no sólo los teóricos soviéticos empeñados en demostrar su “infalibilidad”, sino el propio Lenin, identifican el imperialismo, como fase de transición, con un capitalismo agonizante. Lo que se explica porque el dominio del capital monopolista y en particular del capital monopolista de Estado es ya, para él, un signo de la profunda descomposición del sistema, que incluso abre su última fase.

Pero, ¿considera acaso Lenin que ello deba manifestarse en el estancamiento, o en un tope o “límite” al crecimiento como el sugerido, por ejemplo, por Rosa Luxemburgo. De ninguna manera.

[...] Sería un error —subraya— creer que esta tendencia a la descomposición excluye el rápido crecimiento del capitalismo. No; en la época del imperialismo, ciertas ramas industriales, ciertos sectores de la burguesía, ciertos países, manifiestan, en mayor o menor grado, ya una, ya otra de estas tendencias. En su conjunto, el capitalismo crece con una rapidez inprobablemente mayor que antes, pero este crecimiento no sólo es, en general, cada vez más desigual, sino que su desigualdad también se manifiesta, en particular en la descomposición de los países de mayor capital [...]<sup>18</sup>

Claramente se observa que no sólo rechaza Lenin la idea de un capitalismo estacionario, sino que, sin negar la tendencia al estancamiento, expresamente advierte que, bajo el imperialismo, el capitalismo “crece con una rapidez incomparablemente mayor que antes [...]”, aunque en for-

---

<sup>17</sup> V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIII, p. 423.

<sup>18</sup> V. I. Lenin, *ibid.*, pp. 421-22.

ma más desigual y quedando a la zaga un país que, como Inglaterra, había permanecido hasta entonces a la cabeza del sistema. Y todo esto vale, como es obvio, no porque lo haya dicho Lenin sino porque lo comprueban plenamente los hechos. O en otras palabras: lo que lo mueve a pensar que el capitalismo se descompone y, en un sentido histórico, se acerca a su fin, es que sus contradicciones se agudicen, y no que deje de crecer.

Los monopolios, la oligarquía, la tendencia a la dominación y no a la libertad, la explotación de un número cada vez mayor de naciones pequeñas o débiles por un puñado de las naciones más ricas o más fuertes —señala al respecto—; todo esto ha dado origen a esas características distintivas del imperialismo, que nos obligan a calificarlo de capitalismo parasitario o en estado de descomposición.<sup>19</sup>

Unos párrafos más adelante, Lenin se refiere a la posible duración de la crisis:

[...] nos hallamos —dice— ante una socialización de la producción y no ante un simple “entrelazamiento”; [...] las relaciones económicas privadas y de propiedad privada constituyen una envoltura que ya no corresponde a su contenido, una envoltura que inevitablemente ha de descomponerse si se aplaza artificialmente su supresión, una envoltura que puede permanecer en estado de descomposición durante un periodo bastante largo (si, en el peor de los casos, la curación del absceso oportunista se prolonga demasiado), pero que será inevitablemente suprimido [...].<sup>20</sup>

Una y otra vez, Lenin advierte que la crisis puede desenvolverse a lo largo de todo un periodo histórico, pues el

---

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 421.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 421.

desarrollo desigual del capitalismo y de la lucha revolucionaria hacen imposible que ésta triunfe simultáneamente en todas partes.

[...] pequeñas llamas o sublevación nacional —escribe— *relacionadas* con la crisis del imperialismo, brotaron *tanto* en las colonias *como* en Europa [...]. Con todo, la crisis del imperialismo está aún lejos de su cúspide; la fuerza de la burguesía imperialista todavía no fue quebrantada [...] los movimientos proletarios dentro de los países imperialistas son muy débiles por ahora [...].<sup>21</sup>

En otro momento, expresa:

Los marxistas no han olvidado jamás que la violencia acompañará inevitablemente a la bancarrota del capitalismo [...] y al nacimiento de la sociedad socialista. Y esta violencia constituirá *todo un periodo de la historia mundial* (subrayado por AAM), toda una era de las guerras más variadas [...] en la época de enormes trusts y consorcios capitalistas de Estado y militares. Esta época —de gigantescas catástrofes, de masivas decisiones impuestas por la guerra, de crisis— ya comenzó; eso podemos verlo claramente; pero sólo es el comienzo [...].<sup>22</sup>

[...] la etapa actual del desarrollo capitalista [es] una era de revolución proletaria que se alista [...]

Esta era ha comenzado [...].<sup>23</sup>

Incluso cuando habla Lenin de que el capitalismo monopolista de Estado es “la antesala del socialismo, un peldaño de la escalera de la historia entre el cual y el peldaño llamado socialismo no hay ningún peldaño intermedio”, está muy lejos de sugerir que el capitalismo esté a punto

---

<sup>21</sup> V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIV, p. 475.

<sup>22</sup> V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXVIII, p. 334.

<sup>23</sup> V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXX, p. 461.

dé desplomarse fatalmente bajo el peso de sus cada vez más graves contradicciones. El CME, como última etapa del imperialismo, entraña como hemos dicho una profunda descomposición. Si el capital monopolista anuncia ya, en un sentido histórico, la «agonía» del sistema y “el comienzo de su transición al socialismo”, el capital monopolista de Estado señala la cada vez mayor proximidad al nuevo régimen social, mas no porque el capitalismo empiece a dejar de ser capitalismo y se libre gradualmente de sus contradicciones y menos porque su propia dinámica lo vuelva más racional. Como el propio Lenin hacía notar:

La “proximidad” de *tal* capitalismo al socialismo debe constituir, para los verdaderos representantes del proletariado, un argumento a favor de la cercanía, de la facilidad, de la viabilidad y de la urgencia de la revolución socialista, pero no, en modo alguno, un argumento para mantener una actitud de tolerancia ante los que niegan esta revolución y ante los que hermocean el capitalismo, como hacen todos los reformistas.<sup>23 bis</sup>

¿Cómo es posible que, frente a tal concepción de la crisis general, se asocie a Lenin a los más burdos teóricos del “derrumbe” y se pretenda que su análisis de las contradicciones capitalistas era “lineal” y meramente “acumulativo”? ¿No es acaso revelador que, de hecho cada vez que hace referencia a tal crisis, Lenin insista en que ésta habrá de desenvolverse a lo largo de toda una nueva época? ¿Cómo imputar a alguien tan penetrante en el análisis del imperialismo y tan riguroso en el manejo de ciertas categorías, que al hablar de una nueva “época histórica”, de todo un periodo de la historia mundial”, de una “era” revolucionaria, quisiera decir que el colapso del sistema era inminente?

El hecho de que insista a menudo en que ninguna revo-

---

<sup>23 bis</sup> Cit. por P. N. Fedoseev y otros, en *La teoría leninista de la revolución socialista y la época actual*. Moscú, 1975, pp. 347-48.



lución se hará “por encargo”; el que no menos frecuentemente señale que el desarrollo será un proceso cada vez más desigual; el que subraye que las revoluciones por venir no serán simultáneas y que ninguna podrá hacerse si no surge de una situación revolucionaria, bastaría para comprobar que el análisis de Lenin es todo menos mecanicista. En otra referencia a la crisis, comenta:

[...] llegamos ahora al problema de la crisis revolucionaria, como base de nuestra acción revolucionaria [...] los economistas burgueses pintan esta crisis como un simple “malestar”, según la elegante expresión de los ingleses. Por otra parte, algunas veces los revolucionarios procuran demostrar que esta crisis es absolutamente insoluble.

Esto es un error. No es una situación absolutamente desesperada [...] Intentar “demostrar” anticipadamente que no hay salida, “en absoluto”, sería una vana pedantería, o un simple juego con palabras y conceptos. Sólo la práctica puede ofrecer una verdadera “demostración” en este problema y otros similares [...] En todo el mundo el sistema burgués está viviendo una tremenda crisis revolucionaria. Los partidos revolucionarios deben “demostrar” ahora en la práctica que tienen suficiente conciencia, organización, vínculos con las masas explotadas, decisión y habilidad para utilizar esta crisis para una revolución exitosa [...]<sup>24</sup>

Podrá apreciarse que ni sobreestima a esos partidos ni menosprecia a la burguesía y, concretamente, al reformismo y el oportunismo de que ésta se vale para mantener subordinados a los trabajadores, y preservar así su poder.

[...] En este *dificilísimo* momento —escribe Lenin a mediados de 1922— sería lo más perjudicial para los revolucionarios engañarse a sí mismos. Aunque el

---

<sup>24</sup> V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXXIII, pp. 350-51.

bolchevismo se ha *convertido* en una fuerza internacional, aunque en *todos* los países civilizados y avanzados han nacido los nuevos cartistas, los nuevos Varlín, los nuevos Liebknecht que crecen bajo la forma de partidos comunistas [...] la burguesía internacional sigue siendo por el momento muchísimo más fuerte que su enemigo de clase [...] No debemos olvidarlo. Tenemos que adaptar hábilmente nuestra táctica a esta situación peculiar. La burguesía todavía puede torturar, martirizar y asesinar libremente. Pero no puede detener lo inevitable y —desde el punto de vista de la historia mundial— no muy lejana victoria del proletariado revolucionario [...]<sup>25</sup>

Aquí, de nuevo, al señalar que esta victoria no está lejana, Lenin aclara que, en una perspectiva propiamente histórica, ello es así. Y en “Mejor poco, pero mejor”, escrito en marzo de 1923, reitera su convicción de que “[...] la humanidad ha entrado en una nueva etapa de desarrollo, cuyas perspectivas son extraordinariamente brillantes [...]”

Lenin no duda de que, a la larga, “la victoria definitiva del socialismo está plena y absolutamente asegurada.” “El desenlace de la lucha depende para él, de que Rusia, India, etc., constituyen la inmensa mayoría de la población. Y esta mayoría es la que se va incorporando [...], con extraordinaria rapidez, a la lucha por su liberación [...]”

Pero lo que nos interesa —escribe— no es la inevitabilidad de la victoria definitiva del socialismo. Nos interesa la táctica [...] que debemos seguir para impedir que los Estados contrarrevolucionarios de Europa Occidental nos aplasten [...] La “táctica” que él aconseja es [...] construir un Estado en el cual los obreros sigan dirigiendo a los campesinos, con-

<sup>25</sup> V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXXVI.

serven la confianza de los campesinos, en el que [...] se elimine de las relaciones sociales todo [...] lo superfluo, lograr el máximo de economía en nuestro aparato estatal [...]

En esto y sólo en esto residen nuestras esperanzas. Sólo entonces podremos, hablando en sentido figurado, apearnos de un caballo para montar a otro, pasar del mísero caballo campesino, del mujik, del caballo de una economía calculada para un país campesino arruinado, al caballo que el proletariado está buscando y debe buscar: el caballo de la gran industria maquinizada [...]<sup>26</sup>

Lo anterior comprueba que Lenin no confiaba en que el capitalismo imperialista se desplomase; por el contrario, tenía plena conciencia de que la correlación de fuerzas era entonces todavía desfavorable para la causa revolucionaria, sabía que después de los tropiezos sufridos en Alemania y otros países sería menester prepararse y esperar nuevas situaciones revolucionarias, y comprendía sobre todo, que si bien la revolución de octubre había abierto toda una nueva época histórica, para convertir ésta en una era de grandes transformaciones sociales que agravara la crisis del capitalismo, lo esencial sería fortalecer a la naciente Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y en el curso de una o dos generaciones, y no de uno o dos siglos como fue el caso del capitalismo, hacer de ella un gran país industrial capaz de repeler cualquier agresión inclusive militar, y de demostrar en la práctica que el socialismo no es ya una quimera sino una realidad al alcance de todos los pueblos.

O sea que si bien el triunfo de la primera revolución socialista es ya un tremendo golpe al imperialismo, su consolidación es aún más importante para sentar las bases del nuevo sistema social y estar en condiciones ya no sólo desde dentro sino desde fuera del capitalismo, de agudizar sus contradicciones.

---

<sup>26</sup> V. I. Lenin, *Ibid.*, pp. 535 a 537.

## LAS POSICIONES DE BUJARIN

Bujarin es, sin duda, uno de los teóricos soviéticos que hace, sobre todo entre 1915 y 1924, contribuciones más interesantes en torno a algunos aspectos del tema central que aquí examinamos. A diferencia de Lenin, empero, en quien sorprende la coherencia y continuidad de su pensamiento, aquél suele desplazarse de unas posiciones a otras incluso opuestas, lo que a menudo se expresa en profundas contradicciones.

Hacia fines de 1915, Bujarin escribe *La Economía mundial y el imperialismo*, ensayo de innegable importancia, y refiriéndose al cual, Lenin comenta al prologarlo:

El valor científico de la obra de Bujarin consiste principalmente en que examina los hechos esenciales de la economía mundial, concernientes al imperialismo, considerando a éste como un conjunto, como una etapa determinada del capitalismo en su más elevado grado de evolución [...]

Lo que resulta típico en este tiempo no es el hecho de la "libre" concurrencia de varias industrias en el interior de cada país o entre *diferentes países*, sino el de sindicatos de fabricantes, de trusts propietarios de monopolios. El "soberano" actual es el capital financiero, particularmente móvil y elástico, cuyos hilos se extienden por cada país y sobre el plano internacional [...] (y que) tiene positivamente entre sus manos la suerte actual del mundo entero.<sup>27</sup>

Bujarin, siguiendo en este aspecto a Lenin, comprende que el imperialismo es una nueva fase en el desarrollo del capitalismo, una fase en la que éste se expande grandemente, hasta abarcar "la totalidad del mundo",<sup>28</sup> y en la que la internacionalización del capital y el crecimiento de

---

<sup>27</sup> V. I. Lenin, Prólogo al libro de N. Bujarin, *La economía mundial y el imperialismo*. Ruedo Ibérico, París, 1969, pp. 4-5.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 18.

los fuerzas productivas reclaman formas de organización que rebasan los trusts y cárteles fundamentalmente nacionales, empleados hasta entonces.<sup>29</sup>

La creciente internacionalización no entraña, como algunos creen, el fin de la anarquía ni el advenimiento del capitalismo organizado “No puede [...] seguirse de ahí —comenta Bujarin— que la evolución social haya entrado en una era de coexistencia, más o menos armoniosa de los Estados ‘naciones’.” Los intereses capitalistas no se internacionalizan como la vida económica, y, por otra parte, la contradicción fundamental del sistema, lejos de desaparecer, se agrava.

La sociedad entera, colocada entonces bajo el telón de hierro del capitalismo mundial, paga tributo a este antagonismo, en medio de tormentos inauditos, de sangre y de ignominia.

La tendencia hacia la internacionalización económica y la nacionalización del capital —ambas propias del capital financiero— entran incluso en un conflicto cada vez más intenso, lo que extrema la anarquía y “conduce a violentas conmociones y catástrofes, a una inmensa pérdida de energías, planteando imperiosamente el problema de la organización de nuevas formas de vida social.”<sup>30</sup> O dicho de otro modo: el desarrollo del capital, el crecimiento de las fuerzas productivas y la reducción de los mercados “libres”, avivan las rivalidades entre los estados nacionales y “crean una situación en donde la última palabra pertenece a la técnica militar”, o sea a la “fuerza de las armas”. La contradicción fundamental del sistema se expresa, concretamente, en el conflicto existente entre “el trabajo colectivo” y “el sistema privado de organización económica”, todo lo cual provoca “una crisis de extrema violencia.”<sup>31</sup>

“La nueva fase del capitalismo” agrava también el con-

---

<sup>29</sup> Véase: *ibid.*, p. 43.

<sup>30</sup> *Ibid.*, pp. 50 a 52.

<sup>31</sup> *Ibid.*, pp. 78 y 79.

flicto entre unos países industriales y otros y entre todos ellos y las naciones atrasadas.

[...] El desequilibrio entre la industria y la agricultura, la concurrencia de los países avanzados por la supremacía en los países atrasados y su conflicto declarado, son tanto más violentos e inevitables cuanto más rápido es el desarrollo capitalista y más acentuados la industrialización de la economía y el desarrollo de las ciudades en estos países.<sup>32</sup>

En la política imperialista juega un papel muy importante la exportación de capital, y tanto ella como la internacionalización del capital conducen a la guerra. Lo esencial para Bujarin, sin embargo; lo que subyace a la lucha por mercados, materias primas y esferas de influencia del capital es "el conflicto entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la limitación nacional de la organización productiva."<sup>33</sup>

En el estrecho marco de las fronteras nacionales se realiza el desarrollo de las fuerzas productivas que han desbordado ya estos límites. En estas condiciones el conflicto estalla fatalmente y se resuelve por el ensanche violento de las fronteras nacionales [...]<sup>34</sup>

La guerra imperialista tiene, como rasgo principal, que corresponde a la política del capital financiero, es decir al propósito de reproducir las relaciones de producción necesarias para preservar su dominio. Y esa política surge en una época determinada, cuando el capital industrial se convierte en capital financiero, de ahí la importancia de descubrir lo que es privativo de esta época.<sup>35</sup>

---

<sup>32</sup> *Ibid.*, pp. 85-86.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 94.

<sup>34</sup> *Ibid.*, pp. 96 y 97.

<sup>35</sup> "[...] Si se debe comprender teóricamente una fase cualquiera de la evolución —observa Bujarin— es necesario hacerlo en sus particularidades, en sus rasgos distintivos, en sus condicio-

*Estado y capital financiero*

Pues bien, ¿qué es lo propio, lo más característico de ella, y cómo influye en la crisis del sistema? La acumulación de capital supone grados crecientes y formas nuevas y más complejas de concentración y centralización. De la empresa individual y aun de la gran sociedad anónima se avanza hacia el monopolio, el trust.

El capital financiero extiende así su dominación sobre el conjunto del país. La economía nacional se transforma en un gigantesco trust combinado, cuyos accionistas son los grupos financieros y el Estado. Nosotros designamos estas formaciones con el nombre de trusts capitalistas nacionales [...]

La concurrencia alcanza su desarrollo máximo: la concurrencia de los trusts capitalistas nacionales en el mercado mundial [...]<sup>36</sup>

La dominación del capital financiero supone el imperialismo y el militarismo. *En este sentido*, el militarismo es un fenómeno histórico tan típico como el *capital financiero* [...]

En la actualidad [...] el aparato gubernamental representa, no solamente los intereses de las clases dominantes, en general, sino también *su voluntad colectiva determinada* [...]

Siendo el Estado el principal accionista del trust capitalista nacional, también es la más alta instancia organizada en la escala universal. De allí su potencia formidable, casi monstruosa [...]<sup>37</sup>

---

nes específicas inherentes a ella [...] Es necesario poner aparte lo que hay de específico, de distintivo en nuestra época y hacer su análisis. Tal ha sido el método de Marx y tal debe ser la manera como un marxista debe abordar el análisis del imperialismo". *Ibid.*, p. 106.

<sup>36</sup> *Ibid.*, pp. 109 y 11.

<sup>37</sup> *Ibid.*, pp. 115, 118 y 119.

El capitalismo actual, advierte Bujarin, tiene que ser imperialista y reproducir las contradicciones que le son inherentes.

[...] la guerra ha agravado las tendencias fundamentales del desarrollo capitalista, acelerando en forma extraordinaria el desenvolvimiento de los elementos financieros capitalistas y la centralización del capital a escala mundial [...] y colocando a las economías nacionales [...] cada vez más bajo el poder conjugado del capital financiero y el Estado [...]<sup>38</sup>

[...] nos encontramos en presencia de un proceso de centralización acelerada en el seno del trust capitalista nacional que se desarrolla en su forma más elevada, forma que no es el socialismo de Estado, sino el capitalismo de Estado [...] Sería [...] completamente absurdo aplicar al presente estado de cosas una terminología que va más allá de las relaciones capitalistas [...] [...] el porvenir pertenece (en tanto se mantenga el capitalismo) a forma vecinas al capitalismo de Estado [...]

Tanto aquí como en otros escritos, Bujarin se da cuenta de que lo que él llama "capitalismo de Estado" u "organización capitalista de Estado" no es un fenómeno pasajero; de que con él cambia el rol del Estado, que ahora "[...] se transforma directamente en patrón y organizador de la producción [...]" y de que ello no sólo se traduce en una mayor explotación de los trabajadores sino en su "esclavización efectiva al Estado imperialista."<sup>39</sup>

[...] el fin del siglo XIX que ha destruido en gran parte los lazos que unían al capitalista y al obrero [...], no ha logrado suprimir los lazos que subsisten entre la clase obrera y la principal organización de la burguesía: *el Estado imperialista* [...]

---

<sup>38</sup> *Ibid.*, pp. 135 y 138.

<sup>39</sup> *Ibid.*, pp. 147 a 150.



Pero esto puede modificarse de inmediato:

La guerra rompe la última cadena que sujetaba a los obreros respecto a sus señores, destruye la esclava sumisión al Estado imperialista. La última forma de estrechez de miras del proletariado, su estrechez nacional y su patriotismo, están en vías de desaparecer [...]

[...] Las contradicciones del capitalismo alcanzan [...] en el periodo imperialista proporciones formidables [...], las fuerzas productivas reclaman imperiosamente nuevas relaciones de producción. La caparazón capitalista debe estallar fatalmente [...]<sup>40</sup>

En su *Teoría Económica del periodo de transición*, escrita en 1920, Bujarin reitera, matiza y enriquece algunas de las tesis anteriores, aunque a la vez deja ver, acaso con mayor claridad, algunos puntos débiles. Desde las primeras líneas de este nuevo ensayo, subraya:

La vieja sociedad se hunde, tanto en su organización estatal como en su organización productiva, *se disuelve* hasta su base, hasta sus mayores profundidades.<sup>41</sup>

El argumento central en este nuevo trabajo es el siguiente:

El capitalismo moderno es un capitalismo mundial, entendido como algo más que una suma de economías nacionales.<sup>42</sup> Pues bien, ese capitalismo mundial no es ya un sistema de empresas privadas separadas. Su principal ele-

---

<sup>40</sup> *Ibid.*, pp. 153 y 156.

<sup>41</sup> N. Bujarin, *Teoría Económica del periodo de transición*. Buenos Aires, 1974, p. 1.

<sup>42</sup> “[...] la simple suma excluye la relación orgánica. Es sólo la existencia de cierta *relación* orgánica la que hace de la simple suma una totalidad real. Pero semejante totalidad excluye inmediatamente el concepto de la suma aritmética, pues es mucho mayor y más complicada que ésta.” *Teoría Económica* [...], p. 4.

mento es el "trust capitalista de Estado," que surge a consecuencia del "crecimiento del capital financiero y la fusión entre la organización económica y política de la burguesía", y que modifica las formas de la competencia, imponiendo lo que Bujarin llama la "concurrentencia combinada compleja", o sea aquella que libran "[...] las unidades capitalistas que abarcan distintas ramas de la producción, y por tanto transforman la división *social* del trabajo en una división técnica."<sup>43</sup>

El capitalismo requiere, para desarrollarse, destruir regularmente una parte de las fuerzas productivas. Bajo el imperialismo lo necesita en mayor medida que antes. La guerra, como las crisis, cumple esa función: destruye fuerzas productivas para hacer viable su reproducción posterior, lo que se explica porque, bajo el capitalismo "[...] la restauración del equilibrio tiene que tener por punto de partida su propia alteración."<sup>44</sup> Bajo la guerra, empero, "[...] el proceso de reproducción adquiere un carácter 'deformado', regresivo, negativo [...]: con cada ciclo [...], la base real de la producción se hace más y más estrecha [...]" De ahí que ello pueda designarse como "reproducción negativa ampliada."<sup>45</sup> Pero a la vez:

La destrucción de las fuerzas productivas y el proceso de centralización capitalista agudizan extraordinariamente las contradicciones entre las clases, y dada cierta combinación de ambos factores se produce el *derrumbamiento de todo el sistema*, que comienza por los miembros de este sistema que son más débiles desde el punto de vista de la organización. Es precisamente el inicio de la revolución comunista.<sup>46</sup>

La nueva organización del capitalismo, aunque no resuelve sus principales contradicciones, da al sistema mayor

---

<sup>43</sup> *Ibid.*, pp. 8 y 7.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 64.

<sup>45</sup> *Ibid.*, pp. 26 y 27.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 10.

estabilidad, "[...] el Estado deja de ser un simple defensor del proceso de explotación para convertirse en el explotador colectivo capitalista directo, que se enfrenta abiertamente con el proletariado." Y no se trata del viejo Estado. Con el capital financiero surge un nuevo tipo de poder estatal: "[...] el estado imperialista expoliador con su aparato militarista-centralizado, y el papel social de la guerra pasa a consistir desde entonces en la ampliación de las esferas de dominación del capital financiero con sus trusts y consorcios bancarios."<sup>47</sup>

El Leviathan, de Hobbes —observa Bujarin—, "[...] no es verdaderamente nada en comparación con la potente fuerza que ha manifestado el aparato estatal del capital financiero." Para preservar el sistema es preciso contar con una organización que domine a los hombres, no sólo a las cosas. Y esa organización es el Estado.<sup>48</sup>

Todas las organizaciones de la burguesía se subordinan al Estado, porque es "[...] la mayor, la más fuerte, la más vasta [...]" El nuevo tipo del poder estatal, el estado imperialista, "se apoya en las relaciones de producción del *capitalismo de estado*. Aquí se fusiona, organizativamente, la 'economía con la 'política'."

Las relaciones de producción del capitalismo de Estado son lógica e históricamente, una prolongación de las relaciones del capital financiero, del que constituyen la culminación [...]. Los trusts, como organizaciones monopolistas privadas que centralizan la producción [...] son reemplazados por el monopolio de estado.<sup>49</sup>

---

<sup>47</sup> *Ibid.*, pp. 21 y 16.

<sup>48</sup> "La organización estatal es la organización más profunda de la clase, en la que se concentra toda su fuerza, en la que están concentrados los instrumentos de la presión mecánica y de las medidas coercitivas, es decir, en la clase dominante está organizada como *clase* y no como pequeñas partes o grupitos de una clase..." *Ibid.*, p. 13.

<sup>49</sup> *Ibid.*, pp. 13, 21 y 22.

[...] el capitalismo de estado es la racionalización del proceso de producción sobre la base de las relaciones sociales antagónicas y de la dominación del capital, que se expresa en la dictadura de la burguesía [...]. Sin ella no podría el capitalismo, en absoluto, vivir durante todo el lapso que la historia le ha adjudicado. Esta debilidad ligada a la forma del capitalismo de estado podía notarse tanto en la línea de la producción como en la de las clases sociales. Pero la forma de capitalismo de estado de la economía nacionalista sólo era posible con cierta "madurez" de las relaciones capitalistas en general [...]

La concentración del poder social de la burguesía en el poder de estado soldado con las organizaciones económicas del capital, creó una tremenda oposición al movimiento obrero. Por ello el desmoronamiento del sistema mundial imperialista comenzó por los sistemas económicos nacionales más débiles, por la organización capitalista de estado menos desarrollada y más imperfecta.<sup>50</sup>

### *Crítica a Rosa Luxemburgo*

Aunque en varias ocasiones habla Bujarin del colapso del capitalismo, y a veces da la impresión de que éste ocurrirá inevitablemente, su posición no es fatalista ni "catastrofista". "El 'marxismo' fatalista —escribe en alguno de sus ensayos— fue siempre una caricatura de la doctrina de Marx, que los teóricos de la burguesía habían imaginado como el medio más seguro de 'vencer al marxismo'."<sup>51</sup> En su crítica a Rosa Luxemburgo, señala que la tendencia de ésta a caer en una teoría mecanicista del colapso deriva de su incompreensión teórica del imperialismo. ¿Por qué? Porque ella supone que el capital se desenvuelve en la dirección del capitalismo "puro, lo que por

---

<sup>50</sup> *Ibid.*, pp. 74 y 109.

<sup>51</sup> N. Bujarin, *La economía mundial...*, p. 124.

sí sólo anuncia un límite matemático al desarrollo. Pues bien, el imperialismo, de cuya necesidad histórica tiene Rosa Luxemburgo clara conciencia, al resolver el problema de la realización mediante la explotación de la “periferia” atrasada y no capitalista, alarga la vida del sistema, pero al propio tiempo intensifica sus contradicciones, y sobre todo la contradicción producción-consumo, a medida que, a consecuencia de la propia expansión capitalista se reduce el número de “terceras personas”. La clave de este error, para Bujarin, está en su concepto del imperialismo. “El imperialismo —según Rosa— es la expresión política de la acumulación de capital, en su lucha competitiva por lo que aún queda abierto del ambiente no capitalista.”

No es difícil objetar esta concepción. El capital siempre ha buscado “restos” y tratado de imponer su dominio en todas partes; y la lucha por territorios ya capitalistas también es imperialista. Lo que escapa a Luxemburgo es una “caracterización específica del capital como *capital financiero*. Si esto no se precisa no puede entenderse cuál es la “expresión política”, ni cómo y por qué la política del imperialismo intenta reproducir las relaciones de producción que ese capital requiere para afirmar su poder. En vez de reparar en las “*peculiaridades* reales, concretas, históricas de nuestra época, que como tales reclaman un análisis especial [...]”, Rosa habla de “cosas en general” y del “capitalismo en general”,<sup>52</sup> y por eso no entiende el imperialismo. “El militarismo —nos dice— juega un papel decisivo [como] arma en la lucha competitiva entre los países capitalistas por áreas de civilización no capitalista [...]” Aquí cae en el error de Kautsky, que identifica al imperialismo con la lucha del capital por dominar regiones agrarias, sin reparar en que se trata de una lucha por el mundo entero, incluyendo desde luego a los países capitalistas y aun a los centros controlados por el capital financiero. Lo que Rosa no entiende es que “la expansión del capital está condicionada por el movimiento de la ganan-

---

<sup>52</sup> Véase: N. Bujarin, *Imperialism and the accumulation of capital*. Nueva York, 1972, pp. 252 y 253.

cia, su volumen y tasa, de la cual aquél depende.” Razón por la cual, las raíces de la expansión capitalista radican en la dinámica del ciclo del capital, o sea en cómo se compra, produce y vende, lo que a su vez depende de la estructura monopolista del capitalismo. “[...] la moderna expansión del capital difiere de la previa en que reproduce el nuevo tipo de condiciones históricas de producción a un nivel ampliado, es decir, el tipo de las condiciones que corresponden al capital financiero.”<sup>53</sup>

Toda la teoría del colapso de Rosa Luxemburgo descansa sobre una base falsa: la idea de que la realización es imposible bajo un “capitalismo puro”. Si bien, objeta Bujarin, “el capitalismo ha llegado a ser la forma económica dominante en todas partes”, no es menos cierto que la mayor parte de la población del mundo consiste en campesinos pobres, regiones atrasadas, o sea en una inmensa reserva de “terceras personas” que parecería augurar al capitalismo una larga vida. Tampoco parece convincente la idea luxemburguiana de que, independientemente de ello, bastará la “tendencia objetiva del desarrollo capitalista” hacia el colapso. Y lo cierto a la vez, subraya Bujarin, es que la crisis del capitalismo y sus contradicciones se acenúan, como lo comprueba por ejemplo la existencia de la Unión Soviética. Lo que demuestra que no es la importancia relativa de las áreas precapitalistas lo decisivo, sino la acción toda del capital monopolista en busca de mayores ganancias y más altas tasas de explotación. En otras palabras: la descomposición del capitalismo empieza a ser manifiesta pese a que quedan muchas áreas atrasadas, que Rosa supone precapitalistas e indispensables para hacer posible la realización de la plusvalía lo que comprueba que las contradicciones del sistema se agudizan y anuncian su explosión, siempre y cuando las tensiones lleguen al máximo.

Aun esta general, esquemática, “puramente teórica” y por ende condicional explicación del colapso del

---

<sup>53</sup> Véase: *ibid.*, pp. 255 a 257.

capitalismo, sugiere un límite en cierto modo objetivo. El límite está dado *hasta cierto punto* por la tensión de las contradicciones capitalistas.

El capitalismo, como cualquier otro proceso, no puede desenvolverse sin contradicciones. "Su magnitud creciente y su cada vez mayor intensidad conducirán inevitablemente al colapso de la dominación capitalista."<sup>54</sup>

"El desarrollo del capitalismo es un proceso de reproducción ampliada de todas las condiciones básicas del sistema", y no sólo de la contradicción producción-consumo en que repara Luxemburgo, y de cuyo tratamiento aislado y no dialéctico pretende derivar la inevitabilidad del colapso.

Hoy, podemos observar el proceso del colapso capitalista no solamente a partir de construcciones abstractas y perspectivas teóricas. El colapso del capitalismo se ha iniciado. La revolución de octubre es la expresión más convincente y viva de ello.

Junto a todas estas contradicciones en el sistema de la economía mundial [agravadas por la guerra y reveladoras, para Bujarin, del creciente antagonismo entre las fuerzas productivas de la economía mundial y los métodos nacionales de apropiación, en el marco de Estados separados], surge otra gran contradicción: la existente entre el mundo capitalista y el nuevo sistema económico de la Unión Soviética. A través de ésta, el nuevo conflicto se vuelve más profundo, más agudo y más destructivo para el capitalismo.<sup>55</sup>

En resumen: El capitalismo *desarrolla* sus contradicciones internas; éstas, no la falta de "terceras personas", determinan finalmente su colapso, sin importar el número de tales "terceras personas" y así sean ellas las tres cuartas partes de la población del mundo. Si el capitalismo reproduce sus contradicciones hasta

---

<sup>54</sup> *Ibid.*, pp. 264 y 265.

<sup>55</sup> *Ibid.*, pp. 266 y 267.

el punto de provocar una declinación de las fuerzas productivas, que vuelva imposible la existencia de la fuerza de trabajo y lance a los trabajadores a la rebelión, que mine el poder de los países metropolitanos, desencadene la fuerza de los esclavos coloniales e intensifique los antagonismos nacionales [...]»<sup>56</sup> Las contradicciones del capitalismo romperán el bloque que las clases dominantes forman con el campesinado.

### *Posibles errores de Bujarin*

Todo lo cual confirma en Bujarin la convicción de que, para evitar los errores de Rosa Luxemburgo, “es preciso volver, una y otra vez, a los postulados teóricos y las conclusiones prácticas [...]” de Lenin. Éste, sin embargo, difiere a menudo de aquél, a quien suele criticar su tendencia al academicismo, ciertas posiciones mecanicistas y, acaso sobre todo su inestabilidad, que se expresa ora en posiciones «izquierdistas», ora en posiciones «derechistas».

Al celebrarse, por ejemplo, en 1919, el VIII Congreso del partido —en que se revisa y actualiza su programa—, Lenin critica a Bujarin por no comprender la diversidad de elementos, la heterogeneidad presente en el capitalismo ruso.

Teóricamente —escribe Lenin—, el camarada Bujarin comprende eso perfectamente y dice que el programa debe ser concreto. Pero una cosa es comprender y otra actuar de acuerdo con esa comprensión. Lo concreto en el camarada Bujarin es la comprensión libresca del capitalismo financiero [...] En ninguna parte del mundo existió ni existirá el capitalismo monopolista, sin libre competencia en una serie de ramas. Describir semejante sistema es describir un sistema falso y divorciado de la realidad [...]

---

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 270.



El imperialismo es la superestructura del capitalismo. Cuando se derrumba, nos encontramos con que se destruye la cúspide y queda al desnudo la base. Por eso nuestro programa, si quiere ser justo, debe decir lo que realmente existe. Existe el antiguo capitalismo, que en una serie de ramas ha crecido hasta imperialismo. Sus tendencias son exclusivamente imperialistas. Los problemas fundamentales sólo pueden enfocarse desde el punto de vista del imperialismo [...] Pero el programa no habla ahora de esto. En realidad sigue existiendo el enorme subsuelo del antiguo capitalismo [...]<sup>57</sup>

He reproducido este largo pasaje, porque ayuda a comprender ciertos errores de Bujarin y el porqué de las críticas de Lenin. Pese a su innegable capacidad de análisis, Bujarin tiende con frecuencia a hacer afirmaciones absolutas y simplistas. En su concepto, por ejemplo, de la Economía Política, como observa Lenin, da “un paso atrás respecto a Engels”, que incluso lo lleva a negar la Economía Política del socialismo. Su convicción de que el capitalismo se abre paso en todas partes, le impide apreciar la desigualdad de su desarrollo y las supervivencias precapitalistas. La importancia que bajo el imperialismo adquieren “las organizaciones capitalistas colectivas” lo hace menospreciar y aun ignorar otro tipo de empresas. Los cambios indudables que trae consigo el capital financiero sobre todo en los países industriales, lo llevan a afirmar erróneamente que dicho capital acaba con la anarquía de la producción. Las nuevas formas de la competencia monopolista dejan de lado las viejas y no descubren la verdadera dialéctica del fenómeno. A menudo es demasiado tajante, como cuando postula que:

Cada tipo de producción tiene también un tipo de estado que le corresponde, y a cada tipo de estado

---

<sup>57</sup> V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXXI, pp. 33, 34, 35 y 36.

corresponde un tipo de guerra perfectamente determinada [...] <sup>58</sup>

Su posición frente al Estado, aunque singularmente penetrante y en general justa, a veces se antoja esquemática y unilateral, y más que advertir su relación dialéctica con el capital monopolista, sugiere una subordinación de éste respecto a aquél, cuya fuerza tiende a exagerar, como ocurre cuando lo supone incomparablemente más poderoso que el Leviathan de Hobbes. La explicación podría ser que, como observa Lenin en su comentario a la *Teoría Económica del periodo de transición*, con frecuencia olvida Bujarin el papel del monopolio, y concretamente del monopolio privado, nacional y extranjero, que junto con el estatal forma parte del capitalismo monopolista de Estado.

Sin menospreciar la contribución de Bujarin al estudio del imperialismo y de sus contradicciones, es indudable que incurre a menudo en apreciaciones discutibles y aun erróneas. Su definición según la cual “el capitalismo de estado es la racionalización del proceso de producción sobre las bases de las relaciones antagónicas y de dominación del capital, que se expresa en la dictadura de la burguesía [...]” es, verbigracia, objetada por Lenin porque “no es buena”. En ella no se presta suficiente atención a la esencia concreta del fenómeno. Se alude a una “racionalización” que está lejos de caracterizar al sistema en su conjunto; se tratan la “dominación del capital” y el carácter “antagónico” de las relaciones capitalistas como si no fuesen, en el fondo, la misma cosa y parece olvidarse que la “dictadura de la burguesía” “existía [y existe] antes del capitalismo de estado.” <sup>59</sup>

Lo mismo sucede cuando tras señalar que los sistemas de capitalismo de estado más desarrollados y “perfectos” dan cierta estabilidad al capitalismo, sostiene que, “por ello el desmoronamiento del sistema mundial imperialista comen-

---

<sup>58</sup> *Teoría Económica del periodo de transición.*

<sup>59</sup> *Ibid.*, pp. 187 y 188.

zó por los sistemas económicos nacionales más débiles, por la organización capitalista de estado menos desarrollada.” “No es verdad: por los *medio-débiles* —corrige Lenin—; sin un cierto grado de desarrollo del capitalismo —añade— en nuestro país no habría ocurrido nada [...].” Por la misma razón, cuando Bujarin afirma que el proceso de la revolución comienza por los sistemas de “nivel más bajo”, o sea que la “prontitud del inicio de la revolución es inversamente proporcional a la madurez de las relaciones capitalistas”, Lenin comenta que “habría que decir ‘no del nivel más alto’ y ‘no directamente proporcional’.”<sup>60</sup>

En el fondo, quizá Bujarin olvida con frecuencia que la “imposibilidad” del capitalismo no es demostrable teóricamente, sino sólo, como advierte Lenin, en la práctica. Y en ésta, lo que cuenta es el nivel de conciencia y la capacidad de organización y de lucha de los trabajadores. Bujarin mismo hace, en uno de sus libros, una reflexión fundamental al respecto:

[...] la sociedad capitalista [...] sólo puede existir mientras la mentalidad de la paz interior conserva, por así decirlo, vigencia general; en otras palabras, sólo mientras la clase obrera, la fuerza productiva más importante [...] tácitamente “consiente” en cumplir la función *capitalista*. Una vez que esta condición se ha desvanecido, la ulterior existencia de la sociedad capitalista es imposible.<sup>61</sup>

A menudo, sin embargo, como ya señalamos, Bujarin parece asociarse a los teóricos del “derrumbe”, como cuando sostiene que las contradicciones cada vez mayores y su creciente intensidad “[...] conducirán inevitablemente al colapso de la dominación capitalista.” José Aricó considera que Bujarin participa (con Rosa Luxemburgo) de una teoría del ‘derrumbe’ del capitalismo, aunque provocado por sus ‘contradicciones internas’ y no por la imposibilidad

---

<sup>60</sup> *Ibid.*, pp.212 y 213.

<sup>61</sup> *Ibid.*, p. 32.

de realización del plusvalor,"<sup>62</sup> y aun piensa que "la teoría de la crisis de Bujarin [...] no es en última instancia otra cosa que una versión modificada de la concepción tugar-baranovskiana, lo cual parece de manera muy evidente en el modelo que construye [...] de un capitalismo de estado donde aun manteniéndose la ley del valor es capaz de crecer ilimitadamente en la medida en que se respeten las proporciones correctas entre producción y consumo."<sup>63</sup>

Probablemente esta crítica, aunque no del todo imprecisa, es exagerada. El "capitalismo de Estado" bujariniano, importante en cuanto advierte la estrecha relación entre el capital monopolista y el Estado, parece oscilar entre el capitalismo monopolista de Estado, de Lenin y una versión comparable al ultraimperialismo, de Kautsky, es decir, entre la realidad histórica concreta y un modelo abstracto que, en rigor, no se da en ninguna parte. En un "capitalismo de Estado" como el "imaginado" por Bujarin, en el que en vez de anarquía haya cierta planificación y en donde los desajustes entre la producción y el consumo puedan preverse y se corrijan *ex ante* y no *a posteriori* puede, en efecto, no haber crisis de sobreproducción. Pero lo que es imposible es ese tipo de capitalismo, y más en la etapa histórica de la crisis general. Y aunque Bujarin no postula expresamente que tal capitalismo esté en marcha y abra una nueva perspectiva, tampoco sostiene que sea del todo inviable, o como claramente lo hace Lenin respecto al capitalismo monopolista de Estado, que éste sea incapaz de superar las contradicciones propias del sistema.

En cambio, Bujarin es justo en su severa crítica a Tugar Baranovski, cuando señala que éste supone a la producción independiente del consumo, porque arranca de un análisis parcial y limitado a la esfera de la producción de medios de producción, y justo también cuando critica el "determinismo económico" de Rosa Luxemburgo. Bujarin com-

---

<sup>62</sup> Nota sobre Nicolás Bujarin, en Lucio Colletti, *El Marxismo y el "derrumbe" del capitalismo*. México, 1978, p. 415.

<sup>63</sup> *Ibid.* p. 416.

parte la idea de que el capitalismo se dirige hacia el colapso; cree incluso que su “explosión” se ha iniciado con la revolución rusa de octubre. Mas ello no obedece a que el sistema tienda hacia un “capitalismo puro” en el que la falta de “terceras personas” haga imposible la realización, sino a que, viviendo la mayor parte de la población en países atrasados, éstos han sido divididos y dominados por las grandes potencias.

[...] Rosa Luxemburgo —afirma Bujarin— pasa por alto el hecho de que *la reproducción ampliada de las condiciones capitalistas es, al mismo tiempo, la reproducción ampliada de todas las contradicciones capitalistas*. Si ella hubiera visto esto claramente, no se habría molestado con el problema de los “límites objetivos” del capitalismo, ese límite que ella cree haber encontrado en la desaparición de las “terceras personas”, después de atribuir a éstas el rol de ser las únicas “realizadoras” de la plusvalía producida por los esclavos asalariados del capitalismo.<sup>64</sup>

#### TROTSKI Y LA TENDENCIA DEL IMPERIALISMO AL ESTANCAMIENTO

Las posiciones de Trotski sobre la crisis general y el desarrollo que a partir de ella experimenta el capitalismo, difieren casi siempre y a menudo se oponen abiertamente a las de Lenin y Bujarin, aunque en ciertos momentos coinciden con la de este último. En general están más cerca de las de Rosa Luxemburgo, sobre todo en lo que hace a la tendencia a pensar en un inminente derrumbe del capitalismo.

---

<sup>64</sup> N. Bujarin, *Imperialism and accumulation of capital* [...], p. 268.

*Un capitalismo incapaz de hacer  
crecer las fuerzas productivas*

Abundan en la obra de Trotski las referencias al respecto. Así por ejemplo: criticando con razón a Sombart y otros, a propósito de la inviabilidad del capitalismo pacífico, escribe que “en cualquier caso no hay duda de que ‘la teoría del colapso’ ha triunfado sobre la teoría del desarrollo pacífico [...]”<sup>65</sup>

[...] aproximadamente hasta la guerra mundial —escribe—, la humanidad creció, se desarrolló y se enriqueció a través de las crisis parciales y generales [...]. Pero ahora [...] el progreso humano se ha detenido en un callejón sin salida. A pesar de los últimos triunfos del pensamiento técnico, las fuerzas productoras naturales ya no aumentan. El síntoma más claro de la decadencia es el estancamiento mundial de la industria de la construcción [...]

Marx previó que la socialización de los medios de producción sería la única solución del colapso económico en el que debe culminar, inevitablemente, el desarrollo del capitalismo, colapso que tenemos ante nuestros ojos [...]<sup>66</sup>

La burguesía misma —observa en otro trabajo— no ve una salida [...]. La crisis actual, que está lejos aún de haber completado su curso, ha podido demostrar ya que la política del Nuevo Trato en los EUA como la política del Frente Popular en Francia, no ofrece ninguna nueva salida del atolladero económico [...]<sup>67</sup>

Trotski entiende el papel del ciclo económico en la reproducción capitalista; sabe, desde luego, que “el capita-

---

<sup>65</sup> L. Trotski, *El pensamiento vivo de Karl Marx*. Buenos Aires, 1943, p. 35.

<sup>66</sup> *Ibid.*, pp. 35, 36 y 37.

<sup>67</sup> León Trotski, *Obras*. Ed. Juan Pablos, México, 1973, tomo 15, p. 250.

lismo no se desarrolla en línea recta sino de manera zigzagante y a través de altibajos”, pero piensa que después de la crisis de 1920 no habrá ya una fase de ascenso. Es decir, si bien la actividad económica seguirá oscilando cíclicamente “[...] en la época que ahora se inicia —la época de compensación del drenaje y la destrucción de los años bélicos, la época de la nivelación *en reversa* —los ascensos de la actividad económica sólo pueden ser de un carácter superficial y fundamentalmente especulativo, mientras las crisis se vuelven más largas y profundas [...].”<sup>68</sup>

Y lo que importa —para él— no es si hay o no la posibilidad de que mejore la coyuntura, sino si sus fluctuaciones se producen en una curva ascendente o descendente. ¿Por qué cree Trotski que ya no existe la posibilidad de un crecimiento, a largo plazo, de las fuerzas productivas? Salvo una aplicación mecánica de la tendencia al descenso de la tasa de ganancia, “[...] hay una completa ausencia de argumentos teóricamente rigurosos —comenta Hodgson— para apoyar tanto la teoría del colapso como la opinión de las fluctuaciones cíclicas en el marco de una tendencia descendente.”<sup>69</sup> Pero aun faltando una explicación coherente y sólida, su idea de que “el capitalismo está condenado [y de que] nada lo salvará del colapso”, que reitera inclusive en 1940, parece obedecer, más que a un análisis riguroso de una realidad concreta y cambiante, a un entrelazamiento de argumentos abstractos en los que se plantean cuestiones como las siguientes:

En primer lugar, Trotski piensa que ha llegado un momento en el desarrollo del capitalismo en que éste vuelve imposible el crecimiento de las fuerzas productivas, lo que se explica probablemente porque en los años veinte y sobre todo en los treinta, el sistema, en efecto, parece no ser ya capaz de una fuerte expansión. Pero más que apoyar su razonamiento en hechos concretos, Trotski expresa una vieja convicción y, como veremos enseguida, in-

<sup>68</sup> L. Trotski, *The first five years of the communist international*. Nueva York, 1972, Vol. I, pp. 207-208.

<sup>69</sup> Geoff Hodgson, *Trotsky and fatalistic marxism*. Londres, 1975, p. 47.

cluso una posición dogmática que lo lleva a rechazar toda idea de que el capitalismo pueda seguir creciendo en el futuro —como Lenin por ejemplo, lo anticipa—, así sea en forma cada vez más inestable, desigual e irracional.

[...] Las fuerzas productivas de la humanidad —sostiene Trotski una y otra vez— están estancadas. Las nuevas invenciones y los nuevos progresos técnicos no pueden ya elevar el nivel de riqueza material [...]<sup>70</sup>

¿A qué obedece tal situación? A que el mundo está ya repartido y, sobre todo, a que el Estado-nación frena el crecimiento de las fuerzas productivas y lleva, por tanto, a una larga fase de declinación y estancamiento.

La guerra de 1914 representa en primer lugar el colapso del Estado-nación como una arena económica autosuficiente. El nacionalismo puede continuar como un factor cultural, ideológico, psicológico [...], el significado objetivo de la guerra consiste en la destrucción de los nidos económicos nacionales existentes en nombre de la economía mundial [...] La guerra anuncia el rompimiento definitivo del Estado-nación, y al mismo tiempo, el hundimiento de la *forma capitalista* de economía [...]<sup>71</sup>

Claramente se advierte que, según Trotski, o desaparece el Estado-nación, o el capitalismo irá a la ruina. El Estado-nación detiene el desarrollo de las fuerzas productivas y es, por tanto, el principal obstáculo a superar. Pero este obstáculo sólo puede removerse acabando con el capitalismo.

Si el ulterior desarrollo de las fuerzas productivas fuera concebible dentro del marco de la sociedad burguesa, la revolución sería en general imposible. Pero como tal desarrollo de las fuerzas productivas en el

---

<sup>70</sup> L. Trotsky, *Obras...*, tomo 15, p. 250.

<sup>71</sup> Cit. por I. Deutscher, *The age of permanent revolution*. Nueva York, 1964, pp. 70 a 72.



marco de la sociedad burguesa es inconcebible, la premisa básica para la revolución queda en pie [...]<sup>72</sup>

Esta formulación descubre, a nuestro juicio, dos serios errores: en primer lugar postula —pese a que los hechos demuestran lo contrario— que el capitalismo ha llegado a un límite o tope, a partir del cual es imposible el crecimiento; y en segundo, cae en la posición mecanicista y tecnologista, según la cual, de haber o incluso de ser “concebible” un mayor desarrollo de las fuerzas productivas, “sería imposible” la revolución.

En vez de aplicar creadoramente la teoría, Trotski parece trasladar mecánica y dogmáticamente la tesis de Marx contenida en el famoso prefacio a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*. Y acaso ello obedece a que, al apartarse de la teoría leninista del imperialismo y de la revolución, sólo ve en su horizonte, de un lado un estancamiento que lleva al colapso, pero que no se produce en la práctica, y del otro una revolución universal que es la única solución, pero que tampoco se da en la realidad. Como antes le había ocurrido a Rosa Luxemburgo, al no descubrir todo el vasto y complejo juego de contradicciones, agravadas ahora por el triunfo y consolidación de la primera revolución socialista, Trotski no comprende a fondo el alcance y la significación de la crisis general, como una nueva categoría histórica, y aun tiende a sustituirla por una fase de decaimiento económico que es el corolario inevitable del estancamiento de las fuerzas productivas. Toda la visión trotskista se antoja unilateral. En donde Lenin ve una tendencia contradictoria al estancamiento, por un lado, y por el otro incluso a un rápido crecimiento de las fuerzas productivas, aquél sólo advierte el primero, acaso debido a que tampoco descubre la contradicción competencia-monopolio, sino que más bien parece tomar la posición de quienes creen que el monopolio excluye y liquida la competencia.<sup>73</sup>

---

<sup>72</sup> Cit. por G. Hodgson, *ob. cit.*..., p. 19.

<sup>73</sup> “La eliminación de la competencia señala el comienzo de

Mientras Trotsky ve en el Estado-nación un elemento rígido y un obstáculo infranqueable al desarrollo económico, Lenin advierte que el imperialismo se transforma de capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado, lo que si bien no resuelve a fondo ninguno de los más graves problemas del capitalismo, abre sin duda a la oligarquía nuevas salidas, contribuye a la preservación del sistema y es la respuesta burguesa a una socialización de la producción que desborda el marco de las ya entonces grandes empresas privadas internacionales, o sea una medida de hasta dónde, sin lesionar sus intereses e incluso tratando de beneficiarlos al máximo y desde luego, de preservar el sistema, es dable modificar, al impulso de las nuevas y más agudas contradicciones, las relaciones de producción capitalistas.

A diferencia también de Lenin, quien por todo ello siente la necesidad de actualizar las posiciones sobre el Estado, para entender el nuevo rol de éste bajo el CME, Trotsky sólo repara en diferencias de otro orden, a las que por lo demás ve siempre en la perspectiva catastrofista del derrumbe del sistema, y como si las formas de organización del Estado burgués no fuesen importantes para los trabajadores.

“Naturalmente existe una diferencia entre los regímenes políticos en la sociedad burguesa —escribe— del mismo modo que no son igualmente cómodos los vagones de un ferrocarril. Pero cuando todo el tren cae al abismo la distinción entre la democracia decadente y el fascismo asesino desaparece frente al colapso del sistema capitalista en su integridad.” O sea que por encima de ciertas diferencias el tren capitalista va hacia el precipicio y nada puede hacer cambiar su curso.

Es tal la convicción del trotskismo de que el sistema ha agotado todas sus posibilidades de expansión que, incluso en 1946, precisamente cuando se inicia una larga fase de

crecimiento, Mandel declara, con motivo de una reunión de la IV Internacional, que

No hay razón alguna para pensar que estemos frente a una nueva época de estabilización y desarrollo capitalistas. Por el contrario, la guerra sólo ha servido para agravar la desproporción entre la creciente productividad de la economía capitalista y la capacidad del mercado mundial para sostenerla [...]<sup>74</sup>

*La crisis general y la contradicción  
capitalismo-socialismo*

Y, sobre todo no comprende, en particular, la enorme importancia del surgimiento y el desarrollo de la Unión Soviética en la acentuación de la crisis general del capitalismo, y por tanto el sentido de la presente época histórica, en que la contradicción capitalismo-socialismo pasa del plano teórico a la práctica y se convierte en la nueva forma histórica de la contradicción principal, o sea de la contradicción burguesía-proletariado. En su análisis de las contradicciones capitalistas, Trotski queda a la zaga de la realidad, sugiriendo a menudo que las más importantes son las propiamente interimperialistas y el antagonismo del capital y el trabajo que se desenvuelven en el seno y como expresión de las leyes que rigen el desarrollo capitalista.

Probablemente la base de tal posición y de su desacuerdo con las propiamente leninistas consiste en su rechazo de la viabilidad del socialismo en un solo país. Si se cree que el triunfo del socialismo es imposible en uno o varios países, aun después de la revolución de octubre y de la consolidación de la Unión Soviética, el socialismo no existe y, en consecuencia, las contradicciones del capitalismo son sólo contradicciones internas, lo que entre otras cosas implica no aceptar la realidad ni la explicación teórica

---

<sup>74</sup> G. Hodgson, *ob. cit.*, pp. 34 y 39.

de la crisis general. Trotski mismo admite que "la teoría del socialismo en un solo país [...] es la única teoría que se opone de un modo consecuente y definitivo a la de la revolución permanente."<sup>75</sup> O a la inversa: reconoce que su teoría de la revolución permanente se opone al reconocimiento de la viabilidad del socialismo en uno o varios países.

Trotski no cree, ni al triunfo de la revolución de octubre ni veinte años después, que incluso un país tan grande y rico como la URSS pueda triunfar frente al imperialismo.

La división mundial del trabajo, la subordinación de la industria soviética a la técnica extranjera, la dependencia de las fuerzas productivas de los países avanzados de Europa respecto a las materias primas asiáticas, etc., etc., hacen imposible la edificación de una sociedad socialista independiente en ningún país del mundo [...]<sup>76</sup>

Casi siempre que se refiere a ella, atribuye curiosamente la llamada teoría de la viabilidad del socialismo en un solo país, a Stalin y en menor escala a Bujarin, señalando que la formulan en 1924, y, sobre todo en el VI Congreso de la IC, celebrado en 1928. Según él, tal posición es "reformista y nacionalista" y no "revolucionaria e internacionalista."

Es preciso decirles [a los trabajadores] —subraya Trotski— que sólo comenzaremos la verdadera construcción del socialismo después de que el proletariado de los países más avanzados haya conquistado el poder.<sup>77</sup>

El triunfo de la revolución socialista es inconcebible dentro de las fronteras de un país [...] La revolución socialista empieza en la palestra nacional, se

---

<sup>75</sup> L. Trotski, *Obras*, tomo 6, p. 232.

<sup>76</sup> L. Trotski, *Ibid.*, pp. 7 y 8.

<sup>77</sup> L. Trotski, *Obras...*, tomo 15, pp. 149-50.

desarrolla en la internacional y remata en la mundial [...] De donde concluye que por lo tanto, la revolución socialista se convierte en permanente en un sentido nuevo y más amplio de la palabra: en el sentido de que sólo se consuma con la victoria definitiva de la nueva sociedad en todo el planeta [...]<sup>78</sup>

En el Congreso antes citado, Trotski se lanza contra lo que considera esencialmente una posición staliniana, pero que en realidad es una tesis fundamental de la teoría leninista del imperialismo y de la revolución. Desde 1915, en efecto, Lenin, basándose en la convicción de que la desigualdad del desarrollo se acentúa bajo el imperialismo y de que, de saberse asir a un eslabón débil de la cadena imperialista el proletariado podría triunfar antes de lo que muchos pensaban, postula la viabilidad del triunfo de la revolución socialista en varios e incluso en un solo país. En 1916 y 1917, mientras Trotski defendía la consigna de "los Estados Unidos de Europa", Lenin reafirma y enriquece su análisis, y sin dejar nunca de ser profundamente internacionalista, forja una estrategia con base en tal teoría y demuestra su validez en la práctica.

Criticando, en 1915, la consigna de "los Estados Unidos de Europa", Lenin aclara, por un lado que "la revolución socialista no sería "un acto único, sino una época de violentas conmociones políticas y económicas, de la lucha de clases más enconada, de guerra civil, de revoluciones y contrarrevoluciones [...] y que [...] la desigualdad del desarrollo, agudizada como nunca antes por el imperialismo, abría la posibilidad de [...] la victoria del socialismo [...] primero en unos pocos países capitalistas e inclusive en un solo país en forma aislada [...]"<sup>79</sup>

En 1916, añade:

---

<sup>78</sup> *Ibid.*, tomo I, p. 231.

<sup>79</sup> V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXII, pp. 447 a 449.

[...] el triunfo del socialismo en un país no elimina de golpe, todas las guerras en general [...] El desarrollo del capitalismo sigue un curso extraordinariamente desigual en los diversos países [...] De aquí la conclusión indiscutible de que el socialismo no puede triunfar simultáneamente en *todos* los países. Triunfará primero en uno o en varios [...], mientras los demás seguirán siendo, durante algún tiempo, burgueses o preburgueses. Esto no sólo provocará rozamientos, sino incluso el intento directo de la burguesía de los demás países de aplastar al proletariado del Estado socialista.”<sup>80</sup>

Difícilmente podría ser más clara la posición leninista. Trotski, mientras tanto, seguiría hablando de “los Estados Unidos de Europa” y de la revolución mundial. Y, por ello, estas consignas y toda la concepción de la “revolución permanente” elaborada bajo la influencia de Parvus, a partir de 1905, serían derrotadas una y otra vez, primero en el VI Congreso del Partido, después en el VII, de nuevo en el VIII y años más tarde en el XIII y el XV, así como en el VI Congreso de la Internacional Comunista. En el fondo, Trotski, no creía en la posibilidad de romper la cadena imperialista desde un país como la Unión Soviética, y en vez de entender la importancia de la consolidación del triunfo soviético, desde posiciones verbalmente ultrarradicales sugería incluso llevar la revolución a otros países, y si ponderar la correlación internacional de fuerzas ni reparar en si había o no en ellos una situación revolucionaria y un proletariado capaz de transformarla en una revolución socialista triunfante. Sistemáticamente, Trotski subestimó la importancia de los cambios que se producían en la URSS, negó su carácter socialista, aun llegó a considerar que los países capitalistas de occidente estaban más cerca del socialismo y siempre creyó que lo que ocurriera en tales países sería, a la postre, lo decisivo. Incluso ya convertida en una gran potencia, en vísperas de

---

<sup>80</sup> V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIV, p. 83.

la Segunda Guerra, Trotski dudaba de la capacidad de la Unión Soviética, a la que finalmente acabaría atacando con mayor empeño que al propio imperialismo y pensaba que, en un enfrentamiento con los países imperialistas, sería derrotada. La revolución que sin duda triunfaba en un país multinacional tan vasto como la URSS estaba, para él, destinada al fracaso.

La tarea del proletariado —insistía— es crear una patria nueva, mucho más poderosa y estable: los Estados Unidos Republicanos de Europa, como base para la transición a los Estados Unidos del mundo. Al atolladero insuperable del imperialismo, el proletariado únicamente puede oponer como programa práctico del día la organización socialista de la economía mundial [...]<sup>81</sup>

En realidad —repetía—, Marx nunca dijo que el socialismo podía ser alcanzado en un solo país y, además, en un país atrasado [...]<sup>82</sup>

Y en efecto, Marx nunca dijo tal cosa. Quien lo hizo, en un nuevo marco histórico, fue Lenin. Y los hechos le dieron la razón. Pero Trotski prefirió ser fiel a la letra

---

<sup>81</sup> L. Trotsky, *Obras*, tomo 15, p. 74.

<sup>82</sup> L. Trotsky, *El pensamiento vivo de Karl Marx...*, p. 47. "Después de triunfar el fascismo en Alemania, Trotski afirmó que la guerra venidera conduciría ineluctablemente a la derrota de la URSS y la bancarrota del régimen soviético (por cuanto que no se había producido la revolución proletaria en los países de occidente). Veía en ello la posibilidad de derrocar por la violencia el gobierno soviético y declaraba: '¿Podemos esperar que la Unión Soviética escape a la derrota en la futura gran guerra? A esta pregunta, hecha con franqueza, respondemos también francamente. Si la guerra no llega a ser más que la guerra, la derrota de la Unión Soviética es inevitable. El imperialismo es incomparablemente más fuerte en el aspecto técnico, económico y militar. Si no se ve paralizado por la revolución en Occidente, barrerá el régimen social engendrado por la Revolución de Octubre.'" R. Palme Dutt, *The Internationale*, Londres, 1967, p. 247. Cit. por K. Zaródov en *El leninismo y la transición del capitalismo al socialismo*. Moscú, 1973, p. 34 n.

y no a los principios del marxismo, y a consecuencia de ello no pudo emplear éste como guía para la acción revolucionaria. Y su doctrinarismo seguramente contribuyó a que como Bujarin, y a menudo el propio Lenin, lo señalaran, Trotski no comprendiera el carácter ni las contradicciones propias de cada etapa de la revolución y la forma de pasar de una a la siguiente, el papel de la lucha democrática, la necesidad de ciertas alianzas, la importancia de la revolución nacional y, sobre todo, de la posibilidad de hacer triunfar el socialismo primero en un país, y cuando la revolución se hubiese consolidado en éste, en otros.

#### LA POSICIÓN DE STALIN FRENTE A LA CRISIS

Stalin poco se ocupa en general, en vida de Lenin, de cuestiones teóricas aunque sus trabajos sobre el problema nacional y sobre diversos aspectos de organización son importantes. En 1924 publica *Los fundamentos del leninismo*, y a partir de entonces se refiere con frecuencia al tema de la crisis, tanto en intervenciones individuales como en informes que presenta en su calidad de dirigente del Partido.

En *Los fundamentos*, producto de una serie de conferencias en las que se examinan los principales aspectos de la teoría leninista, hace notar que:

Antes se concebía la revolución proletaria como resultado exclusivo del desarrollo interior del país en cuestión. Ahora [...] debe concebirse, ante todo, como resultado del desarrollo de las contradicciones dentro del sistema mundial del imperialismo, como resultado de la ruptura del frente mundial imperialista en tal o cual país.

¿Dónde empezará la revolución...?

Allí donde la industria esté más desarrollada, donde el proletariado forme la mayoría [...], solían contestar antes.



No, objeta la teoría leninista [...] El frente del capital se romperá donde la cadena del imperialismo sea más débil [...]

En 1917, Rusia resultó ser el eslabón más débil del imperialismo.

¿Dónde se romperá la cadena en el próximo futuro? Volverá a romperse allí donde sea más débil [...] <sup>83</sup>

El año 1924 es muy importante para la causa revolucionaria. La muerte de Lenin entraña una pérdida irreparable para la revolución soviética, y, como era de esperarse, provoca un replanteo de cuestiones fundamentales entre los dirigentes y teóricos del partido bolchevique, tanto más que, precisamente en ese año, la Unión Soviética se consolida y el capitalismo entra en un nuevo periodo de estabilidad que aleja, al menos en los grandes países industriales, el «fantasma» de la revolución.

Hasta el IV Congreso de la IC, a fines de 1922, se considera que la crisis del capitalismo se agudiza, aumentando la inestabilidad y el desempleo, y que la recuperación industrial que empieza a advertirse, es “una ola superficial sobre el fondo de la destrucción creciente de la economía capitalista.”<sup>84</sup> Entre 1924 y 1929 el capitalismo logra, al precio de una creciente explotación de los trabajadores, cierta estabilidad. Y cuando los teóricos burgueses creen que las crisis han quedado atrás, se produce el colapso financiero de 1929. Mientras tanto, en el seno de la IC y en la dirección del partido soviético se busca el camino a seguir para hacer triunfar la revolución, chocando especialmente las posiciones de Stalin y Trotski, y a menudo también las de uno y otro con las de Bujarin, Zinoviev, Kamenev, Radek y otros dirigentes.

---

<sup>83</sup> J. V. Stalin, *Obras*. Moscú, 1953, tomo 6, pp. 100 y 101.

<sup>84</sup> Los primeros cuatro congresos de la Internacional Comunista. Buenos Aires, 1973, pp. 179 y 191.

*La viabilidad del socialismo  
en uno o varios países*

Trotsky critica severamente, como ya vimos, la tesis de la viabilidad del socialismo en un solo país, y junto a su posición sobre el estancamiento del capitalismo, insiste en que la meta inmediata y fundamental a alcanzar es la revolución en los países económicamente más avanzados de Europa Occidental. Stalin, a su vez, convencido de que el triunfo del socialismo en la URSS no sólo es posible sino indispensable para reforzar la lucha revolucionaria y acentuar la crisis capitalista, vuelve esta cuestión el eje de la estrategia a seguir. Casi todos los dirigentes y desde luego los dos anteriores, se ostentan como entusiastas leninistas, mas lo cierto es que uno y otro toman sus propias posiciones y a menudo no hacen, precisamente, lo que dicen.

Desde los días en que muere Lenin, la rivalidad entre Trotsky y Stalin se agudiza, y mientras aquél reitera sus viejas posiciones en el marco de la “revolución permanente”, Stalin toma, como su principal arma, la defensa de la teoría de la posibilidad del socialismo en un solo país. Al margen de ésta y otras cuestiones teóricas, la oposición entre ambos va cobrando cada vez mayor fuerza en la vida diaria del Partido.

“La ‘revolución permanente’ de Trotsky —afirma Stalin— es una variedad del menchevismo”, que niega la importancia de la ley del desarrollo desigual y riñe con la teoría leninista de la revolución. Un rasgo esencial de esta teoría es que, debido precisamente a la acción de la ley del desarrollo desigual, “[...] la victoria del socialismo en un solo país —aun en el caso de que ese país esté menos desarrollado en el sentido capitalista y el capitalismo subsista en otros países, aunque éstos [...] estén más desarrollados [...]— es perfectamente posible y probable [...]”

“[...] estamos —comenta Stalin después de transcribir un texto de Trotsky— ante la misma teoría del triunfo simultáneo del socialismo en los principales países de Europa, que descarta, como regla general, la teoría leninista de

la revolución sobre la victoria del socialismo en un solo país.”

Y en efecto, mientras Lenin confía en que de la URSS de la NEP debe salir un país socialista, Trotski considera que “[...] el verdadero auge de la economía socialista en Rusia no será posible más que después de la victoria del proletariado en los países más importantes de Europa”.<sup>85</sup>

En el XIV Congreso del PC (b) de la URSS, en diciembre de 1925, Stalin hace interesantes consideraciones sobre la crisis del capitalismo, mostrando que sus contradicciones tienden a intensificarse, no obstante lo cual el sistema logra cierta “estabilidad parcial o temporal”. Esto significa que “la producción y el comercio de los países capitalistas, tras haber decaído terriblemente en el periodo de la crisis de postguerra [...] (gracias a la creciente influencia del capital norteamericano y la supeditación del europeo) han comenzado a progresar, y el poder político de la burguesía ha empezado a fortalecerse [...]” Significa, además, que del momento de flujo revolucionario se ha pasado a uno de reflujo y “que el problema de la toma del poder, de la inminente toma del Poder por el proletariado, no está hoy a la orden del día en Europa [...]” “[...] nos hallamos en un periodo de acumulación de fuerzas, que tiene gran importancia para futuras acciones revolucionarias [...]”<sup>86</sup>

De especial interés en el análisis de Stalin es, en nuestro concepto, el énfasis en la nueva contradicción surgida entre el mundo capitalista y la Unión Soviética.

Lo fundamental en este terreno —señala Stalin— es que el capitalismo no es ya un sistema omnímodo en todo el mundo. Después de la aparición del país soviético [...] el mundo se escindió en dos campos: el campo del imperialismo y el campo que lucha contra él [...].<sup>87</sup>

---

<sup>85</sup> J. V. Stalin, *ibid.*, pp. 387 a 395.

<sup>86</sup> *Ibid.*, pp. 271 a 274.

<sup>87</sup> *Ibid.*, p. 290.

De dicho análisis, Stalin desprende dos conclusiones fundamentales: que, dados los crecientes problemas del capitalismo y la cada vez mayor cohesión de la URSS y las fuerzas antimperialistas, surge ahora un periodo de “equilibrio temporal”, de “convivencia pacífica” entre el Estado soviético y los Estados capitalistas, y que el desgajamiento de un país tan importante como la Unión Soviética, debilita sin duda al capitalismo y sobre todo al capitalismo europeo y lo obliga a “convivir” con ella.

En 1926 se ahondan las discrepancias en la dirección del partido soviético y se multiplican las críticas de Bujarin y Stalin al “bloque de oposición”. Y mientras Trotski y Zinoviev sostienen que la tesis de la viabilidad del socialismo en un solo país no puede fundarse en la ley del desarrollo desigual del capitalismo, pues incluso la desigualdad es mayor en la etapa premonopolista, Stalin califica tal posición de “kautskiana” y, aparte de recordar la formulación leninista, intenta demostrar que al debilitarse el imperialismo a consecuencia de sus contradicciones y conflictos, surge “la posibilidad de romper el frente imperialista en uno u otro país” [...], lo que “no puede menos de crear condiciones propicias para el triunfo del socialismo en un solo país [...]”<sup>88</sup>

El error principal de la oposición —considera Stalin— es que no comprende, o no quiere comprender, toda la diferencia existente entre el capitalismo preimperialista y el capitalismo imperialista [...]

De ese error [...] se desprende otro [...] no comprende el sentido y la significación de la ley de la desigualdad del desarrollo en el periodo del imperialismo, contrapone a esta ley la tendencia al nivelamiento y se desliza, de ese modo, a la posición kautskiana del ultraimperialismo [...]

Tales errores conducen a otro más: a “[...] aplicar mecánicamente al capitalismo imperialista fórmu-

---

<sup>88</sup> J. V. Stalin, *Obras*, t. 8, p. 332.

las y tesis que tienen por base el análisis del capitalismo preimperialista, lo que la lleva a negar la posibilidad de la victoria del socialismo en uno u otro país capitalista [...]"<sup>89</sup>

La descomposición del capitalismo, su declinación, su parasitismo, su carácter agonizante, se desprenden, según Stalin, de la desigualdad del desarrollo en la fase imperialista. Tal desigualdad no significa solamente diferencias de niveles económicos,

[...] significa el desarrollo a saltos de unos países con respecto a otros, el rápido desalojamiento del mercado mundial de unos países por otros, los repartos periódicos *del mundo ya repartido*, mediante choques bélicos y catástrofes bélicas, el ahondamiento y la agudización de los conflictos en el campo del imperialismo, el debilitamiento del frente por el proletariado de uno u otro país, la posibilidad de la victoria del socialismo en uno u otro país.<sup>90</sup>

No podría reproducir aquí siquiera los principales argumentos que, sobre todo entre 1924 y 1926 se esgrimen en la dirección del partido soviético, en torno a este problema, en el que de un lado concurren principalmente Bujarin y Stalin, y del otro, Trotski y Zinoviev, aunque a la postre, la dirección del partido concluye aceptando la posición de los primeros. Pero, dada la importancia del debate por lo que hace a la crisis general del capitalismo y la perspectiva revolucionaria, recordaré brevemente algunas de las cuestiones planteadas.

Bujarin es quien, inicialmente, critica a Trotski y en general a la corriente de "oposición" al Partido con mayor severidad. Según él, el trotskismo se opone esencialmente al leninismo, y sus graves errores son atribuibles, en lo fundamental, a la teoría de la "revolución permanente",

---

<sup>89</sup> J. V. Stalin, *Obras*, t. 9, p. 105.

<sup>90</sup> *Ibid.*, p. 110.

teoría bien distinta de la formulada por Marx. Para éste, la continuidad o carácter ininterrumpido de la revolución era —recuerda Bujarin— “[...] una perspectiva en la que la correlación de fuerzas va cambiando constantemente en el curso de la revolución y la misma se desarrolla incesantemente ‘hacia adelante’.” O sea que la “esencia” de la teoría marxista “[...] reside en el hecho de que hay que tomar en consideración los cambios reales en el contenido social de la revolución [...]”<sup>91</sup>

En opinión de Bujarin, Trotski no manejaba “el método dialéctico vivo [...] propio del bolchevismo, sino el método lógico-formal [...]” Lenin en cambio, demostraba su dominio de la dialéctica a través de su gran capacidad [...] para percibir las condiciones *peculiares*, el pasaje de una situación a otra, y para encontrar ese *eslabón importante* de la cadena al cual hay que asirse para dominarla en su conjunto.”<sup>92</sup>

Trotski nunca entendió —según Bujarin— los problemas propios del tránsito de una etapa a la siguiente de la lucha revolucionaria.

[...] en la *primera* fase de nuestro movimiento revolucionario, planteaba como consigna *inmediata* la que se planteó únicamente en la *última* fase de este proceso. La consigna de Trotski no tenía ninguna relación con la realidad *de entonces*. En otros términos: la culpa principal que nosotros le reprochamos a la teoría *trotskista* de la revolución permanente es que la misma deja de lado toda la *etapa intermedia*, es decir *precisamente aquello* que distingue a la revolución permanente (en el sentido marxista).<sup>93</sup>

En su trabajo ¿Trotskismo o leninismo?, de noviembre de 1924, Stalin, por su parte, señala que lo que distin-

<sup>91</sup> L. Trotski, N. Bujarin, G. Zinoviev, *El Gran Debate* (1924-1926), I. La revolución permanente, Córdoba, 1974, pp. 109 y 110.

<sup>92</sup> N. Bujarin, *ibid.*, p. 101.

<sup>93</sup> N. Bujarin, *ibid.*, p. 111.

gue al primero es la subestimación del campesinado y de la alianza obrero-campesina, la tendencia al eclecticismo y a la conciliación con el oportunismo incluso en el seno del Partido y su incomprensión y aun falta de respeto a las "instituciones centrales". El nuevo trotskismo, según Stalin divide arbitrariamente al leninismo, de antes y después de 1917, con el solo propósito de destruirlo y suplantarlo por el trotskismo,<sup>94</sup> so pretexto de que no es sino hasta ese año cuando Lenin acepta la "revolución permanente", o como vanidosamente sugiere Trotski, Lenin se vuelve "trotskista".

Lo cierto es que si alguien comprende la esencia de la teoría marxista de la revolución es Lenin, quien ya en 1905 escribía:

De la revolución democrática comenzaremos a pasar en seguida, y precisamente en la medida de nuestras fuerzas, de las fuerzas del proletariado consciente y organizado, a la revolución socialista. Nosotros somos partidarios de la revolución ininterrumpida. No nos quedaremos a mitad del camino [...]<sup>95</sup>

Zinoviev, entre otros, distingue claramente la posición de Trotski de la de Lenin, pues mientras éste no duda del triunfo de la revolución soviética si el partido es capaz de dirigir y mantener aliados a los obreros y los campesinos, Trotski piensa que:

[...] Las contradicciones en la situación del gobierno obrero en un país atrasado, en el cual la mayoría aplastante de la población está compuesta de campesinos, podrán ser solucionadas sólo en el plano internacional, en la palestra de la revolución mundial del proletariado.<sup>96</sup>

---

<sup>94</sup> Véase, J. Stalin, *Obras*, tomo 6, pp. 366 a 371.

<sup>95</sup> Cit. por Stalin, en *Obras*, tomo 8, p. 21.

<sup>96</sup> Grigori Zinoviev, "El Leninismo", en *El gran debate* (1924-1926), II, El socialismo en un solo país. Córdoba, 1972, p. 36.

Zinoviev, en cambio, considera que:

[...] Debemos construir el socialismo en nuestro país  
[...] Nuestro territorio abarca un sexto del globo;  
somos la parte más importante de la revolución mun-  
dial. De nuestros esfuerzos, de nuestros éxitos, eco-  
nómicos y otros, depende el éxito de la revolución  
internacional [...]<sup>97</sup>

Y a su juicio, lo anterior no riñe con la tesis "leninista" de que la victoria definitiva del socialismo sólo será posible en escala internacional. Stalin critica severamente a Trotski y al propio Zinoviev. En su opinión, la razón por la cual el primero de ellos no cree en la posibilidad de que "la Rusia revolucionaria resista ante una Europa conservadora", consiste en que no percibe "la potencia interior" de la revolución soviética, no comprende el alcance de la solidaridad internacional ni la magnitud del "mal interior que corroee actualmente al imperialismo".<sup>98</sup> En cuanto a Zinoviev, considera Stalin que no distingue con claridad dos cuestiones fundamentales que es menester separar, y que él mismo manejaba como una sola poco tiempo atrás: la posibilidad del triunfo del socialismo en un solo país y la garantía completa contra la restauración del régimen burgués.

Lo primero significa

[...] la posibilidad de resolver las contradicciones entre el proletariado y el campesinado con las fuerzas internas de nuestro país, la posibilidad de que el proletariado tome el poder y lo utilice para edificar la sociedad socialista completa en nuestro país, contando con la simpatía y el apoyo de los proletarios de los demás países, pero sin que previamente triunfe la revolución proletaria en otros [...]

---

<sup>97</sup> G. Zinoviev, *ibid.*, p. 37.

<sup>98</sup> J. Stalin, "La revolución de octubre y la táctica de los comunistas rusos", *ibid.*, p. 62.



Sin esta posibilidad, la edificación del socialismo es una edificación sin perspectiva [...]

La segunda cuestión significa

[...] la imposibilidad de tener una garantía completa contra la intervención y, por consiguiente, contra la restauración del régimen burgués, si la revolución no triunfa, por lo menos, en varios países. Negar esta tesis indiscutible es apartarse del internacionalismo, es apartarse del leninismo [...]

Zinoviev, a juicio de Stalin, confunde el problema. Considera viable la construcción del socialismo en un solo país, pero no su consolidación o triunfo definitivo. ¿Por qué?

Porque [...] no entiende por triunfo definitivo del socialismo en un solo país la garantía contra la intervención y la restauración, sino la posibilidad de llevar a cabo la edificación de la sociedad socialista. Y por triunfo del socialismo —añade Stalin, Zinoviev— entiende una edificación del socialismo que no puede ni debe conducir a la edificación completa del socialismo. Una edificación al azar, sin perspectivas [...]

Edificar el socialismo *sin la posibilidad* de llevar a cabo su edificación [...] he ahí a qué incongruencias llega Zinoviev [...]<sup>99</sup>

Stalin acusa a éste de “retocar” a Lenin, de “enmendar” sus textos, todo para “probar” que la construcción definitiva del socialismo no es posible en uno o varios países, olvidando que por victoria del socialismo en un país, y concretamente en la Unión Soviética, Lenin entendía nada menos que “[...] la toma del poder por el proletariado,

---

<sup>99</sup> J. Stalin, *ibid.*, p. 119.

la expropiación de los capitalistas y la organización de la producción socialista”<sup>100</sup> En cuanto a Trotski, temeroso de enfrentarse abiertamente al leninismo, arremete contra la supuesta teoría “staliniana” de la viabilidad del socialismo en un solo país, aunque pronto deja ver sus discrepancias de fondo con toda la dirección del Partido.

En 1928, el impulso al desarrollo industrial y los debates sobre el camino a seguir para lograr un rápido desenvolvimiento económico que permitiera a la URSS resolver sus problemas internos y enfrentarse con éxito al siempre amenazante enemigo de fuera, se vuelven el principal motivo de nuevos desacuerdos. Bujarin, junto con Rykov, Tomski y otros, convencidos acaso de que el socialismo soviético sólo podría lograrse —como solía decir el primero de ellos— “a paso de tortuga”, objetaban la dura línea staliniana y proponían una política más flexible y un desarrollo más lento, menos tenso y que impusiese menores restricciones al consumo. Y para hacer frente a las dificultades inmediatas, sobre todo en materia de abastecimiento de alimentos, proponían descansar en mayor medida en el funcionamiento del mercado y hacer ciertas concesiones a los kulaks. Stalin, por su parte, encabezaba la estrategia conforme a la cual, la superación de las más graves contradicciones internas, la liquidación del atraso técnico y aun la transformación socialista sólo serían posibles mediante un rápido desarrollo industrial, que permitiera la modernización en todos los demás campos de la economía.

Parafraseando a Lenin, señalaba:

[...] hemos alcanzado y sobrepasado a los países capitalistas adelantados en cuanto al establecimiento de un nuevo régimen político [...] Esto está bien. Pero no basta. Para lograr la victoria definitiva del socialismo en nuestro país es necesario, además, al-

---

<sup>100</sup> J. Stalin, *Obras*, tomo 9, p. 119.

canzar y sobrepasar a esos países en el aspecto técnico-económico. O lo hacemos así o nos aplastarán.

Eso no es sólo cierto desde el punto de vista de la edificación completa del socialismo. Lo es también desde el punto de vista de la garantía de la independencia de nuestro país en una situación de cerco capitalista. Es imposible garantizar la independencia [...] si no se cuenta con una base industrial suficiente para la defensa [...]<sup>101</sup>

La posición de Stalin expresaba en este caso, la convicción leninista de que la revolución social y política debía ser en Rusia también una profunda revolución económica, que en un tiempo breve hiciese posible la nueva organización socialista, pues de no ser así se volvería, de un modo u otro, al capitalismo. Stalin subrayaba que siendo la URSS la única dictadura proletaria, la situación tenía que ser más perentoria. Pero mientras los “derechistas” querían ir más despacio, los “izquierdistas”, sin reparar en la verdadera magnitud de los obstáculos a vencer, proponían demagógicamente avanzar más de prisa de lo que era posible, poniendo así en peligro la marcha hacia el socialismo. En rigor, la Unión Soviética se disponía a crear una nueva experiencia histórica. Ningún país, hasta entonces, se había industrializado de esa manera y con tal rapidez. En el marco capitalista, Rusia habría seguido siendo un país atrasado y dependiente de las grandes potencias occidentales y en general del capital monopolista. Pero ahora, bajo nuevas relaciones de producción, por primera vez podría movilizar su enorme potencial productivo y lograr, en unos cuantos decenios, lo que otros países habían realizado en siglos.

### *Agravamiento de la crisis general*

La crisis capitalista iniciada en octubre de 1929, comprobó que, como lo advirtiera un año antes el V Congreso

---

<sup>101</sup> J. Stalin. *Obras*, tomo 11, pp. 265-66.

de la IC, la relativa estabilidad del capitalismo, lejos de ser definitiva, empezaba a quebrantarse de nuevo. Stalin, en su informe al XVI Congreso del Partido soviético, la definía como una crisis mundial de sobreproducción que se desenvolvía desigualmente y que no era una simple repetición de las crisis anteriores. Entre sus nuevos rasgos distinguía el que atacara con mayor fuerza al "país principal del capitalismo", o sea a los Estados Unidos; el que se entrelazara la crisis industrial con la agraria; el que, debido al creciente peso del capital monopolista se mantuvieran precios altos en medio de una superproducción generalizada —que tendía a dificultar la reabsorción de los excedentes y a alargar la crisis económica—, y el que ésta se produjera sobre la base de una crisis general, ahora más profunda que en los años de la primera guerra mundial. Según Stalin, además, a la agudización explicable de las contradicciones propiamente capitalistas, se agregaba el antagonismo creciente con la Unión Soviética, todo lo cual lo llevaba a concluir que la estabilización capitalista tocaba a su fin y que, al menos en algunos países, la crisis económica se transformaría en crisis política, lo que significaba que la burguesía buscaría la salida "acentuando la fascistización en el terreno de la política interior" y preparando, "en el terreno de la política exterior", una nueva guerra imperialista, mientras el proletariado buscaba la solución a tales problemas en la revolución.<sup>102</sup>

En su informe al XVII Congreso del Partido, en enero de 1934, Stalin volvería sobre estas cuestiones y calificaría, a la crisis como "[...] la más grave de todas las crisis conocidas", como "la más prolongada y persistente". No obstante, al advertir el repunte inicial de la producción industrial, hacía notar que éste no parecía ser fruto exclusivo de la "coyuntura de la inflación belicista", sino obedecer también a "las fuerzas económicas internas del capitalismo". Stalin reconocía que el relativo alivio de la industria se había logrado a expensas de los obreros y los campesinos

---

<sup>102</sup> Véase J. Stalin, *ibid.*, pp. 247 a 267.

tanto de los países industriales como de las colonias y naciones dependientes, pero no veía, al menos de inmediato, la posibilidad de un ascenso generalizado de la industria basado en una renovación sustancial del capital fijo.

El fascismo, la intensificación del nacionalismo, la guerra aduanera y comercial y la creciente rivalidad interimperialista, hacían pensar a Stalin en el peligro inminente de un nuevo conflicto bélico. “Las cosas marchan, evidentemente —decía— hacia una nueva guerra”, “[...] hacia una nueva guerra imperialista como salida de la situación actual”.

Claro está —añadía— que no hay razón para suponer que la guerra puede proporcionar una salida efectiva. Al contrario, la guerra ha de complicar aún más la situación. Es más: desencadenará con seguridad la revolución y pondrá en peligro la existencia misma del capitalismo en varios países, como ocurrió en la primera guerra imperialista [...]<sup>103</sup>

Como signos elocuentes de la toma de conciencia de los trabajadores, Stalin mencionaba la revolución española y los avances del ejército rojo y las fuerzas revolucionarias en China. Y aunque confiaba en que ni el fascismo ni la guerra impedirían el surgimiento de nuevas situaciones revolucionarias, rechazaba abiertamente el catastrofismo y aun el optimismo de ciertos revolucionarios.

Algunos camaradas piensan —comentaba— que, si existe una crisis revolucionaria, la burguesía ha de caer en una situación sin salida, y que, por lo tanto, su fin está ya predeterminado [...] Este es un profundo error. El triunfo de la revolución jamás llega por sí solo. Es necesario prepararlo y conquistarlo. Y eso sólo puede hacerlo un fuerte partido revolucionario del proletariado [...]<sup>104</sup>

---

<sup>103</sup> J. Stalin, *Obras*, t. 13, p. 307.

<sup>104</sup> J. Stalin, *ibid.*, pp. 311 y 312.

*Algunos errores de Stalin*

A principios de los años cincuenta, Stalin publicó uno de sus más interesantes y, acaso también, más controvertido trabajo teórico —*Problemas económicos del socialismo en la URSS*—, en el que sostiene que los países imperialistas tratando de salir de la crisis, llevaron al mundo a la guerra y a la postre sólo agudizaron aquélla. Siendo esto cierto, en su análisis de la nueva etapa de la crisis, Stalin cae, sin embargo, en un mecanicismo que inevitablemente lo conduce a posiciones erróneas.

Partiendo de la justa apreciación de que la escisión del mundo en dos sistemas implica la disgregación del mercado mundial y el debilitamiento del mercado capitalista, Stalin considera que, sobre todo a medida que se fortalezca el nuevo mercado socialista y los países que viven bajo este nuevo régimen no tengan que importar de los capitalistas, se profundizará la crisis de éstos y se acentuará su inestabilidad al reducirse la esfera de explotación capitalista. Es decir, ni siquiera sería posible la estabilidad relativa lograda antes de la segunda guerra. En las nuevas condiciones, además, el capitalismo no podría crecer, como Lenin lo postulaba en 1916, incluso con mayor rapidez que antes, y las guerras seguirían siendo inevitables, sin que el movimiento por la paz ni el socialismo pudieran evitarlas.

¿Por qué, pensaba Stalin, debía el capitalismo desenvolverse en tal dirección? Por la acción de la "ley fundamental" del sistema, de aquella que "[...] no determina un aspecto aislado o unos procesos aislados del desarrollo de la producción capitalista, sino todos los aspectos y todos los procesos más importantes de ese desarrollo [...]"<sup>105</sup>

La ley del valor no puede ser esa ley, porque no es privativa del capitalismo sino propia de toda la producción mercantil. Tampoco pueden serlo la ley de la competencia y de la anarquía de la producción, o la del desarrollo des-

---

<sup>105</sup> J. Stalin, *Problemas económicos del socialismo en la URSS*. México, 1952, p. 29.

igual, o siquiera la de la tasa media de ganancia, pues "[...] el capitalismo monopolista, no puede darse por satisfecho con el beneficio medio, que, además, tiene la tendencia a bajar debido a la elevación de la composición orgánica del capital [...]"<sup>106</sup>

"Lo que más cerca está de la ley económica fundamental del capitalismo es la ley de la plusvalía, ley del nacimiento y del incremento del beneficio capitalista [...]" Pero siendo aun esta ley "demasiado general", para aplicarla a las condiciones actuales hay que "concretarla" y "desarrollarla [...]" teniendo en cuenta que el capitalismo monopolista no exige cualquier beneficio, sino el beneficio máximo [...]"

"[...] El capitalismo es partidario de la nueva técnica cuando ésta le promete los mayores beneficios [...]" y contrario a ella "[...] y partidario del paso al trabajo a mano cuando la nueva técnica deja de prometerle los mayores beneficios".<sup>107</sup>

En cuanto a la relación entre el Estado y los monopolios, criticando la formulación propuesta en el Proyecto de Manual de Economía Política, Stalin hacía notar que:

La expresión "ensambladura" no es exacta. Es una expresión que registra de modo superficial y descriptivo el acercamiento de los monopolios y del Estado, pero no revela el sentido económico de ese acercamiento [...] en el proceso de ese acercamiento no se produce una simple ensambladura, sino la subordinación del aparato del Estado a los monopolios. Por esa razón, procedería desechar la palabra "ensambladura" y sustituirla por las palabras "subordinación del aparato del Estado a los monopolios".<sup>108</sup>

Por todo lo anterior no es extraño que, en su crítica a Alexandr Illich Notkin, Stalin dejara constancia de su con-

<sup>106</sup> J. Stalin, *ibid.*, p. 30.

<sup>107</sup> J. Stalin, *ibid.*, pp. 30 y 31.

<sup>108</sup> J. Stalin, *ibid.*, p. 34.

vicción de que la producción capitalista no podría seguir creciendo como antes, e incluso tendería a descender.

Es evidente que, después de haberse escindido el mercado mundial y de haber comenzado a reducirse la esfera de explotación de los recursos mundiales por los principales países capitalistas [...], el carácter cíclico del desarrollo del capitalismo —ascenso y descenso de la producción— deberá, a pesar de ello, subsistir. Pero el ascenso de la producción en estos países, tendrá lugar sobre una base restringida, pues el volumen de la producción de esos países descenderá.<sup>109</sup>

Bastaría recordar lo acontecido después de la Segunda Guerra para comprobar la invigencia de tales posiciones. Acaso el principal error de Stalin consistió en suponer, simplista y mecánicamente, que la contracción territorial del capitalismo debía significar una reducción del mercado e incluso un descenso de la producción capitalista, así como contradicciones cada vez más graves debidas a la acción de la “ley económica fundamental” del sistema en la fase imperialista, que aun admitiendo que la hubiese, no parecería ser la postulada por él. Su tajante posición de que “[...] el beneficio medio es el nivel inferior de la rentabilidad, por debajo del cual la producción capitalista es imposible [...]”,<sup>110</sup> le impidió a nuestro juicio comprender la importancia de la ley de la tendencia a la tasa media de ganancia, y todo el proceso de formación de los precios bajo el capitalismo monopolista de Estado, así como la dialéctica de la relación competencia-monopolio.

Al igual que Trotski y otros teóricos soviéticos sobre todo del periodo interbélico, Stalin dejó de lado, en su análisis de la crisis general, la categoría leninista del capitalismo monopolista de Estado, la que fue en rigor sustituida por una relación estrecha y unilateral, de subordinación

---

<sup>109</sup> J. Stalin, *ibid.*, p. 44.

<sup>110</sup> J. Stalin, *ibid.*, p. 31.



del aparato de Estado a los monopolios. Como bien dice Varga: "Bajo el capitalismo monopolista de Estado, el Estado representa los intereses comunes del capital monopolista. Pero no se trata de una 'subordinación' unilateral sino de una conjugación de fuerzas, que, no obstante la fusión que entraña, deja cierta autonomía [...]"; "[...] la fusión del poder del Estado y el capital monopolista procede dialécticamente y contiene innumerables contradicciones que afloran en un análisis concreto [...]"<sup>111</sup>

Según el propio autor, al anunciar la contracción del mercado capitalista, Stalin incurrió en un serio error: "[...] confundió dos conceptos: la capacidad absoluta del mercado capitalista y su estrechez relativa. El mercado es relativamente menor, es decir: el poder de compra queda atrás de la creciente capacidad productiva, incluso cuando en términos absolutos hay una expansión del mercado".<sup>112</sup>

Todo el análisis de Stalin sobre la crisis capitalista exhibe cierta unilateralidad, así como una manifiesta tendencia al esquematismo. La "ley económica fundamental", convertida en el eje en torno al cual gira el capitalismo monopolista, ni parece privativa del sistema en dicha fase histórica o siquiera del capitalismo en su conjunto, ni guarda relación estrecha con el comportamiento de la contradicción fundamental y las nuevas formas en que ésta se expresa a escala internacional. La tesis, según la cual, si el avance técnico no reporta un beneficio máximo será incluso sustituido por el trabajo manual, se antoja demasiado absoluta y simplista e incapaz de explicar el desarrollo tecnológico y sus contradicciones en la fase imperialista, como lo hace por ejemplo el análisis teórico de Lenin, a partir de la relación antagónica entre la competencia y el monopolio. La tendencia a exagerar el alcance de la reducción del mercado capitalista, junto a la incompreensión del papel de la guerra misma, de la reconstrucción de postguerra, del nuevo carácter de la contradicción capi-

---

<sup>111</sup> E. Varga, *Politico-economic problems of capitalism*. Moscú, 1968, pp. 55 y 59.

<sup>112</sup> E. Varga, *ibid.*, p. 174.

talismo-socialismo, de los cambios en la división internacional del trabajo, de la industrialización de los países atrasados y, acaso sobre todo, del desarrollo del capitalismo monopolista de Estado como consecuencia, y a la vez instrumento fundamental de la oligarquía para enfrentarse a la crisis general, explican por qué Stalin, que hasta antes de la guerra había mantenido una posición diferente, en los últimos años de su vida tendiera a pensar que el capitalismo no podría ya crecer como en etapas previas, y aun debería retroceder.

### LOS ESTUDIOS DE EUGENIO VARGA

Quizá ningún economista soviético trabaja en forma tan sistemática y durante tanto tiempo como el profesor Varga sobre el fenómeno de la crisis capitalista. Su obra, en efecto, contenida en gran número de ensayos y artículos, se desenvuelve a lo largo de prácticamente medio siglo.

#### *El capitalismo antes y después de la Primera Guerra*

Ya en 1924 publica en Londres *The decline of capitalism*, en donde intenta demostrar que, como lo sostenía la IC, el capitalismo entraba a un período de crisis y declinación, diferente del que había recorrido hasta 1914. El capitalismo de preguerra se había caracterizado por una expansión geográfica debida a la incorporación al sistema, de los estratos precapitalistas; la creciente adopción del patrón oro había ayudado también a tal expansión, en cuya base se advertía una gran acumulación —y una rápida concentración y centralización— de capital que, salvo en las crisis periódicas, hizo posible un sostenido aumento de la producción.

El sistema, en su conjunto, formaba una unidad en que las crisis mostraban cierto paralelismo y cuyos cambios se

transmitían rápidamente de unos países capitalistas a otros, en parte debido a la capacidad de los más desarrollados para influir en la división internacional del trabajo e impulsar el comercio y el movimiento de capitales. La creciente acumulación de capital propiamente financiero, ligado a las industrias pesadas, se expresaba en una tendencia a la baja de la tasa de ganancia. Pero los desajustes eran periódicamente corregidos por las crisis cíclicas y el sistema gozaba de un equilibrio inestable. El descenso de la tasa de ganancia era contrarrestado por la reducción de los gastos de circulación lograda por los grandes trusts, por la posibilidad de éstos de retener una mayor parte de los beneficios del capital comercial, y sobre todo de fijar precios de monopolio a costa de otros, y, desde otra perspectiva, por la exportación de capital hacia países con más altas tasas de beneficio, para subyugar a los cuales debía recurrirse, en caso necesario, a la guerra.<sup>113</sup>

El periodo de decadencia tenía otras características. La extensión del capitalismo se hace más lenta tanto porque se han incorporado a él muchos países como porque otros empiezan a desprenderse, a partir de rupturas revolucionarias. En ciertos momentos se tiende incluso a volver a formas de producción precapitalistas. La división internacional del trabajo, y con ella el comercio exterior, se restringen. El patrón oro se sustituye por el papel moneda inconvertible; la acumulación de capital se acompaña de una innegable desacumulación, a todo lo cual se agrega que decrece la producción, entra en crisis el sistema de crédito, declina el nivel de vida de los trabajadores, se intensifica la lucha de clases y empieza a dejar de pensarse en el capitalismo como un sistema incommovible y eterno. A estas características, señaladas en 1922, Varga añade, dos años después, la falta de uniformidad en el desarrollo de los periodos de prosperidad, el entrelazamiento de la crisis agraria con la industrial, el agravamiento de la crisis social en Europa y las tendencias de los países imperialistas euro-

---

<sup>113</sup> E. Varga, *The decline of capitalism*, pp. 6 a 8.

peos, a en vez de ampliar sus mercados, obstruir la producción de algún competidor e incluso empujar al capitalismo hacia atrás.

El capitalismo —comenta Varga— puede moverse hacia atrás, un retorno parcial a formas precapitalistas de economía puede producirse; millones pueden morir de hambre o ser azotados por plagas; uno o varios países capitalistas pueden acumular a expensas de otros [...] que se “descapitalicen”. Pero la dominación del capitalismo puede, pese a todo, prevalecer, si el proletariado no conquista el poder por medios revolucionarios [...] Especular [...] en torno a la imposibilidad de la acumulación, como una premisa de la revolución, constituye un considerable oportunismo. Como, por otro lado, la existencia de la acumulación de ningún modo prueba que la revolución proletaria carezca de toda posibilidad [...]<sup>114</sup>

Varga considera que, al concentrarse el ingreso en una muy pequeña minoría de capitalistas, la lucha de clases tiende a intensificarse. La concentración y formación de los trusts, anterior a la guerra, se vuelven cada vez mayores y más complejas sus formas de integración y funcionamiento; “los dirigentes de estas poderosas organizaciones, se convierten de hecho en los dictadores del moderno Estado capitalista”. Ahora no son sólo ya los bancos los que promueven la creación de cárteles y trusts. Al calor de la inflación también lo hacen las grandes industrias, lo que agrava la dependencia económica y financiera de la burguesía «no organizada» respecto a los monopolios. Y la mayor concentración y más intensa competencia monopolista no significa, como algunos creen ingenuamente, que el capitalismo se libre de las crisis y de las guerras.

Las crisis, y especialmente la inflación, aceleran el proceso de proletarianización de las capas medias. Los trabajadores, sobre todo, sufren las consecuencias de la crisis, pues

---

<sup>114</sup> E. Varga, *ibid.*, pp. 9, 10 y 15.

la burguesía no sólo utiliza medios económicos para someterlos: recurre inclusive a acciones militares y formas de terrorismo fascistas. Varga observa, no obstante, que si bien objetivamente el antagonismo de clase es cada vez mayor, subjetivamente el proletariado se debilita.

La crisis afecta además a la política económica burguesa, la que a menudo parece más incapaz que nunca para hacer frente aun a los problemas menos graves que suelen preocupar a la clase en el poder, lo que no significa que el desarrollo capitalista llegue a su fin y que en adelante no haya nuevos periodos de auge y aun ciertos procesos de rápido crecimiento. En su conjunto, empero, el capitalismo se desenvuelve en el marco de una curva descendente. “El futuro inmediato —y esto habría de confirmarlo la crisis de 1929— se caracteriza por la terminación de la prosperidad norteamericana, la creciente competencia de Estados Unidos en el mercado mundial y una crisis en Europa que puede producirse pronto”.<sup>115</sup>

El autor es consciente de que no han de ser factores meramente económicos los que decidan si la crisis del capitalismo ha de culminar en el colapso o en un nuevo equilibrio y un atrincheramiento del sistema, aunque considera que nada autoriza a pensar que éste se oriente en la dirección anunciada por Hilferding, de una “economía organizada”, pacífica y democrática, sino más bien hacia una crisis aún más aguda auspiciada por los cambios en la división internacional del trabajo, una severa depresión y la intensificación de la carrera armamentista.

La crisis del capitalismo —concluye el profesor Varga— continúa. Ninguna teoría optimista puede confundirnos. Si ha de conducir a la recuperación o al colapso del capitalismo, depende del proletariado revolucionario y su partido [...]<sup>116</sup>

---

<sup>115</sup> E. Varga, *ibid.*, p. 52.

<sup>116</sup> E. Varga, *ibid.*, p. 56.

*La crisis de 1929, la  
«gran depresión» y la crisis general*

En *La crisis y sus consecuencias políticas*, ensayo escrito en 1934, bajo el impacto de una depresión catastrófica, Varga parece pensar que no hay “perspectivas de una nueva fase de prosperidad”, pero su análisis revela que su posición no es comparable a la de los teóricos del derrumbe.

Varga es, sin duda, de los primeros investigadores que repara en el carácter dialéctico de la relación entre las crisis cíclicas y la crisis general del capitalismo:

Desde que el sistema de producción capitalista se halla en pleno desarrollo, su movimiento se efectúa en forma cíclica [...] Pero esta repetición de los ciclos y las crisis no significa una adición mecánica de unidades cualitativamente homogéneas. Cada ciclo y cada crisis tienen un lugar específico en la historia del capitalismo. En el movimiento cíclico se efectúa también la transformación del carácter mismo del sistema capitalista, el paso del capitalismo industrial al imperialismo y a la época de la crisis general [...], en tanto que periodo esencial del imperialismo [...]

La crisis general modifica el carácter del ciclo y concretamente da a la crisis de los años treinta una especificidad [...] <sup>117</sup>

La crisis iniciada en 1929 y la depresión que la sigue no sólo son más largas e intensas que otras. Al lado de la sobreproducción y el derrumbe de la demanda y de los precios, se aprecia ahora una inestabilidad monetaria, crediticia, comercial y financiera sin precedentes, pese a los esfuerzos del Estado por restablecer artificialmente la “normalidad”. Y no sólo eso: la depresión exhibe cambios en

---

<sup>117</sup> E. Varga, *La crisis y sus consecuencias políticas*. Barcelona, 1935, pp. 15 y 16.

el módulo cíclico del funcionamiento capitalista, que hacen que —como también lo observara Stalin— la crisis no tenga suficiente eficacia como correctivo temporal de las contradicciones que la provocan.

Considerada mecánicamente —escribe Varga— la depresión actual apenas se diferencia de todas las formas de depresión precedentes como Marx las caracterizó; considerada dinámicamente, existe una diferencia fundamental: la depresión actual —al contrario de las depresiones “normales”— no constituye una base suficiente para un ascenso de la economía capitalista. El carácter especial de la depresión consiste en la deformación del ciclo industrial bajo los efectos de la crisis general del capitalismo [...]

[...] la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción ha llegado a agudizarse de tal modo [...] que la producción aumentada choca prematuramente con los límites de la capacidad adquisitiva del mercado, antes de haber alcanzado la fase de ascenso.<sup>118</sup>

La crisis, comenta Varga, desenlaza en la depresión. Hasta aquí, el ciclo se desenvuelve como antes. Pero la depresión no basta para hacer posible una nueva fase de prosperidad. ¿Por qué? Porque la base de ésta es la renovación masiva del capital fijo, y bajo la crisis general, tal renovación, y especialmente la demanda de medios de producción, se ve limitada por el “exceso crónico de capital industrial”, que sin duda presiona la tasa de ganancia. Un segundo factor en juego es el grado cada vez más alto de monopolización que, en general inhibe y en ciertos momentos aun frena el progreso técnico. Lo nuevo a este respecto consiste en que

[...] a consecuencia de los bajos salarios y del gran exceso de capital fijo, se introducen *solamente aque-*

---

<sup>118</sup> E. Varga, *ibid.*, pp. 124 y 125-126.

*llas novedades técnicas que posibilitan una gran reducción del coste de producción, esto es, una fuerte reducción de la fuerza de trabajo. Una reducción poco importante [...] no basta para inducir al capital a una nueva inversión.*<sup>119</sup>

Los monopolios, además, contienen la baja de los precios de las mercancías monopolizadas, lo que indirectamente también incide sobre el mercado y sobre el proceso de acumulación. Y a todo ello se agrega que, concluida ya en lo fundamental en los países capitalistas más avanzados la descampesinización, falta el estímulo a la demanda y al crecimiento del mercado de otras épocas. La ruina que en el campo provoca la crisis agraria es distinta de la que implicó el desarrollo del capitalismo y, en verdad, más que ampliar el mercado contribuye a reducirlo. En fin, la imposibilidad de ocupar nuevos territorios sin dueño y la dificultad para exportar capitales, y la fuerte reducción del poder de compra de los trabajadores, a consecuencia principalmente del desempleo, y de la baja de salarios. En resumen, la racionalización capitalista consiste en hacer producir más a los obreros a cambio de menores salarios, pero ésta que intenta ser la condición para salir de la crisis, es a la vez el principal obstáculo para alentar la inversión e iniciar la fase de prosperidad.

*Esta forma característica de la racionalización durante la crisis es un elemento importante del carácter especial de la depresión actual. La reducción del coste de producción a costa de los obreros, disminuye el impulso para la renovación del capital fijo, esto es, la expansión del mercado para los medios de producción, mientras que la reducción de los salarios limita el mercado de medios de consumo.*<sup>120</sup>

Todo lo cual hace pensar a Varga que el ciclo seguirá

<sup>119</sup> E. Varga, *ibid.*, p. 127.

<sup>120</sup> E. Varga, *ibid.*, pp. 133-134.



deformándose, que la depresión se alargará y que incluso estallará una nueva crisis, a menos que antes sobrevenga la guerra.

La burguesía, descontenta con la reducida mejora de la valorización del capital en la actual depresión de carácter especial, buscará la salida en la guerra [...]<sup>121</sup>

Varga encuentra la base de la crisis general, del desperdicio de capacidad productiva y del desempleo en la contradicción entre el crecimiento de las fuerzas productivas y la reducción relativa de la capacidad de consumo, la que a su vez obedece a que, al aumentar la productividad del trabajo, aumenta también la tasa de explotación y se reduce la parte del valor que retienen los trabajadores, elevándose, en cambio, la de los capitalistas, situación que con frecuencia se expresa en el empobrecimiento absoluto, y no solamente relativo de la clase obrera. La competencia monopolista, interesada en lograr los costos más bajos, se traduce en altas tasas de depreciación y también de obsolescencia, desplazándose a menudo equipos que, en otras condiciones, podrían seguir operando satisfactoriamente.

La acumulación de capital “es un proceso dialéctico de doble filo”, “produce [...] dos procesos contradictorios [...] extensión de la capacidad adquisitiva de la sociedad y, dentro de ella, también de la capacidad de consumo según su *magnitud absoluta*; [y] por otro lado, *disminución relativa* de la capacidad de consumo de la sociedad en relación con la fuerza de producción.

*La acumulación significa, pues, como dice Marx, una continua sobreproducción relativa.*<sup>122</sup>

---

<sup>121</sup> E. Varga, *ibid.*, p. 147.

<sup>122</sup> E. Varga, *ibid.*, p. 36.

*El problema de los mercados  
y la acción del Estado*

El que la acumulación se desenvuelva así trae consigo, concretamente en los años treinta, una “agudización especial del problema del mercado” y una acentuación de la crisis general, que por sí sola determina “una estrechez crónica del mercado”, debida al excedente de capital y al desempleo. En rigor ambos se vuelven crónicos, y “[...] al contrario de lo que ocurría con el ejército de reserva [...] de la época del capitalismo industrial, la desocupación no desaparece ni siquiera en la fase de prosperidad y —prescindiendo del movimiento cíclico— crece constantemente”. Todavía más: “La producción —observa el profesor Varga— hubiera caído aún más de no haber sido por los enormes preparativos de guerra, que proporcionaban pedidos a una parte de la industria”.<sup>123</sup>

La crisis del capitalismo no sólo angosta relativamente el mercado: también vuelve más anárquico su funcionamiento. El papel regulador del sistema de precios se altera y es distorsionado por el precio de monopolio. “El monopolista vende a precios superiores y compra a precios inferiores a los de producción”, y la competencia monopolista, a la vez que estorba y aun impide el crecimiento de la producción en ciertos campos, lo impulsa en otros anárquicamente. La sola crisis cíclica contribuye a divorciar a los precios de sus correspondientes valores, superando a éstos en la etapa de auge y siendo inferiores a ellos en la fase depresiva. En resumen, Varga considera que, debido a múltiples factores “[...] en el periodo de la crisis general, la extensión del mercado capitalista tiene límites muy estrechos [...]”<sup>124</sup> Y aunque están presentes tales factores, el autor tiende a exagerar su influencia, a atribuir quizá a la crisis general lo que puede ser más bien propio de la crisis cíclica, y a no reparar debidamente en los elementos contrarrestantes, y sobre todo, en la sig-

<sup>123</sup> E. Varga, *ibid.*, pp. 48 y 56.

<sup>124</sup> E. Varga, *ibid.*, p. 132.

nificación del capitalismo monopolista de Estado, categoría que, sin embargo, no deja de ser utilizada en su análisis de la crisis.

El capital monopolista —escribe—, aprovecha su dominio sobre el aparato del Estado para desplazar sistemáticamente la distribución de los ingresos nacionales en beneficio suyo, para saquear las cajas del Estado bajo las formas y excusas más diversas. Las tendencias al “capitalismo de Estado” han experimentado un fuerte desarrollo. En cierto sentido se efectúa un paso del capitalismo monopolista hacia un “capitalismo estatal monopolista de guerra”, como Lenin calificó al capitalismo en el periodo de la primera guerra mundial.

Varga advierte que, especialmente en los países que como Alemania y Japón, se lanzan de lleno a preparar una nueva guerra, el papel del Estado en la economía se refuerza, lo que además no es ajeno a la decisión de cerrar el paso al peligro revolucionario. “La fascistización del aparato del Estado necesaria para esto, está ligada al refuerzo de las tendencias al capitalismo de Estado”,<sup>125</sup> tendencias entre las que destaca la creciente importancia del presupuesto estatal como elemento redistribuidor del ingreso, el peso del Estado en el comercio exterior, la importancia cada vez mayor de la banca estatal y semiestatal, la influencia del Estado en la distribución de la fuerza de trabajo y su injerencia directa en la fijación de precios de muchas mercancías.

Esta y otras formas semejantes de la intromisión del Estado, han conducido a que el beneficio de cada empresa [...] dependa de las medidas rápidamente crecientes que tome el Estado. *En general*, todas las medidas del Estado influyen en beneficio del capital monopolista [...]<sup>126</sup>

---

<sup>125</sup> E. Varga, *ibid.*, pp. 116 y 117.

<sup>126</sup> E. Varga, *ibid.*, p. 118.

Indudablemente, este aspecto del análisis de Varga es interesante y en muchos aspectos justo. Acaso su principal limitación consiste en que la intervención del Estado se asocia más a la crisis y a la preparación de la guerra que, a la manera de Lenin, a la creciente socialización de la producción y al propio desarrollo y a las contradicciones internas del capital monopolista en la época de la crisis general del sistema. Y probablemente por ello tiende a menospreciar la capacidad de éste, para —aunque por medios cada vez más irracionales—, hacer crecer las fuerzas productivas bajo un capitalismo monopolista de Estado que en adelante será la única forma posible del capitalismo.

En cambio, Varga ubica muy correctamente el fascismo, al que asocia al desarrollo del capital monopolista.

Todo el periodo de la crisis general del capitalismo se caracteriza por un proceso desigual, que se desarrolla en forma de zig-zag, de destrucción del disfraz democrático parlamentario de la dictadura de la burguesía [...]

Al dividir a la clase obrera y aislar a las grandes masas de la vanguardia comunista revolucionaria, la socialdemocracia creó la posibilidad de que la burguesía reprimiese violentamente la revolución [...]<sup>127</sup>

El fascismo, sin embargo, no es una expresión de fuerza sino en cierto modo de debilidad de la burguesía; es “[...] un síntoma de la pérdida de la hegemonía ideológica, lo que la obliga a recurrir a la aplicación sistemática del terror”. Y además no es inevitable. La teoría de la inevitabilidad del fascismo “[...] equivale a una negación de la crisis general del capitalismo” como época de la revolución social.<sup>128</sup>

En el “segundo ciclo”, “el factor decisivo de las condiciones previas favorables para el triunfo de la revolución proletaria [...] es el papel revolucionario de la Unión So-

---

<sup>127</sup> E. Varga, *ibid.*, pp. 240 y 297.

<sup>128</sup> E. Varga, *ibid.*, pp. 266 y 276.

viética, que crece rápidamente".<sup>129</sup> La crisis hace madurar las condiciones objetivas necesarias para la revolución. Pero la solución revolucionaria de la crisis sólo será posible si los partidos proletarios son capaces de conquistar el triunfo en la lucha contra la burguesía.

En *Dos Sistemas*, libro escrito en vísperas de la segunda guerra mundial, Varga vuelve sobre los temas anteriores, comparando ahora la crisis que sufre el capitalismo con la rapidez con que se consolida el socialismo en la URSS. El cada vez más grave problema de mercado, o sea para realizar la producción "[...] conduce a hacer más lenta la acumulación real; enormes sumas de dinero 'ahorradas' no pueden transformarse en capital productivo y permanecen sin aplicación en forma de capital bancario." Esto obedece, insiste el autor, a que "la acumulación es un proceso de doble filo", pues si bien de ella depende el desarrollo, sobrepasado cierto límite [o sea cuando empieza a dificultarse la realización] se interrumpe aquélla y aun se destruyen valores ya creados. Lo que comprueba que "[...] la acumulación capitalista se transforma periódicamente en su contrario, es decir en destrucción de capital."<sup>130</sup>

Tal contradicción no significa que la producción se estanque. Por el contrario, la técnica sigue avanzando y las fuerzas productivas crecen, dándose en ciertos países incluso una "revolución técnica", que a la postre, sin embargo, hace más contradictorio el proceso de acumulación. Abundan los datos que demuestran que bajo la "crisis general no se puede hablar de 'estancamiento', y menos aún de mutilación de las fuerzas productivas de la economía mundial capitalista [...]

"[...] lo que caracteriza esa crisis es la incapacidad del capitalismo para utilizar debidamente las fuerzas productivas, que constantemente crecen bajo la presión de la competencia [...]"<sup>131</sup> Lo "[...] que hace más lento el desarro-

---

<sup>129</sup> E. Varga, *ibid.*, p. 286.

<sup>130</sup> E. Varga, *Dos Sistemas*. Buenos Aires, 1948, pp. 23 y 29.

<sup>131</sup> E. Varga, *ibid.*, pp. 31 y 39.

llo [...] —sobre todo en comparación con el socialismo— es la limitación del mercado capitalista [...]", o sea que la reducción del consumo no sólo afecta la producción en el sector II sino también en el I; y cuando la capacidad productiva ociosa es considerable —situación que llega a ser crónica—, ello por sí solo inhibe la nueva inversión.

Con anterioridad a la crisis general, comenta Varga, el problema del mercado sólo era grave en los momentos en que se producía una crisis cíclica. Después, en cambio, se torna un problema fundamental y casi permanente. Cuestiones como "la dificultad de la acumulación, la no utilización crónica del capital fijo, la disminución en el ritmo de producción, la desocupación crónica están estrechamente unidas al problema del mercado [...]" Si éste creciera paralelamente a la producción, tales problemas no se plantearían ni habría crisis de sobreproducción.

Pero si bien la acumulación de capital amplía el mercado y facilita en particular la absorción de los medios de producción, ésta no crece —como lo creía Tugan Baranowski— ilimitadamente. A la postre depende de la colocación de los bienes de consumo, y bajo la crisis general ésta se ve desfavorablemente condicionada porque el proceso de descampesinización llega de hecho a su fin en los países capitalistas más avanzados, porque concluye el reparto de las colonias, termina la era de los ferrocarriles, se generaliza y agrava la crisis agraria, se multiplican las trabas a la exportación de capital, y el peso creciente de los monopolios acelera la concentración y centralización y limita la capacidad de consumo de los trabajadores. Los monopolios deprimen inclusive el proceso de acumulación, pues si bien "[...] poseen inmensas masas de plusvalía acumuladas en forma de dinero, [...] difícilmente pueden obtener plusvalía de ese capital. En las ramas de producción monopolizadas [...] sólo pueden invertir nuevo capital en una medida muy limitada, pues hacerlo ocasionaría: o un aumento 'nocivo' de la oferta en el mercado que pondría en peligro los precios elevados impuestos por

el monopolio, o un aumento de la masa de capital fijo que permanece improductivo.”<sup>132</sup>

El armamentismo ayuda en ciertos momentos a estimular la demanda y ampliar el mercado, pero no corrige totalmente el exceso de capital fijo característico de esta etapa. A veces aun lo promueve en la propia industria militar, aparte de generar otros desajustes que suelen ser graves. El propósito de retener el mercado nacional propicia una política comercial y arancelaria cerrada, que junto al “dumping” que a menudo se emplea para disponer de excedentes en el exterior, debilita y rompe definitivamente el equilibrio en el mercado mundial. La crisis se acompaña de cambios significativos en la división internacional del trabajo y de cierto desarrollo industrial de algunos países atrasados. Pero “[...] éste se limita casi exclusivamente a la producción de bienes de consumo; la fabricación de medios de producción, especialmente máquinas y medios de transporte, siguen siendo [...] un monopolio esencial de los EE. UU. y de los países industriales de Europa Occidental.”

Y en una interesante reflexión que revela que Varga comprende que la industrialización capitalista no abre a los países atrasados el camino de un desarrollo independiente, señala: “De este modo, la dependencia de los países agrarios y coloniales con respecto a los países industriales, se prolonga en forma de relaciones entre medios de consumo y medios de producción (así como en el aspecto militar).”<sup>133</sup> Lo que, de paso, revela que la dependencia no es un fenómeno que se limite a la esfera del intercambio, sino que surge del desarrollo desigual y se genera en la estructura productiva.

Varga observa, además, que si bien Lenin ya advierte que el tránsito al capitalismo monopolista de Estado supone un extraordinario fortalecimiento del aparato estatal, bajo la crisis se amplía grandemente la intervención del Estado en la economía.

---

<sup>132</sup> E. Varga, *ibid.*, pp. 98 y 102-104.

<sup>133</sup> E. Varga, *ibid.*, p. 142.

Después del estallido de la crisis de 1929 —escribe—, la intervención del Estado en la vida económica para favorecer a la burguesía cobró nuevo impulso. El Estado se vuelve un factor decisivo en la economía capitalista. Su intervención se extiende a todos los dominios: cambios, crédito y bancos, comercio exterior, saneamiento de empresas, cárteles obligatorios, etc. [...]

Las reglamentaciones de todo tipo se multiplican para “lograr el monopolio del mercado interno”, “aliviar el peso de las deudas [...]”, “sanear, mediante la ayuda estatal, la economía de las empresas monopolistas amenazadas por la crisis, mitigar el descontento de los trabajadores y preparar la guerra. El que algunos países ostenten sus medidas anticíclicas y sus programas militares como verdaderos “planes” de desarrollo no cambia esencialmente las cosas.

[...] la condición determinante de la producción, del empleo de las fuerzas productivas en el capitalismo, será siempre la ganancia. Ninguna economía planificada modificará esta situación, mientras los medios de producción sigan siendo propiedad privada [...]. Y mientras ello sea así, [...] el problema de los mercados no podrá ser resuelto.

Sintetizando: la economía “planificada” capitalista es un arma del arsenal de la burguesía, al servicio del mantenimiento de su dominación [...]<sup>134</sup>

Anticipándose a otros autores en este tipo de análisis, Varga sostiene que a medida que se ahonda la crisis general se acentúa el intercambio desigual en perjuicio de los países coloniales y dependientes, lo que permite al “capitalismo de los países imperialistas [...] arrojar en parte el peso de la crisis sobre las poblaciones coloniales [...]” Y aunque, en general, el imperialismo frena el desarrollo

---

<sup>134</sup> E. Varga, *ibid.*, pp. 149, 155 y 157.



industrial de los países dominados, bajo la crisis y la guerra no puede evitar y con frecuencia aun tiene que promover, principalmente en beneficio propio, tal desarrollo, que sin embargo siempre resulta unilateral y deforme.

Varga anuncia la crisis de 1929 y anticipa también con singular precisión, la de 1937-38, que según él habría estallado antes si muchos de los países europeos no se hubieran lanzado a preparar la guerra.<sup>135</sup>

La prosperidad que acompaña en ciertos países a la segunda guerra y sobre todo a los años de postguerra, hace pensar a algunos que el capitalismo se ha transformado grandemente, librándose, al fin, de la crisis. Varga, en cambio, advierte que “el ahondamiento de la crisis general es un proceso histórico multifacético [...]”, que sus formas de manifestación cambian, que bajo la relativa estabilidad y el crecimiento económico hay un debilitamiento ideológico e insoslayables y definitivas derrotas políticas, como son la desintegración colonial y sobre todo el nacimiento de las democracias populares y el surgimiento del sistema socialista, lo que confirma que la crisis general debe verse, a la manera leninista, como expresión de la descomposición creciente del capitalismo.

Los éxitos económicos [mismos] —y sobre todo el hecho de que no haya sobrevenido una crisis económica mundial en el curso de los once años siguientes a la guerra—, se explican no por la solidez, ni mucho menos, de las fuerzas interiores del capitalismo, sino por las peculiaridades de la reproducción capitalista durante la segunda guerra mundial [...]

Pero a la vez, “el capital, expresado en dinero, se acrecentó rápidamente, acentuándose en la reproducción del mismo el divorcio entre su forma material y su expresión monetaria [...]

Esta discrepancia “entre la forma material y la expresión monetaria de la reproducción”, si bien contribuyó a en-

---

<sup>135</sup> E. Varga, *ibid.*, pp. 232 y 281.

sanchar el mercado y estimular el crecimiento, dio también lugar a serios desajustes en el ciclo del capital y a la inflación, pues a la acumulación financiera no corresponde una acumulación real de similar magnitud.<sup>136</sup>

La segunda guerra agrava la crisis capitalista, aviva las contradicciones internas del sistema y debilita a éste frente al nuevo sistema socialista. Desde luego, el mercado no se reduce en términos absolutos ni dejan de crecer las fuerzas productivas. Al calor de altas ganancias monopolistas se incrementa la inversión necesaria para reponer las riquezas destruidas y facilitar la rehabilitación de los países derrotados.<sup>137</sup>

La guerra fría estimula el anticomunismo y contribuye a mantener altas tasas de crecimiento, pero exhibe y ahonda, a la vez, ciertos rasgos de la crisis general. La solidez y el equilibrio internos del capitalismo son minados crecientemente por la acción de las leyes que rigen el funcionamiento del sistema. La expansión de las fuerzas productivas se vuelve más desigual e inestable, y, sobre todo, adopta un carácter "parcial, unilateral"; se acentúa la dependencia de los países capitalistas respecto a los Estados Unidos y se intensifican la "putrefacción y el parasitismo", lo que se "manifiesta de manera particularmente nítida en el crecimiento del militarismo, el entorpecimiento del desarrollo de las fuerzas productivas para fines pacíficos, la concentración de la labor científica y técnica para objetivos militares, (y) la independencia del ciclo industrial respecto a la producción bélica."

El peso creciente del militarismo abulta el gasto improductivo, eleva el "faeux frais" del sistema y altera desfavorablemente el proceso de acumulación. "[...] sería ridículo decir que un tanque o un cañón satisface alguna

---

<sup>136</sup> E. Varga, *Problemas fundamentales de la economía política del capitalismo*. Buenos Aires, 1959, pp. 10 y 11.

<sup>137</sup> "El aumento del mercado interior —escribe Varga— ha tenido por causa, ante todo, la renovación y ensanchamiento del capital constante y, en medida muchísimo menor, el incremento del consumo." *Ibid.*, p. 22.

necesidad de los hombres que los emplean [...]” Los armamentos no son bienes de producción ni de consumo.

La existencia de una enorme producción bélica comporta la modificación de la reproducción social capitalista [...] El hecho de que un aspecto muy importante de la producción revista la forma natural de armamentos y quede al margen de la reproducción social, no puede dejar de conducir a la demora de los ritmos de la acumulación social y, a consecuencia de ello, del incremento de la producción en su conjunto.<sup>138</sup>

Si bien en un principio y bajo condiciones de subempleo de la capacidad productiva, la producción militar puede ser un importante estímulo, poco a poco tiende a reemplazar a la producción civil, y a la postre, en vez de complementarla, la reduce; lo que es otro de los factores que conduce a la inflación. Ésta y la tendencia del capital monopolista a elevar la tasa de explotación, contienen y aun deprimen los salarios reales sobre todo en términos relativos, y ello, a su vez, agrava el problema de realización o de venta, pues ni siquiera el enorme gasto suitario de la burguesía es capaz de compensar plenamente la restricción del consumo de las grandes masas, debido a que una parte de su ingreso debe destinarse a la acumulación. El crédito a los consumidores juega, por su parte, un papel cada vez más significativo, pero también contribuye a agudizar la inflación, sobre todo en una etapa en la que “el método más importante para obtener [superbeneficios monopolistas] consiste en la fijación del precio monopolista, es decir, superior al precio de producción [...]”

[...] ahora más que nunca (la burguesía monopolista) ... se vale del poder del Estado para influir sobre la economía en favor de sus propios intereses. El Estado burgués contemporáneo procede *siempre*,

---

<sup>138</sup> E. Varga, *ibid.*, pp. 31, 33, 35 y 36.

ante todo, en interés de los grandes monopolios, y en determinadas funciones, también en el de toda la burguesía [...]

Además y en ningún país el capital monopolista —añade Varga— ha utilizado tan descaradamente el aparato del Estado para su propio enriquecimiento, como en los Estados Unidos de Norteamérica, después de la segunda guerra mundial [...]

Cabe advertir [sin embargo] que en este aspecto no hemos analizado los complejos problemas del capitalismo de Estado [...] Estas complejas formas en que se manifiesta el capitalismo de Estado, requieren un profundo análisis científico por parte de los economistas soviéticos [...]<sup>139</sup>

De lo que no puede dudarse, es que la política del imperialismo norteamericano constituye un factor de “desorganización de la economía del sistema capitalista”, de agravación de su crisis, pues aparte de tratar a menudo de resolver sus contradicciones a costa de los demás países, su política industrial, comercial y financiera tiende a obstruir el desarrollo y a poner múltiples trabas al comercio internacional, manifestándose en una “escasez de dólares” que por sí sola da cuenta de los desajustes que afectan a prácticamente todos los países del sistema.

Los países europeos del bloque —comenta Varga refiriéndose a los de la OTAN— han renunciado prácticamente a la parte más valiosa de su soberanía y se han convertido, en mayor o menor grado, en países ocupados por EE. UU.

Consciente sin embargo, a la vez, de que el desarrollo desigual cambiará de nuevo ese estado de cosas, agrega:

Los imperialistas vencidos en la segunda guerra mundial —Alemania Occidental y Japón—, en los que

---

<sup>139</sup> E. Varga, *ibid.*, pp. 63, 64 y 68.

se ha restablecido el capitalismo monopolista, se irán liberando paulatinamente del poder de EE. UU., y se encaminarán por la ruta del desarrollo imperialista independiente.<sup>140</sup>

*La crisis general, el mercado y el CME  
después de la Segunda Guerra*

En su último trabajo teórico —*Politico-economic problems of capitalism*—, Varga retoma, como un elemento esencial en el análisis de la crisis general, la categoría leninista del capitalismo monopolista de Estado, que sin duda se abandona en gran medida y no es comprendida adecuadamente bajo el stalinismo.

El socialismo —afirma— se está convirtiendo, en escala cada vez mayor, en el factor decisivo del desarrollo histórico. Esto significa que la existencia misma del sistema social capitalista se enfrenta a un creciente peligro. La burguesía monopolista no tiene sino una salida: fortalecer al sistema capitalista a través del capitalismo monopolista de Estado.<sup>141</sup>

¿Qué es lo que éste persigue fundamentalmente? Preservar y fortalecer al sistema y redistribuir el ingreso, a través del Estado, en beneficio del capital monopolista. Lo que en otros tiempos pareció ser tan sólo un expediente de guerra, avanzada la crisis general se convierte en un rasgo esencial, en una manera de ser del sistema, que por sí solo da cuenta de la gravedad de las contradicciones que lo aquejan.

Como bien dice Varga: “Actualmente, la burguesía imperialista no puede ya mantener su dominación, incluso durante periodos relativamente normales, sin el capitalis-

---

<sup>140</sup> E. Varga, *ibid.*, pp. 83 y 86.

<sup>141</sup> E. Varga, *Politico-economic problems of capitalism*. Moscú, 1968, p. 61.

mo monopolista de Estado.<sup>142</sup> Ésta es la última fase del imperialismo. En su etapa actual, el CME, basado en nuevas y más complejas formas de integración monopolista, desborda con mucho las fronteras de cada país y adquiere un carácter supranacional, pasando los mercados comunes a jugar un papel importante en su desarrollo.

Al igual que en otros de sus trabajos, en el que ahora comentamos el autor se ocupa de la acumulación de capital y el mercado, advirtiendo nuevos problemas ligados al desenvolvimiento de la crisis general y del CME.

Unos de esos problemas consiste en que el movimiento o transferencia del capital se dificulta debido principalmente al avance técnico, que por un lado eleva la proporción de capital fijo en el capital total, y por el otro, supone una creciente especialización que en la práctica limita y aun impide el uso de ciertos equipos en procesos diferentes de aquellos para los que fueron contruidos. Otro gran obstáculo a la libre movilidad del capital es desde luego el monopolio, que a menudo vuelve imposible que aun ciertas grandes empresas penetren en campos que otras controlan. Otro más es el dominio que ciertos consorcios ejercen de la técnica y de determinadas materias primas, e incluso las sumas enormes de dinero que requieren ciertas inversiones. En cambio, los monopolios suelen entrar fácilmente, y aun con la ayuda del Estado, en campos más abiertos.

Pues bien, ¿qué ocurre, en tales condiciones, con las tendencias a la igualación y al descenso de la tasa de ganancia?

Bajo el capital monopolista, la distribución de las ganancias se modifica grandemente y [...] el problema de la tasa media de ganancia se hace aún más complicado.<sup>143</sup>

En primer término, los monopolios operan con una tasa de ganancia generalmente, y en el caso de los más po-

---

<sup>142</sup> E. Varga, *ibid.*, p. 61.

<sup>143</sup> E. Varga, *ibid.*, p. 148.

derosos, siempre superior a la media. La ganancia monopolista se forma con la cuota media y la superganancia propia del monopolio. Ésta obedece, no tanto a que, como algunos subrayan, el monopolio compre la fuerza de trabajo a un precio inferior a su valor —lo que suele ocurrir—, sobre todo en los países subdesarrollados. Pero lo esencial para Varga es que “no hay otra fuente de beneficios que la plusvalía. El volumen de ésta determina el de la ganancia global. Ésta no puede exceder a aquélla [...]” De acuerdo con esta premisa teórica, “[...] las superganancias monopolistas sólo pueden derivar de un reparto irregular de la plusvalía o ganancia total, es decir, de una distribución en la que la ganancia no corresponda al volumen de capital invertido [...]”<sup>144</sup>

El reparto de la plusvalía se realiza a través del mecanismo de los precios. Pues bien, los monopolios venden a precios más altos que los de producción, mientras las empresas no monopolistas lo hacen a precios inferiores a éstos. En una formación capitalista concreta, además, los monopolios derivan grandes beneficios de la masa de pequeños productores y de su dominación sobre los países atrasados.

En resumen, bajo el capitalismo monopolista persiste la tendencia a la igualación de la tasa de ganancia y a la formación de una ganancia media, aunque en la esfera monopolista no opera tal tendencia ni hay, por tanto, una tasa media de ganancia monopolista. “Las ganancias de los monopolios no sólo no participan en la igualación de la tasa general de beneficios, sino que se apropian parte de las ganancias de las empresas no monopolistas.”<sup>145</sup>

Por lo que hace al mercado, Varga subraya que es obvio que se amplía después de la segunda gran guerra, lo que sin duda tiene que ver con el hecho de que ésta interrumpe el ciclo normal de reproducción y crea condiciones propicias para una renovación masiva de capital fijo. Ahora

---

<sup>144</sup> E. Varga, *ibid.*, pp. 147 a 157.

<sup>145</sup> E. Varga, *ibid.*, pp. 161-62.

bien al crecer la producción lo hace también, a largo plazo, el mercado, no porque —como pensaba Say—, toda oferta cree su propia demanda sino porque “bajo el capitalismo hay una peculiar interrelación dialéctica entre [...] la producción y el mercado [...]”, entendido éste como “[...] la suma de las ventas iniciales de bienes y servicios, esto es, las ventas de los agricultores, industriales, artesanos, los gastos de transporte y construcción [...]” “La conexión entre el volumen de producción y la capacidad del mercado es por ello dialéctica. El aumento de la producción expande en cierto modo, la capacidad del mercado, y la limitada capacidad de éste señala cierto límite al crecimiento de aquélla”.<sup>46</sup>

En el fondo, la estrechez del mercado deriva de las contradicciones de la acumulación de capital y, especialmente, del agravamiento de la contradicción fundamental. La reducción relativa del capital variable que acompaña el aumento de productividad y los métodos empleados para reducir costos, tienden a hacer bajar la proporción de los salarios en el ingreso nacional. Y aun si tal producción no disminuye, puede ocurrir que permanezca estable no obstante un aumento del nivel de empleo. O en otras palabras: al intensificarse la crisis general “[...] la contradicción entre el carácter social de la producción y la apropiación privada capitalista de los frutos del trabajo se agrava. Esta contradicción se hace sentir en el creciente angostamiento del mercado, es decir, en la relativa insuficiencia de su capacidad, la creciente subutilización de la capacidad productiva, el desempleo masivo crónico y la inestabilidad general del capitalismo.”

La última guerra mundial y las condiciones de la postguerra, entre las que cabría destacar la inflación, condicionan el desarrollo y modifican el carácter del ciclo económico. Pero en tanto que en el primer ciclo el dominio del capital norteamericano es casi incontrastable y la recuperación se finca en la reconstrucción de todo lo devastado o no sustituido durante el conflicto, a partir del

---

<sup>146</sup> E. Varga, *ibid.*, p. 170.



segundo empiezan a cobrar fuerza las economías de más rápido desarrollo, y los Estados Unidos sufren un grave desajuste en su balanza de pagos, que le hacen devaluar el dólar y perder grandes cantidades del oro acumulado a expensas de otras naciones. En esta etapa, según Varga, la renovación y expansión del capital fijo obedecen a que las fábricas se construyen y ponen en operación más rápidamente, el progreso técnico eleva las tasas de obsolescencia, el CME estimula el reemplazo de la maquinaria mediante altos coeficientes de depreciación, que de hecho implican descargar parte del peso de la inversión sobre los demás contribuyentes, y el ciclo se acorta y tiende a aplanarse, bajo la influencia del desempleo.

“Anteriormente la crisis tomaba, en lo general, la forma de una explosión; había una súbita transición del auge a la fase de crisis... ahora [en Estados Unidos e Inglaterra] [...] la explosión se demora [...]; y en vez de ella hay a menudo un mantenimiento del alto nivel de producción logrado, que dura [...] inclusive medio año, hasta que se registra el descenso de la producción.” Las medidas anticíclicas no bastan para restablecer el equilibrio. Con todo, “[...] contribuyen ligeramente a reforzar algunos de los factores que reducen la intensidad y duración de la fase ascendente y la profundidad y duración de las crisis en ciclos futuros [...]”<sup>147</sup>

Los mercados comunes y los intentos de integración, que para Varga son “una nueva etapa en el desarrollo del capitalismo monopolista de Estado”, tampoco bastan para hacer crecer el mercado, que más que depender de la extensión de un territorio o del volumen de la población, depende del ritmo del desarrollo y a la postre del crecimiento de la demanda de bienes de consumo. Aun de lograrse una unión económica completa entre los principales países capitalistas —lo que sin duda rebasa sus capacidades—, difícilmente podría esperarse una ampliación del mercado que cambiara el actual estado de cosas e hi-

---

<sup>147</sup> E. Varga, *ibid.*, pp. 237 y 238.

ciera frente con éxito a las contradicciones que la crisis general del capitalismo agudiza.

### *Algunas posibles fallas*

Resulta difícil, en tratándose de una obra tan vasta como la del profesor Varga, señalar, en unas cuantas líneas, en dónde parecen estar sus limitaciones y fallas más importantes. Probablemente las principales consisten en cierto mecanicismo en el análisis de la fase imperialista, que, acaso sobre todo, se advierte en el libro hecho con Mendelshon: *New data for Lenin's Imperialism*; en una tendencia a no distinguir con suficiente claridad el capitalismo de Estado del capitalismo *monopolista* de Estado, en el hecho de atribuir al Estado una capacidad de que en la práctica carece para regular y aun planificar ciertas actividades y, acaso sobre todo, en la creencia de que la segunda guerra había transformado al capitalismo e impuesto la necesidad de "cambios radicales" en el sistema. Esto último fue señalado por Varga en su discutido libro: *Cambios en la economía del capitalismo a raíz de la segunda guerra mundial*, publicado en Moscú en 1947.

En la "Autocrítica" de dicho ensayo, el autor admite que en él se aprecian "[...] errores de tendencia reformista sobre la cuestión del papel del Estado en la economía de guerra", errores que al igual que otros análogos, proceden de la falla metodológica de desligar el análisis económico del propiamente político, abandonando así la dialéctica marxista-leninista. Ello lo condujo a no situar correctamente las relaciones entre los monopolios y el Estado, a no comprender el papel fundamental que en él juega la oligarquía financiera, tanto en tiempos de guerra como de paz, a exagerar la importancia de ciertas nacionalizaciones burguesas y a creer que la presencia de nuevos elementos más o menos progresistas en el aparato estatal de los países imperialistas, contribuiría a cambiar el sentido de la política e incluso del carácter del Estado.

Otro error, probablemente más grave fue el no advertir de momento la profunda diferencia entre los gobiernos laboristas y social-demócratas de los años cuarenta y las nacientes democracias populares que rápidamente avanzarían hacia el socialismo, y en cierto modo debido a ello, el no percatarse de las nuevas contradicciones que agravarían la crisis general del capitalismo.

Años después de expresar lo anterior, aunque ahora comprendiendo mejor que veinte años atrás la dinámica del CME, Varga toma una posición relativamente ecléctica, como si en vez de hacer prevalecer su vieja opinión, quisiera fundirla con la de sus críticos. En ella sostiene que, bajo el CME, tanto la tesis de que el Estado es de toda la burguesía como exclusivamente de la burguesía monopolista "[...] son correctas [...] e incorrectas en relación a la situación histórica concreta [...]" La primera es incorrecta en condiciones "normales", es decir cuando el Estado no se ve amenazado por un peligro real, pero es correcta si el sistema se enfrenta a ese peligro —como de hecho ocurre bajo la crisis general— en que la preservación del sistema, en beneficio de toda la clase dominante, se vuelve la función principal del Estado.<sup>148</sup>

#### ALGUNOS APORTES TEÓRICOS DE VIGOTSKI Y OTROS AUTORES

"[...] La crisis general del capitalismo es un proceso sujeto a la ley del desarrollo de sus contradicciones internas [...]", un proceso que exhibe la creciente irracionalidad del capitalismo monopolista y la medida en que éste se ha convertido en el principal obstáculo al desarrollo. Tal crisis no surge como algo extraño, sino como el corolario inevitable del desarrollo del capital, y concretamente del capital monopolista.

---

<sup>148</sup> Véase: E. Varga, *Politico-economic problems* [...], pp. 45 y ss.

En la fase actual del capitalismo se intensifica la descomposición de la economía: “[...] aumenta la desocupación, al tiempo que las empresas trabajan cada vez con menor rendimiento [...]” Lo que se hace posible “[...] debido a que el precio monopolista cubre los costos de la inactividad de la maquinaria, y traslada el peso de esta nueva forma de costos [...] a la masa de los consumidores [...]” El viejo problema de la subutilización de la capacidad productiva “adquiere una nueva calidad durante la crisis general” y “especialmente en las condiciones de su nueva etapa [...]” en la que se acentúan la inestabilidad y la desigualdad del desarrollo.

*Crisis general, CME  
y contradicción fundamental*

“Cada etapa de la crisis general significa una nueva fase del imperialismo —y en particular del capitalismo monopolista de Estado— [y] un nuevo nivel de decadencia y descomposición del sistema capitalista mundial [...]” El CME y el militarismo según Vigotski agudizan la crisis general la que a su vez impulsa el desarrollo de ambos. El capitalismo monopolista de Estado, o la regla del poder estatal al servicio directo de [...] los monopolios capitalistas, intensifica su poder para sojuzgar a toda la sociedad y ahonda las contradicciones entre los monopolios y los intereses de toda la nación.” La militarización de la economía, que en el pasado fue un estímulo a la reproducción, ahora es un obstáculo que limita su crecimiento. El CME “[...] mezcla la competencia con el monopolio, y éste con el monopolio estatal [...]”, lo que trae consigo el agravamiento de la contradicción fundamental.”<sup>149</sup>

Bajo el CME, las formas indirectas de intervención y regulación del Estado siguen presentes, pero pierden importancia ante su acción directa en el proceso de repro-

---

<sup>149</sup> S. L. Vigotski, *Ensayos sobre la teoría del capitalismo contemporáneo*. Buenos Aires, 1964, p. 302.

ducción. El Estado maneja ahora un gasto enorme, que en parte se traduce en inversiones y en parte aún mayor en erogaciones improductivas y en la formación de reservas o existencias de materiales bélicos y de mercancías que se sustraen a la circulación para regular el mercado y los altos precios que convienen al capital monopolista. El Estado, además de almacenar: compra, vende, produce, subsidia, distribuye la fuerza de trabajo, fija salarios y precios, otorga crédito, presta múltiples servicios y aun promueve y sostiene la investigación tecnológica y científica, todo ello fundamentalmente con el objeto de extraer y transferir plusvalía en favor del capital monopolista, pues lo cierto es que, aun en aquellos casos en que la injerencia y el peso de la inversión estatal son muy grandes, el proceso de acumulación continúa bajo el dominio de los monopolios.<sup>150</sup>

El CME, que según el profesor Vigotski es sin duda una etapa de alta socialización de la producción,

[...] agudiza la contradicción fundamental del capitalismo [...], porque la [...] transición del capitalismo monopolista al capitalismo monopolista de Estado es mucho más contradictoria que la del capitalismo de la libre competencia a los monopolios [...]. Si la relación competencia-monopolios origina graves conflictos, [...] la fusión del gigantesco sistema monopolista con la enorme fuerza del Estado en un mecanismo único [...] llega a una agudización sin precedentes de la contradicción entre el puñado de monopolios capitalistas y la inmensa mayoría de la nación. El CME [...] mezcla la competencia con el monopolio, y a éste con el monopolio estatal [...]. El proceso de socialización de la producción no puede detenerse en el nivel de los monopolios capitalistas privados, porque tiende hacia lo máximo posible en el capitalismo, a la estatificación [...]. Y si aquellos [...] no pueden eliminar la competencia, menos aún puede el capitalismo monopolista de Es-

---

<sup>150</sup> *Ibid.*, pp. 319, 321 y 322.

tado eliminar los monopolios capitalistas privados, ni el conflicto entre éstos y el crecimiento del CME propiamente dicho.<sup>151</sup>

Como Varga y otros autores, Vigotski advierte que el CME, al reclamar enormes gastos estatales que a menudo se financian de manera inflacionaria, expande grandemente el sistema de crédito y ahonda el divorcio entre el capital ficticio y la base real en que descansa la reproducción ampliada. Y a diferencia de los economistas liberales que suelen resentir la creciente intervención del Estado, comprende que ésta no es un elemento exógeno sino el signo de un capitalismo que desborda todos los marcos previos y que la empresa privada por sí sola no podría siquiera reproducir.

Observa, asimismo que mientras la inversión estatal impulsa la acumulación, el gasto improductivo la mina, no obstante lo cual éste es cada vez más importante, y además, inevitable. Y si bien la militarización estimula la economía cuando hay capacidad productiva ociosa desempleo y recursos financieros no utilizados, a partir de cierto momento desalienta la demanda, impone pesados gravámenes, sustrae fuerza de trabajo, agudiza la inflación y "[...] lejos de resolver el problema de la realización, lo complica aún más. Sin ofrecer una base para la reproducción ampliada estable, reproduce en cambio, en gran escala, el despilfarro rapaz de las fuerzas productivas de la sociedad, la indigencia de los trabajadores y la amenaza de una guerra mundial."

Por ello, concluye: "Cuanto más tiempo se detenga el capitalismo en el peldaño monopolista de Estado, más se acentúa su excesiva maduración y podredumbre."<sup>152</sup>

Así como la crisis general influye en el desarrollo de la crisis cíclica, ésta lo hace sobre aquélla y sobre el funcionamiento del CME, pues a la vez que deprime la inversión

---

<sup>151</sup> *Ibid.*, pp. 298-299 y 302.

<sup>152</sup> *Ibid.*, pp. 362, 371 y 330.

privada, impulsa grandemente el gasto estatal, el que, sin embargo más que expresarse en un rápido aumento de la inversión gubernamental y por tanto en la renovación del capital fijo, consiste en un gasto en buena parte improductivo que, en el mejor de los casos, estimula la demanda a costa de debilitar el proceso de reproducción, lo que por sí solo exhibe la naturaleza parasitaria del capitalismo monopolista de Estado.

La inflación, que bajo el CME se vuelve cada vez más uno de los signos de la crisis y a la vez uno de los soportes del sistema, estimula también la demanda, y sobre todo redistribuye el ingreso en favor del capital monopolista y coadyuva a que la crisis pase de un estado agudo a uno crónico, en que los precios no caen lo que debieran y aún continúan elevándose. Y si bien ello "[...] evita pérdidas a los grandes capitalistas [...], [a la vez] impide la absorción de las reservas mercantiles y el posterior incremento de la reproducción ampliada, y contrae el ritmo de desarrollo de la economía."

"La modificación de la regularidad y el carácter de la crisis, debilita en cierto grado su fuerza destructora, pero ejerce una influencia nefasta en el ritmo de desarrollo económico.<sup>153</sup>

Después de la Segunda Guerra Mundial cambian la forma, la duración y la intensidad de las crisis, las que no obstante siguen siendo esencialmente crisis de sobreproducción que se expresan en la caída de las inversiones necesarias para renovar el capital fijo. El hecho de que la producción de artículos de consumo se mantenga relativamente alta o al menos no caiga catastróficamente no significa que la crisis no esté presente, del mismo modo que su aumento no basta para generar una fase de auge. La creciente explotación, aunque eleva la tasa de ganancia y estimula la producción, acentúa a la vez la contradicción producción-consumo y en un sentido más profundo la contradicción fundamental del sistema, agravándose los

---

<sup>153</sup> *Ibid.*, pp. 311, 313 y 380-81.

problemas de realización y haciéndose más frecuentes las depresiones y más lento el ritmo de desarrollo.<sup>154</sup>

Entre los factores que determinan el acortamiento del ciclo y la mayor frecuencia de las depresiones, Vigotski destaca el cambio en la composición del capital fijo —más maquinaria y equipo y menos construcciones e instalaciones— y el alto coeficiente de capacidad productiva crónicamente desaprovechada.

A los monopolios les conviene más tener inactivas las máquinas, que enormes masas de mercancías sin realizar. Estas últimas presionan sobre los precios, haciéndolos caer, en tanto los costos vinculados con los excedente de potencial se trasladan a los consumidores, elevando los precios. Pero la inactividad crónica de las empresas le cuesta a la sociedad mucho más cara que las pérdidas causadas por los stocks de mercancías; porque éstos siempre fueron un fenómeno periódico, jamás crónico [...]<sup>155</sup>

Vigotski critica a economistas burgueses como Duesenberry y Phillips, que en su afán de racionalizar y justificar la explotación capitalista, sostienen que si el desempleo no alcanza cierta proporción mínima —digamos del 3% de la fuerza de trabajo—, la ausencia de estímulo para el capitalista impedirá el rápido crecimiento de la producción. Mas lo cierto es que aun tasas mucho mayores de desempleo y de explotación resultan “insuficientes” para el apetito de lucro del capital monopolista, el que sólo puede desenvolverse en medio de la anarquía, la inestabilidad,

---

<sup>154</sup> “La amortiguación del ritmo de crecimiento del capital fijo, que se acentuó particularmente después de 1953 —comenta Vigotski—, reduce la duración del ciclo y la distancia entre una crisis y otra. La descomposición acentuada se manifiesta en que el capitalismo tiene cada vez menos capacidad para aprovechar el progreso técnico, para incrementar el potencial industrial y ponerlo en funcionamiento.” *Ibid.*, pp. 393, 396, 416 y 427.

<sup>155</sup> *Ibid.*, pp. 430, 432 y 436.



la crisis, el desempleo, la dilapidación permanente y aun la destrucción física del potencial productivo.

El capitalismo monopolista de Estado intensifica en forma insólita el militarismo [...] Pero, como ya se dijo en un grado determinado de su desarrollo, la militarización de la economía deja de contribuir a elevar el volumen general de la producción industrial [...]<sup>156</sup>

Tanto el militarismo como, en general, el peso cada vez mayor del gasto improductivo y la frecuencia de las crisis, alteran y vuelven más contradictorio el proceso de acumulación y desarrollo. Vigotski, examinando el funcionamiento de la economía norteamericana en los años cincuenta, observa que, al interrumpirse la reproducción ampliada, se interrumpe también la acción de "la ley del incremento preferente de la producción de medios de producción", o sea del Sector I. En segundo lugar, al sobrevenir la depresión, se reduce la importancia relativa de dicho Sector, aumentando, a su vez, la del Sector II, y surgiendo así lo que el autor denomina "el reverso" de la ley antes mencionada y que por ser propia de la reproducción ampliada, deja de operar cuando ésta falla, o lo hace débilmente cuando la tasa de crecimiento económico es baja.<sup>157</sup>

El capitalismo monopolista de Estado no es, para Vigotski, un signo de fuerza del sistema. Aunque de él echa mano la oligarquía para tratar de salvarlo e incluso logra a menudo mitigar ciertas contradicciones, en el fondo es un signo de debilidad, de debilidad de la empresa privada y de desgaste de los viejos mecanismos dinamizadores.

[...] la sustitución de la competencia por el monopolio, así como la transición del capitalismo monopolista al capitalismo monopolista de Estado no es una

---

<sup>156</sup> *Ibid.*, pp. 492 y 493.

<sup>157</sup> Véase, *ibid.*, pp. 460 y 461.

conjunción de fuerzas que se “equilibran” o se “complementan”, sino de principios contradictorios. Las contradicciones, superpuestas en tres capas (competencia, monopolio, capitalismo monopolista de Estado), desbaratan las esperanzas de hacer más dinámico al capitalismo recurriendo a la regulación estatal [...]

[...] Bajo el capitalismo monopolista de Estado los monopolios capitalistas continúan siendo la base de la economía. A pesar de las medidas estatales subsisten la espontaneidad y la anarquía de la producción, hay crisis económicas, las fábricas no trabajan, en forma crónica, a pleno rendimiento; continúa la desocupación en masa [...]<sup>158</sup>

La depreciación acelerada aumenta los costos, fomenta la inflación y restringe el poder adquisitivo de los trabajadores. La crisis agrava la inestabilidad, eleva el desempleo y acentúa la descomposición del sistema, el que, al no ser capaz de absorber plenamente y menos de hacer crecer con rapidez y en forma sostenida el potencial productivo, se convierte en el principal obstáculo al desarrollo. “Dos guerras mundiales exterminadoras desatadas por el imperialismo —hace notar el autor— no resolvieron el problema de la desocupación, ni tampoco podrá solucionarlo la preparación de una nueva contienda.”<sup>159</sup> Lo que, de paso, comprueba que el capital monopolista de Estado reclama de los pueblos esfuerzos y sacrificios cada vez mayores.

La ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia sólo puede vencerse intensificando la explotación de la clase obrera, arruinando a los pequeños productores, frenando el desarrollo de los países atrasados desde el punto de vista económico y [...] ampliando en forma permanente la producción de me-

---

<sup>158</sup> *Ibid.*, pp. 489 y 491.

<sup>159</sup> *Ibid.*, p. 498.

dios de producción en masa y forzando la "guerra fría".<sup>180</sup>

*Tendencia decreciente de la tasa de ganancia*

A propósito del comportamiento de la ley antes mencionada, concretamente en el marco de la crisis general y bajo el capitalismo monopolista de Estado, Vigotski critica a quienes piensan que ha dejado de actuar y aun vuéltese invigente.

A pesar de existir varios factores que la contrarrestan —dice—, la acción de esta ley sólo fue debilitada; por eso se manifiesta en que la cuota de ganancia aumenta con retraso respecto del incremento de la cuota de plusvalía [...]. Su acción [...] no puede ser eliminada, porque no puede eliminarse la tendencia del capital constante a incrementarse con mayor rapidez que el variable [...]

Deducir que la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia dejó de actuar, porque esta cuota se eleva, significa negarse a ver, tras las manifestaciones externas de un proceso económico, su esencia.<sup>181</sup>

Bajo el CME, en particular después de la Segunda Guerra, continúa elevándose la composición técnica y orgánica del capital. El capital monopolista, empero, tiende a contrarrestar esa elevación aumentando la tasa de plusvalía o de explotación, principalmente a partir de una más alta productividad del trabajo. Y además, dicho capital se apropia de una parte considerable de la plusvalía generada, no sólo por los trabajadores que directamente explota, sino por el resto de la clase obrera. Ahora bien: el que

---

<sup>180</sup> *Ibid.*, p. 262.

<sup>181</sup> *Ibid.*, pp. 222 y 225.

aumente más de prisa la tasa de explotación que la de ganancia no significa que ésta no tienda, a largo plazo, a descender, o que deje de actuar la ley que determina esta tendencia. Vigotski recuerda al respecto el muy esclarecedor señalamiento de Marx en el sentido de que: "la cuota de plusvalía se expresa en una cuota general de ganancia decreciente, aunque permanezca invariable e incluso aumente el grado de explotación del trabajo."<sup>162</sup>

No menos importante es el hecho de que, bajo el capitalismo monopolista y sobre todo en una fase muy avanzada del CME, se refuercen los factores que contrarrestan la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. De entre aquellos que mayor influencia ejercen, el autor destaca fundamentalmente los siguientes:

La tasa de explotación aumenta más que la composición orgánica de capital, principalmente a consecuencia de que el capital monopolista dispone de múltiples ventajas: menores costos, mayor control de éstos, mejor organización, más eficiencia, cuantiosos recursos, posibilidades de investigación y en suma un trabajo más productivo que explotar.

La composición orgánica del capital no crece tan rápidamente como en otras condiciones lo haría, principalmente porque cambia la composición del capital constante —aumentando la importancia relativa de la maquinaria— y se abaratan algunos de sus elementos.

La existencia crónica de una gran masa de desocupados contribuye a mantener los salarios, incluso por debajo del valor de la fuerza de trabajo.

La explotación y el saqueo de los países coloniales y atrasados, a través principalmente del comercio y del movimiento internacional de capitales, permite con frecuencia obtener tasas de ganancia muy altas.

El fortalecimiento de las sociedades por acciones, el crédito y la especulación en el mercado de valores po-

---

<sup>162</sup> Véase: *ibid.*, p. 225.

nen a disposición del capital monopolista enormes recursos y altos dividendos.

La posición privilegiada de los grandes consorcios, en lo que hace a comprar, vender, controlar mercados, etcétera, determina una ganancia monopolista muy superior a la tasa media.

La militarización de la economía aunque como hemos visto provoca graves desajustes, es también fuente de extraordinarios beneficios para el capital monopolista.

El predominio de los monopolios y su papel determinante en la economía y la política de los países imperialistas, influye en forma decisiva y simultánea sobre la cuota y masa de ganancia. El incremento de la magnitud de la ganancia complementaria [...] así como la reducción de la cuota de ganancia media de las empresas no monopolizadas, son una influencia opositora decisiva, capaz de modificar la dirección de la dinámica de la cuota de ganancia, elevándola, aunque la elevación de la composición orgánica del capital la impulse hacia abajo.<sup>163</sup>

Mas si bien todo ello modifica la operación de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, e influye en tal virtud en el ciclo de reproducción y en el desarrollo de la crisis general, lo cierto es que mientras sea posible elevar la productividad del trabajo, el capital constante crecerá más de prisa que el variable y seguirá funcionando dicha ley.

### *Nuevo y más complejo carácter de la crisis*

Vigotski comprende que el imperialismo de hoy sólo puede ser capitalismo monopolista de Estado. Pero sin restar significación a esta categoría, sino antes al contrario, situándola en el marco histórico real en que se desenvuelve, expresa:

---

<sup>163</sup> *Ibid.*, p. 239.

Por grande que sea la importancia del capitalismo monopolista de Estado, en él no se concentran los últimos procesos que determinaron el paso del capitalismo a su periodo de declinación y fin. La crisis general del capitalismo es la expresión generalizadora, la que concentra lo nuevo que acaeció en el desarrollo del imperialismo, desde que el mundo se dividió en dos sistemas hasta nuestros días. Esta crisis a su vez, sufrió modificaciones [...]<sup>164</sup>

En otras palabras, la crisis general del capitalismo exhibe las contradicciones cada vez más profundas y la creciente descomposición del sistema, su incapacidad para aprovechar los recursos disponibles y concretamente la fuerza de trabajo, y el antagonismo cada vez mayor de los capitalistas y los trabajadores, que al tomar el poder primero en un país y después en otros, hasta constituir un nuevo sistema internacional, adquiere una nueva dimensión histórica. Bajo ella se agrava el problema de los mercados, por los que en el CME se lucha a través de grandes consorcios capitalistas de Estado internacionales.

La crisis general del capitalismo se caracteriza por la inusitada intensificación de la reacción en todas las esferas, por la renuncia a las libertades burguesas, por la implantación de regímenes tiránicos y fascistas en varios países, por una honda crisis de la política y la ideología burguesas [...]<sup>165</sup>

Todavía más, junto a los hechos que agudizan directamente y desde dentro las contradicciones del sistema, el nacimiento y desarrollo del socialismo contribuyen grandemente a intensificarlas, "[...] pero no las provocan ni son su origen." La sola existencia de un nuevo sistema es ya un grave problema para el capitalismo. Lo más grave, sin embargo, es que mientras éste se debilita y resquebraja,

---

<sup>164</sup> *Ibid.*, p. 474.

<sup>165</sup> *Ibid.*, p. 505.

perdiendo enormes territorios que antes dominaba, el socialismo se extiende y consolida. "Sin tomar en cuenta este hecho de trascendencia histórica mundial —comenta Vigotski—, no puede hacerse una definición multilateral de la crisis general del capitalismo en sus condiciones actuales de desarrollo."<sup>166</sup>

AFANASIEV, DRAGUILEV, CHERNIKOV,  
RYNDINA, RUDENKO Y OTROS

En la obra denominada *Economía política del capitalismo*, los autores antes mencionados hacen interesantes observaciones en torno a la crisis general, a la que identifican con "el proceso histórico de la descomposición y de la destrucción revolucionaria del sistema capitalista a escala internacional [...]"<sup>167</sup> Este proceso se inicia con la Primera Guerra mundial, que resulta y a la vez contribuye a agravar como nunca antes las contradicciones del capitalismo, lo que, unido a la organización ejemplar y a la audacia del proletariado hace posible la Revolución de Octubre en Rusia, o sea la primera ruptura del capitalismo como sistema universal. El nacimiento del primer país socialista y sobre todo el desarrollo del socialismo como un nuevo sistema mundial "[...] restringe la esfera de acción de las leyes de la sociedad capitalista [...]" agudiza las contradicciones y acentúa la ley del desarrollo desigual. "La agravación de las contradicciones del capitalismo condicionó el progreso del capitalismo monopolista de Estado [...]", fenómeno que empieza también a tomar cuerpo en los años de la Primera Guerra y se desarrolla grandemente bajo la crisis de 1929-33 y durante la Segunda Guerra

---

<sup>166</sup> *Ibid.*, pp. 270 y 473.

<sup>167</sup> L. Afanasiev, N. Andreev, M. Avsenev, G. Chernikov, M. Dragulev, G. Judokornov, Y. Kusmichev, M. Malev, A. Mansilla, S. Nujovitch, G. Rudenko y M. Ryndina, *Economía política del capitalismo*. Moscú, sin fecha de publicación, p. 311.

mundial. El fortalecimiento del capitalismo monopolista de Estado intensifica a su vez, sobre todo en la etapa actual de la crisis general, las contradicciones internas del sistema,<sup>168</sup> cuya descomposición se expresa principalmente en el fortalecimiento del socialismo, el derrumbe del viejo sistema de dominación colonial y las cada vez más profundas contradicciones internas y externas del imperialismo.

Recogiendo uno de los principales postulados de la reunión internacional de los partidos comunistas, de 1969, los autores subrayan que, para hacer frente a sus contradicciones internas y adaptarse a la nueva situación que le imponen el socialismo y la revolución científico-técnica, el capitalismo monopolista se vuelve cada vez más —como Lenin lo advirtiera medio siglo antes—, capitalismo monopolista de Estado. El dominio de los monopolios provoca “cambios esenciales en el carácter de la actividad del Estado burgués” y abre la posibilidad y aun determina la necesidad de que se valgan crecientemente de éste.

El agravamiento de la contradicción fundamental “[...] engendra inevitablemente un fenómeno cualitativamente nuevo: la creciente ensambladura de los monopolios con el Estado burgués y el surgimiento de la economía monopolista de Estado sobre la base de la fusión de la fuerza de los monopolios con la del Estado”<sup>169</sup> Influyen además otras contradicciones, como la que se expresa en la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, que el CME se empeña en contrarrestar en beneficio, sobre todo, de la oligarquía. En las condiciones actuales, empero, la principal preocupación y la más ingente tarea de los monopolios no es ya obtener las mayores ganancias posibles sino salvar al sistema de la amenaza revolucionaria y el peligro de desintegración.

Draguilev, en particular, en un trabajo anterior, observa que:

---

<sup>168</sup> Véase: *ibid.*, pp. 313 y 317.

<sup>169</sup> *Ibid.*, pp. 211 y 212.



Después de la segunda guerra mundial se ha hecho más importante el papel del Estado burgués para garantizar superganancias a los monopolios, y el capitalismo monopolista de Estado ha seguido desarrollándose [...]

[...] el aparato del Estado en los países capitalistas se ha ampliado con numerosas instituciones que se inmiscuyen en la actividad económica en interés de los monopolios [...] desarrollándose, junto a las viejas, [...] nuevas formas de utilización de los organismos administrativos del Estado por los monopolios [...]

Entre éstas señala la complacencia de los gobiernos para mantener altos precios, la regulación y el control de los salarios, el aprovechamiento del presupuesto gubernamental y concretamente del sistema tributario, la obtención de exenciones y cuantiosos subsidios, el uso del crédito, incluido naturalmente el de los bancos oficiales, el apoyo de éstos y en general del Estado para ampliar mercados extranjeros en favor del capital monopolista nacional, los acuerdos internacionales de precios, la proliferación de grandes empresas estatales que contribuyen a reducir los gastos y los riesgos de las privadas, la creación de numerosas empresas "mixtas" y la nacionalización de ciertas actividades que, por diversas razones, no atraen al capital privado. Mas lo cierto es que aun esta última medida demuestra que:

La nacionalización capitalista de la industria, en cualesquiera condiciones burguesas no supone la conversión de los medios de producción en propiedad de todo el pueblo.<sup>170</sup>

Bajo el CME, por consiguiente:

Por una parte, crece la monopolización del Estado, es decir, la burguesía monopolista se apodera de todos

---

<sup>170</sup> M. Draguilev, *La crisis general del capitalismo*, pp. 238-246.

sus recursos y posibilidades. Por otra, se registra la estatificación de la economía capitalista bajo las más diversas formas. El Estado se convierte en un gran industrial, comerciante y banquero. La regulación estatal se extiende a los aspectos más importantes de la reproducción capitalista.

El CME se convierte —en la expresión de Lenin— en el “mecanismo único” a través del cual actúan los monopolios y el Estado. Pero éste conserva cierta autonomía, que sin duda es “[...] necesaria para [...] asegurar los intereses comunes del capital monopolista [...]” “El Estado —además— tiene que maniobrar en su política, tomando en consideración la competencia entre los grupos de la oligarquía financiera, así como las contradicciones entre el capital monopolista y el no monopolista [...]”, e incluso “[...] la creciente fuerza de la clase obrera”.<sup>171</sup>

La esencia del capitalismo monopolista de Estado y la profunda contradicción que éste entraña consisten en que, al mismo tiempo que supone el reforzamiento de los monopolios y la extrema concentración de la propiedad, expresa la máxima socialización de la producción compatible con el capitalismo y, también conforme a la teoría leninista, la más completa preparación de las condiciones materiales para el socialismo.

Bajo el sistema del CME, “[...] el mecanismo único que resulta de la ensambladura de los monopolios con el Estado llega a ser la fuerza dominante de la economía capitalista [...]”, así como un factor que determina cambios significativos “en los caracteres básicos del imperialismo”. Entre los más importantes, los autores señalan que, junto a los monopolios privados, se desarrollan los estatales. Aumenta el grado de monopolización y de internacionalización del capital. “El cambio fundamental consiste en que el monopolio ensamblado con el Estado, se convierte en la base económica del capitalismo moderno”, y el mecanismo a través del cual los monopolios obtienen con

---

<sup>171</sup> *Ibid.*, pp. 213 y 214.

mayor facilidad mano de obra, crédito, inversiones, abastecimientos, mercados, transportes facilidades educativas y un apoyo decisivo en materia de investigación científica y tecnológica.

Como resultado de ello,

[...] la reproducción del capital monopolista en las condiciones actuales se hace imposible sin la intervención del Estado [...] Todavía más, bajo el CME, [...] el capital financiero adquiere un carácter monopolista de Estado. En nuestros tiempos, el capital financiero significa tanto la ensambladura de los monopolios industriales con los bancarios como la de unos y otros con el Estado [...] Dentro de la oligarquía financiera va cristalizando una capa de representantes de la más alta burocracia estatal.

El capital financiero monopolista de Estado se erige en fuerza dominante en todos los eslabones decisivos de la actual reproducción capitalista. Éste convierte la oligarquía financiera monopolista de Estado en enemigo fundamental tanto de la clase obrera como de todas las demás clases y grupos sociales de la sociedad capitalista moderna.<sup>172</sup>

El CME modifica el funcionamiento del ciclo económico.

[...] el capitalismo monopolista de Estado puede ejercer cierto efecto en el desarrollo de las fuerzas productivas, en particular, contribuir a la renovación del capital fijo e impulsar temporalmente la producción [...]

La revolución tecnocientífica estimula [también] la sustitución masiva de los equipos viejos por otros nuevos al cabo de un periodo relativamente breve. Aumenta la independencia relativa de la producción de medios de producción respecto a la dinámica del consumo personal [...] O sea que estimula la demanda de inversiones de capital y [...] hace más

---

<sup>172</sup> *Ibid.*, pp. 217 y 218.

honda la división social del trabajo [...], lo que viene a ser el factor más importante de la ampliación del mercado [...]<sup>173</sup>

En la misma dirección influyen las cuantiosas compras hechas por el Estado, la ampliación del crédito al consumo, el otorgamiento de ciertas concesiones a los trabajadores y el que el hundimiento del sistema colonial obligue a buscar nuevas posibilidades de inversión en las economías metropolitanas, lo que sin duda contribuye a elevar las tasas de acumulación y crecimiento en algunos de los países capitalistas de mayor desarrollo.

Aunque el mercado crece en términos absolutos, la demanda se rezaga cada vez más respecto al nivel de las fuerzas productivas, el problema de la realización se agrava e influye en la insuficiente utilización de la capacidad productiva y el desempleo crónico, y el desarrollo del socialismo, al restringir el radio de acción capitalista, intensifican las contradicciones interimperialistas y altera la forma tradicional de manifestación de la contradicción capitalismo-socialismo.

Ante la incapacidad del Estado, y en general del sistema para movilizar y utilizar adecuadamente los recursos disponibles, aquél financia sus enormes gastos en parte a través de impuestos que reducen el poder de compra de los trabajadores y en parte mediante emisiones monetarias y créditos que, además de disminuir también ese poder de compra, estimulan la inflación y promueven la inestabilidad.

[...] al desplegarse la crisis general del capitalismo, la inflación ha adquirido rasgos especiales. Se desenvuelve ahora a escala de todo el sistema capitalista mundial. En varios países, [...] ha adquirido un carácter crónico y viene a ser un medio importante de redistribución de la renta nacional en beneficio de los monopolios.

---

<sup>173</sup> *Ibid.*, p. 169.

De lo anterior resulta, además, una crisis propiamente monetaria, que, siendo [...] un rasgo inalienable de la etapa actual de la crisis general del capitalismo, las medidas que proponen los ideólogos y políticos burgueses no pueden suprimir las graves dificultades que experimenta el sistema monetario del capitalismo.<sup>174</sup>

[...] la carrera armamentista es la causa fundamental de las conmociones en la esfera financiero-monetaria, lo que, de por sí, es uno de tantos índices de la inestabilidad de la economía capitalista.

La militarización deforma en gran medida el carácter de la reproducción ampliada. Mientras ésta incrementa el capital real, aquélla [...] solamente aumenta las proporciones del capital ficticio concentrado en manos de los monopolistas en forma de acciones y obligaciones [...]; eleva también en él los precios y el volumen de medios de pago en circulación, lo que sin duda contribuye a hacer más severa la inflación.<sup>175</sup> Y no sólo eso: agrava además la anarquía de la producción, ahonda la falta de correspondencia entre la producción de medios de producción y de bienes de consumo, angosta relativamente el mercado y vuelve más desigual el desarrollo.

El CME propicia la "super ganancia monopolista", que generalmente es muy superior a la media.

[...] una parte importante de la superganancia monopolista es el excedente de la plusvalía que se obtiene en las empresas de los monopolios merced a que en ellas el grado de explotación es más alto que en las no monopolizadas.

A diferencia de otros autores, para quienes los monopolios obtienen beneficios excepcionales fundamentalmente

---

<sup>174</sup> *Ibid.*, pp. 174 y 273.

<sup>175</sup> M. Draguilev, *La crisis...*, p. 284.

porque absorben y retienen parte de la plusvalía generada por otros trabajadores, los que ahora comentamos sitúan en el primer plano, como antes vimos, las más altas tasas de explotación monopolistas. En segundo lugar reconocen los traslados de plusvalía obtenidos a través de ventas a precios artificialmente altos y compras a precios artificialmente bajos, a lo que añaden la capacidad para no pagar o sustraer de los obreros una parte del valor de la fuerza de trabajo, otra que deriva de la especulación financiera, otra más que proviene de la explotación de los campesinos y en general de los pequeños productores, y una última, a veces muy importante, cuyo origen es la explotación de las colonias y los pueblos dependientes.<sup>176</sup>

La élite de la clase capitalista se aparta más y más del proceso de producción. La burguesía monopolista se va convirtiendo en rentista, en personas que llevan una vida ociosa, parasitaria [...]

[...] Cada nueva etapa de la crisis general del capitalismo deja su impronta en la crisis de la economía capitalista mundial [...]

Para hacer frente a esta crisis se recurre crecientemente a la "integración imperialista".

La base material objetiva de la creación de agrupaciones integradas es la tendencia a la internacionalización de la vida económica debida al progreso de las fuerzas productivas, para los cuales resultan ya estrechas las fronteras nacionales, es la tendencia a la internacionalización del capital monopolista apoyado por el Estado burgués [...]

La integración imperialista no suprime, sino que agudiza las contradicciones del modo de producción capitalista, los antagonismos de clase y, ante todo, la lucha entre la clase obrera y los monopolios.

Y también intensifica la contradicción con los países atrasados en proceso de liberación, y que se niegan a ser

---

<sup>176</sup> Véase: *ibid.*, pp. 208 y 209.

proveedores de alimentos y materias primas baratas para el mercado común europeo.<sup>177</sup>

Respecto a la situación de aquellos países, en la presente etapa de la crisis general, los autores hacen también algunas consideraciones, que sin embargo son probablemente la parte más débil de su análisis. En efecto, acaso exageran el dominio del capital extranjero, menosprecian la importancia cuantitativa del capital nacional, simplifican el proceso de acumulación de capital y de desarrollo del mercado interior; suponen probablemente más importantes de lo que son las supervivencias feudales, subestiman el desarrollo del capitalismo y por tanto los profundos cambios que sufre la estructura social y por consiguiente la lucha de clases en dichos países, o al menos no aclaran con suficiente precisión a cuáles, concretamente, se refieren.

Debido a todo ello, no aprecian el peso que el capital monopolista nacional tiene hoy en muchos países capitalistas subdesarrollados, ni examinan las condiciones específicas bajo las cuales se transforma, al menos en algunos de ellos, en capitalismo monopolista de Estado. Quedándose a nuestro juicio a la zaga de la realidad, sólo señalan que "[...] en ciertos países (por ejemplo, en la India) ha comenzado a formarse un capital monopolista nacional [...]"<sup>178</sup>

Otros autores, por el contrario, advierten "cambios importantes [...] en países [como] [...] Brasil, Argentina y México, en América Latina.

[...] Cabe hablar de que ha comenzado allí la formación del capitalismo monopolista de Estado autónomo. A ello contribuye enormemente el imperialismo extranjero, que estimula el crecimiento del mecanismo monopolista estatal y lo aprovecha para sus propios fines.

---

<sup>177</sup> Véase: *ibid.*, pp. 304, 266, 273 y 278-279.

<sup>178</sup> *Ibid.*, p. 286.

El capitalismo monopolista de Estado se distingue, en dichos países, por una fuerte influencia de la burguesía nativa, que colabora con el capital extranjero. Junto con la burguesía, estrechamente ligada con los monopolios extranjeros, ocupan un lugar notable en la oligarquía financiera incipiente los grandes terratenientes.<sup>179</sup>

En México, concretamente, el capitalismo es hoy un capitalismo monopolista de Estado. Y probablemente por ello y porque la oligarquía financiera no es tan incipiente como a primera vista podría pensarse, los grandes terratenientes, que en las regiones agrícolas más modernas forman sin duda parte de ella, en conjunto tienen ya escasa significación y son superados con mucho por los industriales, los banqueros e inversionistas, los comerciantes y algunos altos funcionarios gubernamentales, o sea por el capital propiamente monopolista en que se sustenta el poder económico y político de la oligarquía.

#### INOZEMTSEV: NUEVAS CONTRADICCIONES DEL CAPITALISMO

Apoyándose principalmente en los planteos teóricos del PCUS y del Instituto de Economía y Relaciones Internacionales de la URSS, que en años recientes él ha dirigido, el profesor Inozemtsev conviene en que "el antagonismo capitalismo-socialismo se ha convertido en la contradicción decisiva de nuestra época." El socialismo, el derumbe del sistema colonial y el empuje de las luchas por la liberación nacional han determinado una nueva correlación de fuerzas. El capitalismo se debilita, pierde terreno y su crisis general es cada vez más profunda. La

---

<sup>179</sup> *Problemas del movimiento comunista*. Algunas cuestiones teóricas y metodológicas. Moscú, 1975, p. 74.



coexistencia pacífica limita y frena sus impulsos belicistas y en cada vez un mayor número de países surgen situaciones revolucionarias, o sea aquellas en que se da la correlación de fuerzas necesaria para que estalle y triunfe la revolución. El capitalismo conserva sus rasgos fundamentales, pero sus condiciones no son las de la época de Marx o siquiera de los tiempos de Lenin.

No es lo mismo la situación aislada del proletariado del mundo capitalista de antes que la de hoy [...]. Una cosa es que la dictadura del proletariado sea sólo consigna y otra que esté ya plasmada en un sistema de Estados socialistas, convertida en fuerza internacional, cuando en los propios países capitalistas han crecido y se han agrupado las fuerzas de izquierda y existen condiciones mucho más propicias para formar amplias coaliciones antimonopolistas.<sup>180</sup>

Para comprender a fondo la naturaleza de la crisis del capitalismo, el profesor Inozemtsev piensa que es necesario entender el alcance de la revolución científico-técnica.

La ciencia deviene, cada vez más, fuerza directamente productiva [...]

Los descubrimientos científicos repercuten radicalmente en todos los eslabones productivos, ocasionando grandes cambios cualitativos [...]

La automatización reduce la importancia del trabajo manual y reclama más trabajo intelectual o al menos de más alto grado de calificación.

La ciencia implanta nuevos procesos físicos, químicos, físico-químicos, biológicos, etc., que reducen los gastos y potencian la productividad del trabajo social.<sup>181</sup>

---

<sup>180</sup> N. Inozemtsev, *El capitalismo de hoy: nuevos fenómenos y contradicciones*. Moscú, 1974, pp. 13, 15, 21 y 23.

<sup>181</sup> *Ibid.*, pp. 29, 30 y 31.

El pleno desarrollo científico--tecnológico requiere nuevas relaciones de producción. Lo más que en tal sentido puede ofrecer el capitalismo es la maduración del CME, en cuyo seno se abre paso tal desarrollo, aunque en condiciones anárquicas, sumamente desiguales y muy contradictorias. La crisis general impulsa al capitalismo a utilizar ciertos avances, tanto para elevar la tasa de ganancia como para fortalecer al sistema; y las propias leyes que rigen al capitalismo monopolista, a la vez que frenan el crecimiento de las fuerzas productivas, promueven su expansión.

La competencia tecnológica tiene hoy otro nivel y un nuevo significado: además de librarse entre los monopolios, es un arma en la lucha contra el socialismo. "De ahí que los monopolios y Estados burgueses se ocupen con mayor empeño de la ciencia, de la aplicación productiva de sus conquistas, del progreso científico-técnico en el más amplio sentido del concepto," y ajusten la organización económica para facilitar su aprovechamiento.

El avance científico-técnico acelera la renovación del capital fijo y hace crecer la producción y modifica su estructura. En la etapa actual del CME se expanden el consumo y el mercado interno, en parte porque la mayor productividad y la mayor combatividad de los trabajadores permiten elevar los salarios y el poder de compra. La reconstrucción en algunos países atrasados, los cambios en la división internacional del trabajo, la ampliación del comercio internacional, las nuevas y más complejas formas de integración monopolista regional y la militarización, facilitan la transferencia tecnológica, sobre todo entre los países imperialistas, e imprimen mayor celeridad al crecimiento económico, lo que no sólo no riñe sino que confirma la validez de la teoría leninista del imperialismo.

[...] el desarrollo de las fuerzas productivas —recuerda el profesor Inozemtsev— es un proceso objetivo, históricamente condicionado que se abre paso a través de toda clase de vicisitudes y obstáculos, modifi-

cando, inevitablemente, las relaciones de producción [...]

Pero ante sus cada vez más graves contradicciones internas, en vez de emplear productiva y racionalmente esos recursos, tiende a dilapidarlos.

La manifestación más palmaria de ello es el auge inusitado del *militarismo*. El imperialismo deforma el concepto y la esencia misma del progreso, utilizando grandes conquistas científicas, grandes adelantos técnicos [...] como medios de aniquilamiento y destrucción [...]<sup>182</sup>

En los años setenta se agrava la crisis del capitalismo [...] a las crisis económicas cíclicas [se agrega ahora] el decrecimiento periódico de la producción, la prolongada crisis monetaria mundial, la crisis energética, la crisis ecológica en curso y toda una serie de agudísimas crisis sociopolíticas que se registran en muchos países [...]

[...] independientemente de la dimensión fabulosa, de los gigantescos capitales que manejan (los monopolios), de los contingentes asalariados que emplean [...] su papel en la socialización de la producción desborda sensiblemente esas dimensiones. Arropan a los monopolios amplias zonas de "centralización encubierta", periferias imperiales formadas por decenas de miles de pequeños abastecedores a su servicio. Estos últimos se encuentran completamente subordinados, pese a gozar de autonomía formal [...]<sup>183</sup>

El fenómeno más peculiar de la posguerra reside en la proliferación de los llamados monopolios multinacionales cuyos activos pertenecen a capitalistas de un determinado país, pero que operan en muchos otros mediante sus filiales [...]

El conglomerado representa una nueva etapa de

---

<sup>182</sup> *Ibid.*, pp. 27, 28 y 29.

<sup>183</sup> *Ibid.*, pp. 54 y 62.

desarrollo del predominio de los grandes monopolios y del capital financiero [...]. Un lugar especial ocupan —además— los acuerdos monopolísticos multinacionales con participación directa del Estado [...]

El ascenso de los monopolios, de la concentración de la producción y de la centralización del capital han marchado y marchan de la mano con el realce *del papel político y económico del Estado burgués* [...]. Y no se trata de procesos paralelos disociados, sino de procesos interpenetrados que se influyen y condicionan recíprocamente, encarnando el nexo indisoluble de la economía y la política [...]

El reforzamiento del papel del Estado es evidente. Sin embargo, no debe olvidarse que cuando hablamos del capitalismo no se trata de un abstracto poder estatal, sino de un Estado burgués con neto carácter de clase, como encarnación del dominio de la burguesía monopolista [...]<sup>184</sup>

El CME no es hoy idéntico al de hace decenios. Además de producirse notables crecimientos cuantitativos cambian sus formas de acción sobre el proceso productivo. La presencia directa e indirecta del Estado en ese proceso es hoy esencial para movilizar los recursos financieros que requieren las industrias más modernas, para promover y utilizar los avances científicos, para asumir riesgos que la empresa privada no está ya en condiciones de afrontar, nacionalizar actividades de baja rentabilidad y que van siendo desplazadas por las más eficientes, para promover la modernización de la agricultura, sostener el sistema de enseñanza, elevar la competitividad, ampliar los mercados a disposición del capital monopolista y estimular la inversión en el exterior. Y desde luego: para mantener altos gastos militares y en general defender los intereses del capital monopolista frente a un proletariado cada vez más consciente.

---

<sup>184</sup> *Ibid.*, pp. 63, 66 y 71.

La formación de los mayores monopolios resulta hoy insuficiente para encuadrar el nivel de socialización de los medios de producción, exigido por el crecimiento fabuloso de las fuerzas productivas. La ingerencia del Estado deviene una necesidad para el funcionamiento de los propios monopolios [...]

La reproducción capitalista de hoy requiere una mayor ordenación, no sólo a nivel de monopolio, sino sobre todo a escala nacional, estatal. Toda subestimación del alcance de este proceso implica una deformación de la imagen del imperialismo moderno y de sus posibilidades [...]

Pero [...] la necesidad objetiva de centralización, de regulación y planificación eficaces desborda rápidamente las posibilidades del capitalismo monopolista de Estado [...]<sup>185</sup>

Este sin embargo, no renunciará a su dominación mientras los pueblos no lo obliguen a ello. En las condiciones actuales, su principal objetivo estratégico es sobrevivir y, de ser posible, fortalecerse. El imperialismo fomenta el nacionalismo y el chovinismo, confunde todavía a muchos trabajadores, promueve la división en el campo antimonopolista y aun socialista y pone en peligro la paz. Y pese a todos sus tropiezos no es un enemigo débil.

[...] la flexibilidad de la estrategia y la táctica del capitalismo moderno exige perspicacia y flexibilidad de las fuerzas antimonopolistas y, en primer lugar, de los partidos revolucionarios [...]” y las contradicciones interimperialistas “[...] siguen siendo un importante punto de referencia para la lucha antimonopolista de las fuerzas revolucionarias [...]<sup>186</sup>

En un trabajo reciente del Instituto de Economía Mun-

---

<sup>185</sup> *Ibid.*, pp. 74-75 y 81.

<sup>186</sup> *Ibid.*, pp. 115 y 124.

dial y Relaciones Internacionales<sup>187</sup> —que como ya recordamos dirige el profesor Inozemtsev—, se añaden interesantes consideraciones sobre la crisis general del capitalismo. Se destaca, por ejemplo, que mientras la crisis de los años treinta llevó en varios países al fascismo, la de los setenta, sin menospreciar el peligro que entrañan las posiciones más reaccionarias, se ha visto acompañada del reforzamiento de la clase obrera, la consolidación del socialismo y nuevas rupturas revolucionarias.

La crisis general del capitalismo surgió, a consecuencia de la explotación, de antagonismos inherentes a la etapa monopolista del capitalismo. Pero con la aparición de dicha crisis [...] esas contradicciones no sólo no se eliminan sino que se desarrollan y se complementan con otras nuevas: con contradicciones internas que están ligadas a la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado, y con las externas provocadas por la aparición y crecimiento tempestuoso de un sistema social contrario al capitalismo.<sup>188</sup>

Después de la Segunda Guerra, aumentó sensiblemente el papel del consumo en el proceso de reproducción y crecieron el mercado mundial y la exportación de capitales, sobre todo entre los países industrializados, en parte a consecuencia de las nuevas formas de cooperación, intercambio e integración monopolista regional.

La crisis de sobreproducción de 1974-75 asestó un duro golpe a la economía capitalista, y sobre todo a Japón, Italia y Francia. En la mayoría de los países creció grandemente el desempleo y, como signo de las cada vez más graves contradicciones del sistema, se hizo más severa la inflación, lo que dio a tal crisis un carácter especial.

---

<sup>187</sup> *La teoría leninista del imperialismo y la actualidad*. Moscú, 1977. Las referencias que se hacen de esta obra proceden de la traducción al español de los capítulos X y XV.

<sup>188</sup> Obra antes citada, Cap. XV.

La inflación se atribuye como en otros estudios, fundamentalmente a la formación monopolista de los precios y de la emisión excesiva de medios de pago, que supone el financiamiento de los enormes gastos —incluidos los militares— de los Estados capitalistas. El aumento de precios también está relacionado con los crecientes costos de circulación, entre los que tiene cada vez mayor importancia la publicidad.

La política antiinflacionaria de los estados burgueses es poco eficaz y gravita, especialmente, sobre la clase obrera y los trabajadores en general. Con frecuencia se traduce en la reducción de gastos sociales y descansa en el empleo combinado de medidas fiscales y monetarias que, o bien estimulan el desempleo o bien implican un gravamen adicional sobre el ya insuficiente salario de los trabajadores. Similar efecto tiene la llamada “política de ingresos”, mediante la cual, la regulación de precios y salarios desenlaza casi siempre en el control de estos últimos.

La inflación estimula y expresa a la vez, crisis “estructurales”. Éstas se consideran fenómenos cíclicos que se manifiestan en la superproducción o subproducción relativa. En cada ciclo se observan crisis de tal naturaleza que en mayor o menor medida afectan a determinadas ramas de la producción. Lo que revela que dichas crisis se insertan y constituyen uno de los rasgos propios del ciclo económico.

La crisis de 1974-75, sólo logró, según el Instituto de Economía Mundial, reequilibrar parcial y precariamente el mercado de los combustibles, las materias primas y los productos alimenticios. Y si bien alentó ciertas inversiones necesarias para reiniciar el ciclo, comprobó la ineficacia de las medidas gubernamentales y la incapacidad tanto de la empresa privada como del capital monopolista de Estado en su conjunto para reanimar la economía y librar al sistema de la inestabilidad. Dicha crisis no fue, por otra parte, una crisis ordinaria. Según los autores que comentamos abrió incluso una nueva etapa en el desarrollo cíclico del capitalismo, entrelazó diversos fenómenos, alteró sensiblemente el módulo previo, acentuó desproporciones es-

tructurales y claramente dejó ver la intensidad sin precedentes de las contradicciones del capitalismo.

### ALGUNOS TRABAJOS DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS Y DE OTROS AUTORES

Naturalmente, los autores hasta aquí considerados sólo son algunos de los que, en la Unión Soviética, han hecho contribuciones al estudio teórico de la crisis general del capitalismo. Incluso es posible que omitamos a varios de los más prominentes, lo que no sería extraño dado nuestro desconocimiento de buena parte de la literatura soviética. En descargo de esta falla cabe recordar que sólo hemos pretendido en estas páginas examinar los aspectos principales de la teoría de la crisis general, para concluir las cuales recogeremos, a manera de síntesis, las formulaciones teóricas de mayor interés, contenidas en programas e informes del PCUS y del movimiento comunista internacional. Antes, empero, en la imposibilidad de considerar la obra de otros autores, debemos al menos dejar constancia de que son sin duda interesantes, entre otros, los trabajos de Otto V. Kuusinen, de P. N. Fedoseev, Zagladin, Menshikov, Glezerman, Arzumanian y Cheprakov y, desde luego, los estudios colectivos hechos principalmente bajo los auspicios de la Academia de Ciencias de la URSS.

De estos últimos, cabría mencionar el *Manual de Economía Política* que aparece en 1956, y que tras largos debates se revisa y amplía a partir de su tercera edición. En esta obra se rescata la categoría leninista del capitalismo monopolista de Estado, esencial sin duda en la teoría del imperialismo, y que bajo el régimen de Stalin fue relegada e incorrectamente empleada.<sup>180</sup> Asimismo, se subraya

---

<sup>180</sup> "En contraposición a la tesis leninista sobre el tránsito al capitalismo monopolista de Estado —escribe Vogotski—, se afirmaba que la economía, propiamente dicha, poco tenía que



la importancia de la ley del desarrollo desigual en la agudización de la crisis del capitalismo, las diversas formas en que ésta lo debilita y los cambios que sufre el proceso de reproducción.

Bajo el imperialismo [...] el aparato del Estado se entrelaza y confunde con los monopolios. Los economistas burgueses, los reformistas y los revisionistas, afanándose por embellecer al capitalismo, presentan este proceso como la supeditación de los monopolios al Estado, en interés de todo el pueblo [...] Pero, en realidad son los monopolios [...] quienes supeditan a sus fines el aparato del Estado y utilizan a éste para multiplicar sus ganancias y fortalecer su dominación [...]

El capitalismo monopolista de Estado [...] se caracteriza por el más alto grado de socialización capitalista de la producción, por el entrelazamiento de los monopolios privados y el Estado, por la supeditación del aparato estatal a los monopolios [...]<sup>190</sup>

Éstos, en efecto, obtienen puestos importantes, utilizan la propiedad estatal, reciben subsidios y créditos, se aseguran de materias primas y mercados, influyen para frenar los salarios e impedir las huelgas, todo lo cual se traduce, como Lenin lo advirtiera, en una mayor explotación de los trabajadores.

La crisis general coloca al capitalismo frente a un nuevo sistema social y le hace perder el viejo régimen de dominación colonial. Agrava, además, el llamado problema de los mercados, vuelve crónica la subutilización de la capacidad productiva, aumenta el desempleo, alienta la inflación y el militarismo, y la intensificación de la explota-

---

ver con el Estado, lo cual impedía revelar la dialéctica del CME como elemento de la crisis general del capitalismo". *Ob. cit.*, p. 276.

<sup>190</sup> Academia de Ciencias de la URSS, *Manual de Economía política*. México, 1966, p. 255.

ción acentúa, a su vez, las contradicciones fundamental y principal, del capitalismo y hace más desigual y anárquico su desarrollo.

Los rápidos avances técnicos realizados, sobre todo después de la Segunda Guerra, refuerzan grandemente el desarrollo del CME y agudizan la contradicción competencia-monopolios. En las clásicas palabras de Lenin:

El rasgo esencial del imperialismo, con mucho, no es la existencia pura y simple de los monopolios, sino la coexistencia de los monopolios con el cambio, los mercados, la competencia, las crisis [...] En realidad es la combinación de principios antagónicos, esto es de la competencia y el monopolio, lo que constituye la esencia del imperialismo. Ello es lo que anuncia la proximidad de su crisis final, es decir, de la revolución socialista.<sup>191</sup>

Para alargar su vida, el capitalismo echa mano, como nunca antes, del Estado. "El capitalismo monopolista de Estado es la respuesta imperialista a las condiciones objetivas precipitadas por el crecimiento de las fuerzas productivas y que determinan la necesidad de la transición al socialismo."<sup>192</sup> Pero responde también a las cada vez más agudas contradicciones, y por tanto al desarrollo de la crisis general del sistema. El capitalismo monopolista no tiene otro mejor expediente a qué recurrir que el control cada vez mayor de la economía por parte del Estado. Las leyes que rigen el desarrollo del CME son "[...] extremadamente complejas, (y) sin el conocimiento de ellas, es imposible entender la naturaleza del sistema [...]" Lo que en parte es así porque el CME no expresa directa y menos aún exclusivamente la creciente socialización que entraña la concentración de la producción. Estos y otros

---

<sup>191</sup> V. I. Lenin, cit. en: Academia de Ciencias de la URSS, *Socialism and capitalism: Score and prospects*. Moscú, 1971, p. 72.

<sup>192</sup> *Ibid.*, pp. 78 y 93.

factores económicos dejan sentir su influencia principalmente [...]” a través del prisma de las contradicciones económicas y sociales [...]” Y por otra parte, el principal instrumento de manipulación estatal-monopolista “[...]” es la redistribución —sobre todo por vías fiscales, financieras y comerciales— del ingreso nacional y no el creciente volumen de la propiedad estatal.”

La revolución científica y tecnológica y el desmoronamiento del sistema colonial, como expresiones de la crisis general, traen consigo profundos cambios en la estructura productiva. El rápido desarrollo de ramas como la petroquímica, la electrónica y la industria de los plásticos es un ejemplo de ello, aunque, a la vez, un hecho ligado a la centralización de la producción y el capital y al fortalecimiento del monopolio a escala internacional. Los grandes consorcios multinacionales disponen de medios que les permiten hacer lo que antes no estaba a su alcance: estudiar y anticipar la demanda, sostener precios y utilidades, proyectar la inversión, etcétera. Pese a su enorme poder, “[...] ningún monopolio privado puede satisfacer las exigencias actuales que plantean la investigación científica y la tecnología experimental, la educación, la seguridad social, la construcción de una moderna infraestructura y la estabilidad y movilidad del sistema de crédito [...]” Y lo mismo podría decirse de la programación a nivel macroeconómico y de las relaciones económicas interestatales, lo que, sin embargo, tampoco significa que el alto grado de control estatal monopolista sea capaz de superar la contradicción fundamental y los desajustes en que ésta se expresa.<sup>193</sup>

Aun así, en la economía internacional del capitalismo juegan hoy un papel de primer orden mecanismos estatal-monopolistas como el GATT (Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio), el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo, la Comunidad Económica Europea y muchos otros que re-

---

<sup>193</sup> *Ibid.*, pp. 82, 87, 95, 96 y 98.

velan que ante la imposibilidad de una verdadera planificación el capitalismo monopolista de Estado, aun rebasando con mucho a la empresa privada inclusive transnacional— es también una forma capitalista de organización de la producción que no logra escapar a sus contradicciones. Pero el CME es el punto máximo a que la oligarquía puede hacer frente a la creciente socialización de la producción sin poner gravemente en peligro sus intereses, lo que no quiere decir que haya agotado sus posibilidades.

Mientras el capital y sobre todo el capital monopolista pueda seguir explotando a los trabajadores, sus días, por breves que sean históricamente, no habrán terminado. La explotación cada vez mayor es la condición del desarrollo capitalista, una ley del funcionamiento de este sistema. La explotación monopolista es hoy el eje y el área de esta explotación "[...] desborda con mucho los límites de las empresas que pertenecen a la oligarquía financiera".<sup>194</sup>

Bajo el CME, sobre todo en la fase actual de la crisis general, no es fácil descubrir las múltiples, complejas y aun sutiles formas que asume la explotación. El capital monopolista, desde luego, hace todo lo que está a su alcance para intensificarla. El avance tecnológico y la mayor productividad contribuyen grandemente a ello. El desempleo, por su parte, no sólo ayuda a mantener un bajo nivel de salarios: ante el temor a perder el trabajo, somete además al obrero a una tensión física y nerviosa sin precedentes. Pero lo que se sustrae al trabajador en la fábrica es solamente una parte de la plusvalía que retiene el capitalista: el resto se le arranca a través de la inflación y los precios de monopolio. Con frecuencia, inclusive, la fuerza de trabajo se vende por abajo de su valor, aunque, en general "[...] la ley del valor de esta peculiar mercancía se desenvuelve bajo la influencia de la lucha de clases [...]"<sup>195</sup> Y lo cierto es que, aun en los países industriales en donde

<sup>194</sup> *Ibid.*, p. 120.

<sup>195</sup> *Ibid.*, p. 131.

las condiciones de vida de los trabajadores y sobre todo su disponibilidad de bienes de consumo duraderos, vivienda, educación y otros servicios ha mejorado respecto, digamos, a la situación de principios de siglo, también la relación entre las utilidades —sobre todo las monopolistas— y los salarios se ha elevado: los salarios reales quedan atrás de la productividad y, por tanto, se reduce el tiempo de trabajo necesario respecto al excedente, todo lo cual implica un incremento del volumen y la tasa de plusvalía.

La redistribución del ingreso a través del sistema fiscal y financiero, fundamentalmente en beneficio del capital monopolista, es otro expediente para elevar la tasa de explotación.

La concentración y la centralización del capital no sólo refuerzan el poder económico del capital monopolista, también afirman su poder político, y éste, a su vez, influye y fortalece aún más a aquél. “El capitalismo monopolista de Estado convierte todas las palancas de la explotación económica y de la represión política en un mecanismo único de opresión clasista del proletariado”.<sup>196</sup>

En otro interesante estudio colectivo de la Academia de Ciencias,<sup>197</sup> se hace notar que la revolución científico-técnica confirma la tesis leninista de que, bajo el imperialismo, el capitalismo se desarrolla con mayor intensidad. No obstante, la revolución acentúa a la vez el desarrollo desigual y agrava las contradicciones tanto entre los países más industrializados como entre ellos y los subdesarrollados y dependientes. Por otra parte, si bien alienta el aumento de la capacidad productiva, lo hace a costa de reducir en términos relativos y a menudo aun absolutos, el nivel de empleo, lo que no sólo muestra la forma del todo irracional en que se produce el progreso técnico sino que éste se convierte en un nuevo vehículo de explotación

---

<sup>196</sup> *Ibid.*, p. 139.

<sup>197</sup> *The scientific and technological revolution: social effects and prospects*. Moscú, 1972.

de los trabajadores por parte, principalmente, del capital monopolista; y en otra perspectiva: en un factor de impulso del desarrollo del CME, pues como ya hemos dicho, la revolución científico-técnica y la decisión de utilizarla en la competencia con el socialismo, desborda las posibilidades de las empresas privadas, incluyendo las grandes trasnacionales.

Los monopolios de hoy difieren grandemente de los cárteles y trusts de principios de siglo. Ahora se trata de verdaderos complejos de grandes corporaciones con filiales en múltiples países, "altamente integradas no sólo en términos financieros sino en lo que hace a la producción, la tecnología y administración", y que, "[...] al mismo tiempo [...], asumen cada vez más el carácter de capital monopolista estatal, pues los acuerdos entre los Estados, que actúan en nombre de los monopolios nacionales, reemplazan a los acuerdos internacionales entre los monopolios privados".<sup>198</sup>

Al desarrollarse el CME, no sólo aumenta la carga fiscal sino que "los precios de monopolio se vuelven precios estatal-monopolistas [...] debido a que el impuesto que grava a las grandes empresas (*corporate tax*) no afecta a las utilidades de éstas, pues se incluye en el precio de monopolio y es pagado por los consumidores. Lo que comprueba que además de los impuestos, los precios sirven también al Estado como medio de redistribución del ingreso nacional en beneficio de los monopolios, y concretamente de aquellos que fabrican armamentos [...]"<sup>199</sup>

Por otra parte, el desarrollo del CME trae consigo profundas transformaciones en la estructura social. La penetración creciente del capital monopolista en la agricultura, la industrialización, los grandes avances técnicos y la fusión de los monopolios con el Estado, aumentan con rapidez el número de empleados y técnicos respecto al de obreros, lo que por cierto no significa que se reduzca la im-

---

<sup>198</sup> *Ibid.*, p. 78.

<sup>199</sup> *Ibid.*, p. 179.

portancia del proletariado. La verdad es que si bien cambia sensiblemente la composición de la fuerza de trabajo, la clase obrera sigue jugando un papel fundamental, ahora rodeada de amplias capas de asalariados que, pese a todo lo que digan los sociólogos burgueses, son también trabajadores explotados en una u otra forma por la burguesía.

## LA CRISIS, EL CME Y LA INTEGRACIÓN CAPITALISTA

Aunque en varios pasajes hemos hecho breves referencias a la integración regional y a la medida en que ésta expresa la crisis general del capitalismo y, acaso sobre todo, el intento de contrarrestar algunos de sus más perjudiciales efectos, conviene volver sobre el tema, menos de prisa, lo que haremos principalmente a partir del análisis de la economista M. Maximova.<sup>200</sup>

La integración no surge caprichosamente ni es, como algunos piensan, la cristalización de la idea de una economía y un gobierno mundiales que, en el marco y la perspectiva de la teoría de la convergencia, hayan de suceder al capitalismo y al socialismo. La integración supone un alto grado de desarrollo capitalista, de desarrollo de las fuerzas productivas y de concentración y centralización del capital que se manifiestan en formas y mecanismos de relaciones económicas que rebasan el marco nacional y aun hacen depender cada vez más a ciertos países de sus transacciones internacionales. La internacionalización de la producción y del capital no son fenómenos nuevos: surgen con el imperialismo, incluso en cierto modo lo preceden y anuncian, y lo acompañan a lo largo de su desarrollo. Hasta la Segunda Guerra Mundial, empero, la internacionalización se da fundamentalmente en la esfera del cambio y la circulación, del comercio y las finanzas,

---

<sup>200</sup> M. Maximova, *Les problèmes fondamentaux de l'intégration capitaliste*. Moscú, 1974.

y en mucho menor medida en el de la producción, y sobre todo de la producción industrial.

La revolución científico-técnica impulsa la internacionalización del capital: estimula la producción industrial, modifica la estructura de la demanda, agranda el tamaño mínimo de las empresas y el costo de las grandes instalaciones, especializa la producción y lleva a una mayor división del trabajo y al desarrollo sin precedentes de la ciencia y la técnica, a partir de inversiones que rebasan las posibilidades de los grandes monopolios. Todo ello invita a algunos países a sumar sus recursos y a conjugar esfuerzos en busca de mercados más amplios, de donde surge una nueva y más estrecha red de relaciones económicas internacionales, nuevos mecanismos como la integración regional, que en ciertas condiciones se vuelve un importante vehículo para reforzar el capitalismo frente a la amenaza que entrañan la revolución y el socialismo.<sup>201</sup>

Los teóricos burgueses ven en la integración el mejor medio para superar las trabas que entorpecen el comercio y aun para lograr la armonía en las relaciones internacionales. Para Balassa, por ejemplo, se trata de un proceso en el que gradualmente debe pasarse de una fase a la siguiente, hasta eliminar las restricciones y las medidas discriminatorias entre los Estados. A la zona de libre comercio debe seguir la unión aduanera, a ésta el mercado común, la unión económica y finalmente la integración económica total, que "[...] implica la unificación de la política monetaria, fiscal, social y anticíclica, el establecimiento de un poder supranacional [...]" cuyas decisiones aseguran la ausencia de discriminación y son obligatorias para los países miembros.<sup>202</sup>

Mientras en círculos burgueses se cree que, o bien la liberalización del comercio o bien la reorganización de la economía y nuevas formas de cooperación y solidaridad

---

<sup>201</sup> Véase: *ibid.*, pp. 463 y 464.

<sup>202</sup> Véase: B. Balassa, *The theory of economic integration*. Londres, 1962, p. 2, y M. Maximova, *op. cit.*, p. 186.



debieran conducir de hecho a un nuevo régimen económico, en círculos marxistas se tendió inicialmente a no reconocer en la integración la importancia que indudablemente tiene. Y en tanto, como hemos visto, algunos pensaban que el mercado tendería incluso a reducirse en términos absolutos, otros menospreciaron la significación de la integración como medio para activar la economía capitalista. Lo cierto es que su empleo sobre todo en el caso del mercado común europeo, ha permitido estimular el desarrollo, apoyar las industrias más dinámicas, ampliar el mercado, modificar la estructura económica tanto interna como en su relación con los demás países integrados y, desde luego, reforzar la concentración monopolista. Lo que se explica porque, como lo establecen Arzumanian, Mileikovski y otros autores soviéticos "[...] la integración no es la simple suma aritmética de varios mercados nacionales [...]; ella engendra una nueva calidad: induce a un cambio estructural de la economía y provoca una ampliación del mercado dentro de los límites que, como es lógico, están determinados por el marco del capitalismo [...]" O como dice Maximova, siguiendo a dichos autores: "[...] la integración no es una simple repetición de las viejas formas de internacionalización de la vida económica: representa *un estadio cualitativamente nuevo* de su desarrollo [...]"<sup>203</sup>

La integración económica capitalista se funda objetivamente en el desarrollo de las fuerzas productivas en un periodo de rápido avance científico-técnico y de más alta división internacional del trabajo, pero difiere de otras formas de relación económica internacional. La integración estimula las tendencias centrípetas hacia el más rápido crecimiento y la creación de bloques económicos, políticos y militares, y al mismo tiempo refuerza las tendencias centrífugas que, derivadas de las relaciones de producción existentes, estorban el desarrollo de las fuerzas productivas y promueven la competencia monopolista y la rivalidad entre los más poderosos grupos financieros. Los análisis bur-

---

<sup>203</sup> *Ibid.*, p. 161.

gueses de la integración “[...] ignoran o menosprecian el papel de las relaciones de producción, la influencia que ejerce el modo de producción en las relaciones económicas internacionales [...]”<sup>204</sup> y, desde luego, ignoran las profundas diferencias entre la integración capitalista y la socialista.

La integración pretende ser la respuesta a la necesidad de modificar las relaciones de producción y adaptarlas al nuevo nivel de socialización de las fuerzas productivas; pero como los cambios que bajo ella se realizan no pueden rebasar el marco capitalista, éste acaba por ser el principal obstáculo que se opone al mejor funcionamiento de aquélla, en cuyo seno surgen profundas contradicciones.

Pese a la diversidad de formas, instrumentos y métodos “[...] en la base del proceso de integración se advierte un mecanismo económico y político [...] que descansa en la interacción de dos fuerzas: los monopolios y el Estado [...]” Los monopolios privados persiguen fundamentalmente altas ganancias; el mecanismo monopolista estatal, en cambio —si bien en interés de la propia burguesía monopolista— intenta liberalizar el comercio, unir los mercados nacionales, introducir ciertas transformaciones en la estructura económica y modificar y regular “colectivamente” las relaciones entre los países integrados, para reforzar al sistema capitalista en su conjunto. “Los monopolios (nacionales, transnacionales, internacionales) y los Estados burgueses son los principales motores del proceso de integración [...] a la vez que sus principales participantes [...]” La internacionalización del capital privado y la integración monopolista en que ella se expresa en el campo económico, financiero y tecnológico, es un antecedente y una parte importante de los actuales sistemas de integración. Pero cuando los propios consorcios transnacionales resultan insuficientes para sortear o mitigar las contradicciones del sistema, crece la acción del Estado y el ámbito de su regulación y programación, reforzándose interior e

---

<sup>204</sup> *Ibid.*, p. 152.

internacionalmente el capitalismo monopolista de Estado y alterándose los esquemas integracionistas.

[...] la integración capitalista supone un grado más elevado de desarrollo de las tendencias monopolistas de Estado, en que la interpenetración de los monopolios y del Estado se extienden más allá de las fronteras nacionales, regionales que reúnen a cierto número de países [...]

Bajo el capitalismo actual [...] es la unión entre las integraciones monopolistas privadas y las monopolistas estatales; la acción recíproca de los monopolios y el Estado, lo que constituye la esencia del proceso de integración: lo que explica su carácter profundamente contradictorio [...]<sup>205</sup>

La integración “[...] une estrechamente y al mismo tiempo hace chocar el capital monopolista privado y el capital monopolista de Estado [...]”, fomenta la inversión extranjera pero ésta dificulta la integración y agudiza sus contradicciones. El Estado, a su vez, al promover la liberalización comercial, estimula la competencia y la anarquía, lo que hace más difícil su propia acción reguladora y a veces lo lleva a limitar la competencia, aun a costa de que su acción desagrade a la oligarquía. El Estado juega un papel decisivo en la integración: interviene cada vez más en la economía y alienta la concentración y el monopolio; sostiene el aparato militar-industrial; impulsa el desarrollo de ciertas actividades, promueve la investigación científica y tecnológica y apoya al capital para desplazarse a otros países y controlar en ellos ramas importantes de la producción. Participa además, activamente en la búsqueda de nuevos mercados exteriores y en la protección del capital monopolista para facilitar a éste la realización de sus mercancías, y a al vez, estorba y aun frena la integración a través de medidas monetarias, fiscales y otras que tienden

---

<sup>205</sup> *Ibid.*, pp. 467, 465 y 468.

a reservar el mercado nacional para los grandes capitalistas de cada país, o que obstruyen la libre movilidad internacional de la fuerza de trabajo.

El Estado juega por tanto un papel contradictorio en la integración: por un lado trata de adaptar las relaciones de producción al crecimiento de las fuerzas productivas y, por el otro expresa las tendencias centrífugas de que ya hemos hablado y, de una u otra manera, detiene ese crecimiento. Este doble rol [...] es uno de los fenómenos más complejos y contradictorios de la etapa actual del capitalismo monopolista de Estado [...]"

La creciente acción del Estado no sólo expresa cambios en el rol que éste juega en el proceso económico, ni deriva solamente del hecho de que el capital se internacionalice a niveles sin precedente. "La integración económica de los países capitalistas es parte integrante del capitalismo monopolista de Estado contemporáneo". Podría decirse que es incluso uno de los rasgos característicos de una nueva etapa del CME. O en otras palabras:

[...] el capitalismo, a fin de asegurar su supervivencia, debe adaptar las relaciones de producción a las necesidades creadas por el desarrollo de las fuerzas productivas [...] para ello: tiende, en particular, la ingerencia monopolista de Estado al dominio de las relaciones económicas y exteriores...<sup>206</sup>

Lo que claramente demuestra que no se trata únicamente de una mayor internacionalización del capital sino de la internacionalización de todo el sistema del capitalismo monopolista de Estado, de donde resulta que la competencia monopolista privada tradicional se desenvuelve ahora en el marco más vasto y complejo del CME.

Como un todo único, la integración opera al nivel de los monopolios privados y del capital monopolista estatal, y mientras aquellos luchan directamente por mercados y zonas de influencia, el Estado cumple las funciones ya se-

<sup>206</sup> *Ibid.*, pp. 110, 291 y 164.

ñaladas y trata de armonizar intereses no fácilmente conciliables. La base monopolista de Estado no libra a la integración de sus contradicciones internas ni menos al sistema de las leyes del mercado. Problemas como la irregularidad en las tasas de crecimiento, la inflación, el bajo nivel de empleo y la inestabilidad de las balanzas de pagos se convierten incluso en problemas internacionales.

La integración monopolista privada exhibe contradicciones tanto económicas como políticas que se expresan, por ejemplo, en las barreras comerciales y aduaneras y en el enfrentamiento a medidas que exhiben rasgos nacionales o intereses particulares de la política monopolista de Estado, y que sobre todo, descubren contradicciones internas derivadas de que el monopolio privado se interesa fundamentalmente por obtener altas ganancias y dominar mercados, en respuesta a móviles estrechos que riñen incluso con los de otras fracciones de la burguesía y que suelen perturbar desfavorablemente el funcionamiento todo de las economías en que operan.

[...] las formas monopolistas de Estado expresan una socialización más elevada de la producción y un grado más alto de la división internacional del trabajo que las formas monopolistas privadas.<sup>207</sup>

La unión internacional monopolista de Estado es la que más contribuye a la integración. Tales uniones, además, en los países más desarrollados “[...] difieren considerablemente de las alianzas internacionales concluidas por los monopolios privados [...]” En ellas no son éstos “[...] quienes juegan el rol de sujetos de las relaciones internacionales, sino directamente los Estados, a través de sus gobiernos [...]” Y además: “[...] las relaciones interestatales [...] no tienen, en lo fundamental, un carácter comercial estrecho [...]”

La integración hace cambiar al CME, lo hace sustituir ciertos instrumentos nacionales por otros de alcance inter-

---

<sup>207</sup> *Ibid.*, p. 191.

nacional que responden mejor a las nuevas condiciones. Y si bien algunos sostienen que debilita a los monopolios y concretamente al CME, la verdad es que aun modificándolos de diversas maneras, los refuerza, al igual que a la oligarquía. Pero también refuerza a los trabajadores, cuya lucha tiende a internacionalizarse, a partir de una mayor comprensión de lo que hoy es el capitalismo y de la crisis que lo aqueja.

### P. N. FEDOSEEV Y OTROS: IMPERIALISMO Y REVOLUCIÓN SOCIALISTA

Abundan los teóricos burgueses que, no pudiendo negar el cada vez mayor rol del Estado, desde una posición reformista le asignan un carácter que no tiene, y aun lo presentan como “[.] factor que transforma de raíz al capitalismo, que reduce a nada sus contradicciones [...]”. Otros, sugiriendo que la revolución científico-técnica es la “variable independiente” que determina la nueva situación del capitalismo, a partir de la deformación y vulgarización de la tesis marxista de que “[...] la base primordial del desarrollo social son las fuerzas productivas”, afirman que “el progreso científico-técnico transforma automáticamente las relaciones económico-sociales, excluyendo la necesidad de la lucha de clases, la necesidad de la revolución [...]”<sup>208</sup> En fin, otros más niegan el capitalismo monopolista de Estado, congelan al capital monopolista y en realidad no entienden la transformación de éste, sus nuevas formas de integración ni su relación estrecha e indisoluble con el Estado.

Los autores del estudio a que ahora nos referimos, consideran que el funcionamiento del sistema sólo puede comprenderse si se descubren las contradicciones internas más profundas de la etapa que actualmente recorre y la influencia que sobre ellas ejercen ciertos factores externos. La

---

<sup>208</sup> P. N. Fedoseev y otros, *La teoría leninista de la revolución socialista y la época actual*. Moscú, 1975, pp. 353 y 354.

contradicción capital-trabajo se expresa a través de la lucha de clases; pero ésta, además de ser un rasgo inherente al capitalismo, es también un factor exterior, en el que "[...] se encierra en potencia la transformación de la contradicción interior entre el trabajo y el capital en contradicción en escala mayor: la contradicción entre el socialismo y el capitalismo en la palestra mundial [...]", a partir del triunfo de la revolución socialista.<sup>209</sup>

En los Estados imperialistas más desarrollados, la etapa actual podría caracterizarse por el "supermonopolio". Hoy los monopolios dominan prácticamente todas las actividades. Las empresas pequeñas y medianas carecen en general de importancia o son meras "[...] suministradoras de piezas de recambio que dependen por completo de las grandes compañías [...]". El nivel de concentración y centralización de la producción y el capital es cada vez mayor, el capital financiero asume nuevas y más complejas formas en el conglomerado. Los nuevos métodos técnicos llevan a niveles más altos de especialización y de relaciones internacionales del capital, hechos en los que juega un papel fundamental el desarrollo del CME.

La idea frecuentemente reiterada de que el capital transnacional rebasa y aun vuelve "anacrónica" la soberanía nacional es engañosa y falsa. Lo cierto es que el elemento nacional e internacional de los monopolios entra en agudo conflicto.

Tanto la acumulación de capital monopolista dentro de los distintos países imperialistas como su expansión internacional no pueden realizarse si no se apoyan cada día más en todo un conjunto de resortes de la política nacional, estatal [...].<sup>210</sup>

La "estatificación" de la economía es un rasgo particular del capitalismo monopolista de Estado. Ya Marx señalaba que la socialización capitalista "[...] en ciertas

<sup>209</sup> *Ibid.*, p. 358.

<sup>210</sup> *Ibid.*, p. 375.

esferas implanta al monopolio y provoca [...] la injerencia del Estado [...]”; pues bien:

El desarrollo de los monopolios, del sistema de precios [...] creado por ellos altera cada día más la acción del mecanismo espontáneo de mercado que regula la economía bajo el capitalismo en las condiciones de la libre competencia. “Corregir”, “completar”, este mecanismo por las medidas de la regulación estatal se convierte en una condición para garantizar los beneficios del capital monopolista, que desde los primeros días de su existencia ocupa la posición de mando en el Estado burgués [...].

[...] la propia implantación del dominio del capital financiero en la economía y la política presupone la estatización de la producción, la intervención del Estado en la economía en interés de los monopolios [...]

Este sistema [...] se forma en el curso de un complejo proceso, de un largo tránsito del monopolio a la estatización [...]. El proceso de transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado, como señalaba Lenin, caracteriza toda la época del imperialismo [...]

[...] la intensificación del proceso de estatización es una de las consecuencias principales de la profundización de la crisis general [...] Al mismo tiempo [...] la intensificación de la intervención estatal-monopolista en la economía se convierte en una especie de tentativa del capital financiero de responder al reto económico-social del socialismo [...] <sup>211</sup>

La “planificación” capitalista persigue principalmente elevar la tasa de explotación y fortalecer al capital monopolista. No se trata de racionalizar ni de democratizar al sistema. El llamado “sector público” no es, como a menudo se postula demagógicamente, el guardián de los intereses nacionales, sino del capital privado. Estas concepciones re-

---

<sup>211</sup> *Ibid.*, pp. 387, 388 y 389.



formistas sólo pretenden “integrar” al movimiento obrero en el sistema del capital monopolista; “[...] la propiedad estatal sobre los medios de producción bajo el capitalismo (es) una variedad de la propiedad burguesa, explotadora [...]”, a la que fundamentalmente interesa reforzar el poder del capital financiero.<sup>212</sup>

El CME, a la vez que trata de unificar a los capitalistas, enfrenta inevitablemente a unos con otros, interna e internacionalmente. Los grupos monopolistas no están de acuerdo, a menudo, sobre la política del Estado.

La rivalidad de los monopolios penetra también en los propios organismos de la regulación estatal. Entre bastidores se sostiene una lucha encarnizada por la distribución de los contratos y subsidios estatales, por la determinación de los tipos de armamentos adoptados para la producción, alrededor de la estructura y la orientación de los planes monopolista-estatales [...]

El CME en su intento de defender la propiedad privada, la mina y prepara las condiciones materiales del socialismo, exhibe el carácter ocioso de la burguesía, descubre la naturaleza de clase del Estado y, además de intensificar la contradicción capital-trabajo, “[...] profundiza el antagonismo entre los intereses de la inmensa mayoría del pueblo y los de la oligarquía financiera [...]”. Todo lo cual “[...] significa la creación de una base social mucho más amplia que antes para la lucha por el socialismo [...]”<sup>213</sup>

La unidad orgánica de los dos tipos de contradicciones internos y externos determina la estrecha interacción de los dos sistemas mundiales y de la lucha de clases en el sector capitalista del mundo [...]

Puesto que el tránsito del capitalismo al socialismo constituye el contenido fundamental de la época ac-

---

<sup>212</sup> *Ibid.*, p. 395.

<sup>213</sup> *Ibid.*, pp. 398 y 405-406.

tual, esta contradicción se convierte en el resorte principal del proceso histórico, en la contradicción del mundo moderno [...]<sup>214</sup>

La influencia del sistema socialista en la transformación de la sociedad es cada vez mayor, esencialmente porque a él se debe una más favorable correlación de fuerzas, porque es la vanguardia de la revolución y "la fuerza decisiva" en la lucha contra el imperialismo, en una lucha a veces inevitablemente cruenta, pero que también se libra en el marco de la coexistencia pacífica, no sólo en forma de competencia económica y técnico-científica sino de lucha propiamente política.

El desarrollo del socialismo mundial ejerce una influencia gigantesca en la dinámica de las contradicciones sociales internas en los países capitalistas, aumentando su tensión y modificando y variando sus formas. Sin embargo, [...] no hay una simple dependencia funcional [...] Las contradicciones internas del capitalismo tienen su propia lógica de desarrollo, que dimana de las condiciones creadas por el modo capitalista de producción, por la formación capitalista [...]

[...] Las tentativas de presentar de una manera simplista, mecánica, la dependencia que hay entre los procesos revolucionarios internos en el mundo capitalista y la política exterior del socialismo son típicas de los ideólogos del anticomunismo, que afirman que las revoluciones son producto de la "exportación del comunismo". Al proceder así, ignoran las causas interiores [...] y deducen las revoluciones directamente de las contradicciones y de la lucha entre los dos sistemas sociales [...]<sup>215</sup>

En nuestros días, existe una sólida base para unificar las fuerzas revolucionarias: al socialismo, a la clase obrera

---

<sup>214</sup> *Ibid.*, p. 284.

<sup>215</sup> *Ibid.*, pp. 303 y 304.

de los países capitalistas y a los movimientos de liberación nacional, pues el imperialismo se ha convertido en el enemigo principal de todas ellas.

### POSICIONES DEL PCUS Y DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO MUNDIAL

A riesgo de incurrir en ciertas repeticiones conviene, en estas últimas páginas, recordar las principales tesis que, sobre la crisis general del capitalismo, se esgrimen tanto en congresos del PCUS como en reuniones recientes del movimiento comunista internacional. Ello es importante porque suelen hacerse ahí avances teóricos significativos, que a la vez que son fruto del esfuerzo de muchos investigadores en el campo de la ciencia social, son también elementos que ejercen influencia sobre la joven generación de estudiosos de estos problemas, así como fuente de interesantes reformulaciones teóricas.

El XX Congreso del partido soviético, celebrado a principios de 1956, hizo notar que si bien la producción capitalista seguía creciendo en algunos países, inclusive con rapidez, ello no libraba al sistema de la inestabilidad. Antes bien, aumentaban los impuestos y el costo de la vida, se acentuaba su contradicción fundamental, se intensificaba la lucha de clases y ahondaba la rivalidad interimperialista y sobre todo la contradicción entre las grandes potencias y los pueblos oprimidos y coloniales. Sólo en un decenio se sacuden la dependencia colonial y semicolonial más de 1 200 millones de seres humanos. El sistema colonial se desploma y nuevos principios se abren paso en las relaciones internacionales: el respeto mutuo de la integridad territorial, la no agresión, la no ingerencia en los asuntos internos de otros países, la igualdad y la coexistencia pacífica, y aun "[...] la posibilidad de conjurar la guerra en la época contemporánea [...]"<sup>216</sup>

---

<sup>216</sup> *Resoluciones del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética*. Moscú, 1956, pp. 5, 7 y 9.

Esto no significa que deje de tener vigencia la tesis leninista de que el imperialismo tiende al militarismo y a la guerra. "Mientras [...] exista el capitalismo, las fuerzas reaccionarias, que representan los intereses de los monopolios capitalistas, seguirán tendiendo a las aventuras bélicas y a las agresiones [...] Pero la guerra no es fatalmente inevitable [...]".<sup>217</sup> Ahora hay nuevas fuerzas capaces de impedirla. Posición, por cierto, que Stalin nunca comparte, pero que en 1957 hacen suya los partidos comunistas de numerosos países.

En 1960 se reafirma y amplía tal tesis, subrayándose además que, ante la mayor socialización de la producción y la severidad de la crisis general, el capitalismo se convierte, cada vez más, en capitalismo monopolista de Estado, lo que sin embargo no lo libra de sus más graves contradicciones ni le permite remontar la corriente de la historia. Como advertirá el XXIII Congreso del PCUS, unos años más tarde (1966), "[...] la creciente agresividad (imperialista) [...] no prueba [...] que se haya producido el menor cambio a su favor en la correlación de fuerzas [...]" Antes bien "[...] refleja... crecientes dificultades y contradicciones [...]". "El imperialismo no está en condiciones de detener el curso del desarrollo histórico, cualesquiera que sean los métodos [...] a que recurra".<sup>218</sup>

Especialmente en el Programa del Partido Comunista de la URSS —el tercero—, aprobado en 1961, partiendo de las principales formulaciones hechas por Lenin en el programa anterior, se destacan algunas tesis fundamentales.

El contenido principal de la presente época histórica lo constituye el tránsito del capitalismo al socialismo. "La clase obrera internacional y su principal obra: el sistema socialista mundial [...]", son el centro de dicha época. "[...] Después de haber desarrollado de modo gigantesco las fuerzas productivas, el capitalismo se ha convertido en el mayor obstáculo para el progreso social [...]" "La

---

<sup>217</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>218</sup> *XXIII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética*, Moscú, 1966, pp. 7-8.

contradicción fundamental de este sistema conduce a las crisis económicas.<sup>219</sup>

“[...] El sistema capitalista mundial en su conjunto está maduro para la revolución social [...]”. Su extraordinario desarrollo, “la sustitución —como señalara Lenin en el programa de 1919— de la libre competencia por el capitalismo monopolista de Estado [...]”, la opresión de los trabajadores por los monopolios y por el Estado, el control ejercido por el capital financiero, todo ello anuncia el fin del capitalismo y el tránsito a un sistema superior. La ley del desarrollo desigual, sin embargo, impide que el derrocamiento del imperialismo sea simultáneo.

Las vías al socialismo son múltiples. La democracia social es una nueva forma de dictadura del proletariado, que expresa el cambio de la correlación de fuerzas en favor del socialismo. El imperialismo “[...] ha perdido definitivamente el poder sobre la mayor parte de la humanidad. El sistema socialista y las fuerzas antimperialistas son hoy el principal factor determinante del desarrollo de la sociedad.

La experiencia de la URSS y los demás países socialistas demuestran, sin embargo, que al socialismo no se llega fácilmente; para ello son indispensables la revolución y una u otra forma de dictadura del proletariado. La clase obrera, además, sólo puede triunfar “[...] en sólida alianza con las masas trabajadoras no proletarias [...]”, con un Estado socialista y un partido revolucionario.

[...] Únicamente el partido que aplique invariablemente una política clasista, proletaria, que esté pertrechado de la teoría revolucionaria de vanguardia, tenga una cohesión monolítica y marche estrechamente unido a las masas podrá organizar y conducir a todo el pueblo a la victoria del socialismo [...]<sup>220</sup>

La crisis general del capitalismo tiene hoy nuevas carac-

---

<sup>219</sup> *Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética.* (Proyecto.) Moscú, 1961, pp. VII, 1 y 2.

<sup>220</sup> *Ibid.*, pp. 11 y 12.

terísticas: los avances del socialismo y de la lucha revolucionaria debilitan al imperialismo; se disgrega el sistema colonial y el desarrollo del CME se expresa en una más intensa lucha de clases, en la inestabilidad económica interna, la creciente descomposición social, la reacción política, la represión y aun el fascismo.

Bajo el imperialismo [...] adquiere vasto desarrollo el capitalismo monopolista de Estado. La formación y el crecimiento de los monopolios conducen a la intervención directa del Estado en el proceso de reproducción capitalista, en favor de la oligarquía financiera. Respondiendo a los intereses de ésta, el Estado burgués adopta toda clase de medidas de regulación, recurre a la estatificación de las distintas ramas de la economía [...]

Los socialistas de derecha y los revisionistas se esfuerzan por hacer pasar el capitalismo monopolista de Estado por casi socialismo. La vida se encarga de desenmascarar esta falsedad. El capitalismo monopolista de Estado no modifica la naturaleza del imperialismo. Lejos de cambiar la situación de las clases fundamentales en el sistema [...] ahonda el abismo que se abre entre el trabajo y el capital, entre la mayoría de la nación y los monopolios [...]

...Los intentos de regulación estatal [...] no pueden eliminar la competencia y anarquía de la producción [...] ya que la producción sigue teniendo por base la propiedad capitalista y la explotación del trabajo asalariado [...] <sup>221</sup>

Ni siquiera con las armas nucleares puede la burguesía monopolista detener la marcha irreductible del desarrollo histórico [...]

El principal enemigo de la clase obrera —y del pueblo en general— son los monopolios capitalistas [...] La lucha democrática [...] contra los monopolios no aleja la revolución socialista, sino que la apro-

<sup>221</sup> *Ibid.*, pp. 19 a 21.

xima. La lucha por la democracia es parte integrante de la lucha por el socialismo.

La lucha consecuente contra el imperialismo es una condición básica para resolver los problemas nacionales [...]

La socialdemocracia de derecha sigue siendo hoy día la principal base ideológica y política de la burguesía en el movimiento obrero [...]

Los socialistas de derecha comenzaron por oponer las reformas sociales a la revolución socialista para terminar defendiendo el capitalismo monopolista de Estado [...]<sup>222</sup>

En la Conferencia Internacional de los Partidos, de 1969, se reiteran y enriquecen algunas de las tesis anteriores. Pese a su agresividad, se declara esta vez: "El imperialismo es impotente para recuperar su pérdida iniciativa histórica e invertir el signo del desarrollo del mundo contemporáneo [...]" "La guerra de Vietnam es la prueba más concluyente de la contradicción entre los planes agresivos del imperialismo y su capacidad de realizarlos [...]"<sup>223</sup>

Entre las nuevas facetas del imperialismo, la Conferencia subraya que:

Se intensifica su carácter de capitalismo monopolista de Estado [...]. Sin embargo, la regulación monopolista estatal, que se realiza en formas y proporciones que responden a los intereses del capital monopolista y tiende a conservar su dominación, no ha podido poner freno a las fuerzas espontáneas del mercado [...]

El sistema capitalista sufre una grave crisis financiera y monetaria [...]. A las viejas contradicciones se agregan nuevas. La que más se destaca es la existente entre las extraordinarias posibilidades que ofre-

---

<sup>222</sup> *Ibid.*, pp. 22, 28, 32 y 48.

<sup>223</sup> *Documentos de la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros*. Moscú, 1969, p. 9.

ce la revolución científico-técnica y las trabas que el capitalismo pone a su utilización en beneficio de toda la sociedad [...]

...Actúa también la contradicción entre el carácter social de la producción moderna y el carácter monopolista estatal de su regulación [...]

[...] se ahonda el antagonismo entre los intereses de la gran mayoría de la nación [no sólo ya de la clase obrera] y los de la oligarquía financiera [...]

Aumenta el desempleo y se rezagan en términos relativos, y a veces incluso absolutos, los salarios, no obstante lo cual: "La burguesía monopolista trata de sembrar [...] la ilusión de que todas las aspiraciones de los trabajadores pueden realizarse sin la transformación revolucionaria del régimen existente."<sup>224</sup>

Lo cierto es que el imperialismo, y específicamente el capitalismo monopolista de Estado, lesionan gravemente tanto a los obreros como a capas populares cada vez más amplias. Para acabar, por tanto, con la anarquía, la explotación, el desempleo, el subdesarrollo y las crisis es preciso vencer al imperialismo.

"El sistema socialista mundial es la fuerza decisiva en la lucha ant imperialista", la fuerza capaz de liberar a los pueblos del imperialismo y el capitalismo. El socialismo, con su cada vez mayor poder económico e influencia política "[...] traba al imperialismo, limita sus posibilidades de exportar la contrarrevolución, es una ayuda cada vez mayor a los pueblos que luchan por la libertad y la independencia y fortalece la paz y la seguridad internacionales [...]"

En las ciudadelas del capitalismo, la clase obrera [...] es la principal fuerza motriz de la lucha revolucionaria [...]<sup>225</sup> Y junto a ella cobran creciente importancia las luchas campesinas y de los trabajadores del campo, así como la incorporación de numerosos intelectuales y empleados.

<sup>224</sup> *Ibid*, pp. 15 y 17.

<sup>225</sup> *Ibid.*, pp. 18, 19 y 20.



El subrayar la significación del sistema socialista en la lucha contra el imperialismo no entraña menospreciar el papel de los obreros y demás contingentes populares que, desde dentro del sistema, alientan la lucha de clases y forman el potencial revolucionario. La contradicción capital-trabajo sigue siendo, desde luego, la principal, pero ahora no sólo se expresa en el marco de cada país y del sistema capitalista en su conjunto: toma cuerpo, además, en el antagonismo entre la vieja y la nueva sociedad que los trabajadores empiezan a construir, y que, lejos de ser una fortaleza aislada es un sistema mundial poderoso y un rápido desarrollo, cuya presencia empieza a sentirse en todas partes.

La Revolución Cubana rompió la cadena de la opresión imperialista en América Latina y condujo a la creación del primer Estado socialista en el continente, marcando un histórico viraje, abriendo una nueva etapa en el continente latinoamericano [...]

Tras el triunfo del pueblo cubano se obtienen otros no menos significativos: Vietnam derrota al imperialismo norteamericano; Angola, Mozambique y otras excolonias portuguesas inician la revolución y, pese a los enormes obstáculos a que tienen que enfrentarse, avanzan y consolidan el poder popular. Yemen y Etiopía, así como Kampuchea y Afganistán, triunfan también y rechazan con éxito —como lo hace concretamente Etiopía en Ogaden—, la agresión imperialista. Irán sorprende al mundo, y cuando el régimen del Sha parece capitalizar en su provecho la bonanza petrolera, el pueblo se lanza a las calles, obliga al emperador a salir del país, derroca al gobierno antidemocrático, crea una república y anuncia prometedoras transformaciones.

La situación política y social del mundo contemporáneo permite elevar a un nuevo nivel la lucha contra el imperialismo. Intensificando la ofensiva contra el imperialismo se puede conseguir una superioridad de-

cisiva sobre él y derrotar su política de agresión y de guerra...

En esa lucha, la coexistencia pacífica puede jugar un importante papel.

La política de coexistencia pacífica obstaculiza las tentativas del imperialismo de superar sus contradicciones internas con el aumento de la tirantez internacional y la creación de focos de guerra. Esta política no significa ni el mantenimiento del statu quo social ni el debilitamiento de la lucha ideológica.

La política de coexistencia pacífica no está en contradicción con el derecho de los pueblos oprimidos a luchar por su liberación por la vía que estimen necesaria —armada o no armada— ni significa en modo alguno un apoyo a los regímenes reaccionarios...<sup>226</sup>

La contribución del XXIV Congreso del PCUS, para sustituir el ambiente de guerra fría por uno de coexistencia pacífica ha sido, sin duda, pese a todas las dificultades, a la actitud agresiva de la OTAN y a los focos de tensión aún presentes, muy importante. El problema de China es muy grave.

...La política de sus actuales dirigentes está francamente enfilada contra la mayoría de los Estados socialistas. Es más, coincide directamente con las posiciones de la reacción extrema en todo el mundo [...] Esa política no sólo es absolutamente ajena a los principios e ideales socialistas, sino que, en esencia, ha pasado a ser importante reserva del imperialismo en su lucha contra el socialismo.<sup>227</sup>

La agresión militar de China a Vietnam, hace apenas unos días, confirma plenamente lo anterior.

Pese a los intentos del capitalismo por adaptarse a las nuevas condiciones, su situación se ha agravado en los úl-

---

<sup>226</sup> *Ibid.*, p. 28.

<sup>227</sup> L. I. Brezhnev, *Informe del Comité Central PCUS al XXV Congreso*. Moscú, 1976, pp. 14-15.

timos años. La crisis es cada vez más profunda y esta vez no sólo afecta a los grandes monopolios privados sino a todo el sistema del capitalismo monopolista de Estado. Las medidas que hasta hace poco eran eficaces, han dejado de serlo. Los cuantiosos gastos militares y la inflación crónica no logra ni hacer crecer a buen ritmo la actividad económica ni abatir el desempleo. La rivalidad interimperialista se ahonda. El Estado del "bienestar" se convierte en Estado del "malestar". Persiste el subdesarrollo y se abre aún más la brecha que separa a los países atrasados de las grandes potencias capitalistas. La crisis es hoy, más que nunca, una crisis global. Temerosa de que las justas aspiraciones de los pueblos se abran paso a través de nuevas rupturas revolucionarias, la burguesía recurre a todos los medios para preservar su poder: la calumnia, el sabotaje, el terrorismo, las violaciones a la soberanía nacional, el crimen, el fascismo y la guerra.

Pero la crisis persiste y aun se intensifica.

El capitalismo se acerca históricamente, a su fin, lo que no significa que esté a punto de derrumbarse porque sus posibilidades se hayan agotado. Como recientemente expresaba el dirigente soviético L. I. Brezhnev,

Nada más lejos de los comunistas que vaticinar el "hundimiento automático" del capitalismo. El capitalismo cuenta aún con muchas reservas. No obstante, los sucesos de los últimos años confirman con nuevo vigor que el capitalismo es una sociedad sin porvenir.<sup>228</sup>

---

<sup>228</sup> *Ibid.*, p. 38.

Se terminó de imprimir este libro  
el día 8 de junio de 1978 en los  
talleres de la Editorial LIT de  
México, S. A., Av. Coyote 1035,  
México 12, D. F. La edición estuvo  
al cuidado de Luis Eduardo Rivera.  
Su tiro consta de 3 000 ejemplares.

Nº

773

Tanto en el plano económico como en el propiamente político, comprender la naturaleza y la dimensión de la crisis que hoy aqueja al capitalismo es esencial para enfrentarse a ella con éxito.

Los ensayos incluidos en este volumen dejan ver que dicha crisis no es solamente cíclica ni menos un desajuste pasajero. Se trata de una crisis general, profunda y multifacética, que expresa contradicciones del capitalismo que sólo una lucha revolucionaria victoriosa y un nuevo orden social, permitirán resolver y superar.

BIBLIOTE



**EDITORIAL NUESTRO TIEMPO**